

Frantz Delplanque

Un gramo de odio

Traducción
Paula Cifuentes



Lectulandia

Después de una treintena de asesinatos no esclarecidos, Jon Ayaramandi se despide de su carrera como asesino profesional para asentarse en una pequeña ciudad del País Vasco francés. Lee novelas sobre samuráis, come ostras, escucha rock y hace el amor en busca de la eternidad. Hasta que el novio de Perle, amante frustrada y ahora casi hija adoptiva de Ayaramandi, desaparece misteriosamente. Ella no lo dejará en paz hasta que lo haya encontrado. Pero Jon no cree poseer ningún talento para buscar a un individuo sin tener que matarlo.

Lectulandia

Frantz Delplanque

Un gramo de odio

ePub r1.0

dacordase 21.09.13

Título original: *Du son sur les murs*

Frantz Delplanque, 2011

Traducción: Paula Cifuentes

Editor digital: dacordase

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A Agnès y a nuestras hijas, Alice y Léa

Los asesinos no suelen ser personas demasiado previsoras. Es un oficio en el que no se dispone de un plan de jubilación. No conozco a muchos que hayan abierto una cuenta de ahorros en el banco como medida para garantizar su vejez. Me imagino que nuestra esperanza de vida no suele ser tan grande, pero no existen estadísticas acerca del asunto.

Por lo que a mí respecta, conseguí hacer valer mis derechos ante mi jefe el día en el que entré en su despacho y le dije:

—Marconi, sé de su relación con el diputado Mendilaharsu. Y conozco a la mitad de los socios que trabajaron con usted en todos los crímenes que me ha ordenado a lo largo de mi carrera.

Lo flanqueaba Antoine, su hombre de confianza, alto, delgado y gris. Esculpido en un bloque de mármol funerario. Alguien espantoso.

—Jon Ayaramandi, ¿sabías que dispongo de más de veinte asesinos a sueldo que podrían hacerte callar para siempre?

Antoine había puesto su mano sobre el corazón. Cerca de la pipa. Le respondí:

—Ya he pensado en ello, señor. Pero escuche antes lo que tengo que decirle. He cometido treinta y dos crímenes. De ellos, treinta y uno fueron para usted, treinta y un crímenes perfectos. Poseo una crónica escrita de todos y cada uno. Y he encontrado a un editor que esperará a que yo muera para publicarla. Se titulará *Yo fui uno de los asesinos de Marconi*. Y la tiene grabada en un disco duro tan inalterable como el acero.

Marconi me sonrió con suavidad.

—Tampoco le diste muchas vueltas al título.

Me pareció que Antoine se relajaba, todo lo que puede uno relajarse cuando se está tallado en mármol. Creo que incluso suspiró de alivio. Puede que peque de cándido, pero me gusta pensar que le habría dado pena tener que convertirme en cadáver. Estreché la mano de ambos y les dije:

—Entonces sólo nos queda rezar para que viva mucho tiempo.

Después, Marconi me insiste en que le envíe un ejemplar del manuscrito.

—Para saber al menos por qué he pagado.

Haber sabido cuándo dejar de trabajar es la única cosa inteligente que he hecho en toda mi vida. Y es sin duda la más original. Es también lo que me distingue, si no del resto de los mortales, sí del resto de asesinos.

Me instalé en Largos, junto a la vía del tren, en una antigua zona obrera que se había transformado en un barrio residencial.

De mi hogar se podría decir que es discreto, con cierto encanto y antiguo. Estos tres rasgos, por cierto, también pueden aplicarse a mi modesta persona. Y, para terminar con la comparación, habría que añadir los de sobrio, cómodo y funcional.

Apenas pago ochocientos euros al mes de alquiler. A mi edad ya es demasiado tarde como para pretender ser propietario de nada.

El río Adour y la zona industrial están al final de la calle.

Y el bosque y la playa, a veinte minutos a pie. El mar mete tanto ruido cuando sopla el viento del oeste que ni siquiera logro oírme rumiar mis malos pensamientos.

El aire yodado está cargado de restos de hidrocarburos y metales pesados, entremezclados con los efluvios de los pinos y de los brezos que provienen del bosque landés.

Mi barrio posee su propio centro, la plaza de los Mártires de la Resistencia: una parada de autobús, una pizzería, un comercio y un local de apuestas con cafetería. Todos los barrios de Largos parecen haber sido sacados del mismo molde. Se parecen a los barrios del ensanche (lo que remite a las clases altas, ¿no?), y de hecho podría considerarse uno de ellos. Los antiguos barrios terminaron por fusionarse con los nuevos a fuerza de extenderse. Y finalmente configuraron Largos: con sus diecisiete mil habitantes, una única carretera general y un barullo de barrios, urbanizaciones, bosques, dunas, estanques, supermercados, tiendas de muebles, bares y restaurantes chinos. Y todo fundido con los pueblos de los alrededores.

En resumen: una megaciudad rural-urbana con una larga playa a uno de sus lados, una enorme extensión de agua salada sacudida por las olas. Nuestro Los Ángeles rural particular.

La media de edad es la más elevada de la provincia debido a los obreros retirados y la gran cantidad de parados de larga duración. La mayoría de sus habitantes padece de una maravillosa falta de ambición.

Como se decía antaño:

¿Qué más puede querer el populacho?

Tengo sesenta y ocho años, pero del tipo:

—¡Vaya! ¡No los aparenta en absoluto!

La peluquera. Una chica guapa. Fui a verla ayer. Al salir le di propina.

—¿Cuál es su secreto?

¡Mira que me dio coba!

—Practico artes marciales desde los dieciocho años. Entonces nadie se atrevía a hacerlo. Fui un pionero del kung-fu.

—¡Vaya! Usted sí que debe de saber pelear.

—Ajá.

—¡Vaya!

—Y todas las mañanas me baño en el mar. No importa la época del año. Ya sea en verano o en invierno.

—¡Vaya! ¿Incluso cuando hay tormenta?

—Ajá.

—¡Vaya!

Observaba nuestro reflejo en el espejo. Su ombligo adornado con un piercing justo al nivel de mi cara. Parecía que me dirigía a su vientre. Encendió el secador y aprovechamos para callarnos. Al secarse, mi pelo se iba volviendo de un blanco resplandeciente. Justo antes de aquello, había estado haciendo mis ejercicios de meditación en las dunas, cerca del barracón donde se reúne gente sexualmente motivada, incluso a plena luz del día. Entraban y salían de allí como de la iglesia a la hora de la misa. Sobre todo había hombres. Esas cosas no sucedían cuando yo tenía veinte años. Tuve ganas de decirle a la peluquera: «Si usted supiera cómo ha cambiado el mundo, señorita». Pero me hubiera tomado por un viejo imbécil.

—¿Cree que debería afeitarme la perilla?

—¡No, no! Le queda bien. No está muy de moda. Pero le favorece.

Resulta increíble la capacidad de algunas chicas para hacerse querer. Ya en el mostrador, le puse un billete de diez euros en la mano. Se le iluminó la cara, y me abrió la puerta mientras me dirigía una última sonrisa.

—Sin embargo, si yo fuera usted me desharía de esa vieja gorra de capitán Haddock.

Apuesto a que tiene un ángel tatuado en una nalga y un diablo en la otra.

—¿Es un poco hortera?

(Yo no dudaba de que lo era).

—Es *totalmente hortera*, si me permite el comentario. Sobre todo con el tiempo que hace.

Es cierto que mi cabeza se sobrecalentaba bajo la gorra. Pero con tal de tener el aspecto de un viejo marino jubilado estoy dispuesto a cualquier sacrificio.

Este año el océano está especialmente agitado. Un socorrista me ha contado que las pérdidas del verano han alcanzado récords históricos. Desde que comenzaron las vacaciones se han ahogado decenas de veraneantes, y sólo estamos a 8 de agosto. La culpa la tiene el cambio climático. La erupción del volcán islandés, cuyo nombre soy incapaz de recordar, en algo habrá influido también.

Pero bueno, eso a mí me da igual. Me encantan las olas grandes. Me suelo bañar antes de la apertura oficial de la playa, cuando no está vigilada. A veces me cuesta volver a la orilla. Pero siempre consigo salir. ¿Son los imprudentes los únicos que mueren? Yo diría más bien que son los que suelen salir vivos.

Me sequé con la toalla que Perle me había dado. Quería preguntarle a la mujer que acababa de instalarse a pocos metros de mí y que se echaba crema por todas partes si había visto mi toalla de Kenzo. A lo que habría añadido: «¿Ha observado lo bien que nadaba dentro de esos tubos gigantes? ¿Ha visto cómo cogí la última ola por lo menos durante veinte metros?».

Desde que me jubilé, me encuentro en uno de los periodos más pueriles de mi vida. Casi podría decir que he recuperado la inteligencia de mis catorce años, cuando todo era puro instinto y felicidad.

Desgraciadamente, este estado de placidez no podía durar. ¿Han oído alguna vez hablar de la ley de Murphy? No fui yo quien la inventó. De pronto llegó a mis oídos taponados por el agua del mar el sonido de una samba atenuada, como si saliera de una lata de conservas. La chica se arrojó sobre su mochila y sacó un teléfono móvil.

—¿Sí? Un segundo, no te oigo.

Se levantó y fue hacia el Cap'tain. Los esfuerzos que realizaba para andar en la arena torneaban los músculos de su culo de un modo espléndido. Era rubia, estaba como un tren y tenía la piel blanca, aunque poco tardaría en adquirir un tono dorado. Estaba como un cañón digno de figurar en el ejército de Putin.

—¿Dónde estás?

Un tipo le hacía señales desde la duna.

—Ah, sí. Ya te veo.

Pues sí, yo también lo veía. No estaba ni a cincuenta metros de distancia. Me dan asco los teléfonos móviles.

Mi cerebro es demasiado sensible a las ondas magnéticas.

Tras el baño matinal, me dirigí a la plaza de los Mártires de la Resistencia para tomar un café en el local de apuestas.

Crucé por la vía del tren. Es un ritual. Los raíles serpentean entre los jardines de las casas. Por ellos sólo circulan trenes de mercancías y el tren regional. Un lugar hermoso. El balasto huele a metal y a carbón. Este atajo (prohibido) que sólo toman los golfillos me recuerda a un parque de atracciones abandonado.

En el mundo en peligro en el que vivimos, un mundo en el que todo tiene que estar bajo control y en el que resulta difícil salirse de la ruta trazada, un cruce de caminos supone un respiro, un pedazo del paraíso en la Tierra que debemos conservar. El mundo es como un jarrón roto de valor inestimable pero del que únicamente quedan unos pocos fragmentos. Sólo algunos concedores les prestan atención, y podríamos considerarlos una especie de arqueólogos anticipados. Yo pertenezco a esta categoría de iluminados.

Cuando paso por el jardín de Perle, tres casas más allá de la mía, siempre echo un ojo. A veces ella ya está despierta y nos saludamos con la mano. Pero en la mayoría de las ocasiones las contraventanas siguen cerradas. A su edad, cuando se tiene toda la vida por delante, a nadie le gusta levantarse temprano. Tiene cuarenta años menos que yo (y redondeo por lo bajo), pero nos llevamos bien. Me la imagino desnuda en la ducha mientras se enjabona. Después me contengo y me la imagino mientras prepara el desayuno de Luna con una caja de cereales en la mano. Es más conveniente para una madre ejemplar. Sobre todo cuando ella se considera casi mi hija adoptiva. Desde el día en que le permití seguir con vida. Lo contaré más adelante.

Esa mañana no se había levantado y me quedé con los brazos colgando, con la frustración de no haber podido saludarla. Tengo demasiado que recuperar en el terreno afectivo. Ya no me gusta la soledad como antaño. Cuando era asesino profesional no hacía ese tipo de cosas, como saludar con la mano a alguien conocido o celebrar la aparición de alguien querido.

Únicamente un día en mi vida anterior sentí en una ocasión lo que se dice «un impulso de confraternizar».

Estaba cenando en la terraza de un hotel de montaña con un colega asesino, un tipo oscuro que se llamaba Couture, como el cantante, cuando la tierra comenzó a temblar. Fue una sacudida que duró apenas unos segundos, pero tan brutal que nos arrojó al suelo. Nos tiró de nuestras sillas y puso la mesa patas arriba. Una nube de polvo se elevó en el valle. Y cuando por fin desapareció, pudimos medir la dimensión de los daños. El pueblo se encontraba en el epicentro de un seísmo de gran magnitud. Todo se había derrumbado. Incluso la iglesia.

Mi colega y yo estuvimos toda la tarde socorriendo a los heridos y levantando piedras y restos para ayudar a los supervivientes a salir de los escombros.

Escuchábamos gritos atroces. Encontrábamos personas con la cabeza y los miembros fracturados. Pero la gente a la que ayudábamos a salir nos lo agradecía entre sollozos. Y ayudé a un niño que cojeaba a encontrar a sus padres.

Durante mucho tiempo, consideré que había sido el día más hermoso de mi vida.

Nunca creí que me encontraría a un antiguo compañero en el local de apuestas de Largos.

No podía considerarse un bar sospechoso. De hecho, era un sitio casi para abuelos —e incluso para abuelas—. Los rebanadores de cuellos se encuentran más bien por Saint-Esprit, junto a la zona industrial. Mucho vaivén, con la casa de apuestas y el estanco, como para que la gente con demasiado sobre su conciencia pueda instalar allí su guarida.

¡Pero ahí estaba! Me saludó sin esbozar la más mínima sonrisa, levantando discretamente la mano. Yo hice lo mismo. Los asesinos suelen ser gente solitaria. No se les conoce ni mujer ni hijos. Y si tienen amigos se cuidan mucho de pasar el rato con ellos. No necesité hacer mucha memoria para recordar su nombre.

Burger.

Y yo que estaba deseando saludar a alguien...

Tras el saludo procuramos no mirarnos. Me sumergí en la lectura del periódico. Una vieja y célebre actriz acababa de denunciar al cirujano que había fracasado en la remodelación de su rostro. Por caridad no diré de quién se trata.

Aun así lo miré, sólo un vistazo, como quien no quiere la cosa. Removía con una cucharilla el azúcar en su taza de café. Tenía exactamente la pinta de lo que era: un asesino a sueldo, cruel y sin escrúpulos. Cómo puede la gente no darse cuenta de nada. ¡Hay que aprender a reconocer a los que se ganan la vida abreviando la de los demás!

Menudo declive había sufrido. ¿Tendría yo también ese aspecto de viejo desagradable y anguloso? Su chaqueta estaba tan arrugada como su cara de asesino. Ninguna clase. Sólo estupidez y maldad. *Totalmente hortera*, como diría mi peluquera.

Durante mucho tiempo pensé que el hecho de asesinar a alguien te colocaba automáticamente en una situación de superioridad respecto al común de los mortales.

Ni de coña.

El mejor ejemplo era la pinta que llevaba, con el traje arrugado y con restos de sal.

El tipo acababa de regresar de una misión y la había realizado como un animal.

No hay nada más infame que una mala hamburguesa, además de los nuggets de pollo arenosos.

Encuesta de satisfacción entre la clientela de un establecimiento francés de comida rápida.

Conservo un recuerdo preciso de mi primer encuentro con Burger a finales de la década de los ochenta, hace ya casi veinte años (quién lo diría). Marconi me dijo:

—Te va a encantar.

No hice ningún comentario ni ninguna pregunta. Como mi actitud le decepcionó un poco, se vio obligado a añadir:

—Con un poco de suerte, quizá no tengas ni que escuchar su voz.

—Mmmm.

Éramos tres: él, el conductor y yo. La misión consistía en poner fin a los sufrimientos existenciales de un viejo matrimonio que vivía en lo más recóndito de las Landas. Sumaban cerca de ciento noventa años entre los dos, según Marconi.

—Casi una misión humanitaria.

Una tempestad acababa de sobrevolar el bosque. Había destrozado un pino de cada dos. El Mercedes esquivaba los árboles derribados por la estrecha carretera hasta que un tronco mayor que los demás, atravesado en mitad del camino, nos obligó a detenernos. Los trabajadores de la Dirección Regional de Equipamiento, con sus chalecos fosforitos, se afanaban sobre el árbol con sus sierras.

El conductor puso un casete de Minimal Compact. Tenía unos veinte años, la misma edad que tenía yo cuando empecé, y era muy *cool*. Bajé la ventanilla. Olía a humedad y a savia.

—Joder —dije—, la vida es bella.

Debo reconocer que adoraba mi trabajo. El conductor me dio la razón.

—Tienes razón. Hay algo especial. Como si los elementos estuvieran de nuestro lado.

Burger dijo:

—Qué peligro tenéis.

Una hora más tarde nos encontrábamos parados frente a una hermosa casa aislada. Era una antigua granja landesa reformada, al final de un camino de arena. Piscina en el granero, horno tradicional, gallinero, un césped impecable y árboles centenarios. Los vecinos más cercanos debían de encontrarse a kilómetros de distancia. Marconi nos había dado la llave. Le dije a Burger:

—Vamos a entrar por la puerta. Su habitación está al fondo a la izquierda. Os recuerdo que su muerte debe parecer natural.

No es tan sencillo cuando se trata de la muerte al mismo tiempo de dos individuos, aunque éstos sean mayores. Pero la *muerte natural* era mi especialidad, y por ello Marconi me había confiado a mí el desarrollo de la misión.

Hacerles tragar una dosis muy alta de somníferos hubiera sido demasiado peligroso, ya que siempre puede haber vómitos. Por eso preferí la electrocución.

—¿Electrocución?

—Sí. Electrocución.

El secador que cae dentro de la bañera. Un clásico.

Como Burger no parecía muy convencido, le dije:

—Al parecer siguen tan enamorados como el primer día. A nadie le resultará extraño que se hayan tomado un baño juntos.

Sólo quedaba saber si la bañera se encontraba lo suficientemente cerca de un enchufe. Y la respuesta fue afirmativa, como siempre.

—A los investigadores de la policía no les interesan los accidentes domésticos en los que están implicados viejos —aseguré. Y añadí—: Demasiados viejos en esta región.

Transporté a la momia del marido hasta el cuarto de baño. Apenas se despertó cuando le quité el pijama en el suelo.

—Pero, señor, ¿se puede saber qué hace?

—Soy su nueva enfermera. Y necesita un baño para que le baje la fiebre.

A Burger le costó más llevar a la vieja. Le mordió en la oreja. Le dolió tanto que se le saltaban las lágrimas.

—Mierda de vieja —bisbiseó él mientras se frotaba la oreja.

Tras lo cual la tiró al agua vestida y se dispuso a ahogarla.

—¡Que no le entre agua en los pulmones! ¡Coño!

Un tipo al que se le encarga un crimen perfecto y deja su sangre en las toallas, rompe el pijama de la víctima y se dispone a ahogarla... es lo que yo llamo un mal profesional.

Finalmente conseguimos montar el escenario.

El secador cumplió su misión antes de expirar. Puse la toalla en la lavadora con el pijama tras regarlo con lejía. Sólo nos quedaba esperar a que finalizara el programa de lavado mientras observábamos la noche estrellada.

La tempestad había dejado tras de sí un hermoso olor a lluvia, a océano embravecido y a pinos sacudidos o rotos.

El chico se despelotó y se tiró desnudo a la piscina. Burger y yo nos bebimos un vaso de whisky mientras observábamos el culito blanco que salía y volvía a sumergirse en el agua. Los viejos a los que acabábamos de liquidar tenían una bodega muy bien surtida. Oía el ruido que hacía Burger al agitar los hielos de su vaso.

—Buenas nalgas —dije yo.

Aquel joven era más atractivo que una chica de veinte años.

Después lavé con cuidado los vasos y regresamos por el mismo camino. El chico creyó que me estaba descubriendo a The Wolfgang Press.

—Conozco todos los discos de la discográfica 4AD, tío.

Yo había cumplido ya más de cuarenta años, pero ¡joder, cómo me gustaba la música de los jóvenes! Nos preguntó si habíamos visto *El cielo sobre Berlín*.

Burger se limitó a contestar:

—No nos tomes el pelo, chico. Estás aquí para conducir, no para enseñarnos nada.

Muy bien contestado, Burger. Qué elegancia.

Marconi nos esperaba.

Sus mejillas y su papada eran todavía modestas, pero ya representaba bien el papel de «sé de qué pie cojeáis y yo soy peor que vosotros».

—Acabáis de hacer muy feliz a cierto heredero —nos dijo.

Rara vez nos daba información sobre el móvil del crimen o quién se lo había encargado. Me lo tomé como un signo de confianza. Podía deducir de aquello que, a su manera, Burger era un buen profesional. Marconi no solía equivocarse en estas cuestiones. Hubo un silencio que el chico y yo intentamos llenar con una sonrisa.

—No quiero saberlo —dijo Burger.

—Relájate, Burger. Uno puede ser un buen asesino sin tener por qué ser pomposo o fúnebre.

Siempre he sido capaz de reconstruir mentalmente cualquier pieza musical. Cada una de las notas de una melodía. En alta fidelidad. Soy como una gramola. Desgraciadamente, no puedo demostrarle a nadie este prodigio, deben confiar en mi palabra.

De todos modos, qué alegría y alivio saber que mi mundo se va a ver libre de alguien como Burger. Los Who resuenan en mi cabeza:

And it's a bargain, the best I ever had.

Me giro dos o tres veces por reflejo para ver si el tipo ha decidido seguirme o si su presencia allí se debe al azar. Pero no me sigue. Yo formo parte del mundo de los jubilados de Largos, no del de sus asesinos. Puedo relajarme, sentirme ligero y transparente como el viento.

Entro en mi jardín en el mismo momento en que suena el timbre de la puerta. Interrumpiendo el solo de Townshend que suena en mi cabeza. Recorro la casa para ir a abrir la puerta.

Perle.

Sostiene a Luna en un brazo y una muleta en el otro. Ha corrido. Está demasiado sofocada y no puede hablar.

Una de mis aptitudes más elementales es que sé reconocer el drama cuando está a punto de desencadenarse, cuando apenas se vislumbra. Distingo perfectamente en qué momento alguien acaba de convertirse en víctima. En eso consistió mi trabajo en cierta época.

La miro y a mi mente acuden palabras como: ineludible, fatalidad y consuelo imposible.

—¿Qué sucede?

—Al —responde ella.

Las trompetas que se oyen no son las de Jericó precisamente, sino las de una obra maestra del soul: «Tired of Being Alone». Mi gramola acaba de cambiar de registro. La de Al Green es la música con la que me gustaría irme al otro barrio. Creo que a mi edad ésas son las tonterías que uno tiene derecho a pronunciar.

Me estremezco. Siempre he tenido la suerte de saber cuál es la mejor música para un momento o unas circunstancias precisas. Aunque Al Green no suene exactamente a tragedia. Así que recupero la esperanza, y Perle el aliento.

—Al ha desaparecido, Jon. Tengo un mal presentimiento.

Tener un mal presentimiento cuando una es casi una bruja... (Parece un hada, pero es mejor que no os fiéis de las apariencias).

—No digas tonterías.

—Sus botas están todavía en la arena. Y sólo he encontrado su muleta.

Interrumpí a Al Green.

—Bueno, ya es algo.

—No estoy bromeando, abuelo. Estoy segura de que le ha pasado algo.

—Quería decir que entonces podremos devolvérsela.

—No intentes hacerte el optimista. No te pega nada.

Me conoce bien, la verdad.

Conocí a Al, *el* pescador, en cuanto llegué a Largos.

No me pregunté qué hacía ahí. Ese joven formaba parte del paisaje local.

Playa con hombre inmóvil de espaldas.

Como cualquier pescador, estaba siempre frente al mar. Salvo que en él esto era más evidente. Al verlo, uno se podría decir a todas horas: ¡vaya, un hombre de espaldas!

Tardé varios días en acercarme a él.

Lo típico:

—¿Pican?

—Mmmm...

—Yo también solía ser taciturno. Pero uno cambia varias veces de personalidad a lo largo de su vida.

Se giró hacia mí con una sonrisa que quería decir que mejor me callase.

Poseía lo que se dice un aspecto de vaquero, una cara bonita, una falsa apariencia a lo Clint Eastwood en la época gloriosa de los *spaghetti westerns*, sin el cigarrillo. Me fijé en su muleta, plantada al lado. De lejos uno no se daba cuenta, pero de cerca la dislocación de su cadera se hacía evidente. Me respondió con una voz baja pero alegre:

—Me caí de un puente hace cuatro años. Tengo una cadera de titanio.

—No le he preguntado nada.

—La mayoría de la gente no se atreve a preguntarme. Pero todo el mundo se lo pregunta. Me parece que se ha instalado por aquí. Y si voy a tener que verlo a menudo, prefiero que no ande todo el rato preguntándose. De hecho, prefiero que no volvamos a hablar de ello.

—De acuerdo. ¿Cómo se cayó del puente?

—Carretera por la noche en Grecia. Maletas que se caen del techo del autobús. Los demás fueron por la parte de dentro de la barrera de seguridad. Pero yo era más prudente. Decidí ir por la parte de fuera. No vi el vacío. Caí sobre la carretera de abajo. Me desperté en el hospital de Atenas. Lisiado de por vida. Una pensión de invalidez. Y como sueldo complementario, la pesca.

—Así que pican, ¿no?

Al fin y al cabo ésa había sido mi pregunta.

Perle no parecía capaz de hacerse cargo de la situación. Siempre sucede así con los dramas. Los individuos dejan de ser ellos mismos. Hacen gestos inútiles, dicen cosas sin sentido y parecen perdidos. Todo hombre es como una bolsa sorpresa. No hay que abrirla nunca —demasiado riesgo de decepción—, pero si se rompe sola, ya no queda otra: uno ve lo que contenía. Perle lloraba sobre la cabeza de su hija; las lágrimas se deslizaban por el pelo de la pequeña. Le transmitía su angustia. Lo que no era bueno para la niña. Cogí a Luna en brazos y sentí cómo su cuerpo se relajaba. Soltó un suspiro de alivio. Me gustan los niños de cuatro años.

Pero Perle seguía retorciéndose las manos. Se sentó en una silla. Se agitaba como un gusano. Se levantó de un salto antes de volver a sentarse de nuevo.

—¿Sabes que en sólo diez minutos has hecho más gestos incoherentes que en los cinco años que hace que te conozco?

—Es la primera vez que Al desaparece sin decir nada.

—Puede que se haya ido al centro.

—Nunca va sin decírmelo.

Reflexioné un momento.

—¿No es tu cumpleaños hoy?

No comprendió inmediatamente el sentido de mi pregunta.

—Tu cumpleaños o el aniversario de vuestra primera cita... o el de una fecha igual de estúpida.

Luna tenía un libro que contaba la historia de un osito al que todo el mundo abandona. Nadie quiere jugar con él. Huyen cuando se acerca, o se callan de golpe. El osito se pasa todo el día lamentándose. Cuando, en realidad, lo que sucede es que le están preparando una fiesta sorpresa de cumpleaños. Y todo acaba bien.

—No es mi cumpleaños, Jon. Ni nuestro aniversario. Además, si se hubiera ido al centro, habría cogido la muleta.

Elemental, querido Watson.

*Nena, ya sabes que ahora me tienes.
Y que siempre estaré a tu lado.*

THE KINKS

En 1965, en Londres, vi en directo al zoquete de Ray Davies y a su excitado hermano. «Tired of Waiting for You», «I'm on an Island», «Milk Cow Blues»... Era algo maravillosamente nuevo. Lo más poético que uno pueda imaginarse.

Hacía un año que estaba con Mado. Su piel era lo más suave que jamás había tocado. Hundir la cabeza entre sus pechos me producía la impresión de haber alcanzado el fin último de mi existencia. Con veinte años.

Lo nuestro iba en serio. Nos dábamos la mano y repasábamos el repertorio de los Kinks, que todavía no era muy extenso, la verdad. Ella tenía un apartamento con dos habitaciones en Queen Square y un tocadiscos de cuarenta y cinco revoluciones. En más de una ocasión crucé medio Londres corriendo para echar un polvo con los Kinks o los Rolling Stones de fondo. Ella estudiaba Filología. Yo tenía un trabajo de emigrante. Algo que sólo podía hacer un hombre fuerte, capaz de cargar peso durante ocho o diez horas sin darse por vencido.

—Me encantan tus músculos —solía decirme ella—. Mis compañeros de la facultad son delgaduchos, pálidos, con gafas enormes y cortes de pelo infernales. Mientras que tu cuerpo parece el de un dios.

Yo le leía a Rimbaud para encontrar palabras que estuvieran a la altura de ese cuerpo venerado. Ya saben cómo vuela el ego de los amantes cuando nada lo retiene.

*¿Qué nos importan, di, amor, los charcos
de sangre y brasa, mil crímenes y largos gritos
de rabia, estos sollozos de un infierno que arrasa
todo orden; y Aquilón triunfando en el derrubio;
y la venganza? ¡Nada!*

Ignoraba el carácter premonitorio de estos versos.

—Adoro tu acento. Me encanta tu voz grave.

Cuando era adolescente, me avergonzaba de mi voz.

—Me encantas —decía ella.

En 1967, Mado me dejó por un compañero de su facultad: delgaducho, pálido, gafas de sabiondo y corte de pelo infernal. De una sola vez sentí todo el dolor destinado a una vida entera. El hastío tardó más en aparecer. No pude reaccionar de peor modo. Me pegué a ella como un chicle. Hasta que ella me dijo:

«No me obligues a ser mala.

Intenta dejar un buen recuerdo.

No arruines la imagen que de ti conservo.

Ya te dije que todo ha acabado.

Y yo a ti ya no te quiero.

Es él quien ocupa mi pensamiento.
Lo demás ya lo he olvidado.
No me cuentes más cuentos.
Porque gozo más a su lado.
Hazlo o te pondré una orden de alejamiento».

Si hubiera podido echarme a patadas, lo habría hecho. Caí de las nubes el día en que vi al hombre por el que me había dejado. Os lo repito: delgaducho, pálido, gafas de sabiondo y corte de pelo infernal. Y encima se permitía ser pretencioso. Me vi obligado a estrechar su mano de enclenque. Él dijo:

—Así que eres tú, el famoso vasco. Parece ser que eres tan fuerte que puedes subir solo una nevera hasta un tercer piso.

(Se refería a la mudanza de Mado, que me había tragado yo solo un mes antes).

—¿Nunca has oído hablar de la fuerza de los vascos? —le pregunté.

—Mi opinión es que la sensibilidad y la inteligencia resultan mucho más útiles que la fuerza física en el mundo moderno.

—Eso es porque nunca has tenido que utilizar la fuerza física.

Esa piltrafa humana me buscaba las cosquillas, pero seguía imperceptiblemente pegado a Mado. Se protegía detrás de ella. Tras unos instantes de reflexión, que probaba la lentitud de sus pensamientos, añadió:

—Sin duda tienes razón. Pero para poder comparar necesitaríamos encontrar a alguien que tuviera no solamente fuerza física, sino también inteligencia y sensibilidad.

Mado se echó a reír. Hubiera preferido estar sordo a escuchar esa risa. Al día siguiente me lo encontré perorando en un grupo que se había reunido en torno a su augusta persona. Mado lo agarraba por la cintura —tan fina como la de una mujer—, y eso le daba seguridad. Había conquistado a la chica más guapa del campus. No hubiera debido acercarme, pero lo hice. Y oí lo que decía:

—... su lugar está en la fábrica, entre los trabajadores de mi padre.

Me costó un rato comprender que se refería a los Kinks, a los Zombies e incluso a los Beatles. Todos los grupos de las clases populares.

—Es un neodandi —me dijo un tipo al que no le había preguntado nada—. Le gusta *provocar*.

Todos los chicos de ese grupo —Mado era la única mujer— llevaban camisetas con chorreras y mangas con puntillas. El novio de mi novia hablaba un inglés aristocrático. Sus aires de superioridad me daban ganas de vomitar.

—Aquéllos que tocan música de negros acaban follando con negros.

—Su punto de vista es *ultraminoritario* —me explicó el tipo.

Aquello parecía bastar para despertar su entusiasmo.

—Esperemos que lo siga siendo —dije yo.

Respecto a Mado, parecía pura y simplemente fascinada. Recordaba el tiempo en que se contentaba con admirar mis músculos. Os aseguro que esto puede bajarle a uno mucho la moral.

Vale, me encuentro entre los peores. Pero sin duda no soy la peor persona del mundo. Por ejemplo, no soy racista. No lo he sido nunca y nunca lo seré. Aborrezco a la especie humana sin distinción de razas. Allí había estudiantes negros a los que nadie hablaba nunca. Se decía que eran hijos de ministros de sus países. Fui a verlos y les expliqué lisa y llanamente lo que se decía a pocos metros. Puede que fuera un poco perverso por mi parte, pero la estratagema funcionó a la perfección. Los estudiantes negros se unieron al grupo sin venirse abajo. Numéricamente hablando, eran una *ultraminoría*. Y como yo no soy precisamente un gallina, me puse a su lado dispuesto a unirme a la causa. La voz del orador fue atenuándose. Dejó de hablar y palideció.

—¡Eh, tú! —dijo uno de los negros en voz alta—. Parece que tienes que decirnos algo a los negros.

La reacción del estudiante fue lamentable. Se puso a temblar y se encogió sobre sí mismo. El negro más grande lo agarró del cuello y le acercó la cara a la suya. Sus narices casi se tocaron.

—¡Buh! —exclamó.

El nuevo novio de Mado se desplomó entre convulsiones y comenzó a pedir socorro.

Los estudiantes negros se partían de risa.

—Con colonos como éstos es fácil comprender por qué los indios no necesitaron la fuerza para liberar a su país.

Fue entonces cuando comprendí mi error. En vez de sentir vergüenza, Mado se arrodilló al lado de su novio y, con ternura y delicadeza, cogió entre sus manos la cabeza del desgraciado.

De todos los homicidios que he cometido en mi vida sólo uno hubiera podido mandarme a la cárcel para el resto de mis días: el primero, el que consolidó mi vocación. Sin querer vanagloriarme, el resto podrían considerarse «crímenes perfectos». «Nada de lo que hago deja rastros»: lo que hubiera podido ser la frase con la que un romántico demostrase su frustración era para mí un credo.

El apartamento del tercer piso se podía reconocer por los toldos rojos con la marca de Coca-Cola. Mi primera intención había sido la de recuperar mi tocadiscos.

Siempre he sido un excelente escalador, y la ascensión libre no me da nada de miedo. No tengo nada de vértigo. Soy de los Pirineos. La ventana de la habitación estaba abierta y la persiana bajada hasta la mitad. Podía escuchar los gemidos. Los

grititos en inglés. Estaban haciendo el amor. Me quedé escondido en el balcón observándolos. Sufrí como un animal viendo el culo de Mado agitarse sobre una verga tan blanca como el cirio de una iglesia.

Después de bajar con cuidado de no caer, me quedé frente al edificio un tiempo indefinido. Me escondí detrás de un arbusto. El sol había comenzado a ponerse cuando salió el estudiante. Les aseguro que en torno a él brillaba un halo de autosatisfacción.

La gloria de los demás es una bandera que te plantan sobre los hombros, en la base del cuello. Lo seguí hasta su casa. No se giró ni una sola vez. Vivía en una especie de casa solariega, en un barrio de aristócratas. Había una cabina en una esquina de su calle. La voz risueña de Mado se enfrió cuando escuchó la mía.

—Ah, eres tú.

—Te llamo desde Francia. He vuelto a casa.

Añadí que me había hecho sufrir mucho.

—Lo siento.

—También me diste mucho. Toda la alegría que he podido tener en mi vida.

¿Eran mis palabras una amenaza de suicidio?

Por su voz, Mado parecía asqueada:

—Por favor, no vuelvas a llamarme.

Después de rodear la casa por el jardín, abrí una ventana de la parte de atrás y subí hasta el primer piso. Aparentemente, estaba vacía. El sonido de un transistor en el que sonaban los Beatles me condujo hasta él. Estaba en el cuarto de baño, lavándose el pene con un algodón impregnado con desinfectante. Cuando me vio, gritó:

—¡No me he acostado con ella!

—No mientas o morirás en pecado.

Le metí un rollo de papel higiénico en la boca tras haberlo humedecido en el váter. Funcionó. Ni un solo ruido. Ni un borboteo. Sólo sus ojos desorbitados por el miedo.

—Cuando termines de respirar podremos pasar a otra cosa.

Su maquinilla de afeitar era una Wilkinson. Le corté las venas de la muñeca izquierda. Aquel tipo no poseía ningún aliento vital que hiciera honor a ese nombre. Se dejaba. Peor: se dejaba ir. Debía de pensar que si no oponía ninguna resistencia, yo podría cometer un error. Que le daría alguna oportunidad gracias a cualquier negligencia. Había apostado su vida a que yo cometería alguna imprudencia. Aquél no era ni un *human being*, como dicen los ingleses.

—Eres indigno de ella.

Hay que reconocer que después de mí...

Tras estas hermosas palabras, lo instalé en la bañera y cerré la puerta. Luego

esperé a que se muriera antes de sacarle el rollo de papel higiénico de la boca. Sin duda habían quedado restos de papel en su esófago. No había sido un crimen perfecto, perfecto. Pero ya mejoraría con los años.

Sólo esperaba que no fuera Mado quien lo descubriese.

En el ferry que me llevaba a Calais en mi cabeza sonaba una y otra vez «Waterloo Sunset».

Una hermosa canción.

Necesitaba un poco de tiempo para reflexionar. Le dije:

—Prepárate un café y después iremos en su búsqueda.

Como vi que no quería esperar, precisé:

—Perdona, tengo que hacer *una cosa* antes.

Y me encerré en el cuarto de baño.

Dado que siempre me ha resultado imposible hacer dos cosas a la vez, cuando tiré de la cadena había progresado poco en mi proceso inquisitivo. No obstante, mientras me lavaba las manos me asaltó esta profunda reflexión:

¡No puede ser casualidad!

Un escalofrío me recorrió el espinazo (sí, esa parte del cuerpo que resulta tan fácil de localizar). ¿Os acordáis de la película *Harry, un amigo que os quiere*, cuando el tipo descubre que su amigo ha ido matando a todos sus conocidos? Pues me refiero a ese tipo de impresión. Pero no era nada seguro. Puse mi mano sobre el hombro de Perle. Estaba dando de mamar a Luna —con cuatro años, me parece que exagera—. La retiró y una gota de leche todavía perlaba su pezón.

—Podemos irnos.

No sabía adónde. Ni adónde podría llevarnos todo aquello. Pero repetí:

—Venga, vamos.

Sobra decir que el trayecto hacia la playa lo hice con «Chercher le garçon» en la cabeza, la mejor canción de Taxi Girl. Es una melodía brillante e insidiosa. ¿La conocéis?

Chercher le garçon

Trouver son nom.

No intercambiamos ninguna palabra. Luna, sobre mis hombros, me retorció el pelo como siempre. De manera que luego se me forman nudos que no se pueden desenredar, verdaderas rastas.

Si Burger había venido a Largos, sin duda era para trabajar. ¿Podía ser Al el objeto de un contrato de asesinato? La respuesta parecía ser «evidentemente, no».

—Aparecerá.

La pregunta subsidiaria era: ¿tiene algo que ver conmigo la presencia de Burger? La respuesta también debía ser «evidentemente, no». Si alguien me hubiera endosado un contrato, habría muerto antes de darme cuenta. Me habría pillado desprevenido y me habría liquidado.

—Aparecerá.

Ahora ya no estaba tan seguro del postulado «no puede ser casualidad». Me costaba adoptar una opinión. Me daba cuenta de que estaba caminando en círculos. Y

debo confesar que no tenía ningún don ni ninguna motivación para buscar a quien no debía matar.

—Aparecerá.

—¿Podrías dejar de repetir eso? Bastante estresada estoy ya.

Un cuarto de hora más tarde estábamos en la playa. La canción de Taxi Girl ocupaba todos mis pensamientos, aplastando cualquier perspectiva de investigación seria.

Sur un écran géant

Une tache de sang.

Un ritmo diabólicamente sincopado, inspirado en los Stranglers. Sin duda, una de las mejores canciones francesas de todos los tiempos.

—¿En qué piensas?

No podía responderle que en Taxi Girl.

—¿Has pasado por su casa?

Ella suspiró ante la respuesta tan evidente.

—Como no lo vi en la playa, pasé por su casa. Y como no estaba, regresé a la playa.

—Y luego viniste directamente a mi casa.

—Sí.

Tantas palabras pronunciadas para nada. Sólo porque no sabíamos qué decir.

—Intenta acordarte. ¿Podrías rehacer el camino que seguiste? ¿Por dónde llegaste la primera vez?

—Bueno, por allí...

Su brazo señaló lo alto de la playa. Una especie de explanada entre las dunas, con el Cap'tain —un bar al que suelo acudir y cuyo dueño es amigo mío— a un lado, y un restaurante para turistas al otro (no lo probéis, es una trampa mortal. Las raciones de salmón tienen sólo sesenta gramos y las patatas fritas están crudas).

—Como todos los días, me detuve para saludar a Al, algo que no es demasiado difícil porque siempre está allí o en la barra.

—Sí, cómo no.

—Pero no estaba. Así que bajé la duna corriendo.

(Las dunas no se bajan corriendo. Se bajan rodando. Eso es algo que se aprende de niño).

—Creí ver su cuerpo tirado sobre la arena. Así que me dije: ¡mierda, le pasa algo! Avancé con un nudo en el estómago. Veía sus cañas de pesca abandonadas a su suerte, con los hilos hundidos entre las olas. Me puse a correr más rápido, gritando: «¡Al!». Iba a decirle: «¡Al, te he buscado por todas partes! ¿Qué haces tirado en la

arena?».

—¿Y entonces? —me impacienté yo.

—No era él.

—Ya me extrañaba a mí.

—¡Era el gilipollas de Flamby! Estaba dormido con el cigarro entre los labios. Y con la botella de ron al lado. Borracho como una cuba.

—¿Lo confundiste con Al?

—Una vez que me acerqué, ya no. Sólo de lejos... Le empujé el culo con el pie mientras le decía: «Estás totalmente borracho, Flamby. ¿Se puede saber a qué esperas? ¿A que te lleven las olas?».

—Dime la verdad. ¿Llevaba su sudadera azul?

—Sí, se sobresaltó y se me quedó mirando como un paranoico. Temblaba muchísimo. Le dije: «¿Has visto a Al?». Y entonces creí que se le iba la pinza. Dijo tres veces: «No, no lo he visto». Lo flipaba tanto que parecía que acabara de asistir al día del Juicio Final. «No me acuerdo de nada», se empeñó en repetirme. No sé, era como si intentara convencerse a sí mismo.

Los ojos inyectados en sangre de Flamby borracho, y su aliento, tan atroz que incluso allí, con la brisa del mar, debía de resultar insoportable. Lo conozco de sobra. He presenciado mil veces los esfuerzos sobrehumanos de Flamby cuando no consigue volver al mundo de los vivos. Observé a Perle, que reflexionaba, e intenté reflexionar con ella. Su voz parecía rota cuando dijo:

—Consiguió encender su cigarrillo y se marchó mientras se disculpaba por las molestias.

Flamby es el típico calvo, gordo como el muñeco de Michelin, que va en bicicleta por la playa como si fuera un cuadro surrealista. Conozco sus trucos de poca monta y su hipocresía marinada en alcohol. Es un habitual del Cap'tain, donde bebe a espuestas por el morro. Jean-Luc se deja tomar el pelo y le paga los tragos. Finge una admiración sin límites por nuestro saber enciclopédico.

—Sois unos eruditos —dijo en una ocasión.

—¿Eruditos en materia de rock y de soul?

—Sí. Yo también tengo estudios. Fui a la universidad, y sé reconocer a los hombres de cultura —aseguró.

—¿Dices que se excusó?

—Sí, ya sabes que los alcohólicos están siempre disculpándose.

Ella sabe lo que se dice.

—Debemos empezar por encontrarlo —dije yo.

Volví a trabajar con Burger a mitad de los noventa, y siempre con el mismo conductor. El chico tenía ya casi treinta años. Se estaba quedando calvo, pero mantenía su cara de ángel y conducía de un modo impecable (de cómo se conducía en el resto de cosas no podría hablar). Yo no había perdido el pelo, pero se me había vuelto blanco.

—En un asesino, semejante cabellera blanca no resulta muy discreta.

El chico se llamaba Valentin. A Burger le caía gordo. Ya no era un niño, pero yo seguía tratándolo como tal. Había trabajado bastante con él. Me gustaba cómo cruzaba las ciudades a cincuenta por hora escuchando buena música. Era el cantante de un grupo que comenzaba a hacerse famoso. Los Fucking Puppets. Solía repetirle:

—Sería mejor que te centraras en eso y dejaras de hacer estas estupideces.

—Sí, pero entonces ¿quién pagaría nuestro próximo álbum?

Nos gustaba chincharnos.

El coche era un Mercedes blanco. Beck acababa de sacar *Odelay*. Era una noche tormentosa. Nos perseguían dos policías en moto. La carretera era sinuosa. Los neumáticos rechinaban en cada curva. Burger apagó la música sin decir nada. Así que Valentin le gritó:

—Tío, si no vuelves a poner la música, no podré sacarnos de ésta.

Necesitaba la música para poder conducir. No era negociable. Burger hizo lo que le decía.

«Novacane» a toda caña. Algo con lo que crispas a un viejo.

—Ya nos veremos las caras luego, pequeño imbécil.

Lo que más le había molestado era que le llamara «tío».

Yo estaba dispuesto a defender al chico en el caso de que saliéramos de ésta. Pero por el momento teníamos otras cosas de las que preocuparnos. Las motos que nos pisaban los talones eran atosigantes. Se mantenían a una distancia prudente, pero no había quién las despistara. Sus faros desaparecían y aparecían al ritmo de las curvas.

—Nos van a acompañar hasta el próximo control de policía —dije yo.

(El País Vasco es un lugar en el que este tipo de dispositivos se colocan con mucha rapidez).

—Si no hubieras superado el límite de velocidad, subnormal, no estaríamos así —dijo Burger.

Le había quitado el seguro a su revólver y estaba listo para disparar a través de la puerta del maletero.

—Jamás había visto un radar en plena noche en un pueblo de montaña —se justificó el chico.

Algunas curvas las hacía sobre dos ruedas. Había que tener un par de huevos cuando las ruedas del coche se despegaban del asfalto. Se podía sentir el vacío. Pero Valentin tenía unos reflejos tremendos.

Uno de los policías se salió de la cuneta en una de las curvas y acabó en el barro, pero pudo retomar la persecución. A partir de ese momento empezaron a frenar. Debían de haber reflexionado sobre la vida, o hasta dónde podían llegar en el cumplimiento del deber. A diferencia de los asesinos, los policías suelen ser padres de familia.

—No tienes críos, Valentin.

No era una pregunta. Sólo pretendía recordárselo.

Tuvo una idea genial. Apagó los faros y no giró en la siguiente curva. Cogió en cambio un camino que salía de la carretera en diagonal. Íbamos a noventa por hora en plena oscuridad. El barro bajo las ruedas nos daba la sensación de no tocar suelo, como si hubiéramos echado a volar. El camino se perdía en mitad del bosque, entre cientos de arbustos que golpeaban el parabrisas. Pero Valentin consiguió pasar entre los árboles. Sus brazos sobre el volante parecían duplicar su volumen. Planeábamos entre las hayas. Sus troncos gruesos y grises como patas de elefante desfilaban a ambos lados.

¡Joder! Todo pasaba tan rápido que uno apenas se sentía a sí mismo, no sé si conocerán ese estado de conciencia.

Burger no fue capaz contenerse un pedo (lo juro). El chico lanzó un grito de guerra. Yo recé a Dios por primera vez desde mi primera comunión (que en mi caso equivaldría a la negación de San Pedro cuando cantó el gallo).

Cuando el motor se detuvo, abrí la puerta. Podíamos oír las motos alejándose hacia el valle. Después, el silencio. Profundo, como suele serlo en las noches en el bosque. Pero no tuvimos tiempo de saborearlo. Escuchamos el clic de un revólver y el cañón del arma se apoyó en la cabeza del chico.

—¡Ahora vas a pagármela, pirado!

Después, el clic de mi propia arma y el cañón apuntando a la cabeza de Burger.

—Creo que lo mejor es que nos calmemos.

Valentin simplemente dijo:

—Yo ya estoy tranquilo. Venga, vamos, que os llevo.

Dimos marcha atrás y partimos en dirección contraria, hacia cielos más clementes, donde los motoristas y los policías vascos jamás nos buscarían.

—El chico tiene nervios de acero —dije—. Hubiera sido una pena perderlo.

Después de esa ocasión, le dije a Marconi que mejor no volviera a contar conmigo para trabajar con Burger.

Jean-Luc, el dueño del Cap'tain (ya os explicaré más tarde cómo nos hicimos amigos), no tenía la dirección de Flamby.

—No me sé todas las direcciones de mis clientes.

Estaba claro.

—Sólo sé que puede ver el océano desde su casa. Mil veces me ha contado lo mucho que disfruta al mear sobre la arena desde la ventana de su habitación. Es lo primero que hace nada más levantarse: mear todo el alcohol que ha ingerido durante la noche.

—No hay muchas casas desde las que se vea el mar. Sólo hay una docena desde aquí hasta la playa norte. No debería ser muy difícil encontrar su *sweet home*.

Perle y yo echamos a andar sobre la cresta de la duna. Le habíamos dejado a Luna a Jean-Luc. Le había prometido que le enseñaría a bailar reggae. Tuve ganas de decir: «El reggae no se enseña», pero no era el momento. Casi me echo a reír cuando vi a Jean-Luc y a la pequeña agitándose tontamente al ritmo de «Bad Card». Pero tampoco era el momento de reírse.

Tablones de madera unían las casas. Eran grandes casas de estilo colonial, de la época en la que los de Burdeos conquistaron las Landas. Con techos sostenidos por columnas que descendían para proteger las cañerías de la lluvia y del viento y que formaban galerías en las que había sillas de jardín, balancines y hamacas. Muy mono. Cuando uno tiene dinero para colonizar las dunas, ¿por qué privarse de todo lo demás?

—¡Vaya! ¡Quién lo diría! ¡Ese Flamby maloliente, con su sudadera asquerosa y que no se ducha en todo el día, es un millonario! —dijo Perle.

—Sin duda es un hijo de una buena familia que se descarrió. No se compran casas en las dunas, se heredan. Se puede ser propietario de una casona y ser tan pobre como un mendigo.

Hacía unos veinte años la construcción en las dunas todavía tenía valor, pero ahora que el océano había comenzado a ascender por las dunas, esas casas sólo tenían lo que suele llamarse «un valor inestimable». No sólo hubiera sido imposible pagarlo, sino que además era un mal emplazamiento y una mala decisión. Únicamente para mí, si me hubieran concedido un préstamo, hubiera sido una buena compra: una casa sin futuro para un tipo sin futuro. ¡Pero a ver quién es el guapo que encuentra un banquero sensible a esta lógica!

Conté once casas. Habíamos llegado a la última y algo me dijo que era la buena. Aislada, vieja y deprimente. Era el equivalente inmobiliario del mugriento de Flamby.

Recogí de la arena un vaso de cerveza. El suelo estaba cubierto de colillas.

—Es aquí —dije.

El camino de tablas no llegaba hasta la entrada. Anduvimos sobre la arena

mullida. Imaginé a Flamby zigzagueando penosamente en ese mismo lugar cada vez que volvía de una de sus borracheras. Me imaginaba que nos lo encontraríamos con un cubo lleno de vómito junto a su cama. No me molesté en llamar y entré delante de Perle en una habitación espaciosa pero oscura.

—¡Joder, cómo huele!

Latas de conservas y cajas de pizza cubrían los muebles e incluso el suelo.

—Ni que estuviéramos en el antro de un asesino en serie —dijo Perle—. No lo digo por ti.

El resto de habitaciones de la casa estaban más ordenadas. Era evidente que Flamby sólo vivía entre la sala de estar y la cocina.

—No está.

—No debe de andar muy lejos. Acabará por volver.

Fuimos a casa de Al. Estaba justo al lado. Su apartamento se encontraba en el segundo piso de una casa cuya planta baja estaba ocupada por una familia que se había anexionado el jardín común.

Perle se puso a sollozar en cuanto entró. La bolsa sorpresa contenía una muñeca con el corazón roto. Me dieron ganas de acariciarle el pelo como a un niño pequeño al que hay que consolar. Yo nunca había estado allí. Pequeño, limpio y con una terraza que daba a un pedazo de océano encajonado entre dos edificios. Habitable. E incluso más que eso si se tiene en cuenta la calidad de los muebles y de los objetos de valor que había por todas partes. Una litografía decoraba la única pared libre del salón. Era la reproducción de una obra que había visto durante uno de mis viajes a Nueva York.

—*Guns* —dije—. De Andy Warhol.

La obra ideal para un asesino al que le guste el arte. Una pistola y sangre. Eché un ojo a la biblioteca. Había mucha literatura japonesa. Y muchas ediciones buenas.

—Cuando vuelva Al debería hablar un poco con él. Tenemos gustos parecidos.

—Pues sí, estaría bien que hablaras con Al de otra cosa que no sea la pesca o el tiempo.

Me pregunté si en el tono de Perle no había un ligero reproche.

—¿Crees que puedo llevarme éstos?

Eran *El camino de la espada* y *La luz perfecta*, del ciclo *Musashi* de Eiji Yoshikawa.

—Así cuando nos veamos podremos intercambiar impresiones.

Con mi comentario, ¿no acababa de insuflar sutilmente una gota de optimismo?

Ella no fue tan sensible a mi delicadeza.

—Si tienes cabeza para leer... no te cortes.

Perle no es lo que se podría considerar una chica fácil. En ningún sentido del término.

Cuando decidí instalarme en Largos, lo hice para descubrir una nueva manera de ver la vida. Y para que nadie volviera a hablarme de finiquitar a un pobre desgraciado; que se acabaran los castigos a rateros de poca monta, las palizas, los disparos dirigidos a desconocidos.

Había tomado una decisión: se acabaron las muertes. Mado debía de tener ahora unos sesenta años —si todavía seguía con vida— y su pecho seguramente había perdido toda su firmeza. Estaba dispuesto a olvidar la pila de cadáveres que había dejado atrás por su culpa.

Del pasado sólo había conservado los libros y los discos acumulados con el paso de los años. Estaba literalmente rodeado de ellos. Mi biblioteca cubría todas las paredes de la planta baja de mi casa. Sólo los discos compactos y los vinilos ocupaban una pared entera.

Mi casa no era grande, pero tenía carácter: una chimenea, terrazo rojo en el suelo, un calor particular y el alma de los pescadores que vivían en ella antiguamente.

El jardín estaba un poco descuidado, pero me gustaba así, con sus árboles sin podar y las vías del tren que se entreveían a través de una cortina de bambú. Para mí aquello era una réplica del jardín del Edén, pero sin todo ese aspecto grandilocuente, el lado parque público, que tiene el paraíso terrenal.

El de los vecinos estaba todavía más descuidado que el mío. La única ocasión en la que había intentado establecer una conversación con uno de ellos, el marido me había dicho:

—Mejor que cada uno viva a su aire y se acabó.

Luego escupió en mi dirección.

Quizá yo no estuviera de acuerdo con sus formas, pero sí con el fondo. Yo también escupí, pero a otro lado. Y así quedó sellado nuestro acuerdo.

Su mujer es todavía más vieja y más inmunda que él. Además, también está más loca. Pero afortunadamente están tan sordos que ni siquiera con Led Zeppelin a tope —la famosa «Immigrant Song»— se inmutan.

Era una hermosa tarde de primavera, la primera en mi nueva casa, la primera de mi nueva vida, cuando oí gritos de mujer.

Una mujer joven. Gritos desesperados. Declaré:

—No, no, esto no es asunto mío —pronuncié aquello en voz alta, para que me quedara bien claro.

Pero los gritos se transformaron en alaridos, así que me dije:

—Vamos a ver.

Me levanté. El grito provenía de la casa contigua a la de mis encantadores vecinos.

—¡Socorro! —gritó alguien claramente.

Llegué antes de que la ventana se cerrara y ahogara del todo los gritos.

Hubiera podido pasar por el jardín cruzando las vías del tren, pero no está bien entrar en la casa de la gente por la parte de atrás. Eso era algo que no debía hacer en mi nueva vida.

De modo que salí a la calle. Había que prestar mucha atención para poder escuchar los gritos a través de las ventanas cerradas. La puerta de entrada de la casa estaba ornamentada; en el dintel había una gran corona mortuoria seca con un letrero que decía:

DISNEYLAND LARGOS

Me puse de puntillas para asomarme a la ventana de la que provenían los gritos de angustia. Entonces vi la cara deformada de una joven, con la mejilla aplastada contra el tablero de una mesa de cocina.

Un tipo desnudo detrás de ella golpeaba su cabeza mientras la follaba por detrás.

La puerta estaba abierta. Entré sin decir hola, ni disculpen, ni nada. Agarré al tipo por las caderas como si fuera a ser yo el que... y tiré de él con violencia. Se sorprendió, ya que no me había oído entrar. Ella también se sorprendió.

Con todas mis fuerzas arrojé a ese cerdo hacia la puerta de la nevera. Con su sexo por delante. Un remedio magnífico para calmar cualquier clase de erección. Pero el tipo se recuperó con rapidez y me dio un puñetazo en la barbilla. Tenía un aspecto compacto. Con músculos y grasa mezclados y tatuajes por la espalda. Muy mala pinta. Su erección se mantenía firme. Un demonio. No me sería tan fácil deshacerme de él.

Conseguí darle una patada en el hígado y otra en toda la cara, de modo que casi la hice rotar completamente. Yo debía de tener el aspecto de un hombre viejo pero fuerte, a pesar de mi pelo blanco, mi perilla, mi gabardina y la gorra de marinero que llevaba encasquetada en la cabeza. Era consciente de que la mujer me estaba contemplando.

Él se lanzó sobre mí y me rodeó con sus brazos, como si fuera un luchador de sumo. Me eché hacia un lado antes de que tuviera tiempo de elevarme.

Caímos los dos al suelo.

Lo cogí de la cara y metí mis dedos índices en sus ojos, hasta el fondo.

Sentí cómo su cuerpo se ponía flácido.

Acababa de perder el conocimiento.

—¿Y ahora qué hago? —le pregunté a la chica.

—Es usted un gran luchador.

La mujer había tenido tiempo de volver a ponerse su ropa: una especie de vestido-camiseta con un dibujo de la Union Jack y unas bragas, nada más.

—¿Está muerto?

—Todavía no. ¿Es su novio?

—Digamos que es alguien que no se me despega desde hace meses.

Era una chica guapa. Unos veinticinco años. El chico seguía inconsciente. Había que actuar rápidamente.

—Puedo librarme de él.

—¿Haría eso por mí?

—A cambio sólo le pido que no lo comente por ahí.

—¿Ha hecho alguna vez algo así?

Enseguida se arrepintió de su pregunta.

—No pretendía ser indiscreta.

Hice como si no la hubiera escuchado.

El cuerpo del tatuado tenía numerosos moratones, anteriores a nuestra lucha: un camorrero, un tío repugnante. Comenzó a moverse y a gruñir. Su boca producía pompas de baba. Era el momento de tomar una decisión.

—Quizá pueda volver a apretarle los ojos —sugirió la mujer.

—No, es mejor que lo llevemos como está al jardín para que tome el aire.

Le guiñé un ojo; no debíamos levantar sospechas en el tipo. Despertar el instinto de supervivencia de una víctima, por muy atontada que esté, puede provocar que reaccione con la energía de la desesperación. Y que consiga hacer girar las tornas. Con mi gesto y mi tono calmado conseguí que se volviera tan pasivo como un enfermo bajo cuidados paliativos y se dejara trasladar hasta el fondo del jardín sin hacer el menor ademán.

Lo dejamos en el suelo, no lejos de las vías del tren.

Perle fue a buscar una pala y luego le dio varios golpes con ella en la cabeza. Miró su reloj.

—En seis minutos tiene que pasar un tren.

Lo instalamos sobre las vías. Las pompas de su boca eran ahora de color rojo. Nos quedamos cerca por si se le ocurría recuperar la consciencia.

—¿Hay mucha gente que sepa que ese hombre es pareja suya?

—Nadie. Tiene mujer y dos niños. Así que siempre fue muy discreto.

El tren ni siquiera frenó. Los conductores no habían visto nada. Le dije:

—Tendremos que declarar que fue un accidente.

—Hay unos niños que se dedican a jugar al otro lado de las vías, en el bosque. Yo nunca paseo por allí. Acabarán por encontrarlo tarde o temprano.

Se limpió las palmas de las manos sobre sus nalgas y luego se alisó el vestido.

—¿Sabe cuál era la palabra que más le gustaba decir?

La pregunta era retórica.

—«¡Aplástame!».

Se echó a reír. Me sorprendió lo poco que había tardado en recuperarse.

El cese de mis actividades como criminal sólo había durado tres meses.

Y eso a pesar de mis buenas intenciones.

Nadie puede escapar de sus aptitudes. Uno siempre termina por ejercerlas cuando alguien lo necesita. Tomemos el ejemplo de un médico: a su alrededor siempre se producirán accidentes o habrá enfermos que padezcan una crisis o niños que se dediquen a comer pendientes.

Se podía decir que acababa de cometer mi asesinato número treinta y tres. Y aunque hubiera pasado de ser profesional a ser un simple experto, también se podía decir que había regresado a las andadas. ¿Acaso era como uno de esos jubilados que ponen en práctica sus habilidades de manera altruista? Aquella noche no pude pegar ojo.

Al día siguiente no era tan temprano cuando me dirigí hacia la playa. Necesitaba ver gente y no pensar en nada tras el acontecimiento del día anterior y la mala noche que acababa de pasar.

El dueño del Cap'tain estaba fregando la terraza. Era una terraza protegida de los vientos gracias a una pared vidriada. Percibí enseguida que era simpático, así que le pregunté:

—¿Necesita que le eche una mano?

Un tío vestido de cuero y con piercings cuando la mayoría de su clientela lleva pantalones rosas y tangas... Una muestra de personalidad.

—La moda surfera no está hecha para mí.

La aclaración sobraba.

Hacia las diez y media estábamos listos para recibir a la ya mencionada clientela.

Me dijo:

—¿Le apetecerían unas ostras?

Me pareció un salario aceptable.

—A estas horas suelo zamparme una docenita —me dijo mientras se frotaba las manos.

No eran ostras corrientes. Eran de color verde esmeralda y tenían grandes pestañas negras. Recordaban a los ojos de las mujeres. Sabían a gloria.

—Ostras de Claire —dijo con orgullo.

Sirvió un pacharán.

—Perfecto —dije.

Tuve ganas de añadir: «Y vio que era bueno en gran manera», como se supone que había dicho Dios tras la creación del mundo. Y justo me sentía así, como el Dios del Antiguo Testamento: severo, justo y brutal.

Mi nuevo amigo se levantó para ir a poner música y enseguida distinguí los primeros acordes de «Don't Look Back».

—No le molesta la música, ¿verdad?

—¡The Remains! ¿A quién podrían molestarle?

Por supuesto, no tuve en cuenta a las dos pijas que acababan de sentarse en la mesa de al lado; una de ellas era verdaderamente hermosa.

Ya empezaban a clamar al cielo.

—¿Señoras? —dijo el dueño girándose hacia ellas.

—¿Podría bajar la música? Hemos venido aquí a escuchar el mar, no hard rock.

¿Hard rock? ¡Joder!

—Bueno, el mar está un poco visto. Lautréamont lo comparó en una ocasión con un moratón: «¡Te saludo, viejo océano!... Te pareces proporcionalmente a esas marcas azuladas que se ven en las espaldas magulladas de los grumetes»... *Los cantos de Maldoror*.

Acababa de hacerme un amigo: Jean-Luc Taureau.

Cada vez que pasaba por delante de DISNEYLAND LARGOS no podía evitar mirar por la ventana a través de la cual había vislumbrado la cara suplicante de Perle.

Dos días después de haberla liberado de su acosador, pude escuchar la siguiente conversación en el estanco:

—¿Viste al tipo que acabó destripado por el tren?

(El que acababa de hablar era un crápula de primer orden).

—Los del tren ni siquiera se inmutaron. Parece ser que el desgraciado quedó hecho papilla, no veas lo que les costó limpiar las vías.

(El otro también tenía pinta de alcohólico).

—No tienen ni idea de quién es.

—Si nadie lo ha reclamado será que era un pobre pringado.

—Sería un gitano de mierda.

Dejé a aquellos dos tipos cocerse en su maledicencia y regresé a mi jardín para meditar aquella idea infernal:

«Si nadie lo ha reclamado será que era un pobre pringado».

¿Acaso alguien reclamaría mi cuerpo si en ese momento dejara el mundo y cruzara hacia el más allá?

Estuve varias semanas sin ver a la mujer a la que había liberado. Pero una mañana:

Ding dong.

Estaba en pelotas en la ducha, a punto de reparar la puerta corredera.

Ding dong.

Era raro que alguien llamara a mi puerta. Tanto como escuchar aquel sonido:

Ding dong

Me tomé mi tiempo para ponerme el pantalón y uno de mis famosos polos de marinero. Fui a abrir.

Ella estaba en el umbral con los brazos llenos de paquetes.

—¡Ah, por fin!

Me vi obligado a dejarla entrar.

—Está genial su casa —me dijo ella, constatando que aquello no era una cueva prehistórica o la guarida de un oso.

Se plantó delante de la biblioteca y no volvió a dirigirme la palabra. Esperé, intentando averiguar qué contenían aquellos paquetes que había dejado sobre la mesa. Ni se molestó en girarse.

—Hay una botella de champán en la bolsa rosa. Es mejor que la meta en la nevera. Y comida para calentar. Me he pasado toda la mañana preparándola. Espero que le guste la musaka.

Ejecuté (en el buen sentido de la palabra) sus órdenes.

—La escogí por la etiqueta naranja. Espero que sea bueno —dijo mientras yo

sacaba la botella de la bolsa.

Cuando regresé de la cocina con dos copas, ella seguía observando la biblioteca, con la cabeza inclinada para poder leer los lomos de los libros.

Tenía un bonito culo.

—¿Se ha leído todos esos libros?

—¿Quién ha leído todo eso?

Me seguía dando la espalda.

—¿Es usted lectora? —repuse yo observando que su camiseta, que se le subía ligeramente, dejaba entrever, sobre la zona donde la espalda pierde su casto nombre, el límite de un bronceado detenido por un bañador minimalista.

—Sólo leo cuando me aburro. Pero me aburro mucho.

—La vida no tiene muchas cosas. Pero todo lo que le falta está en los libros.

Aquel aforismo, seguramente apócrifo, no consiguió impresionarle.

—Claro.

Sacó al azar *En la niebla eléctrica con muertos confederados*, la obra maestra de James Lee Burke, traducido por Freddy Michalski.

—Me encanta el título. ¿Me lo prestaría?

—No presto libros.

—Oh...

—Sólo los regalo. Jamás vi que nadie devolviera un libro que se le hubiera prestado.

—Se lo devolveré. Le cogeré éste y... ¿me recomienda otro?

—*Blackburn*, de Bradley Danton. Es la historia de un asesino que siempre tiene buenos motivos para hacer lo que hace. Estoy seguro de que le divertirá.

Fue a meter los libros en su bolso. Después avanzó hacia mí.

—Esos paquetes son regalos para usted.

Sus largas pestañas negras parecían dos mariposas que se sostuvieran sobre dos flores. Sus ojos tenían el color de los troncos de los pinos cuando el sol los roza mientras se pone. Yo había conseguido incluso hacer abstracción del piercing que interrumpía la curva de sus cejas. Una capa de maquillaje empañaba ligeramente su cara. No era precisamente una experta en chapa y pintura, pero tampoco le quedaba mal.

—Como usted es mi ángel de la guarda...

Un ángel exterminador, más bien.

—... es a usted a quien he decidido contarle la buena nueva. ¿No abre sus regalos?

—Me gustaría saber antes qué es lo que celebramos.

Una sombra oscureció su rostro, pero la alegría regresó enseguida.

—Estoy embarazada —soltó—. Voy a ser madre. Una jodida madre soltera, como

dicen.

Me cruzó un mal pensamiento: estaba embarazada de un pequeño bastardo con los genes de su padre.

Sus ojos brillaban y me pareció, por el espacio de un segundo, que se iba a echar a llorar. Se lanzaría a mis brazos. Los espasmos la recorrerían mientras lloraba sobre mi pecho.

En lugar de eso, elevó su copa de champán y dijo:

—¡Brindemos por la fecundidad!

Los paquetes contenían todo lo necesario para transformar a un viejo lobo de mar en un modelo de elegancia, en plan sesentón exultante. Manifesté mi sorpresa.

—Lo he observado cuando pasa por delante de mi casa y no me gusta su look, como de dueño de barcaza. Un tipo como usted debería vestirse con clase pero informal: una chaqueta, una corbata mal anudada y náuticos (la única concesión que haremos a la marinería).

—¿Incluso para ir de la cafetería al Cap'tain y del puerto marítimo a la playa?

—Sólo haré la vista gorda cuando salga a correr. Eso es todo.

Consiguió que me riera.

Desembalé diferentes prendas caras: unos vaqueros clásicos, camisas de corte impecable, corbatas..., todo de marca.

—Créame, es su estilo. Y visto lo que hizo por mí, yo no podía hacer menos —se sonrojó.

Aquella chica sabía demostrar lo agradecida que estaba. Pero, para ser franco, cuando se presentó en la puerta lo que me pareció fue que quería demostrarme su agradecimiento a través de favores sexuales. Y no digo que hubiera declinado educadamente su ofrecimiento, pero prefería decepcionarme por la falta de éste que por lo contrario.

Sentí cómo raudales de ternura recorrían esos canales afectivos que durante tanto tiempo había tenido abandonados.

Intenté concentrarme en otra cosa para no demostrar mi turbación. Y pensé en mi soledad, lo que hizo que se me saltaran las lágrimas.

—Y sobre todo debe afeitarse esa ridícula perilla. Me recuerda a un enano de jardín. Lo que es incompatible con su estilo de pelear.

Me probé los zapatos italianos. ¿Cómo sabía cuál era mi número? La observé con suspicacia.

—Me van muy bien.

Esperaba sus explicaciones.

—Mientras paseaba, aproveché para entrar en su jardín. Suele dejar allí los zapatos, ¿no? Eso respecto a los zapatos. Y el resto, bueno, también miré la ropa tendida. No es demasiado complicado, como puede comprobar.

Parecía estar muy orgullosa de sí misma.

—Le ha debido de costar una fortuna.

—¿Acaso le he dicho que tenga problemas de dinero?

Parecía ofendida. Tuve que recular y levanté las manos para intentar tranquilizarla.

—De acuerdo, no quería decir que...

—¿Sabe lo que es un perito tasador?

Nunca había oído hablar de esa profesión. Pero ella no esperó a que lo adivinara.

—Es un experto encargado de valorar el precio de las mercancías si un barco se avería. Ahora ya conoce mi trabajo. Gano unos tres mil euros al mes.

En Largos se podía considerar que estaba muy por encima del salario medio.

Sonrió.

—No se preocupe, no es la primera vez que me confunden con una parada de larga duración.

Odio escribir cosas como:

Los meses que siguieron fueron los mejores de mi vida.

O:

Parecía que había desvirgado una parte de mi alma.

El vientre de Perle se redondeó y luego se hinchó como un globo. Sus pezones habían comenzado a parecer tetinas. Se había sumado además a una asociación de mujeres de las que están orgullosas de dar el pecho. Me enseñó las ecografías en blanco y negro. No tenían nada que ver con las fotos de fetos que se pueden ver en la televisión. Era imposible reconocer en ellas a un ser humano.

—Es una niña —me dijo.

Soy tan pesimista que no había pensado en esa posibilidad; sólo había podido imaginar a un pequeño bastardo que habría de parecerse a su padre y que a la edad de once años se convertiría en todo un macho. Mi única esperanza era pensar que Perle sabría corregirlo y que lo educaría para que fuera una persona menos repugnante que su progenitor, aunque de todo ello no me creía ni la mitad. Pero en ningún momento se me había pasado por la cabeza que pudiera ser una niña.

—Genial —dije.

Después nació y yo fui el primero en visitarla.

—Luna —dijo mientras me la tendía—, te presento al abuelito Jon.

Era la primera vez que tenía en mis brazos una vida nueva. Ahora que los canales de la ternura se habían desatascado, ya nada podría detener su torrente.

Se reconoce a un huérfano por el hecho de que no tiene una familia que lo visite en un hospital, tan fácil como eso. Yo era el único que solía visitar a Perle y al bebé.

Cuando miré la cara seria e inofensiva de Luna me di cuenta de que su capital genético era tan claro como el agua: tenía un cien por cien de Perle y un cero por ciento del truhán.

Iba a verlas todos los días.

La sostenía en brazos con todo su peso y ella me sonreía. ¡Joder, cómo pesan las nuevas vidas!

—¿Es Perle tu nombre verdadero?

—No, mi verdadero nombre es Chantal.

—Puf, no te preocupes, no se lo diré a nadie.

Me dirigió una débil sonrisa antes de precisar:

—Es el nombre que me pusieron en el orfanato.

Llegábamos al meollo del asunto.

Era la primera vez en mi vida que quería saber algo de alguien. Hasta entonces siempre había estimado que los misterios de la vida de los otros debían ser algo sagrado. Pero si lo pienso fríamente, era mi manera de protegerme: si no pedía nada, no tendría que dar nada a cambio.

—Bueno, ¡qué coño!, yo también soy huérfano. Mis padres murieron cuando tenía diez años.

—Yo nunca los conocí.

—Ah.

—¿Y qué les pasó a los tuyos? —preguntó Perle.

—Se los llevó la corriente. Primero a mi hermano pequeño. Luego a mi padre cuando intentaba salvarlo. Y finalmente a mi madre, que apenas sabía nadar a braza y manteniendo la cabeza bien erguida para no tragar agua. Los vi a todos desaparecer. Yo estaba en la orilla. Al principio pensé que no era nada grave, que mi padre y mi hermano estaban a sólo unos metros de donde se hace pie. Hubiera podido charlar con ellos. Luego comprendí que no podían volver, que las olas les pasaban por encima. Una detrás de otra. Cuando mi madre se tiró, no miró hacia atrás. De pronto me encontré solo. No había nadie en la playa ni en el agua. Pensé en lo que mi madre había dicho: «No es muy prudente que os bañéis ahora, la playa todavía no tiene vigilancia». Tardé un momento en correr en busca de socorro. Le dije al socorrista: «Mi madre, mi padre y mi hermano pequeño se acaban de ahogar». Creo que es la frase que más me ha costado decir en mi vida.

Ella bajó los ojos. Se quedó callada durante un momento. No sabía qué decir.

—Lo siento —dije—, he enrarecido el ambiente.

Levantó la cabeza y se sopló un mechón rebelde. Me miró con curiosidad.

—Hay otra cosa que me pregunto sobre ti... Has sido gánster, ¿no?

—¿Un *gánster*?

Me contenté con un sarcasmo:

—¡Arriba las manos, esto es un atraco!

Me di cuenta de que estaba decidiendo cuál sería su siguiente pregunta.

—Entonces eres un expolicía, ¿no?

Noté cierta decepción en su sugerencia.

—¿Cómo puedes creer algo así?

Aquella tarde pude contener mi lengua, pero en otra ocasión en la que estábamos completamente borrachos (no hay nada más hermoso que ver a una mujer achispada) terminé por contárselo.

—El peor de los oficios, Perle, si se puede llamar oficio: ASESINO.

Se rio.

—¿Quieres decir un *cazarrecompensas*?

Yo me reí a mi vez:

—Ése es el nombre que le dan en las películas del Oeste.

Podía imaginar los carteles colgados de los árboles en los que figuraban las caras de aquellos que había que cargarse y el precio que se pagaría por su muerte.

Aprovecho para citar la frase de Balzac: «La caza del hombre es superior a

cualquier otro tipo de caza debido a la distancia que separa a hombres y animales».

Bien observado, ¿no?

(Pero ¿a qué se dedicaba Balzac en su tiempo libre?).

Yo era capaz de darle el biberón a Luna e incluso de cambiarle los pañales. La sacaba a pasear en un portabebés que se lleva sobre el pecho y que me hacía parecer una hembra de canguro.

Me quedaba con ella en la playa cuando Perle quería ir a nadar.

—Tengo que recuperar mi figura —decía.

Y me mostraba sus abdominales, que se reafirmaban día tras día.

Ella me consideraba como un abuelo, o por lo menos eso me empeñaba yo en creer. Hubiera preferido no tener pasado. Ser un viejito encantador de sesenta y cuatro años que jamás hubiera matado a nadie, ni siquiera por accidente.

Seguía sin afeitarme la perilla y siempre llevaba puesta mi gorra de marinero.

—Te vi bañarte ayer. Te mantienes muy en forma.

¿Qué se puede responder a eso?

—Gracias.

Yo adoraba a Luna tanto como a su madre. Me solía repetir que éstos eran los únicos sentimientos agradables que deseaba experimentar durante el resto de mi vida.

Organizó una pequeña fiesta para mostrar a Luna a los dos o tres amigos que tenía. Para mi gran sorpresa, mi peluquera era uno de ellos.

—¡Sigue llevando esa horrible gorra! ¡Con el pelo tan bonito que tiene!

Perle añadió:

—Y tendría que afeitarse también esa perilla.

Procedieron a votar. El cien por cien de las mujeres presentes votó a favor de la desaparición de mi barba. Los hombres se abstuvieron.

Siempre me he sabido comportar en la mesa (no hablar con la boca llena, sostener correctamente los cubiertos, limpiarse con una esquina de la servilleta). Pero un cóctel es algo muy diferente. Soy más bien del tipo compulsivo, sobre todo con los pistachos y los cacahuetes. También debo admitir que me había pasado un poco con el vino tinto y el rosado, que con su temperatura de diez grados daba la impresión de poder refrescarme un poco.

Cuando se marcharon los invitados, ayudé a Perle a recoger. Luna dormía desde hacía mucho tiempo. Estábamos solos y un poco achispados.

—Son simpáticos tus amigos —dije yo. (Era la primera vez que la veía con amigos).

—Qué dices, son unos gilipollas. Sólo Mylène, la peluquera, me divierte un poco.

Me eché a reír. Pensaba igual que ella. Se acercó a mí y me plantó un beso en la boca. Dejé los platos de papel y ella la sartén. Me llevó hasta una esquina del jardín y se quitó la camiseta. Su pecho surgió como lo había hecho en mis sueños y en mis malos pensamientos. Comencé a lamer sus pezones mientras le acariciaba la espalda. Dios mío, qué maravilla. Ella gemía suavemente. Se desabrochó los pantalones cortos y yo los míos. Se quitó las bragas y... ¡horror!

Tenía el pubis rasurado, sin un solo pelo.

Como el de una niña impúber.

Me vino a la mente la imagen de Luna, cuando la cambiaba. Me separé de ella bruscamente.

—No —dije.

Se me acababa de pasar el pedo de golpe.

—¿Qué sucede?

—No puedo hacerlo.

Ella observó fijamente mi órgano sexual.

—Pues yo creo que sí que puedes.

—No —dije yo mientras reculaba.

Recogí el pantalón y me marché corriendo. Era como el bombero al que despierta una sirena.

—No puedo creerlo —gimió ella—, no puedes dejarme así.

Mi expresión debía de ser triste y patética.

—Te quiero —le dije—. Os quiero a ti y a Luna. Os quiero como nunca había querido a nadie.

(Podía decir aquello, ya que era absolutamente cierto).

—Yo también te quiero, por eso...

Me enfadé con ella.

—No así —dije mientras cerraba de un portazo.

Mi casa estaba a oscuras. Habían vuelto a saltar los plomos, solía pasar. Era una maldición local. Los contadores del barrio se estropeaban todo el tiempo. Lo más misterioso era que no saltaban porque utilizáramos muchos aparatos eléctricos al mismo tiempo; todo lo contrario, saltaban cuando estábamos fuera o dormidos.

Perle era también víctima del mismo fenómeno. Jean-Luc tenía su propia teoría. Decía que había *desórdenes magnéticos* en la zona por culpa de la central térmica. Su razonamiento no parecía muy científico, pero a mí me bastaba. De todas formas, sólo había que volver a subir la palanca del disyuntor para que todo volviera a la normalidad.

Encendí la televisión. Emitían un documental. En él, una orca engullía bebés de foca en su paraíso de hielo y depravación.

Hermoso y refrescante.

El futuro me daría la razón, como se dice.

Mi amistad con Perle era más pura que el agua de las montañas. Y daba igual que hubiera algunos cadáveres descomponiéndose en la corriente: su origen se mantendría siempre igual de cristalino.

Perle, por su parte, nunca volvió a evocar el incidente. Al día siguiente en la playa se contentó con coger mi mano y decir:

—Si hubiera tenido un padre, me habría gustado que fuese como tú.

—Sí, pero yo no recuerdo haber abandonado a nadie al nacer.

Al cabo de dos años, nuestra vida en familia estaba bien establecida. La regañaba cuando se mostraba demasiado blanda con nuestra pequeña Luna, pero también cuando era demasiado severa o perdía los nervios. En resumen: yo era razonablemente coñazo.

—No deberías darle azotes. Es humillante. No se debe enseñar a un niño a base de golpes.

Un día, mientras estábamos en el jardín, me dijo:

—Abuelito, voy a salir esta noche. ¿Te quedas con la niña?

Solía salir a menudo, con su panda de amigos poco interesantes. Con menos de treinta años y visto su trabajo, aquello me parecía normal. Y me gustaba mucho quedarme con la pequeña.

—Sí —dije. Y añadí—: OK.

Al día siguiente fui a despertarla hacia el mediodía. No estaba sola.

—No estoy sola.

Era la primera vez que traía a un hombre desde que habíamos expulsado a su difunto compañero.

En la entrada había un abrigo (que me resultaba familiar) colgado del perchero.

Y...

Una muleta.

¡JODER!

Imaginar que Perle pudiera interesarse por un pescador impedido, por muy guapo que fuera, era algo que me sobrepasaba. Había descubierto el arte de ser abuelo, pero eso no significaba que me hubiera vuelto un santo. Todavía tenía ciertas ideas claras. ¡Coño, un impedido no es un hombre de verdad!

Perle me dijo:

—Estoy enamorada de él. ¿Por qué eres tan negativo?

—No puedes estar enamorada de Al. Apenas lo conoces.

—Lo conozco desde hace años.

—Como un elemento del paisaje.

Perle lo había conocido sin mí, pero me lo había contado todo, ya lo creo que sí.

Perle era una nadadora sin igual. Una surfista destacable, una sirena. Yo solía observarla desde la playa. Efectuaba movimientos imposibles sobre la cresta de las olas. Cuando salía del agua se dedicaba a perseguir a todos aquellos que la fotografiaban sin su consentimiento.

A Al y a mí aquello nos divertía.

Un día que yo no estaba con ella —me dedicaba a comer ostras con Jean-Luc—, Al le clavó el anzuelo de su caña de pescar.

Conociendo su destreza (y un poco también su carácter), sospecho que lo hizo a propósito. Si hubiera estado allí, el hecho de que ella no hubiera ahogado con sus manos al desafortunado que le había clavado un anzuelo en el culo me habría hecho sospechar. En lugar de eso, me contó que salió del agua riendo y le pidió que reparara el desaguisado él mismo.

Aquello fue un ejercicio de charcutería del que salió con brío, armado de un simple cuchillo desinfectado con el agua del mar.

Yo ya me había dado cuenta de que aquel tipo tenía manos de oro cuando lo veía montar sus anzuelos: los lanzaba al mar con una precisión casi de cirujano.

No supe muy bien qué contestar. Así que me contenté con ponerle a Luna su abrigo, ligeramente enfurruñado.

—Es el hombre de mi vida, abuelito.

—¡Tu hombre de mi vida es abuelito! —se indignó Luna (con sólo dos años, estaba muy avanzada en eso del habla. Me enorgullecía de aquello igual que si fuera mi hija).

—Bueno, mi niña, tampoco hay que exagerar.

Perle no consiguió esconder su decepción:

—Creía que era tu amigo...

Terminé por soltar la idea que me atormentaba:

—No lo querrás tanto simplemente porque es *inofensivo*, ¿no?

No se dio cuenta enseguida del sentido de mi pregunta.

Después cambió de expresión y vislumbró lo que mis palabras ocultaban. Yo

estaba sugiriendo que Al le interesaba porque era incapaz de maltratarla.

Sentí que la había pifiado.

Pero, para mi alivio, contestó con humor:

—¿*Inofensivo*? ¿Un hombre que me destrozó el culo? ¡Me ha desfigurado para siempre!

Yo no tenía ánimo para reírme.

—¿Has visto lo guapo que es? Podría estar en una silla de ruedas y aun así me derretiría en su presencia.

Mi vida de jubilado marchaba sobre ruedas y encarrilada. Salía a correr doce kilómetros y luego practicaba kung-fu. Meditaba en las dunas o bajo un pino cuando llovía.

Pasaba tiempo con Luna. Un poco menos con Perle. Casi nada con Al.

Me planteaba todo tipo de preguntas. Es en la jubilación cuando uno puede pensar en ciertas cuestiones que no ocupan nuestra mente hasta que no estamos ni verdaderamente vivos ni verdaderamente muertos. Me imagino que mi caso no es el único.

Por ejemplo, me preguntaba por qué la política ha desaparecido casi por completo de la vida de la gente.

¿Por qué le había cedido su lugar a la psicología? Cuando yo era joven, o en mis tiempos (¡no es fácil dar con una expresión mejor!), se hablaba de política y de rock.

Hoy se habla de psicología y de los famosos. La causa del pueblo es ahora alabar a sus famosos.

Pero, desgraciadamente, nuestros ídolos saben lo que es bueno para nosotros y nos brindan su cariño y su comprensión.

Con ese tipo de reflexiones, era normal que no quisiera participar en las conversaciones cotidianas.

Perle organizó otra cena. Era su manera de demostrarnos que Al tenía todo el derecho del mundo a utilizar su cocina y poner la mesa. Es decir: él estaba allí como en su casa. Era una ocasión excelente para callarse.

Pero...

Al principio de la velada, cuando todavía creía que podríamos mantener una conversación normal, Perle dijo:

—La electricidad es lo peor de Largos.

Al replicó:

—Sí, pero cada vez hay menos cortes en el barrio.

Jean-Luc también había sido invitado.

—Por ahora el Cap'tain se ha librado de ellos. Menos mal, porque entre el congelador y mi afición al rock and roll, me resultaría muy difícil resistirlo.

—Yo no tengo de esas cosas —dijo Mylène—. Deberíais mudaros todos a mi edificio —dijo con una risita.

—Es por culpa de la central eléctrica —explicó Jean-Luc con la calma de quien está dispuesto a soltar su discurso.

—¿No tiene nada más interesante que decir? —gritó el novio de Mylène.

Su cólera parecía totalmente fuera de lugar. Aquello me gustaba. Si seguía así, la velada sería un fracaso.

Perle levantó las manos.

—De acuerdo, de acuerdo. Vamos a intentar cambiar de tema.

—Jérôme está de los nervios. Pero normalmente no es así —me dijo Mylène al oído.

Inmediatamente Perle me susurró en la otra oreja:

—Lo conoce desde hace dos días.

Más adelante, Mylène me dijo:

—A mí me parece horrible que se pueda matar a un niño en los brazos de su padre.

La conversación había terminado por versar sobre Palestina.

—Menos mal que soy de izquierdas. Al final van a conseguir que me vuelva antisemita con sus porquerías —dijo un tío insignificante.

Perle golpeó con sus dos puños sobre la mesa.

—Joder, Georges, ¿cómo puede decir una gilipollez así?

Puse la oreja y, como conocía a Perle, me preparé por si había que intervenir.

—Estoy hasta las narices de escuchar ese tipo de cosas. ¿Usted se pregunta cómo después de todo esto no se ha vuelto antisemita?

—Es que...

—Yo es a los antisemitas a quienes querría deportar —dijo ella mientras señalaba la puerta.

¡Perle, luz de mis días!

—El antisemitismo en el nombre de la libertad de los pueblos es una idea que me da náuseas —dije yo mientras le golpeaba a Georges en la oreja.

Perle fue a verme a mi casa más tarde. Me dijo que era una estupidez llegar a las manos por defender nuestras ideas.

—Hay que escoger entre la violencia y la razón —me dijo ella, como si me pudiera juzgar moralmente—. Nos has decepcionado a todos.

—No siempre has despreciado mi uso de la fuerza —repliqué—. Yo mismo pude observar la tuya el día que le diste tres palazos a aquel tipo. No todas las santitas tienen la sangre fría de hacer eso.

—Fue en defensa propia.

—Claro. Y él estaba más inconsciente que un pedazo de carne. Por no mencionar que me pediste que le volviera a apretar los ojos.

—Eres horrible, yo...

—De hecho, no había encontrado el momento de felicitarte por aquello.

Se marchó dando un portazo. Se equivocaba: mis elogios eran sinceros. Creí que tardaría un tiempo en volver a verla, pero aquella misma tarde me llamó por teléfono.

—No quiero estar enfadada contigo, Jon.

—Yo tampoco, Perle.

—Te quiero, aunque seas un idiota.

—Yo también te quiero, aunque sea un idiota.

Me había propuesto escuchar la obra completa de Zappa. Estaba con *Sheik Yerbouti*.

«Te vas a volver loco —solía decirme Jean-Luc—. Deberías escuchar música más sencilla».

Solía descansar con Marvin Gaye, Gil Scott-Heron, Curtis Mayfield, Donny Hathaway y los primeros discos de Stevie Wonder.

Pero en mi interior algo me preocupaba. Cada vez estaba más cargado y turbio. Como el estuario cuando el río llega a su fin. Aspiraba a una mayor dimensión. ¿Era ése el famoso sentimiento oceánico del que habla el psicoanálisis? Cada vez era mayor y más cercano el vacío que sentía frente a mí.

Y no podía evitar preguntarme cuándo dejaría la vida de tener algún interés. A menos que hubiera otra causa:

Veía a Perle y Al de la mano por *nuestra* calle, bajo *mi* ventana. A Perle y Al besándose en la plaza de los Mártires de la Resistencia, frente a *mi* cafetería. ¡Aquél debía de ser el problema!

Aquello me llevaba a pensar irremediablemente en Léo Ferré y su famoso adagio: «Cuando veo a una pareja por la calle, me cambio de acera».

Vale, exagero. Eran monos y agradables y creo que intentaban comportarse con discreción.

Podía quedarme cada vez más tiempo con Luna, lo que me gustaba.

Me había convertido en un profesional de los castillos de arena y en un gran

devorador de fresas de gominola.

—Deja de comprarle caramelos. No entiendo a aquellos que demuestran su amor por los niños dedicándose a inflarlos con azúcar y grasa de cerdo.

¿Cerdo en las fresas de gominola? Menuda estupidez.

—¿Y no crees que tu novio, que es todo azúcar y miel, contiene trazas de cerdo?

Le guiñé el ojo a Al, quien se reía a carcajadas.

—Abuelito, qué gracioso eres cuando te pones en plan viejo celoso. Pero no tienes buen aspecto.

—Jamás he llevado una vida tan saludable. Hago deporte, leo, escucho música... y Luna. Mi único exceso es el sueño.

—Bueno, eso está bien porque te vamos a sacar de fiesta. Es el cumpleaños de la bisabuela de Mylène, pero no te preocupes que te aseguro que ella no estará.

—Ya sabes que yo esas fiestas en las que hay estúpidos las termino a tortazo limpio.

—No te preocupes, no es una fiesta de hablar. Es de bailar, y además en un sitio que te gusta bastante.

—No creo que tu amigo Jean-Luc te dejara perderte una noche como ésta en el Cap'tain —concluyó Al.

Bruce, el nuevo novio de Mylène, dormía en una silla en medio de todos. Quién sabía de dónde había sacado a ese tío, con su riñonera y sus pantalones guarros. Todo el mundo hablaba a gritos para poder escucharse por culpa de la música. Sonaba «Peter Gunn», de Duane Eddy, en un remix de 2 Many Djs que era imposible no bailar. Para todos salvo para aquellas personas que son capaces de dormir en cualquier condición. Las discotecas siempre están llenas de ese tipo de dormilones, y nuestro oso de peluche particular no era una excepción.

—Tengo que dejar que recargue las pilas —me explicó Mylène—. No ha dormido desde la primera vez que nos besamos.

Se había puesto una camiseta con mucho escote. Y yo estaba bastante borracho.

—Me encantan tus tetas —le dije.

—Ya lo sé.

Dos chicas bailaban en la terraza del Cap'tain en la que solíamos tomarnos las ostras. Lo hacían con tanta gracia que podíamos sentirla aun sin mirarlas. De hecho, yo bailaba mirando hacia el cielo nocturno. A las constelaciones. Mylène me había convencido para que me tomara dos píldoras de aspecto inofensivo. Estaba demasiado bebido como para poder resistirme. Los movimientos espasmódicos de mi cuerpo ya no me pertenecían. Lo mismo que aquella parte de mi conciencia que me distingue como Jon Ayaramandi. La impresión de ser una estrella burbujeando en lo alto del cielo se apropió de mí.

—Estás muy gracioso —dijo Mylène.

—Es la primera vez que bailo en público. Le sonrío a la vida.

—Así me gusta.

—Me río de la vida. Me gusta tal y como es. ¡Ja, ja, ja!

(Me había dado unas pastillas que te volvían gilipollas).

Perle y Al también estaban allí. Habían dejado a Luna con una canguro. Perle sostenía un porro digno de un cantante de reggae. El hombre de la riñonera se despertó y se estiró como lo haría cada mañana antes de ir a trabajar.

—Bruce ha regresado. Me voy a las dunas a tirármelo —me confesó Mylène.

—¿Sabes que no tengo antecedentes penales? —le dije sin venir a cuento—. Jamás he tenido ningún problema con la justicia. Ni siquiera un pequeño arresto. Cuarenta años de carrera como asesino y jamás he tenido que aguantar el aliento ávido de un policía sobre mi nuca.

—Hablamos más tarde de ello, ¿vale?

—Competencia, ultracompetencia, autosatisfacción —añadí.

Ella se dio media vuelta sin preguntarme siquiera si estaba de coña. (Aquellas pastillas que te volvían gilipollas debían de contener también suero de la verdad).

Los jóvenes bailaban sin levantar los brazos. Yo era el único que lo hacía. Jean-Luc sonreía tontamente detrás de su mostrador mientras intentaba animarme alzando

los pulgares. Eso confirmaba mi impresión de que yo estaba haciendo totalmente el ridículo. Una chica de unos veinte años me sonrió cuando entré en el baño. Volví a verla paseando por la playa, mientras intentaba tomar un poco de aire fresco. Estaba tan colocada como yo.

—Es usted guapo —me dijo.

(Por fin me había quitado la perilla).

—Le agradezco que no haya añadido «para un hombre de su edad».

Me lanzó un guiño de ojos lleno de frescura y de falsa inocencia. Nos empezamos a besar. Para ella era una nueva experiencia besar a alguien más viejo que su propio padre.

A las diez de la mañana, Jean-Luc y yo comenzamos a salir de nuestro estupor lisérgico. La noche había sido larga y bella, pero también retorcida como una serpiente. Todos se habían marchado, incluso la chica de la playa. (¿Había sido un sueño?).

Jean-Luc había puesto una recopilación de música adaptada a nuestro dolor de cabeza. Cantábamos cada fragmento para evitar que llegaran los malos pensamientos. Por el momento funcionaba.

«Forest Fire», de Lloyd Cole.

«Alison», de Elvis Costello.

«You Can't Be Too Strong», de Graham Parker.

(Escuchad esas tres canciones para haceros una idea...).

Miraba a mi amigo. A pesar de su aspecto de vagabundo, jamás había salido de Largos. Jean-Luc tenía varias motos Harley, pero sólo las utilizaba para dar paseos por las afueras, ir al bosque y participar en reuniones de moteros. Hacía veinte años había comprado aquella barraca y había construido en ella el Cap'tain.

—No puedo alejarme. Es una cuestión económica. Si cierro, quiebro —me explicó.

Pero en el fondo parecía una cuestión existencial.

Las dos pijas, aquellas a las que no les gustaba nuestra música y que sin embargo venían a menudo, aparecieron cuando sonaba «Heart of the Country», de McCartney (escúchenla también).

Con el tiempo habíamos descubierto que aquellas cuarentonas tenían su encanto, y que incluso la que se llamaba Louise era bastante *sexy*.

—Por primera vez es música escuchable.

—Un momento de debilidad —dije.

Jean-Luc se levantó para volver a poner rock. Las dos se echaron a reír. La risa de Louise poseía una claridad sorprendente. A pesar de que mis sentidos no estuvieran en su mejor momento.

Ése fue el momento en el que Mylène decidió hacer su reaparición. La noche

también había sido larga para ella.

—¿Estabas aquí? —preguntó Jean-Luc.

Se estiró, con los ojos hinchados. Tenía la voz más pastosa que un pastel vasco.

—Conseguí escaparme de Bruce y me escondí detrás de ese banco. ¡Pero qué tipo más pesado! Tengo la vagina llena de arena. Parece que me la hubieran llenado con una pala. Podría hacer un castillo con ella...

—Tiene una forma de hablar que me recuerda a la de mi tía —dijo Louise.

Su compañera se dirigió entonces a Jean-Luc.

—Por el precio que nos cobra, ya podría poner una rodaja de limón en la bebida.

—El limón lo pongo en el martini, no en el agua.

—En este lugar, el agua es más cara que el alcohol.

—¡Pues sí, es cierto!

—En ese caso, pónganos dos martinis.

Cuando se marcharon, Jean-Luc me dijo:

—Por fin estas pijas parecen relajarse. Creo que ejercemos una buena influencia sobre ellas.

Flamby no había reaparecido.

Aquel día fuimos varias veces a su casa. El sol estaba a punto de ponerse y él no había regresado a su castillo encantado.

—Suele pasar todas las noches fuera. Aparecerá al amanecer, cuando esté totalmente borracho —dije.

—Vamos a buscarlo —replicó Perle.

—Ya me ocupo yo. Tú mejor vuelve a casa. Seguro que Al ya te está esperando allí.

En realidad no estaba nada convencido.

Miré en todos los bares de los alrededores. Sin ninguna seguridad. Tenía la sospecha de que Flamby había encontrado un lugar donde esconderse, un lugar donde nadie podría encontrarlo. Como una discoteca lejana. Un lugar en el que poder beber hasta el amanecer. Es decir, hasta el momento en que la cogerza lo devolvería a casa tan inexorablemente como el mar devuelve a la playa los cuerpos de los ahogados.

Antes de regresar a casa, volví a recorrer la orilla. Para mi alivio, no había nadie tendido sobre la arena, ninguna mala noticia que anunciar a Perle.

La llamé antes de acostarme. Descolgó al primer tono. Casi me colgó cuando le dije que no había encontrado ni a Flamby ni a su novio.

Me puse a leer los dos tomos del *Musashi* que había cogido de la casa de nuestro querido desaparecido. Eran más de mil doscientas páginas. Había oído hablar muy bien de la saga, y no me decepcionó. Empezaba así:

Takezo se movía entre cadáveres. Había miles.

«El mundo se ha vuelto loco —se dijo—, el hombre parece una hoja muerta que se deja arrastrar por el viento del otoño».

Me quedé atrapado en la lectura. Cuando apagué la luz no quise mirar la hora.

Al día siguiente necesité tomarme tres cafés para poder leer el periódico. En él no se hablaba de ningún cuerpo encontrado en la playa ni en ningún otro lugar.

Comencé a preguntarme si Al no sería uno de esos hombres a los que les gusta dejar tiradas a sus chicas. El tipo de macho que se va a comprar tabaco y no vuelve. Y tengo que confesar que esa posibilidad me agradaba.

Lo que más me extrañaba era la desaparición de Flamby. Nada más despertarme había ido hacia su casa. Pero él seguía sin aparecer.

Observé a los jóvenes que iban a comprar sus cigarros al estanco. Rostros dulcemente drogados, cada vez más maleducados, obsesionados por el sexo, incapaces de respetarse los unos a los otros.

—Un paquete de Drum y papel de liar.

—Dime, niño, ¿se te irrita el culo si lo pides por favor?

—¡No me toque las narices!

Comencé a preguntarme qué sería de Luna cuando tuviera su edad.

Al regreso de la cafetería me encontré con Perle, que se acababa de despertar. Tenía una taza de té entre las manos, como si intentara calentarse con ella. Aunque fuera el termómetro debía de haber pasado ya de los veinticinco grados.

No le pregunté qué tal había dormido.

—Flamby no ha regresado —le dije.

—Al sigue sin contestar al teléfono. ¿Qué vamos a hacer?

—Sólo podemos esperar.

Normalmente, en un día como cualquier otro, me hubiera ido con Luna a pasear. Invariablemente Perle me recordaba que no le quitara el gorro: «No quiero que le dé una insolación». No había ningún riesgo de ello. Desde que me había hablado del posible coma irreversible, cuidaba de su gorrito como de la niña de mis ojos. Recorríamos los dos kilómetros del canal hasta su desembocadura. O bien la llevaba a ver los tiburones atrapados entre las redes de los pescadores. Ella tocaba la piel rasposa de los escualos y retiraba la mano entre risas, para luego esconder la cara en mi cuello. Nos llevábamos bien Luna y yo.

Con su toldo, el Cap'tain era el mejor lugar para evitar el sol, lo que lo hacía ideal para Luna y su posible insolación.

—¿De verdad que no le vas a quitar el gorro para que pueda ver sus hermosos rizos? —me preguntaba siempre Jean-Luc.

—Por supuesto que no. Ordenes tajantes.

Luego llegaba la hora de su concurso. Con cuatro años, Luna sabía distinguir perfectamente una buena canción de un bodrio. Nunca se equivocaba. Le gustaban The Specials, Magazine, The B-52's, pero odiaba U2.

—Quita eso inmediatamente, que la pequeña llora.

—Lo que está claro es que tiene buen gusto.

—Prueba con «Ashes to Ashes».

Ella se arrojó entre mis brazos para decirme que aquella canción sí que le gustaba. Pero aquella mañana Perle no quería dejar marchar a su hija.

—¿Me la llevo?

—No, hoy se ocupará la madre de Mylène. Nosotros dos tenemos otras cosas que hacer.

Sólo pude volver a la lectura del *Musashi* por la tarde, en la terraza del Cap'tain. Seguíamos sin noticias de nuestros desaparecidos.

Perle ya no estaba conmigo.

Comprendía que se hubiera enfadado.

Durante horas la había seguido, pero al llegar la hora de la siesta la había abandonado. No sabía qué hacer, cómo pasar a la acción. Estaba agotado y no tenía ideas. No soy un investigador, un policía o un detective privado. Mi vida siempre ha sido justo lo contrario. Recorrer Largos de arriba abajo no había servido de nada.

En ocasiones, la lectura me parecía algo que ayudaba más. Iba por la página 162:

—*Hay que cambiarle también el nombre —dijo Takuan—. ¿Por qué no leer los caracteres de tu apellido en chino, «Musashi», en vez de «Takezo»? Puedes seguir escribiendo tu apellido como antes. Es de justicia que todo vuelva a empezar el día de tu renacimiento.*

Takezo, el personaje principal, se iba a convertir en Musashi.

Jean-Luc interrumpió la lectura.

—Perle pasó hace un rato buscando a su novio. Y no entiende por qué no la ayudas.

—¿Ya has leído el *Musashi*?

—¿Crees que leer un libro es más importante que eso?

—No. Pero ¿cómo encontrar a alguien que ha desaparecido si la única persona que puede ayudarte a encontrarlo ha desaparecido también? Y además, ¿por qué buscar a esa segunda persona si uno sabe fehacientemente que tarde o temprano terminará por aparecer?

Perle llegó a las siete y media a la terraza hecha una furia. Llevaba a Luna con ella. La pequeña me sonreía, mientras que su madre me lanzaba miradas de odio.

—Me dijiste que esta mañana aparecería. Y ya han pasado dos días y una noche. ¡Al está en peligro! Si no te mueves ya... —pareció dudar si decirlo—, no me va a quedar más remedio que llamar a la policía.

Jean-Luc se había retirado prudentemente a la cocina. Miré alrededor para asegurarme de que nadie pudiera escucharnos. Ahora era mi momento de mirarla con ojos de odio.

—La policía no va a poder ayudarte. Enseguida van a pensar en la desaparición de Al como una consecuencia lógica de que hace cinco años tuviera lugar un accidente en tu jardín. Seguramente se preocuparán más por ti que por Al. A los policías les gusta concatenar unos delitos con otros.

—Y seguramente también adjudicárselo a mi amigo y vecino Jon Ayaramandi, ¿no? ¡Lo que pasa es que tienes miedo por lo que pueda sucederte a ti!

Grandes lágrimas rodaban por sus mejillas.

—¿Por qué no haces nada?

Ella misma se respondía a sus preguntas.

—La verdad es que nunca has podido soportar que fuera feliz con Al. Eres un viejo fascista que piensa que una mujer no puede enamorarse de un impedido físico.

La escuchaba hablar. Era verdad, pero una verdad a medias. La verdad era que quizá encontráramos a Al, pero muerto. Había visto a Burger en la cafetería, la cara de un asesino, y no quería ver la cara de Perle cuando se enterara de que le había ocultado esa jodida mala noticia.

—Puede ser un minusválido, pero es la persona que yo he escogido —gimió Perle.

Seguía desencaminada.

Cogí el Twingo de Perle.

Mi viejo Volvo se había roto hacía un año. Y lo mejor es que no había querido repararlo. Me había librado de un enfrentamiento seguro con un mecánico. Esta gentuza es el equivalente de los médicos: uno está en sus garras y da igual lo que piense o lo que le ocurra, ya que van a aprovechar para hacerte lo que les venga en gana. De todos modos, yo sabía lo que le sucedía: tenía trescientos sesenta y cinco mil kilómetros en el contador. Que fuera por el motor o por la correa, me importaba un pepino. Había muerto y no tener que reemplazarlo formaba parte de mi nueva manera de vivir, sin nada por lo que preocuparme, recorrer el mundo como un peatón, manejarme en un espacio tan pequeño como el que mis pies pudieran recorrer. Libre de perder el autobús si así lo deseaba.

El hecho mismo de colocarme al volante significaba que había regresado el tiempo de los marrones.

Cuando aparqué el Twingo frente al Grange aux Belles ya era la una de la mañana. Mi táctica para encontrar a Flamby había consistido en un método muy simple: buscar en los sitios más inmundos.

Como en Largos no faltan lugares de latrocinio y perdición, aquello podría tomarme mucho tiempo. En el tercer lugar, el Cobra Club, había vuelto a errar el tiro. Así que decidí preguntar a los especialistas. Cogí a un tipo por el cuello de la camisa.

—¡Eh, tío! ¿Cuál es el mejor sitio para echar un trago que no sea muy caro?

—Supongo que el Grange aux Belles, si te gustan la música country y las camareras con pechos caídos.

Y allí me dirigí. Sentí un soplo de esperanza al constatar lo sórdido que era aquel lugar. Me había tomado un ron en cada uno de los antros visitados, pero aún era capaz de darme cuenta de que aquél era el peor de todos. El Grange aux Belles era el ganador de la noche.

Así que no me sorprendió encontrar en él a nuestro héroe.

Estaba sentado en un taburete y tenía la cabeza apoyada sobre el mostrador. Su nariz goteaba sangre dentro de su cerveza.

Justamente, en ese momento una camarera con los pechos al aire le decía:

—No voy a poder servirte más si sigues sangrando en tu bebida.

La espuma estaba roja.

—Me he llevado una hostia, pero ya se me pasa.

—Ya sé que te han dado una paliza. Estaba aquí. Igual que está el tipo que te golpeó. Y te mira muy mal. No puedo echarlo. Me dan demasiado miedo él y sus amigos. Si quieres, te puedo sacar por la puerta de atrás. No te verán.

—¿Para que me rematen en un rincón oscuro? No, gracias.

—¿Te has metido en un marrón, Flamby?

Me miró con incredulidad. Su pavor había aumentado.

—No sabía que hasta este punto.

—Primero vamos a ocuparnos de ese tipo que te molesta. Después veremos qué me cuentas.

Me puse delante del hombre que lo había golpeado. Llevaba camisa de cuadros: mal signo.

—¿Eres tú quien ha desgraciado a mi amigo?

—¿Tienes algún problema, viejo maricón?

Lo cogí de los testículos y apreté con todas mis fuerzas. Él abrió la boca como un pez fuera del agua. Me pidió misericordia. Pero en el momento en que lo solté intentó pegarme un puñetazo. Bajé la cabeza justo a tiempo y fue la camarera la que recibió el golpe en la jeta.

Siguió una gran confusión que yo aproveché para poner tierra de por medio.

Metí a Flamby en el coche y arranqué.

—No tengo mucho que contarle. Se lo agradezco por el tipo ese, pero tampoco tenía por qué hacerlo.

El agradecimiento de Flamby me importaba bien poco.

—Seamos claros. Te saqué de ahí para que me explicaras qué es lo que has visto en la playa. Porque estoy seguro de que viste a mi amigo Al ser asesinado a manos de un señor mayor con una pinta espantosa y respetable, ¿verdad?

Quería ayudarlo para que ganáramos tiempo.

Me parecía evidente que si Burger había atacado a Al, Flamby había tenido que estar tan despierto como una gallina cuando entra un zorro en el gallinero.

—Has vuelto a encender tu puro, tío. Si hubieras pasado dormido en la arena tanto tiempo como dices, no habrías podido hacerlo, porque tu puro habría estado para tirar. Sé muy bien hasta qué punto la humedad impregna las cosas tras una noche en la playa.

—Le juro que en esta ocasión me dormí en la playa. Estaba como una cuba. A menudo termino la noche durmiendo en la arena. Y sí, a veces hablo con Al. Pero no esa noche. Él no había llegado todavía a la playa cuando me dormí.

La casa de Flamby sumergida en la oscuridad, un auténtico decorado de película de miedo.

—¿No podemos encender la luz?

—No quiero que nadie sepa que estoy aquí contigo.

Hacía rato que mi paciencia había sobrepasado sus límites. Si era necesario meterle un poco de miedo en el cuerpo, no dudaría en hacerlo.

—¿Quieres que haga contigo lo mismo que le hice a ese tipo en el Grange aux Belles? —le dije mientras cogía sus testículos entre la tela de su pantalón de chándal.

Se puso a temblar. Lo iluminé con mi linterna. Tenía los ojos cerrados.

—¡Venga, tío! Sólo necesito que me digas qué fue lo que viste. No necesito pruebas, no soy policía. La verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

Obtuve el efecto deseado: se puso a largar su historia (la verdadera) a toda velocidad. Sus bufidos dificultaban la comprensión, pero pude captar lo esencial:

—Al me mandó a la mierda. Me dijo que no tenía tiempo que perder con los delirios de un alcohólico, que volviera cuando estuviera sobrio y bien vestido. Siempre me decía lo mismo. Me desmayé cien metros más lejos y ya no pude volver a levantarme. El sol comenzó a salir. Me gusta quedarme en plan comatoso en la playa a esas horas. Pero en un momento dado, no sé por qué, levanté la cabeza y vi a un tipo que sostenía a Al por la garganta y que se lo llevaba hacia el mar. Me froté los ojos. El tipo estaba en calzoncillos y camisa, y era inmenso, musculoso. El cielo tenía un color rosado. Debí de dormir unos diez minutos, pero no pude evitar preguntarme si seguía soñando.

—No soñabas. Si es quien yo pienso, es un hombre musculoso de verdad. ¿Tenía más o menos mi edad?

—Sí, pero era más musculoso que usted, sin ánimo de ofender. Era superviolento. No pude intervenir. De haberlo hecho, me habría asesinado. Me pegué todo lo que pude contra la arena y me quedé escondido allí hasta que Perle vino a buscarme.

—¿Viste si el mar se llevó a Al?

—No, no vi nada. Tenía la cabeza hundida en la arena. Apenas me atreví a moverme. Si hubiera podido enterrarme como un cangrejo, lo habría hecho. Cuando osé mirar hacia el aparcamiento, el hombre había desaparecido. Y luego me quedé sopa.

—¿Fue mucho tiempo después?

—¿Perdón?

—Cuando *osaste* mirar, como dices.

—No, un minuto o dos más tarde.

—Lo que quiere decir que andaba rápido, ¿no?

—Sí, muy rápido. Para poder recorrer tanta distancia en tan poco tiempo.

—No como un hombre que arrastra un cuerpo...

—¿Perdón?

—No, nada. ¿Y cómo puede ser que no te viera?

—Era muy temprano y había una luz deslumbrante. Pudo ser por eso..., no sé. No tengo otra explicación. Es la única posible.

—¿Y cuando llegó? ¿Por qué no te vio cuando llegó?

—Bueno, yo estaba detrás de la duna, la que se forma cuando hay marea alta. No se me podía ver si se venía desde la playa. Para haberme visto tendría que haber venido por el río.

—Has tenido suerte, de eso no cabe duda. Y si quieres seguir teniéndola, mejor

será que no lo comentes con nadie. Porque a ese hombre te aseguro que no le gusta dejar testigos que puedan joder su mierda de vida, por muy sórdida que ésta sea.
(Chúpate ésta).

Sólo cabía esperar que el mar nos devolviera el cuerpo.

Estaba triste y me preguntaba cómo se lo tomaría Perle.

También me preguntaba cuándo llegaría el cadáver, y en qué estado.

Si el cuerpo cruzaba hasta España, la prensa española lo contaría pero seguramente nosotros nunca nos enteraríamos. Menos todavía si acababa comido por los peces.

¿Me afligía aquello? La pregunta llegó como un rayo. Nunca había podido tragar la pasión de Perle hacia Al. Celoso o no, ésa era la verdad. A pesar de todo, la curiosidad era mayor y no conseguía conciliar el sueño. Mucho menos volver a leer el *Musashi*.

¿Por qué Burger la habría emprendido con un pescador de Largos?

En el orden de mi cabeza, Al pertenecía a la vasta categoría de los *hombres honestos*. Es decir: de los *inocentes*. La única pregunta que yo me había hecho al respecto había sido: aparte de esa cara de vaquero, ¿qué es lo que ella ve en él?

Creí que mi capacidad para sorprenderme se había agotado la primera vez que lo vi: «Mira, un impedido con cara de actor». Intentaba pensar qué era lo que un hombre que es incapaz de correr ni de defenderse hubiera podido hacer para que se tuviera que ocupar de él un profesional.

Alguien que, por un exceso de prudencia, se había caído desde un puente en Grecia. No daba el tipo.

Sin embargo, la visión de Burger sujetando su cuello lo sacó de la *categoría de las personas sobre las que jamás pendería un contrato de muerte*.

*Personalmente, jamás causaría ningún daño a un inocente, si diera con alguno.
A menos que me pagasen correctamente por ello.*

Al día siguiente, durante el desayuno, me decidí a decirle a Perle lo que sabía, o casi, ya que no le conté mi reencuentro en la cafetería con Burger.

Las revelaciones de Flamby produjeron el efecto que me había esperado. Lloró durante toda la mañana mientras abrazaba a Luna.

Por fin conseguí llevarme a la pequeña a pasear.

Jean-Luc tomaba el sol con los ojos cerrados. Sonaba 5, de J. J. Cale, un disco poco conocido, pero para mí el mejor. Con unas guitarras tan suaves como albaricoques maduros.

—Como ves —le dije a Luna—, no todas las guitarras eléctricas son malas bestias.

Cuando la llevé de vuelta a casa hacia el mediodía le pregunté a su madre:

—¿Hay algo que no me hayas contado de Al?

—Esa pregunta ya me la has hecho.

—Pero ¿verdad que no me respondiste?

(Es cierto que a veces uno hace una pregunta y olvida escuchar la respuesta).

—¿Por dónde comenzar?

Reflexioné.

Los gatos del barrio nos miraron por un instante antes de largarse cuando fuimos a instalarnos al jardín.

—Empieza por contarme lo más extraordinario.

—Lo más extraordinario... Bueno, eso me da un poco de vergüenza.

—Bueno, aparte de eso.

Reflexionó. Al cabo de unos instantes, una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Pues puede estar nueve minutos sin respirar.

Y ante mi incredulidad, añadió:

—Tiene un récord de apnea. Desde que era pequeño no se baña nunca sin entrenarse. Por ello puede estar con la cabeza bajo el agua durante nueve minutos. No está muy lejos del récord mundial. Pero el día que quiso probármelo, me dio tanto miedo que lo obligué a salir al cabo de tres minutos. Es impresionante.

Al, campeón del mundo de apnea estática.

—¿Eso es todo lo que tenías que revelarme?

—Desde que ha desaparecido me he dado cuenta de que no sé mucho sobre él. Tiene muy buen gusto para la música, como tú.

Ni de coña, sólo escucha esa mierda electrónica.

—Me quiere y quiere mucho a la pequeña Luna, como si fuera su propia hija...

Mierda, yo la quiero mucho más que él, pensé.

—Ésa no es la cuestión.

¿Lo había dicho en voz alta?

—¿Te habló de su accidente en Grecia? —me preguntó.

—No era nuestro tema de conversación favorito.

Hubo un silencio incómodo. Se oía incluso el ruido de la hierba secándose al sol.

—No hay ningún misterio entonces.

—Sí, hay algo...

Parecía incómoda. Como si no confiara del todo en su juicio. O en mí, tal vez.

—... una cosa que me extraña mucho es que sabe mucho de enfermedades, medicamentos y medicina. Un día me dieron por la noche unos espasmos muy dolorosos —dijo apoyando los dedos sobre su vientre.

—No hay que ser un experto para saber dónde está el apéndice.

—Yo no lo sabía. Pero no fue lo que más me sorprendió. Me dijo que levantara la pierna derecha y que la doblara hacia arriba. Como me seguía doliendo, me palpó exactamente como un doctor, con gestos profesionales. Luego me dijo: «No es nada. ¿Tienes un antiespasmódico?». Lo tomé y se me pasó el dolor.

Tuve ganas de decirle: «Cualquiera puede diagnosticar una apendicitis», pero me abstuve. Ya estaba bien de comportarme como el novio celoso.

—Lo que me extrañó fue que me dijo: «Está demasiado alto para ser el apéndice». ¡Y parecía tan seguro de sí mismo!

Comenzaba a creerme su historia.

—Eso no es todo. Una noche, Luna se despertó gritando. Le dolían tanto los oídos que empezó a vomitar. Me puse de los nervios. Al estar en su casa, lo llamé y llegó un cuarto de hora más tarde.

(Yo vivo más cerca, ¿por qué no me llamó a mí? En el pasado no hubiera dudado en llamarme a mí).

—Llegó con ese objeto... ese con el que se miran los oídos. Y dijo: «Es una otitis. Tenemos que darle un antibiótico». Le pregunté si estaba seguro. «Las otitis se tratan con antibióticos; si no se convertirá en una otitis seria, en una otitis crónica, lo que puede llevar a que el tímpano se agujeree y que la pequeña se quede sorda. Además, es muy doloroso». Así que fue a comprarlos a la farmacia de guardia.

El pescador encantador se había convertido en un médico encantador. Tuve ganas de decirle: «¡Y todo esto me lo cuentas ahora!». Le dije:

—¿Y no le pediste explicaciones?

—Me dijo que había estudiado medicina pero que lo dejó tras el accidente. Pensaba que su problema le impediría encontrar clientela.

Su voz parecía la de alguien que se siente culpable.

—¿Me lo has contado todo?

—Me pidió que jamás se lo contara a nadie. Nunca. Que era muy importante.

Lo que vino después le salió sin dificultad. Me sirvió un batido cuya composición traté de adivinar: melocotón, plátano, fresa y... ¿remolacha? Me habló de los miedos de su novio. De todas sus fobias. Se podría decir que era un verdadero paranoico.

En el fondo, a pesar de la simpatía que en un primer momento despertara en mí (antes de que se pusiera a ligar con Perle), siempre había sentido que mi presencia le molestaba.

—Tengo que reconocer que no buscaba tu compañía desesperadamente. Pero era simpático con todo el mundo. Aunque le molestaba que los charlatanes se le acercaran. Solía decirme que si un pescador se levanta a las seis de la mañana no es para buscar compañía precisamente.

Hundí la nariz en mi batido. ¿Así que ese estúpido siempre me había despreciado? Yo era como cualquier otro viejo coñazo de Largos. No era raro que me costara tanto encontrarlo. Me metí un hielo en la boca para no decir lo que pensaba.

—Al principio creí que te tenía envidia. O que intentaba ocultarme que no le caías demasiado bien; después de todo, eres un cínico gruñón. Pero yo sabía que no era eso. Cuando hablábamos de ti, sentía que te tenía cierta estima. Y cuando yo te alababa...

El hielo se escapó de mi boca y cayó sobre mis muslos.

—¿No le revelarías que...?

—¿Estás loco? Sólo le dije que eres un abuelo extraordinario para Luna. Lo culto y espiritual que eres, además de guapo, y cuánto te quiero.

Caí sobre el respaldo de mi silla mientras me sonrojaba.

—¿Y cómo le sentaba?

—Me daba siempre la razón, y añadía que tenía mucha suerte de haberte encontrado.

—¿Entonces qué es lo que no te cuadraba?

—Diría que estaba cerrado sobre sí mismo, no dejaba que nadie pusiera un pie en su casa. No quería que hablara sobre él. Ni que colgara su foto en mi blog. No me dejó ni siquiera tomarle una foto...

Y entonces me hizo la revelación que me pareció más extraña:

—No quería dar un paso fuera de Largos.

—Ah, no es el único que padece esa enfermedad por estos lares.

Pasé la mayor parte de la tarde leyendo el *Musashi*. ¿Qué podía hacer si no? Estaba agotado después de haber pasado la noche buscando al hombre flan y de hacerme entender entre el alcohol con los alcohólicos. Había conseguido dormir un poco por la noche, un poco por la mañana y un poco al principio de la tarde, así que ya estaba de nuevo en forma para poder ir a la caza y captura del misterio.

Estaba a punto de batir un nuevo récord de velocidad de lectura, pero sin perderme nada de lo que leía. Se dice que cuando se lee un libro «es mejor tomarse su tiempo», pero a mi edad lo que de verdad preocupa es saber qué es lo que queda por leer. Que es lo mismo que decir que cuando uno se hace viejo no quiere perder el tiempo.

El capítulo «Demasiado Kojiro» me gustó más que ningún otro. Es demasiado sutil y maravilloso como para poder explicarlo. Una mina de diamantes en cuestiones de humor y fantasía.

Tras el atardecer puse las noticias. Durante la presentación de los titulares, sentía la angustia anidada en mi estómago. Hacía dos días que Al se había esfumado y sólo cabía esperar que su cadáver apareciera. Pero no se mencionó el incidente: NADA.

Apagué la televisión y me fui al Cap'tain.

—Tengo alitas de pollo —me dijo Jean-Luc.

Hacía demasiado viento para cenar en la terraza. Era un viento del norte, muy frío para la temporada en la que estábamos, así que nos instalamos al lado de la chimenea.

El fuego me producía tal sensación de bienestar que tuve un pensamiento delirante: «En fin, no hay nada que hacer». Lo aparté de un manotazo, como si de una mosca se tratara.

—¿Hay alguna mosca? —preguntó Jean-Luc mientras iba a buscar un matamoscas detrás de la barra.

—No, no hay moscas —dije yo mientras golpeaba la mesa con la palma de la mano.

Sonaba tranquilamente *Sutras*, el disco de Donovan. Louise hizo su aparición sin su inseparable amiga.

Jean-Luc se apresuró a instalarla en la mesa contigua a la mía. Luego me guiñó el ojo.

Ella tenía las mejillas sonrosadas por el aire frío y una sonrisa que a cualquiera le hubiera hecho estremecerse.

—¿Estás solo? —preguntó.

Luego se sentó frente a mí y añadió:

—Yo también. Hace tanto tiempo que nos conocemos que creo que podríamos cenar juntos, ¿no te parece?

Seguí a Jean-Luc con la mirada. Regresó tras el mostrador sin duda para buscar un disco de rock de los que tanto disgustaban a Louise. No iba a renunciar tan

fácilmente a su misión educativa.

Murmuré un inaudible consentimiento:

—Mmmm.

Nos veíamos por Largos desde hacía cuatro años, pero jamás habíamos tenido un solo encuentro a solas y la conocía como a cualquier paseante con la que te cruzas a menudo.

La comida llegó casi enseguida. Nos deseamos buen provecho.

—¿Conoces la historia de *El oso enamorado de la joven de Saboya*?

Se había propuesto reírse a mi costa.

—Es la historia de una joven, Antoinette Culet, víctima de la pasión amorosa de un oso. Tuvo lugar entre 1602 y 1605, no me invento nada.

Sus ojos brillaban con malicia. Por culpa de la música (me suena que era «Talk Talk», de The Music Machine) debíamos acercar nuestras caras para poder escucharnos.

Estaba claro que se deleitaba con lo que estaba a punto de contarme, y lo hizo sin dudar un instante. ¡Cualquier otra persona hubiera dudado en su lugar!

Un tema sórdido. Lo resumo: la chica fue raptada y encerrada en una cueva por un oso, que tapó la entrada con una gran piedra. Su calvario duró tres años. El oso disfrutó carnalmente de ella, y cuando se desvanecía la lamía y le prodigaba gestos tiernos.

—Unos hombres del pueblo salieron un día a cortar leña y escucharon unos gritos —dijo. La vi llevarse un trozo de pollo a la boca, para después masticarlo deleitada.

Yo permanecía en silencio mientras esperaba la continuación de su historia. Una vez satisfecha del efecto producido (yo estaba «colgado de sus labios»), siguió:

—Más tarde la joven reveló que de su unión había nacido un niño monstruoso, mitad humano mitad oso, que su padre había asesinado cuando lo abrazó con demasiada fuerza.

Alucinado. Estaba alucinado.

—En el siglo XVII se pensaba que esta historia era cierta. Y puede que tenga un fondo verídico.

Su risa franca fue como un jarro de agua fría. ¡Y pensar que yo la había tomado por una pija estirada! Tuve ganas de pedirle perdón, pero ella no lo hubiera entendido.

Le hice un signo a Jean-Luc para que bajara la música. Se molestó y nos puso su único disco de música clásica: uno de música barroca pasada por sintetizador.

—Prefiero que vuelvas a poner ese hard rock —le gritó Louise.

Creo que hacía mucho tiempo que no me reía tanto.

Volví mi casa, sumida en la oscuridad.

Los plomos habían vuelto a saltar.

Mientras subía el disyuntor pensé en aquella velada en la que Mylène nos había invitado a todos a vivir en su edificio. Qué lejos y a la vez qué cerca me parecía ese día. Todavía podía ver a Al sirviendo los platos que Perle había preparado.

La felicidad de Perle había durado poco.

Intenté buscar en Internet. Escribí:

Cadáver encontrado en la playa + Landas + País Vasco

Obtuve el siguiente resultado:

Se ha encontrado un cadáver en la playa de Saint-Girons, en las Landas. El cuerpo, irreconocible, no corresponde a nadie que estuviera perdido ya que en los últimos meses no se ha denunciado ninguna desaparición.

Mierda, ahí estaba.

Sentí que mis ojos se llenaban de lágrimas. Por fin experimentaba la famosa pena. Mi vista se nubló y tuve que esperar un buen rato antes de leer el artículo del *Sud-Ouest* completo.

Todo coincidía. Me enjuagué las lágrimas y seguí leyendo.

Después vi la fecha del artículo:

Abril de 2007

¡Hacía tres años de aquello!

Al día siguiente, Perle me montó una escena:

—Si amaras a Al como yo lo amo.

(Tampoco nos pasemos).

Después:

—Si lo quisieras lo mismo que a mí.

—Si lo amaras lo mismo que amas a Luna...

Intentó varias fórmulas, pero ninguna resultaba convincente. Observé que no había probado con:

—Si quisieras a Al lo mismo que yo te quiero a ti...

Así que finalmente dijo:

—¡Sólo te quieres a ti mismo!

Era desesperante.

—¿Ya está? ¿Has terminado?

Se disculpó e intentó explicarse.

—He soñado que Al estaba vivo.

¿Cómo? ¿Saliendo de una concha con el pelo lleno de algas como la Afrodita de Botticelli?

Sabía que lo que quería era proponerme que saliéramos a buscarlo en barco. Y ésa era su manera de intentar convencerme. El teléfono sonó justo cuando yo estaba a punto de decir:

«No sé por qué me iba a molestar en buscarlo en tierra firme cuando sé que está flotando a la deriva, en algún lugar entre dos continentes».

—¿Sí, dígame?... De acuerdo, allí estaré.

Colgó y dijo:

—Tengo visita a un barco a las tres. Debo ir. Ayer ya tuvieron que apañárselas sin mí.

Me pidió que me quedara con la pequeña.

—No te olvides de darle de merendar.

—Ajá.

Nos tomamos un café. Negro y taciturno.

A la hora de irse, le temblaban tanto las manos que no lograba anudar los cordones de sus Doc Martens. Me acuclillé para ayudarla. Me sentía tan humilde que casi me daba vergüenza.

—No te olvides de darle de merendar (bis).

Pasaron dos largos minutos sin que sacara el coche. No se escuchaba ni un ruido. Así que me decidí a entrar en el garaje con Luna pegada a mis piernas. Perle lloraba apoyada en el volante.

—¿Está muerto? —murmuraba—. ¿Ya no podré volver a verlo?

Palabras atragantadas. Un fluido claro colgaba de su nariz. Mantuve a Luna detrás

de mí para que no viera a su madre así.

—En principio la muerte es un proceso irreversible, sí.

Podía medir perfectamente lo fuertes que sonaban mis palabras.

Y lo que añadí después no era mucho mejor:

—La víctima de un crimen nunca es del todo inocente.

Se echó a llorar de nuevo. Tenía la cara deshecha y era incapaz de pronunciar una frase coherente.

—Siempre lo has odiado.

Me golpeó varias veces el pecho con sus puños.

—Eres un puto viejo facha.

Aquello dolía. El pecho.

—Déjame ponerme al volante —le dije.

Se deslizó hacia el asiento de al lado y yo le coloqué a la niña sobre las piernas.

—No creo que perder tu trabajo vaya a ayudar a mejorar la situación.

Las mujeres tienen la increíble capacidad de recomponerse en un instante.

—¿Se ve que he llorado?

—Apenas.

Parecíamos la foto de una revista con el Twingo rosa en el muelle frente a un contenedor rojo. Tiré del freno de mano.

Perle observó el gigante de los mares con ojo experto.

—Esto me va a tomar varios días. Hoy por lo menos tres horas. Puedes llevarte el coche si quieres. Pero en ese caso tendrás que venir a buscarme.

—Prefiero pasear con la niña por aquí. Nunca había estado en este lugar.

—Hubiera sido mejor que me dejaras ir solita, como una adulta.

Perle. Una vez que te ablandas por primera vez ante la mala fe de una mujer, ya estás perdido (sin llegar al extremo de no poder vivir sin ella).

Vi cómo se dirigía hacia la capitanía del puerto. A pesar de su corazón atormentado, las ondulaciones que hacía su pequeño cuerpo al caminar no se habían alterado en absoluto. Sensuales y alegres.

Luna soltó una risa burlona.

—¿Y tú de qué te ríes?

Nos encontrábamos en la zona del puerto dedicada al flete. Una actividad «en franca decadencia», como dicen, a juzgar por los espacios sin vida que teníamos ante nuestros ojos.

Me encantan los descampados y las naves abandonadas. Me encanta el paro. Nada me reconforta tanto como ver a la sociedad enfrentada a sus propios fracasos.

Grandes charcos de gasolina dibujaban arcoíris en el suelo.

—¿Verdad que es hermoso? —le pregunté a Luna.

—¿Está *pintado a mano*?

A veces ella usaba este tipo de expresiones.

—No, es un escape.

No cuestionó aquella técnica artística, tan válida para ella como cualquier otra.

Observamos un banco de mújoles dando vueltas alrededor de un enorme pez muerto. Después seguimos una vía de tren abandonada. Atravesaba una nave vacía, abierta por todos lados, y acababa en una antigua montaña de escombros mineros de unos veinte metros de alto y cubierta de amapolas. Una ráfaga roja de disparos a bocajarro.

—¡Guauu!

—Sí, qué paseo más genial.

—¿Podemos subir la montaña?

—Sus deseos son órdenes, princesa.

Los restos de carbón que crujían bajo nuestros pasos brillaban como lentejuelas.

Hacía calor.

Luna trepaba la colina ayudándose con las manos.

—Voy a tardar horas en lavarte las uñas —le dije sabiendo que aquello me iba a gustar.

Pensaba en mi cena con Louise. Jean-Luc había terminado por poner «Love Theme in the Key of D» de Taj Mahal tras dedicarme un guiño de ojos que era todo menos discreto.

Un silencio incómodo se instaló entre nosotros y entonces no supe qué decir.

—Tenemos que volver a vernos —concluí yo. Ella se levantó y yo no quise acompañarla a la puerta.

—Pero si nos vemos a menudo —me dijo ella antes de dar media vuelta.

Mientras la veía alejarse sentí una ligera ola de calor (algo juvenil que me calentaba las entrañas). Y esa ola de calor regresó aquella noche, cuando tuve que meterme en la cama solo.

Tras apagar la luz, un pensamiento me sorprendió: «Si estuviera desnuda a mi lado...».

En lo alto de la cima nos esperaba una sorpresa. Diferentes montículos formaban un recinto y ocultaban un cementerio de contenedores vacíos: cajas de todos los colores apiladas unas encima de otras, como en un carguero, pero mucho más desordenadas. Columnas de varios pisos en precario equilibrio.

Aparentemente allí vivía gente. Las entradas estaban protegidas por porches de plástico improvisados, cables de electricidad serpenteaban por el suelo y había también muebles diseminados entre las casetas. En una parte menos invadida por los contenedores había una hilera de caravanas.

—¿Es un camping?

—Sí, Luna, llamémoslo así.

No tenía ganas de profundizar. Plantados allí arriba éramos tan localizables como dos ángeles en lo alto de un campanario.

—Nos vamos a marchar para no molestar.

—¡El coche de mamá! ¡Unos chicos le están molestando!

Me giré hacia donde señalaba con el dedo. El puerto estaba más cerca de lo que había pensado. Dos chicos intentaban forzar la puerta del Twingo mientras otro operaba con un alambre en la cerradura. Estaba claro que buscaban la radio. Si gritaba, saldrían corriendo con su botín. Y yo no tenía ninguna posibilidad de atraparlos con la pequeña en brazos.

Descendí por la otra ladera, a salvo de sus miradas, con la esperanza de que no les diera tiempo a desaparecer.

Estaban a punto de marcharse cuando puse los pies en el asfalto. Andaban con indolencia propia de perfectos inocentes. Uno de ellos sostenía la radio como si fuera

lo más natural del mundo. Especialistas.

Hacía un calor del diablo. Comencé a seguirlos, escondiéndome detrás de unos remolques aparcados junto a la carretera. Luna se echó a reír, pero yo le puse un dedo en la boca para que se callase.

—Sshh, estamos jugando al escondite.

Los chicos entraron en la zona de los contenedores.

Los perdí entre las estrechas callejuelas del laberinto.

Todo estaba extrañamente silencioso.

Mientras pasábamos entre las columnas de contenedores transformados en viviendas sociales, presentí un peligro inminente.

Se oía una música en español. Pero de pronto también ésta se detuvo.

—¿Huele a salchichas? —me preguntó Luna.

—Sí.

Acto seguido llegamos a una plaza llena de muebles viejos. Unas veinte personas estaban allí reunidas, pero tan quietas como si jugaran al escondite inglés.

Una voz hostil rompió el encanto.

—¿Buscan algo?

La voz pertenecía a un hombre de mediana edad. Estaba sentado en un banco de madera con su enorme tripa apoyada sobre los muslos. Avancé hacia él.

Sus ojos mostraban una violencia preventiva. Descubrí en mí mismo el miedo ancestral que los gitanos provocan en la gente.

—Simplemente la radio de mi coche.

El hombre llamó a los chicos.

—Devolvedle su radio.

Había a nuestro alrededor más hombres capaces de desangrar a un semejante que en una reunión de Marconi. Un verdadero concurso de criminales. Como no me movía, el hombre me preguntó:

—Bueno, ¿qué le hace pensar que puede quedarse aquí?

—La madre de la pequeña es gitana —dije yo—, es prima de Pedro Bacán. ¿Conocéis al gran Pedro Bacán?

Sentí que se rasgaba el telón de hostilidad que separa el mundo de los gitanos del de los payos.

—¿Eres uno de esos payos a los que les gusta la música del alma?

Yo estaba sentado a su lado en el banco.

Cuando a uno le gusta la música, le gusta cualquier tipo. Hacía unos años había descubierto el flamenco con la versión de «Libertango» de Tomatito. Enseguida pedí por Internet varios discos del guitarrista. Su interpretación a dúo con Georges Benson de una rumba con toques de soul (género del que ya tenía ciertas referencias) había sellado mi pacto con la música gitana. Siguiendo las huellas de Tomatito descubrí un disco grabado en vivo con el gran maestro del cante, un mito que nunca se ha extinguido: Camarón de la Isla. El cante jondo se adueñó de mí. Fui a ver a El Cigala al Festival de Mont-de-Marsan. Así como al viejo Chano Lobato. Vi bailar a Farruquito y a Sara Baras. Y debo decir que me pareció que la tierra temblaba bajo mis pies.

Mi anfitrión sacó una botella de ginebra. Unas veces me tuteaba y otras me trataba de usted.

—Háblame de ti —me dijo cuando se nos acabó el tema del flamenco.

Y añadió:

—Es imposible dejar atrás el secreto de una mala conciencia.

Fue Luna quien le respondió:

—No es que escondamos nada, señor, más bien tratamos de encontrar al novio de mi mamá.

Los ojos del hombre se abrieron como platos ante el arrojito de la niña. Soltó una risotada y los demás lo imitaron.

—¡Está claro que por las venas de esta niña corre sangre de los Pinini!

—Uno de mis amigos ha desaparecido —retomé yo cuando las risas se apagaron—. No sabemos qué ha sido de él.

—Entre nosotros hay una vidente. Se la voy a presentar. Un día predijo que habría un presidente negro en América.

Todo el mundo volvió a reírse. Y yo también.

—Y había predicho la muerte de Camarón mucho antes de que comenzara a drogarse.

Se persignó.

Con los gitanos, el flamenco es un tema que siempre está presente en las conversaciones. *Es la conversación.*

—Los gitanos no son hombres como los demás.

Escupió, se limpió la boca y retomó su discurso con la mirada triste que ponen los gitanos cuando hablan de Camarón.

—Y él no era un gitano como los demás.

Mandó que trajeran a la vidente. Sin preguntarme qué opinaba y sin dudar ni un solo instante que ella sabría dónde se encontraba nuestro desaparecido.

—Bueno, yo me llamo Paco, ¿y tú?

—Jon.

Me apretó la mano y sacó una bolsita de su bolsillo.

—¿Has probado la cocaína?

Asentí, a pesar de que hacía un siglo que no tomaba. Decididamente, cada vez me parecía menos al abuelito al que uno nunca propondría algo deshonesto.

Formó dos rayas de polvo sobre una bandeja de plata y enrolló un billete de doscientos euros.

Miré de reojo a Luna. Afortunadamente, no me prestaba atención. Estaba entre adolescentes de unos quince años vestidas y maquilladas como muñecas baratas. Se dedicaban a peinarla y a maquillarla. A la vez, ella comía unos churros tan grasientos que goteaban por sus mangas. Pensé en una dieta equilibrada y lo dejé pasar. Perle me lo reprocharía más adelante, pero ya no podía hacer nada.

La cocaína me produjo el efecto de las burbujas del champán. Como pasa con todas las drogas que uno no ha tomado desde hace muchos años, el placer se mezcló con la nostalgia.

—Se dice que los gitanos siempre están preparados para aceptar la mala fortuna —le dije.

—Se dicen muchas cosas falsas sobre los gitanos... Pero ésa parece cierta —se rio él.

La vidente se llamaba Frida.

Me esperaba una mujer sin dientes, con un pañuelito negro y vestida con una ridícula mantilla. Pero me equivoqué de plano. Era una joven rubia, de una delgadez germánica, y ni siquiera llevaba pendientes. Sus ojos eran de un azul casi transparente.

Sentó a Luna sobre sus rodillas y, sin más preámbulos, se concentraron las dos en una bola de cristal (sí, una estúpida bola de cristal). Finalmente dijo:

—Veo a un hombre... Hum. Y no está nada mal.

Tenía una voz grave y el acento de una artista alemana de cabaret. Pero su mirada fija evocaba una conexión tangible con fuerzas sobrenaturales.

—La pierna que ya no le funciona.

Luna estaba absorta (y puede que yo también).

—Está lisiado. ¿Es un gitano?

Hubo una risa cruel entre los presentes.

—No, no es un gitano. Es demasiado astuto.

De nuevo todos se echaron a reír.

—Astuto *como un lince*.

¿No se suele decir «rápido como el lince» y «astuto como el zorro»?

Ella comenzó a reírse como una loca. Su risa no era diabólica, sino la propia de una mujer agradable y que está dispuesta a reírse por todo. Extrañamente, esto no me pareció muy tranquilizador.

Luna permanecía seria y observaba con atención la bola.

—Sí, yo también lo veo —dijo ella.

Yo ya no daba crédito a mis oídos ni a mis ojos.

—¡Sí, es Al! ¡Es él!

Se giró hacia Frida, quien todavía se retorció entre los espasmos de la risa cuando ya nadie se reía. (Alucinante).

—¿Sigue vivo? —le preguntó.

Comenzaba a pensar que ni el lugar ni la situación parecían indicados para una niña de su edad. Porque no se puede decir que la enseñanza de las supersticiones sea una prioridad educativa, ¿no?

La risa de la vidente se paró de golpe.

—Tan vivo como tú y como yo.

(Realmente alucinante).

Luna se arrojó a los brazos de su madre mientras gritaba:

—¡Lo he visto! ¡He visto a Al!

Como para no traumatizar a la madre y la hija.

—¿De qué me estás hablando?

—Nos encontramos con una vidente que tuvo una visión. No sé cómo lo hizo, pero consiguió impresionarnos. Sobre todo a la pequeña.

—¿Me lo puedes explicar?

Le conté todo salvo lo de la raya de cocaína y la merienda de tres mil calorías.

—¿Quieres decir que no tuviste que explicarle que la persona a la que buscamos es un chico guapo y lisiado?

—Sorprendente, ¿no?

—¿Y todavía no estás convencido?

Me rasqué la cabeza.

—No sé, se me debió de escapar en algún momento durante nuestra conversación.

—¡Pero yo lo vi, yo vi a Al! —dijo la pequeña.

Tras lo cual, pedí a Perle que me llevara a casa y ella comenzó a buscarme las cosquillas:

—Si lo quisieras un poco estarías buscándolo en vez de pasar el día con Luna.

(No me podía creer que me reprochara eso). Continuó en el mismo tono:

—Incluso si Flamby tiene razón y vio a ese estrangulador en la playa..., incluso si Al está muerto... ¿por qué no intentas buscar a su asesino? ¿Por qué no te vengas intentando matar a su verdugo? Ése era tu oficio, matar gente.

—¿Y cómo quieres que encuentre a *tu* asesino? ¡No soy el comisario Maigret!

Salí sin decir siquiera adiós. Me pareció que se había pasado. No soy ni poli ni detective. No tengo lo que hay que tener. Sabía que el asesino era Burger, pero no tenía ni idea de dónde se escondía. Por si todo esto fuera poco, en el momento de pasar a la acción, un enorme hastío me impedía moverme.

¿Era por la poca amistad que me unía a Al? No lo sé, jamás he estado muy dotado para los exámenes de conciencia. Intenté visualizarlo, y su cara de vaquero con el mar de fondo me arrancó una sonrisa. Me acordé de las lágrimas que habían manado de mis ojos la tarde anterior, al darlo por muerto. Me di cuenta de que no me producía una total indiferencia.

¿Acaso temía a Burger? Pensar en su facha de viejo narizón sólo provocó en mí un leve desprecio.

¿Acaso tenía miedo de volver a caer en las garras del mundo de los asesinos? Absolutamente. Era demasiado viejo, demasiado remilgado, demasiado obsesivo.

Tenía que lidiar con estos misterios.

Me dejé llevar por la vida de Musashi por el resto de la tarde, pero estaba nervioso y vagamente deprimido. La cocaína de Paco me había abierto el apetito y en

la nevera sólo tenía unas sobras viejas de pato confitado y judías verdes algo mustias.

La droga y el alcohol me habían provocado el deseo de tomar más alcohol, coca, éxtasis... y todo lo que va detrás. Me puse un pantalón de lino, una camisa blanca, unos mocasines con borlas —única concesión al mal gusto en los regalos de Perle— y una chaqueta de ante beis. Cogí mi pistola de todos los días y salí.

Mientras cruzaba el jardín, arranqué las borlas y las tiré entre las capuchinas.

Miré mi reloj. Un hermoso reloj que había pertenecido a mi padre; es decir, muy antiguo. No conseguía distinguir el segundero. Demasiado fino y demasiado rápido. Yo no era tan fino ni tan rápido. Bebí y bebí hasta que ya no pude más.

No podía saber qué hora era, salvo que era una hora maravillosa. Si uno se encuentra fuera de casa a esas horas, significa que está saboreando el lado oscuro de la vida.

El camarero llevaba una camiseta rosa ajustada y con lentejuelas.

¿Dónde diablos me encontraba?

Su voz parecía también rosa.

—¿Le sirvo la octava?

Tenía la irritante manía de contar las copas que me había tomado.

—Deje de contar lo que bebo, joder.

Levantó sus ojos hacia el cielo.

—Cariño, es mi trabajo.

La discoteca estaba vacía, salvo por el camarero de rosa y un viejo con chaqueta de tweed que dijo:

—Para librarse de un joven hoy en día sólo hay que atiborrarlo de pastillas, traerlo a una discoteca y dejarlo que reviente. Puedes estar seguro de que nadie te pedirá explicaciones —me dijo.

Hay que saber reconocer a primera vista los lugares frecuentados por asesinos.

Volvió a mi mente la pequeña idea que me había llevado a aquel antro, algo relacionado con recabar noticias de Burger, pero que se había esfumado en el curso de la noche.

El camarero me preguntó:

—¿Quiere mi foto?

—No, gracias, no sabría dónde meterla.

Podría haberlo dejado ahí, pero como no era ni fino ni rápido, añadí estúpidamente:

—No soy maricón.

Me salió así. No estoy orgulloso de ello, pero el orgullo no era lo que más me preocupaba en ese momento. Vi al viejo palpar el reverso de su chaqueta de tweed para calmar a su pistola.

—Déjalo —dijo el camarero rosa.

—¡Gilipollas!

¿Por qué intentaba cabrearlos?

¿Algún tipo de fantasía?

¿Aquel hombre me había ofendido?

Hay que saber cuándo uno está borracho para cerrar el pico.

—¡Fuera!

Rodeó la barra y comenzó a golpearme. Joder, el camarero rosado sabía pelear.

«¡En guardia!», como se decía en las películas de capa y espada. A mi edad, el alcohol te hace regresar a tiempos pretéritos.

Cuando las fuerzas están igualadas, el primero que golpea gana siempre. Intenté defenderme, pero mis puños chocaban contra el vacío. Terminé por golpear una pared. Y el camarero me arrojó del local con un par de patadas. Su camiseta rosa escondía una verdadera bestia.

Mi kung-fu se había quedado atrapado en una isla lejana, en un monasterio budista en el que nadie consume alcohol.

Sin embargo, Musashi, incluso tras haber bebido cantidades enormes de sake, era capaz de cargarse ejércitos enteros de samuráis.

No como yo. Zas. La puerta se cerró cortando una risa rosa chillón con brillo de lentejuelas. Una risa gloriosa. Acababa de ser apaleado por un homosexual.

Me miré en el retrovisor.

¡Qué desastre!

Arranqué, y en cuanto llegué a casa me acosté. ¿Qué música hubiera podido sonar en ese momento? «I'm a Poor Lonesome Cowboy», la música de Lucky Luke.

A las cinco de la tarde volví a ser capaz de distinguir el segundero. Buen signo. Además, daba vueltas.

Había pasado toda la mañana durmiendo y estaba contusionado.

Me puse la chaqueta de ante, aunque apestara a tabaco. Era el perfecto contrapunto a mi maltrecho estado.

Eché a andar hacia la playa.

Me senté en la arena frente al océano, con el labio partido, la mejilla hinchada y la ceja cubierta de sangre.

El ego a media asta.

No era precisamente la imagen que uno quiere mostrar a la burguesía de camiseta marinera y mocasines blancos.

—Buenos días —dijo Louise—. No te molesto...

Más que una pregunta era una afirmación.

Mascullé en vez de hablar. Pero ella interpretó ese gruñido como una invitación a que se sentara.

Apartó la arena sobre la que iba a sentarse como si quisiera limpiarla. Me acordé de que siempre hacía lo mismo con las sillas del Cap'tain.

—¿Consigues escuchar el sonido del mar sin la ayuda del hard rock?

Giré mi cara monstruosa hacia ella con cierta alegría. Creí que recularía del miedo. Pero ella actuó como si no hubiera nada de anormal. Era sin duda lo que le habían enseñado que hace la gente educada.

—Me gusta tu nuevo look —dijo ella inesperadamente—. Viéndote así, nadie podría creerse que escuchas rock duro.

Os lo aseguro, ¡esa mujer buscaba pelea!

Y una mujer que busca pelea no tardará en ligar contigo.

Eso no hizo más que confirmar la impresión que me había dado la noche anterior, cuando Jean-Luc me había preguntado:

—¿Te la vas a tirar?

Yo le respondí:

—Estás loco si crees que una chica bien y en la flor de la edad puede interesarse por un colgado que cuando da un paso sólo mueve hojas muertas.

—Eres un poeta —me respondió—. Has conseguido emocionarme.

Tenía que reconocer que era seductora. Y que la historia de la joven saboyana y del oso amoroso me había divertido mucho. ¿Les he contado ya que debía de tener como mucho cuarenta años, lo que la hacía parecer a mis ojos una jovencita, y que tenía el pelo rubio, la piel dorada y los ojos esmeralda? No, no lo había contado. Me lo guardaba en el tintero.

—¿Eres tan inculta en todo o sólo en temas de rock? —le pregunté.

Ella se echó a reír mientras agitaba su melena.

Tengo que añadir que tenía unos dientes magníficos.

—¡Qué grosero!

—No has respondido a mi pregunta.

—De música prefiero el barroco. Ya sabes: Monteverdi, Bach, Rameau...

—He oído hablar de ellos.

Me abstuve de comentarle que tenía varias interpretaciones de las suites para violín solo y que incluso me gustaba escuchar a Scott Ross interpretando las sonatas de Scarlatti.

—Y yo debo precisarte que he oído hablar de *Los cantos de Maldoror*.

Hum.

—Hubiéramos podido comentarlo. Pero no me atreví a hacerlo delante de mi amiga. Y luego me dio rabia haberte parecido una mujer conformista y sin curiosidad.

—¿Quieres hablar sobre Lautréamont?

—Cuando el otro día cenamos juntos, no me atreví a sacar el tema. La poesía es demasiado íntima. Una se siente algo ridícula al hablar de ella.

Los dos nos sentíamos incómodos.

—Así que te gusta Lautréamont.

—La verdad es que no había vuelto a oír hablar de él desde mi adolescencia.

Se rio. Delante de un monstruo tumefacto.

—Jamás he conocido a un hombre como tú. Quiero decir, alguien a quien parezca que todo le da igual. Salvo su vecina y su hija.

Había dicho todo aquello del tirón mientras se sonrojaba.

—Me parece que sabes mucho sobre mí.

—Sí, tengo que confesar que he intentado averiguar cosas sobre ti. Y que lo que he sabido me gusta bastante.

Y para mi horror añadió:

—Ese *concepto límite* entre abuelo y adolescente.

¡Concepto límite!

¿Es que alguien podría considerar que tengo cara de concepto límite?

Debía asegurarme de que no sabía tanto sobre mí como pretendía. Debía asegurarme de que en algún momento no pudiera soltarme: «Sé que estás implicado en la muerte del amante de tu amiga Perle. Y que eras un asesino a sueldo».

Y la verdad, por qué negarlo, la deseaba.

Hacía demasiado tiempo que no tocaba a una mujer.

Y aquélla, con su cuerpo delgado y flexible, su maravillosa sonrisa y sus ojos color jarabe de menta (dedicado a Eddy Mitchell y su «Couleur menthe à l'eau»)... me gustaba mucho más de lo que podía confesar.

La invité a que viniera a mi casa. Gran primicia.

Lo primero que hizo fue contemplar mi biblioteca. Exactamente como lo había hecho Perle cinco años antes. Tenía un culo más que perfecto para su edad.

Me puse por detrás de ella y le cogí las manos. Ella se giró e intentó besarme en la boca.

—¡Ay!

—Lo siento.

Tenía un poco de mi sangre sobre sus labios. También ella estaba ávida.

—Todavía no sé tu nombre. Sólo sé que tienes un apellido vasco. Del tipo...

—Jon —dije yo para que no se lanzara a improvisar.

Siempre me ha costado desvelar mi nombre: un vasco grande y fuerte con un nombre vasco es ir demasiado conjuntado: como llevar los calcetines a juego con la camisa.

La tarde declinaba al otro lado de la terraza. Una luz cálida otorgaba a nuestros cuerpos colores de película erótica. Joder, qué bueno follar así.

Cuando terminamos tuve ganas de poner «Too Drunk to Fuck», una canción estupenda de los Dead Kennedys, pero tuve en cuenta su aversión hacia el *punk* y puse la versión de *Camille*, en el primer volumen de Nouvelle Vague.

Una dulzura.

—¿Qué es esto?

Evidentemente, comprendía bien el inglés.

Nos reímos. Ella estaba desnuda sobre la alfombra, tendida a mi lado.

La última vez que había sido tan feliz fue cuando cogí a Luna en mis brazos el día que nació.

La siguiente canción fue una de Marvin Gaye:

«Is it Real That We're Making Love?».

Nada más amanecer volvimos a hacer el amor.

Insisto: hicimos el amor por segunda vez. Si uno reflexiona un poco, podrá darse cuenta del significado de esta afirmación. Porque la segunda vez es mucho más bella que cualquier otra.

De hecho, es mejor que la primera vez.

Puse sus piernas sobre mis hombros y hundí mis ojos en los suyos.

Nos mantuvimos así hasta el final. Hubiera podido verter lágrimas de gratitud.

La llevé hasta la ducha y nos enjabonamos mutuamente. Como si nos conociéramos desde hacía mucho. Es una de las cosas incomprensibles del amor: la rapidez con la que se coge confianza.

Su cuerpo me parecía excelso. Ya no tenía nada de pija. Era tan natural como una pradera de montaña.

Me puso pomada cicatrizante en las heridas de la cara.

—Mi viejo adolescente se ha peleado como un gamberro.

No me hizo más preguntas. Con cuarenta años, una mujer sabe cuánto debe el amor al silencio.

Meter la nariz en asuntos que no importan no formaba parte del programa.

Pedí un par de tajines a un restaurante marroquí cercano que traía la comida a domicilio. El tipo quiso encasquetarme una botella de vino rosado marroquí. Abrí un tinto de Bandol. Cada uno tiene sus gustos.

No hacíamos el amor como si tuviéramos veinte años.

Cuando uno tiene sesenta y ocho y una amante veintiocho años más joven, es un problema que le atormenta.

Cada erección se alzaba tan lentamente como una procesión de Semana Santa.

En cuanto mis huevos se llenaban, los descargábamos.

Este proceso nos dejaba tiempo para que yo le hablara del *Musashi* y ella del *Diario* de Gombrowicz.

—Escucha esto —dijo ella—: *Cada vez me resulta más difícil comprender a aquellos que creen que la supresión de la vida es el castigo supremo. No comprendo a aquellos que se alegran de abatir por venganza a alguien con un tiro en la nuca, como si el otro pudiera sentir algo. He llegado a ser indiferente a la muerte (y no me refiero a la mía).*

Se rio con felicidad.

Yo intenté convencerme de que había escogido justo ese pasaje por casualidad. No quería compartir con ella ese tipo de secretos. Con Perle ya era suficiente. En mi antiguo trabajo, un testigo no era alguien a quien dejar normalmente con vida.

Agarró mi sexo. Estaba elástico. En general la elasticidad es una buena señal, pero no en ese caso. Ella le prodigó caricias y la pobre cosa hizo ademán de levantarse.

—Tu polla es tan lisa como la de un niño —dijo ella—. Es la única parte del cuerpo que no tiene ni una arruga.

Desgraciadamente, se encogió y encogió y volvió a su estado de gamba pelada.

—No intentes halagarla. Nuestros miembros tienen la misma edad que nosotros.

Hacia las seis de la tarde pude tomarme la revancha. Pero no voy a extenderme en detalles. Digamos que sonaba «Ordinary Joe», de Terry Callier.

Ella se marchó a las ocho.

Terminé el primer tomo del *Musashi* hacia las doce.

Acababa de leer uno de los pasajes más duros del libro. El capítulo titulado «La sombrilla», en el que Musashi mata a un niño que se escondía detrás del tronco de un árbol.

Incluso si aquel niño era el jefe del clan de los Yoshiokas, cuyos miembros estaban a punto de tenderle una emboscada que fue truncada por la presencia de hombres armados con mosquetones, el autor había hecho bien al escribir que «fue el acto de un demonio feroz».

Aquella era la táctica que Musashi había escogido aunque no estuviera seguro de poder salvar su pellejo.

Reflexioné mucho tiempo sobre ese pasaje. Estaba desnudo, con el libro abierto sobre mi tripa.

Me costaba dormir.

Pensaba en Al.

¿Quién era?

¿Había sido una casualidad el que se cruzara con Burger o tenía algo que ver con el mundo del crimen?

Me costaba imaginarlo como un delincuente o pensar en la relación que pudiera tener Al, un simple pescador, con un asesino como Burger. ¿Por qué motivo podía tener un contrato de asesinato pendiente sobre su cabeza?

Desde que había visitado el campamento gitano, otra pregunta se había instalado en mi pensamiento:

¿Estaba Al vivo?

No podía ser. Burger el Malo nunca fallaba. Y Flamby lo había visto ahogarse. Si el cuerpo no había aparecido era porque Burger se lo había llevado consigo hasta su coche, aunque Flamby no se acordara de ello.

No iba a dejar que aquella historia de fantasmas y aparecidos me impresionara.

Después de pasar una hora en mi cama sin hacer nada, volví a pensar en Louise.

Sabía que las mujeres siempre te piden más y que no se cansan hasta que uno sacrifica su libertad y su personalidad.

Era mejor imponerse la disciplina de un Musashi. Mi cabeza estaba invadida de esas imágenes de su cuerpo. Un festival de cuerpos.

Tuve un principio de erección.

Aunque me guardé mucho de tocarme.

Confiaba en poder recuperarla más adelante, para Louise.

Justo cuando estaba a punto de quedarme dormido me acordé de un asesinato que

había cometido hacía años. Era un chico menor de veinte años al que tuve que matar cuando salía del instituto. Yo tenía unos diez años más que él. No sabía qué iba a sentir una vez que cumpliera mi misión.

Pero me sentí tan miserable como si acabara de matar a mi propio hermano. Y sí, tengo que reconocerlo:

Entré en una iglesia.

Y como nunca he sabido hacer las cosas a medias, me tiré a los pies de la cruz, con los ojos llenos de lágrimas místicas, pidiendo a Dios que me perdonara (el genotipo vasco se compone de genes del padre, de la madre y del señor cura).

—Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme.

Tuve que tranquilizarme un poco cuando una mujer toda vestida de negro vino a arrodillarse no muy lejos de mí. No me prestó atención y se puso a murmurar entre dientes. Estaba rabiosa. Me intrigó y presté atención.

—Jodido Cristo, hijo de puta, eres un capullo —así empezaba su oración—. Maldita sea la Virgen y malditos los santos. En mi vida sólo he tenido desgracias. ¿Por qué te llevaste a mi marido sin dejarle que me diera hijos? ¿Por qué permitiste que me quedara embarazada si no podría conservar a ninguno? ¡Dos veces gemelos! ¿Por qué dejas a los niños vagar por el limbo? ¿Por qué el señor cura no les dio los santos sacramentos con el pretexto de que no se bautiza a los muertos? Señor, te odio con toda mi alma. Amén.

A pesar de la fuerza de mi genotipo, fue la última vez que recé en una iglesia.

Me levanté sobresaltado.

Había tenido una pesadilla.

Luna tenía quince años. Era una chica guapa, muy afectuosa con *su abuelito*, aunque yo ya no pudiera pasearla sobre mis hombros, que estaban hechos trizas.

Miré la hora. Era demasiado pronto para despertarme.

Entre la consciencia y el sueño, intenté reconstruirme otra historia, una en la que Perle tenía otro hijo, un niño pequeño que podía llevar sobre mis hombros. Un bonito sueño.

Pero aquel niño no tenía padre (otro huérfano).

Porque Al había muerto por culpa de Burger.

Después era yo el que ahogaba a Al. Y Marconi salía del agua (sí, es raro, pero es un sueño) y me decía: «Se lo encargué a Burger, pero como has sido tú quien se ha ocupado, te lo voy a pagar a ti». Y me tendió unos billetes tan anchos como postales.

Me desperté sobresaltado por segunda vez.

Eran las diez y doce. Estaba demasiado cansado para levantarme. Metí la cabeza bajo la almohada para intentar conciliar el sueño por última vez. Mi técnica personal consiste en inventarme un sueño para lograr dormirme. En esta ocasión conseguí orientar mis sueños hacia un mar tranquilo en el que nadaban sirenas de magníficas tetas. Reconocí a Louise, que nadaba hacia mí con los pechos inflados. Mostraba una sonrisa sugerente. Intenté ir hacia ella mientras los detalles de su cuerpo se volvían cada vez más visibles.

Pero de pronto una sirena se interpuso entre nosotros. Tenía una cola de pez negra, un aspecto feroz y las cejas agujereadas por varios piercings.

Maldito sentimiento de culpa.

¿Qué habrían hecho en mi lugar?

De acuerdo, esta pregunta revela un procedimiento narrativo deshonesto y poco original, pero...

En serio, ¿qué habrían hecho en mi lugar?

Lo que el cuerpo me pedía era ir a donde estaba Marconi y preguntarle:

¿Dónde está ese gilipollas de Burger?

Era el único que podía decírmelo. Pero mi antiguo jefe no es del tipo de personas con las que resulta fácil establecer un diálogo.

La última vez que lo había visto *dialogar* había sido armado con un soplete que soltaba una hermosa llama azul. El pobre chico al que tenía por interlocutor, un joven magrebí tan blando como un pulpo recién golpeado, acabó su día con la cara destrozada. Había sucedido en tres etapas:

Se quedó sin cejas.

Se quedó sin párpados.

Se quedó sin nada.

Me acordé también de la ocasión en la que interrogué a un policía para saber qué sabía él de nosotros.

—¿Sabes lo que quiero saber?

—No, no lo sé.

—Piensa.

El tipo era atlético, de los que se sienten incómodos en el papel de interrogados.

—Lo que quiero saber es qué sabes de nosotros.

No era la clase de tío al que se le hacen preguntas.

—Vete a la mierda, cabrón.

Una respuesta carente de originalidad. Después añadió:

—¡Aaaaaay!

Acababa de arrancarle, no sin dificultad, la mitad del bigote.

Marconi se puso detrás de mí, colocó su mano sobre mi hombro y ocupó mi lugar.

—No estáis dialogando nada. Es necesario dialogar.

Aquel comentario me hizo gracia.

Después sacó su navaja.

El tipo daba unos alaridos terribles.

Les juro que así fue. No tienen más remedio que creer mi palabra, puesto que no se me ocurre ningún testigo que aún siga con vida.

La verdad, a casa de Marconi era imposible acudir solo y esperar poder tener una conversación constructiva.

Todo el mundo teme a los gitanos, incluso los asesinos profesionales.

El mismo Marconi me había dicho en una ocasión que él solía darles empleo, pero que ya no lo hacía más porque eran *asesinos peligrosos*.

Lo que, viniendo de él, es mucho decir.

Musashi no tenía nunca miedo, pero claro, él jamás se había tenido que enfrentar a ningún gitano.

Aquel samurái había derramado ríos de sangre por honor.

—Debes hacerlo por Perle —me decía a mí mismo reflejado en el espejo. (Sólo le hablo a mi reflejo en el espejo en las ocasiones importantes).

Tenía que averiguar cómo había muerto Al para poder explicárselo. Y después de eso, debía vengarla.

Me puse mi traje de chaqueta negro de Armani, un clásico atemporal, un disfraz digno de un asesino de Hollywood. Algo con lo que pasar tan desapercibido como un elefante en una cacharrería.

Abandonado mi aspecto de viejo lobo de mar, aquello hacia lo que había evolucionado me resultaba algo inquietante. Me anudé los cordones de los zapatos italianos mientras me decía que no resulta tan fácil escapar a la personalidad de uno. Fui a buscar mi 38 al cajón de la mesilla de noche. El metal estaba tan frío como el suelo de un cementerio en pleno invierno. Apunté el cañón hacia mi reflejo en el espejo. Tenía exactamente la pinta de lo que era. Me preguntaba cuáles serían las tarifas de los gitanos para ese tipo de negocios. Mi única referencia eran las de la reparación de los asientos de mimbre, pero no creía que sirviera.

Robar las llaves del coche de Perle sin que ella se diera cuenta era un juego de niños. No quería darle explicaciones. Que pensara que había olvidado a Al me venía de perlas, aunque eso me obligara a soportar sus miradas furiosas. Si le hubiera dicho que todo iba a salir bien, que me iba a ocupar de todo, se habría hecho demasiadas ilusiones. Y eso era algo por lo que no estaba dispuesto a pasar. No existe nada más agobiante que el hecho de que alguien cuente contigo.

Al había desaparecido hacía cinco días, y yo sabía que ella se estaba volviendo loca. La ansiedad le había dibujado unas ojeras negras bajo los ojos. Parecía una viuda. Pero yo pasaba a su lado intentando aparentar normalidad, como si quisiera decirle que a mí todo aquello me daba igual y que por favor no me molestara.

Por ahora no me había atacado de frente, pero no tardaría mucho si yo le daba la impresión de estar cruzado de brazos.

Los tres gitanos no pudieron contener la risa cuando me vieron salir del Twingo rosa.

—No os riais tanto. Porque os vais a tener que meter ahí vosotros también.

—Vamos a coger un Mercedes —dijo Paco.

¡Intentar hacer entrar a un gitano en un Twingo rosa!

—En un Mercedes nos descubrirían antes de haber tomado la primera carretera — dije.

Los destellos del atardecer se reflejaban sobre un camión cisterna. Poco a poco se iban iluminando las farolas a lo largo de la autopista. Tres gitanos y yo hablábamos en un universo de petróleo.

—Nadie nos verá —añadí—. Esto es mucho más discreto que el tren.

Paco se había sentado delante.

—Hay más espacio del que creía —concedió mientras apoyaba sus pies sobre la guantera.

Condujimos durante apenas dos horas hacia la montaña. La luna se elevó en el cielo mientras atravesábamos un valle sumergido en la oscuridad. Después nos dirigimos hacia la cima de una pequeña colina.

La casa de Marconi era una antigua granja reformada con un falso aspecto de casona gótica, con sus torrecillas y sus volutas. Estaba rodeada de un cuidado jardín.

Aparqué en el patio de la granja contigua.

Aparte de los aleteos de los pollos inquietos, no se oía nada.

—Esperemos que a los campesinos que viven aquí no se les ocurra llamar a la grúa —se rio Paco.

Estaba tan contento como un niño que se dispone a jugar a la guerra.

—Conozco a los viejos que viven en esta granja. Están sordos como tapias.

Mi esperanza era que en todo ese tiempo no se hubieran muerto y que los dueños siguieran siendo los mismos.

—¿Cuál es tu plan?

Me rasqué la cabeza.

—Llamamos, neutralizamos a los malos que salgan a recibirnos, encuentro al jefe, me da la dirección de un viejo amigo y nos volvemos.

—¿Cuál es el oficio de los malos?

—Son asesinos.

—Fuera de coña.

Reflexioné un instante mientras cargaba mi pistola.

—A ninguno de los que viven allí les gustan los gitanos. A saber qué les hicieron vuestros antepasados a los suyos. Vais a llamar a su puerta. Vuestro coche se ha averiado. Necesitáis ayuda. Os van a mandar a la mierda. Les llamaréis gilipollas. Conociendo a los hombres de Marconi, querrán daros una lección.

—No se atreverán a tocarnos un pelo. Con los gitanos siempre hay represalias masivas. Somos desmedidos y lo saben.

—En ese caso, Marconi enviará a Antoine para que hable con vosotros. Antoine es su perrito faldero, sería capaz de comer su mierda si Marconi se lo pidiera. Desconfiad de él. No le tiene miedo a nada. Para él vosotros no sois ninguna amenaza, sólo un problema. No dudaría en acribillaros.

—Me ocuparé de él personalmente.

—Mientras tanto, yo entraré por el jardín e iré a buscar a Marconi. Y por favor, no matéis a nadie, si no...

—¿Si no qué?

—Estaremos jodidos.

Pensaba en mi pequeña jubilación.

No era cuestión de matar a la gallina de los huevos de oro.

Con el tiempo, Marconi se había vuelto charlatán.

No dejaba de repetirme una y otra vez las mismas explicaciones.

Habíamos dejado nuestras pistolas sobre la mesa de mutuo acuerdo tras encontrarnos cara a cara con el cañón del otro apoyado sobre la mejilla.

—Hace dos años que Burger no trabaja para mí, Jon. Jodió un encargo de los grandes. Después de aquello jamás se ha atrevido a ofrecermé sus servicios. Y hace bien. Mató a un niño de seis años. Nunca he sentido tanta vergüenza. Siempre dije que los niños son sagrados. A los adultos se les puede hacer lo que haga falta. Pero a los niños no. Todavía tengo pesadillas. ¡Un niño de seis años con una bala en la cabeza! Ese estúpido estropeó el plan y se puso a correr detrás del tipo y a disparar en mitad de la calle. Se le escapó dos veces. Y luego lo del disparo al niño... Me llamó desde una cabina para disculparse. ¿Quién podría contratar de nuevo a alguien así?

—¿Seguro que no sabe quién?

—Ya conoces los nombres de la competencia. Y no sé de nadie que pudiera darle trabajo a Burger ahora. Está completamente loco.

Burger el Malo.

Tuve la sensación de que Marconi decía la verdad *en líneas generales*, pero que quizá me ocultaba algo. ¿Qué podía ser? Imposible decirlo. Yo sabía que no era posible extirpar toda la verdad a alguien como Marconi.

Una idea me vino a la cabeza:

—El asesinato tuvo un testigo, alguien que vio cómo Burger cogía a mi amigo por el cuello. Esta forma de matar me parece extrema.

—¿Tu testigo es fiable?

—No, tan voluble como un flan.

Nos quedamos pensativos.

—¿Puede haberse convertido Burger en un maldito asesino en serie, alguien que mata por placer? ¿El tipo que pasea por la playa y ve de pronto a un pescador impedido y decide ahogarlo?

Marconi se dio tiempo para poder imaginarse el panorama. En sus labios se dibujó una sonrisa cruel.

—Al contrario que a ti, y por eso precisamente eras el mejor, a la mayor parte de los tipos a los que contrato les gusta lo que hacen.

—No soy un santo —repliqué—, a veces también yo disfrutaba.

—En todo caso, si Burger lo hizo para satisfacer sus más bajas pulsiones, ha tenido la mala suerte de tropezar con uno de tus amigos.

Los gitanos devolvieron a Antoine a Marconi en un estado apenas pasable. Pero éste no pareció guardarme rencor.

—Ha sido un placer volver a verte. ¿Ahora te dedicas a alternar con gitanos?

—¿Me puede prestar tres mil euros?

Una vez que hube pagado a los gitanos creí que no volvería a verlos nunca más. Pero al día siguiente, hacia las once, Paco apareció en mi casa como si nada. Llamó, abrí y me dio un puñetazo en la cara. (Odio esta manía de los gitanos de golpearte).

—Me mentiste. No es la prima de Pedro Bacán. Ni siquiera es gitana.

—Pero merecería serlo —dije yo.

—No te rías de mí.

Me dio un rechazazo en el hígado. Tenía tres primos a su espalda (otra manía que no me gusta de los gitanos).

Después me dio un bofetón de lo más humillante.

No debía responder, si lo hacía estaba muerto.

Seguramente hubiera podido cargarme a Paco y a dos de sus primos si nos hubiéramos peleado, pero aquello no se habría quedado ahí.

Si uno humilla a un gitano delante de otro gitano, lo menos que puede esperar es que le hagan mucho, mucho daño. Ni el Muro de Berlín en su momento de esplendor hubiera sido capaz de protegerle.

Fingir que era incapaz de defenderme.

—De acuerdo, lo admito, mentí. Pero mi afecto por tu pueblo es sincero.

—¿Te estás riendo de mí?

Pero de repente:

—¿Tienes whisky?

Me salvé.

Saqué todas mis bebidas alcohólicas y muchos vasos. Mi ceja volvió a sangrar. Paco cogió la botella de Lagavulin.

—¿No tienes JB?

Y acto seguido se puso a hacerme una descripción apocalíptica de Perle y de sus piercings: una chica delgada con el pelo corto. Ningún ejemplo de elegancia.

Me reía tanto que se me saltaban las lágrimas.

—Te reíste bien a nuestra costa, ¿no?

En ese momento Louise hizo su aparición, todavía medio dormida, y Paco soltó un comentario histórico:

—Señora, se lo devuelvo más o menos como me lo encontré.

Y como Louise no parecía comprender, añadió:

—El ojo morado y el labio partido no son obra mía.

—Mejor será no añadir nada —dije yo mientras levantaba la vista hacia el cielo.

Pero antes de eso había pasado una noche maravillosa.

He aquí lo que sucedió esa noche, después de visitar a Marconi con mis socios gitanos:

Cuando volví a casa, ésta estaba vacía. Increíblemente vacía. Era la primera vez que estaba tan vacía.

Los plomos habían vuelto a saltar.

Louise había dejado siete mensajes en mi buzón de voz, cada cual más tórrido y prometedor que el anterior. Aumentando el nivel.

Perle también había dejado algunos mensajes.

«Llámame».

«¿En qué andas metido?».

«¿Estás disfrutando?».

«Por si te interesa saberlo, estoy en un agujero negro».

«Luna me pregunta dónde estás».

«Clic. Bip... bip... bip...».

«Cabrón».

Incubaba su cólera. Yo soy de campo y jamás molesto a una gallina que incuba.

Así que me metí en la cama.

Daba vueltas sin poder dormir.

Estaba seguro de que lo que le había contado Al a Perle no era la verdad en sentido estricto. Era una mezcla de verdad y mentira, como suele pasar con las trolas.

Cuando uno tiene ganas de creer, la mentira puede parecer una versión más brillante y preciosa de la verdad. Como una moneda cuyas dos caras no tuvieran el mismo valor.

Llevaba una hora tendido sin poder conciliar el sueño cuando alguien llamó a la puerta.

Miré por la ventana entreabierta.

Era Louise.

Miré el reloj: la una de la mañana.

Dudé si abrir o no.

Cuando una mujer se pone a llamarte a esas horas es que quiere cargarse tu libertad.

Pero sentí cómo mi sexo se despertaba bajo el calzoncillo.

Corrí a abrir.

Ella se arrojó entre mis brazos e hicimos el amor en la escalera. Sostenía su culo entre mis manos del mismo modo que tuvo que hacer Dios con la tierra cuando la creó.

Se durmió suavemente entre mis brazos mientras recuperábamos el aliento en el sofá.

Su cuello y su pelo olían maravillosamente. Puse mi mejilla contra la suya y por fin pude conciliar el sueño.

Nada más que añadir, salvo quizá:

¿Cómo había podido pasar tanto tiempo sin ella?

Tras contemplar durante un buen rato a mi bella durmiente y sintiendo que no podía aguantar más la tentación de poner mi mejilla sobre su adorable monte de Venus —uno nunca debe despertar a una mujer, ni siquiera para hacerle el amor—, cogí mi ordenador portátil y salí a la terraza.

Necesitaba ordenar mis ideas.

Elaboré tres listas.

Lo que sabía:

Al pescaba todos los días al amanecer en la playa de Largos.

Al lleva más de una semana desaparecido.

Burger estaba en Largos la semana en que Al desapareció.

Flamby vio a Burger estrangular a Al.

El cuerpo de Al no ha aparecido.

Al sabe de medicina.

Al tiene un secreto.

Al tiene miedo.

Al practica apnea cada vez que se baña.

Marconi ya no tiene a Burger en nómina.

Lo que ignoraba:

¿Quién es Al en realidad?

¿Qué nos oculta?

¿Por qué lo mató Burger?

¿Dónde está Burger?

¿Se ha convertido Burger en un jodido asesino en serie?

¿Dónde está el cuerpo de Al?

Lo que debía poner en tela de juicio:

Al es un simple pescador sin pasado.

Al es un minusválido inofensivo.

Al no ha hecho nada malo.

Marconi dice la verdad.

Burger ya no trabaja para nadie.

Al es...

Sentí la presencia de Louise. Acababa de entrar.

—¿Ya estás navegando por Internet?

Me apresuré a cerrar el documento.

Llevaba una camiseta sin bragas y su piel estaba completamente bronceada. En la región no faltan las playas naturistas. Era una pija desvergonzada. Pero con una sonrisa tierna y limpia.

Una mujer que simplemente amaba la vida.

—Ya voy —dije yo mientras cerraba el ordenador.

—¿No duermes nunca?

—A mi edad uno no necesita dormir demasiado.

Se estiró y dijo:

—Deja de jugar a ser un viejito.

Desayunamos en la terraza.

Ya hacía calor.

Los pájaros piaban en las ramas de los árboles y el aire olía a rosas, a café, a pan tostado y a Louise.

No sentí ninguna erección, así que no había nada que hacer en ese sentido. Me levanté para recoger. Ella me ayudó y llevó los platos a la cocina. Me rozó.

Luego me acorraló frente a la pila:

—Me encantaría hacer el amor en la cocina.

—A mí también, sin duda.

Metió su mano dentro de mis calzoncillos. Mi pene seguía flácido, resistiéndose a entrar en acción. Al seguía ocupando mi pensamiento. Alguien que solía esconderse tan a menudo tenía algo que ocultar. El eventual rapto de locura de Burger parecía una hipótesis cada vez menos plausible. El hecho de que hubiera perdido todo tipo de credibilidad en el mundo de los asesinos por encargo no significaba que se hubiera transformado en un asesino en serie y por ello hubiera estrangulado al novio de mi amiga.

Mi pene seguía sin darse cuenta de la situación vergonzosa que me estaba haciendo vivir.

—Sólo sirve para mear.

—Vengo preparada.

Acercó su bolso y sacó un bote con píldoras azules.

—Pienso secuestrarte varios días con sus noches. Si no es demasiado abusar...

Leí la posología y me tragué una píldora. Estaba deseando que abusaran de mí.

—¿Sabes si funciona inmediatamente?

Jean-Luc se había enterado de lo que me había sucedido en las últimas horas.

—¿Y bien, tienes algo que contarme?

—Ya veo que las noticias vuelan.

—Esa chica me ha hecho soñar desde hace años y me la arrebatas con tan sólo una cena.

—No es lo que crees. El otro día después de la cena no pasó nada.

—Como nunca la veía con ningún tío pensaba que era un poco estirada.

—Lo que estoy intentando decirte...

—Tonterías. Vi cómo le abrías la puerta de tu casa esa noche. Justo después de cenar pasé por allí a ver si me ofrecías un poco de coñac.

—¿Sí?

—Llegué justo en el momento en el que le abrías. Ella parecía tener un incendio en su bosque, y tú por suerte tenías la manguera para apagarlo.

Elegante.

Terminé por capitular.

Nos echamos a reír como dos gilipollas.

El viento levantaba la arena y golpeaba los cristales. Todavía no había llegado ningún cliente.

—Escucha, Jean-Luc, no me gustaría que todo el mundo se enterara. Contrariamente a lo que piensas, sí que hay otro, pero está de viaje por el extranjero. Sí, la señorita está casada..., así que es necesario que seas discreto.

Fingió creerme.

—Sabes que puedes contar conmigo en eso de ser discreto. Ya te lo he probado varias veces.

Hice como que no entendía su alusión.

Sirvió un vaso de vino para acompañar las almejas. Tenían más sabor que colores el paraíso.

—Están de fábula.

—¿Qué es lo que sabes de Al, Jean-Luc?

Se dio cuenta de que mi pregunta iba en serio.

Reflexionó antes de contestarme.

—Llegó aquí hace seis años y, por decirlo de algún modo, empezó a formar parte del paisaje. Desde entonces, no hubo mañana en la playa de Largos en la que él no estuviera. Salvo aquella en la que atrapó a tu vecina con su caña de pescar.

¿Sólo seis años?

Me di cuenta de que nunca me había planteado esa pregunta. Era como si Al hubiera formado parte de esa playa desde su formación geológica tras la última glaciación.

¡Únicamente llevaba un año más que yo!

—No es raro que llegue alguien nuevo sin que nos preguntemos de dónde ha salido —dijo Jean-Luc—. Lo raro fue que apareciera con la cara partida. Al no pasó desapercibido.

—¿La cara partida?

—Cuando llegó, tenía una venda alrededor de la cabeza. Nos explicó que había tenido un accidente de moto. Se lamentaba de no haber llevado casco. Y cojeaba más de lo que lo hace hoy en día.

Cojeaba más... Lo de la caída del puente en Grecia cuando tenía dieciocho años tendría que pasar a engrosar un apartado en la lista de «lo que debía poner en tela de juicio».

Además, debía añadir «Al es un mentiroso» a esa de «lo que sabía».

Escuchadlos antes que a los demás.

Federación Nacional de Compras de Profesionales

Los Fucking Puppets. Debería sonaros el nombre. Seguramente conoceréis esas putas marionetas lúbricas.

Pues bien, fue Valentin, nuestro famoso conductor, el chico al que Burger no consiguió cargarse, el que montó el grupo en 1998.

Cuando había superado los treinta.

Subo el volumen de la televisión.

Doce años después (una eternidad comparados con la carrera de los Beatles), el grupo ha conseguido regresar al estrellato con un éxito cuyo título es peor que los anteriores:

«No invites nunca».

Tiene tela.

Cuando se pasa de los cuarenta en el mundo del pop, se es un viejo. Sobre todo tras siete años de travesía por el desierto.

Me acuerdo del título de su último gran éxito: «Viernes de suicidio».

Estoy condenado a lograrlo...

Acabar conmigo.

Debo aguantar hasta el viernes

porque entre semana demasiado tengo que hacer.

En aquella época, había sido necesaria una maravillosa melodía para que el público pudiera tragarse semejante letra. Tras siete años, la cosa no había mejorado:

No invites nunca a un judío a cenar.

No invites nunca a un negro a un café.

No invites nunca a un turco a bailar.

No invites nunca a un árabe al cine.

No invites nunca a un chino a entrar.

No invites nunca a un gitano a parar.

El tono era al mismo tiempo desganado y nervioso, la melodía divertida y el ritmo pegadizo. El presentador precisó que triunfaba en las pistas de baile.

—Todos los solteros ven la tele mientras cenan. Es una especie de ley masculina —dijo Louise.

—Conozco a ese chico.

—¿A qué chico? ¿A ese tipo de cuarenta años en el crepúsculo de su carrera?

Así aprendería a no hacer confidencias tan a la ligera (no me reconocía a mí mismo).

—¿La canción es una fina ironía sobre los racistas?

—Supongo que sí.

En su momento me gustaba escuchar a los Fucking Puppets en la radio. Me alegraba ver a Valentin fuera de las actividades criminales. No me gustaba verlo al lado de Burger el Malo. El grupo había conseguido su primer éxito con «Deja de reír»:

*Deja de reír, mi amor.
Prefiero cuando lloras.*

Un gran éxito entre los jóvenes.

—¿No echan nada en Canal Arte?

—Estamos en Canal Arte, Louise.

Las píldoras azules comenzaban a surtir efecto.

Hacíamos el amor.

No había puesto un pie fuera de mi casa desde hacía doce horas. Negación plena de la realidad.

Hacia el fin de la tarde Perle llamó a la puerta una sola vez, pero como no contesté rodeó la casa y entró por el jardín trasero.

Se cruzó con Louise en la cocina. Ésta estaba desnuda y preparaba un té. Perle ni siquiera se molestó en saludarla.

—Veo que no te aburres. Hice bien en aconsejarte que cambiaras de look.

—Tu chico es un mentiroso —le dije para que nuestra conversación tomara el rumbo adecuado.

Louise pasó por delante de nosotros moviendo ostensiblemente el culo. Sus pechos estaban hinchados por el deseo, o eso me pareció (podía ser otro efecto de las píldoras azules).

—¿Un mentiroso? ¿No se te ocurre otra cosa para justificar tu falta de interés?

—Ya está bien, ¿no?

Dejó la puerta principal abierta de par en par cuando se marchó, y yo comprendí de pronto que dejar la puerta abierta es peor que dar un portazo.

Louise comenzó a reírse.

—¡Qué carácter tiene tu protegida!

—Creo que me tengo que ir —le dije.

En esta ocasión ella subió a acostarse sin preguntarme si podía quedarse. No sabía cómo pedirle que se marchara.

Me vestí y salí.

Cuando llegué a casa de Perle, quise poner los puntos sobre las íes.

—Como vuelvas a montarme otro numerito...

No supe qué añadir. Jamás hubiera podido hacerle daño a Perle.

Luna se arrojó sobre mis brazos. Luego me puso mala cara. Era la primera vez que estaba tanto tiempo separada de su abuelito.

—Le he comido la cabeza —dijo Perle—. Sé que no está bien, pero no pude evitar decirle que a su abuelito le dábamos igual; que como Al te da igual, tampoco te importamos nosotras.

Abracé a Perle, que volvía a llorar.

Sentí el principio de otra erección. Sin duda por culpa de la Viagra. (Maldita química de mierda).

—¿Tienes alguna foto de Al?

—Sólo tengo una.

—Dámela.

Era Al con su cara de vaquero pescador.

—Si la pierdes, más te vale que me traigas al modelo vivito y coleando —me dijo ella mientras me tendía las llaves del coche.

Perle creía que yo iba a salir a buscar a su eterno novio.

Pero Al estaba muerto, y ésa era la verdad.

Pensaba en esas personas a las que les desaparece un conocido y se pasan la vida con la esperanza de que vuelva a aparecer en su puerta sonriendo para contarle qué les ha sucedido durante los años que ha estado ausente. Me daba mucho miedo que Perle pudiera pertenecer a esa categoría condenada a ser desgraciada por el resto de sus días, incapaz de amar de nuevo, obsesionada por un enigma sin solución, imposibilitada para rehacer su vida.

—¡Joder, qué mierda!

Había bajado a la playa y por fin podía gritar a gusto:

—¡Me cago en la puta!

La puesta de sol fue eterna: brillante e insulsa.

Pensé momentáneamente en mi vejez y en mi jubilación bien merecida. Tenía agujetas en la nuca y en las piernas. 68. No era la revuelta de Mayo, era mi edad, que brillaba como un cartel luminoso en mitad de la noche.

La entrevista con Marconi había sido tan estéril como una plantación de plátanos mexicanos. No tenía ninguna pista sobre el móvil del crimen. No sabía quién lo había encargado ni dónde podía encontrar a Burger.

Me marché de la playa cuando era de noche.

No tenía un plan *detallado* (a menudo, tener un plan poco *detallado* ya es bastante), salvo dirigirme de nuevo a los peores antros con la vaga idea de conseguir un soplo que me llevara a Burger. Pero en esta ocasión sabía más o menos dónde buscar. Conocía los lugares de perdición por los que solían alternar mis antiguos compañeros de oficio junto con quienes los frecuentaban: putas, estafadores, empresarios de la construcción, políticos locales..., todos alcohólicos irrecuperables, hambrientos de bromas lascivas y de encuentros sexuales. Sabía pues perfectamente en qué iba a consistir mi noche: en una larga caída hacia la mayor vulgaridad, y en qué antros iba a suceder todo: aquellos donde las putas baratas se dedican a toquetear las braguetas de los clientes: todo un rosario de malas direcciones que me conocía de memoria, entre Adour y Bidasoa.

A falta de otro plan, me tocaba ir a tientes por la noche repitiendo: «Eh, Burger, ¿estás aquí?».

La verdad es que tenía que luchar contra las ganas de regresar a casa.

Decirle a Louise las palabras que nunca le había dicho a nadie, salvo quizá a Mado.

Terminar el bote de Viagra.

Además, como solía pasarme, dudaba de la sinceridad y la pureza de mis intenciones.

¿Lo hacía verdaderamente por Perle?

Aparqué el Twingo frente a la lamentable fachada del Cenicienta, bajo una ventana con forma de corazón tras la que se podía ver a las camareras.

Si no hubiera corrido el riesgo de que Perle me delatara a la policía, ¿me habría tomado tantas molestias?

Volví a pensar en Burger.

Ese imbécil.

Qué placer sentiría si pudiera captar su último respiro... De eso sí que estaba seguro, sin la más mínima duda.

El lugar ofrecía el delicado encanto de una paja cubana a salvo de las miradas indiscretas.

Un tipo se me adelantó cuando llegué a la altura de la barra. La camarera llevaba un sujetador con forma de corazón que se parecía a la imagen de la fachada, pero más decrepito.

—¿Puedo servirle algo? —le preguntó ella.

—Sí, pero sin apretar demasiado.

—No, no queremos estropear su bichito.

Todo un espectáculo.

No obstante, conforme avanzaba la noche, es decir, una media hora más tarde, tuve la prueba de que en todos los lugares existe gente inteligente.

Nuevos clientes habían llegado, otros se habían marchado a los cubículos de terciopelo acompañados de sus respectivas camareras.

La camarera, al borde de una crisis de nervios:

—Dios es un estafador. No sirve de nada rezarle. Es capaz de confundir los dones terrenales con los cálculos renales.

El tío que no quería que se la apretaran demasiado replicó:

—Hace unas semanas, una vecina mía descubrió por fin el amor y al mismo tiempo que tenía un cáncer de colon. Dos meses después, la metástasis se había extendido por todo su cuerpo.

Otros clientes, como si aquello fuera una clase de yoga, quisieron hacer su aportación a la cháchara.

—Un vecino mío se libró de un cáncer. Dieciocho meses más tarde volvió a reproducirse. Tuvo seis meses de quimioterapia y volvieron a decirle que se había curado, que sólo necesitaba una última sesión de control. Esa misma noche tuvo un derrame cerebral. Ahora está curado del cáncer, pero tiene paralizado el lado derecho del cuerpo. Se ve que está lúcido y que es tan inteligente como tú y como yo, pero cuando hablas con él parece tonto. Así que todo el mundo le trata como tal.

—Eso sí que tiene que ser deprimente —dijo una de las chicas.

—No tiene que ser, es deprimente —dijo un tipo un poco borracho, alguien que

sin duda creía estar en un café para filósofos—. Así, uno se siente mejor —se creyó obligado a precisar.

Le replicó entonces un hombre vestido con rectitud y con un corte de pelo tan perfecto que por un momento me pareció que iba a levantar la mano para pedir la vez.

—Conocí el caso de una mujer y un hombre que se conocieron en la planta de radiología de un hospital. Los dos tenían un cáncer avanzado. Se enamoraron y se curaron. Lo dejaron todo para rehacer su vida, y hoy en día siguen juntos. El uno junto al otro, con una salud perfecta.

La voz era tan suave que era muy difícil equivocarse.

—Gracias por sus palabras tan reconfortantes, padre —dijo la camarera mientras otra mujer que había apoyado su mano sobre el muslo del hombre la retiraba inmediatamente.

El padre desenmascarado enrojeció hasta las orejas.

—Estoy de incógnito, amigos. Espero que lo comprendáis.

—No se preocupe —le contestó el cliente filósofo, cuya mano se movía bajo la camisa de una negra—. Todos estamos aquí para lo mismo.

Me había equivocado de dirección. Aquel puticlub ya no lo frecuentaban demonios, sino pobres desgraciados.

Guardé la foto de Al y pedí la cuenta. Había perdido una hora de mi tiempo, pero me había tomado dos rones y tenía gasolina para poder continuar con mis pesquisas.

Es entonces cuando los demonios que viven en nosotros se vuelven visibles. Las almas que se habían hecho daño mutuamente se juntan aquí. El violador encuentra a su víctima, el niño abandonado encuentra a su madre. Pero nada parece que pueda curarse. El espejo es sólo un cuchillo que separa cada cosa de ella misma y las lágrimas caen gota a gota sobre el mostrador.

DENIS JOHNSON, *Jesus' Son*

Tras el Cenicienta fui al Flashback.

Un lugar cuyo nombre era muy apropiado, ya que todo en él estaba claramente orientado hacia el pasado. Si uno busca un mal lugar, éste es el adecuado. Me pareció una especie de hangar desierto —había llegado demasiado pronto—, apenas estaba decorado y tenía el aire acondicionado demasiado fuerte. Cuando uno entraba, su pelo comenzaba a revolotear como en un cañón de aire y era como encontrarse en el interior de un frigorífico. La sangre se te congelaba hasta parecer helado y tus huesos te pedían que te marcharas. Pero no pude hacerlo porque *estaba fascinado*.

Exactamente como cuando uno ve un programa de televisión que le horripila pero que no puede apagar.

No había pisado aquella discoteca desde hacía lustros, pero no se le podía reprochar que hubiera evolucionado con el paso del tiempo.

Una pareja de cincuentones bailaba en la pista. ¿Podía ser la misma pareja desde hacía veinticinco años? Me estaba temiendo que el dj pusiera «Gold» cuando hizo su entrada una camarera. El listón del horror subió varios metros.

—¿Qué quiere tomar?

Su pelo amarillo, que no rubio, hacía que su cara pareciera un váter desbordando pis. El collar que le caía hasta el estómago decía: sexy.

Tenía los dientes podridos y olía a ajo.

Y, por supuesto, la piel de su pecho estaba arrugada.

—Entonces, ¿qué va a tomar?

Tuve ganas de responderle: una anfetamina.

—Cualquier cosa que me mantenga despierto. Cafeína o taurina. Lo que crea más conveniente.

Me guiñó un ojo, la marca de las verdaderas *damiselas*.

—¿Espera a una joven?

—No. Soy lechero. Entro a trabajar a las cinco. Por favor, póngame también un ron blanco doble, ya que se trata de pasarlo bien.

Me respondió con una sonrisa color cobre.

—Suave, señor Eastwood, o te vas a dar con el látigo.

Estaba decidido a emborracharme. Un truco útil: jamás conseguirás sonsacar información de una persona borracha si no lo estás tú también.

Al cabo de una hora, la discoteca estaba llena.

Una mujer con mandíbula prognata pero razonablemente de buen ver había comenzado un *striptease*. La pista de baile estaba llena. Sonaba Plastic Bertrand. La voz robotizada de «Tout petit la planète» nos propulsaba hacia el futuro en la misma medida que nos retrotraía hacia el pasado.

Reparé en unos mafiosos que había en un rincón. Estaban sentados entre botellas de champán, como los auténticos carrozas que eran, con las fundas de sus pistolas

bien a la vista. Era como estar en casa. Me acerqué a ellos para que me vieran. Uno de ellos me reconoció y me hizo un gesto con la cabeza.

Conté hasta ciento veintiocho y me acerqué.

Susurré en la oreja de aquel que conocía. Como estaban sentados al lado del altavoz era necesario aproximarse mucho y estar desagradablemente cerca para que te respondieran. Hablamos de la lluvia, del tiempo que hacía y de noticias sobre Menganito, de Fulanito...

Yo no tenía nada que contarle, como era evidente.

—¿Y has visto últimamente a Burger? —pregunté como si nada.

—No me hables de ese gilipollas. ¿Sabes que se cargó a un niño de seis años?

—No me extraña, siempre fue un idiota. Resulta que lo estoy buscando.

Tenía que jugarme el todo por el todo.

—No es para algo agradable.

—Te debe dinero, ¿no?

—Sí, bueno, más precisamente se lo debe a uno de mis clientes.

—¿Ah, sí? Me habían dicho que te habías jubilado.

Se echó a reír ante su propia broma.

—Hay que ver las tonterías que se dicen...

Saqué la foto de Al.

—¿Conoces a este tipo?

—¿Es tu cliente?

—¿Sabrías decirme si trabajaba con Burger?

—Su cara me suena, pero no sé de qué.

Hizo que los demás la vieran. Otro tipo tuvo la misma impresión que él.

—Sí que he visto esta cara, pero ¿dónde?

—Muy bien. Gracias, tíos. Buenas noches.

Me quedé un cuarto de hora más en el Flashback y enseñé la foto a todo el mundo.

Después, dos guardias me acompañaron a la puerta sin precisar qué era lo que había hecho mal.

—De todas formas, su discoteca ya no es lo que solía ser —dije.

Salí del Cobra Club, tras visitar el Select, el Diamant Vert y el Mosquito, con la certeza de que Burger había cambiado de planeta, ya que nadie lo había visto en los últimos tiempos. Había podido hablar con una docena de asesinos españoles y franceses, y todos me habían confirmado la versión de Marconi.

Sin embargo, otros asesinos habían reconocido vagamente a Al sin poderme precisar de quién se trataba, y mucho menos si estaba metido en asuntos con Burger.

Como me había bebido por lo menos dos copas de ron en cada lugar, era incapaz de deducir conclusiones lógicas de todo aquel embrollo.

Aun así, estaba inquieto.

—Joder, pues sí que estoy bien —me dije mientras me miraba en el espejo retrovisor.

El periplo continuaba. Dejé un billete de cincuenta euros en la palma del vigilante del siguiente club, el Sens du Devoir, para que me dejara entrar. El lugar era perfecto para terminar una noche que había comenzado mal.

Tenía mal aspecto, pero no mucho peor que aquellos que había visitado dos horas antes. Una vez que saturó mi sangre de alcohol y mi cerebro se queda paralizado, ingreso en un estado estacionario que me permite entrar en cualquier sitio.

El Sens du Devoir se llamaba antiguamente LSD Club. De él quedaba la vieja insignia, vestigio de su prestigioso pasado, situada frente al guardarropa. Las camareras eran guapas, y la clientela iba de los veinte a los setenta años. Era un lugar de verdaderos truhanes.

Genial.

Y la música también era genial. George McCrae susurraba su imperdonable «Rock me Babe». En otros tiempos había podido asistir entre esos muros a los conciertos de los Fuzztones, los Fleshtones, los Viceroy y los Slickee Boys. La programación había cambiado mucho, pero podía reconocer a la antigua clientela. Nos saludamos de lejos discretamente. Un rubio alto se echó a bailar a la pista. Era divertido ver mover el esqueleto a un asesino de Marconi.

Con la foto de Al, tenía la impresión de ser el típico que ve demasiado la televisión, las películas de detectives. No sabía adónde me conduciría. Estaba intoxicado por el alcohol, y el optimismo nublaba el poco entendimiento que me quedaba.

Si Al hubiera llevado una doble vida o si su asesino hubiera sido objeto de un rumor, lo habría sabido tarde o temprano durante esa noche.

Así que ese optimismo me llevaba a pensar que quizá seguía vivo.

Flamby no había visto bien la escena, sólo a dos tipos que discutían. Era necesario que lo buscara y que se lo llevara a mi pequeña Perle.

Yo debía de tener un aspecto divertido porque una chica demasiado joven *respondió* a mi sonrisa.

Me dejó que la invitara a una copa.

—Conozco a ese tipo —dijo—. Es un pescador.

Hasta ahí compartíamos la información. Era una chica desvergonzada con un murciélago tatuado en un hombro y un brillante entre los dientes que parecía una caries. Apenas tenía veinte años.

—Continúa.

Un piercing en la lengua la hacía cecear ligeramente.

—Sale con una chica que se llama Perle. Trabaja en el puerto. Ella solía venir por aquí cuando salía con uno del puerto. Un hombre horrible. Parece ser que estaba casado con otra, pero no la trataba bien. Jamás volví a ver a esa chica ni a su estúpido gigantón. Pero supe de ella gracias a un amigo que trabaja en el restaurante del puerto. Ahora sale con el de la foto. Pero ése parece que no le puede hacer daño, ya que se ve que tiene una pata chula. Ella sólo tiene que darle con el dedo para que caiga redondo.

—Buena idea —le dije.

La chica se rio.

—Es una mujer extraña. Escoge a unos hombres raros.

—Sí —contesté—, me parece que no está muy bien de la cabeza.

No me había enterado de nada nuevo y estaba totalmente cocido.

La chica quiso pagarme otra copa «en un lugar más tranquilo». Me llevó hasta una cafetería que acababa de abrir, a la salida de la zona industrial.

Nos encontrábamos sentados en la terraza y el sol estaba a punto de salir. Un barco se alejaba por el océano.

Ella acercó su frente a la mía y me tomó de la mano.

—Tiene usted algo muy atractivo.

Pensé en las píldoras azules. El alcohol y las horas habían restablecido el orden natural. Mis setenta se acercaban. La frente de aquella chica contra la mía tenía algo de extraño, pero no me sentía con fuerzas para resistirme. Mi cuerpo pesaba tanto como un cadáver plantado en mitad del camino.

Si Burger aparecía con intenciones de matarme, no le costaría demasiado hacerlo.

—Soy menor... —me dijo—. Tengo quince años —y sacó su carnet de identidad—. Son doscientos euros, pero lo hago todo.

Tuve ganas de llorar y de matar, pero no forzosamente a ella.

También tenía ganas de vomitar.

Permaneció conmigo cuando salí al espigón.

Pensé rápidamente en Louise. Era la pequeña luz en mi oscura vida.

—Lárgate —le dije.

Lo comprendió a la primera.

Me observaba en el espejo. Tenía el aspecto de un cadáver al que el empleado de la funeraria no hubiera conseguido dotar de un aspecto pasable.

KEN BRUEN, *The Magdalen Martyrs*

No podía ir a comprar cruasanes a la panadería de Largos con esa pinta de viejo depravado. Estaba seguro de que la panadera me habría convertido en la comidilla de la región:

—Un hombre con esa edad..., llegar así de borracho... ¡Debería darle vergüenza!

Sin contar con que debía de tener un aspecto totalmente horrible. Tenía una reputación de viejo jubilado que mantener. Había que evitar a toda costa atraer las miradas de la gente honesta.

Tampoco quería presentarme ante Louise con ese aspecto. Acababa de vomitar, y a pesar del baño que me había dado en el mar no había conseguido espabilarme. Además, tenía la sensación de que mi olor dejaba bastante que desear.

Era demasiado pronto para despertarla. Apenas eran las ocho. La existencia de Flamby acudió a mi mente. Me sorprendía mucho no haberlo visto de nuevo tras nuestra última conversación. Había pasado toda una noche de perdición sin que nuestros caminos se cruzaran ni una sola vez. Aquello era sospechoso.

Podía ser que las dos noches que había pasado fuera le hubieran cansado y que necesitara recuperar horas de sueño.

Fuera lo que fuese, necesitaba que Flamby me diera más detalles sobre Al. Si hubiera sido policía o detective habría tenido mejores reflejos la primera vez que lo interrogué: le habría hecho una y otra vez las mismas preguntas hasta lograr que soltara el famoso hecho que lo aclara todo, el famoso desencadenante de las películas que lo resuelve todo.

Me creía el señor Poirot, aunque jamás había visto a Poirot borracho. Tenía la sensación de que ese gran estúpido de Flamby me ocultaba algo. Ni siquiera le había pedido que me explicara lo que había visto al llegar a la playa.

Un pie encima, otro fuera, el camino por la pasarela de madera que llevaba hasta su casa me permitió constatar hasta qué punto yo iba haciendo eses.

La puerta se batía al viento.

Entré sin llamar.

Flamby se balanceaba colgado de una cuerda.

Observé su cuerpo y la silla volcada debajo.

No sabía dónde estaba su otra chancla. Me puse a cuatro patas para buscarla y la encontré bajo un armario, entre una montaña de restos de comida.

Puse la silla en pie. Quité la chancla que le quedaba a Flamby en el pie. Tenía una gran mancha de aceite. Observé la silla y comprobé que no tenía ninguna mancha. Puse la chancla sobre la silla y no tuve que apretar demasiado para que dibujara una hermosa huella sobre su superficie. La conclusión era clara, incluso para mí.

Flamby jamás se había subido sobre esa silla.

La firma era la de Burger el Malo.

Reflexioné hasta que no me quedó ninguna neurona.

¿Habría visto Burger a Flamby en la playa? Y si era así, ¿por qué había esperado tanto tiempo para matarlo?

Pero si no lo había visto, alguien tenía que habérselo contado.

¿Quién?

¿Qué otra persona que no fuera el asesinado podía haber visto a Flamby durante el asesinato?

A no ser que Flamby hubiera sido demasiado charlatán y se hubiera ido de la lengua en una de sus noches de fiesta. Pero ¿quién podría haberlo escuchado en los bares? Lo dudaba: me acordaba de su aspecto aterrorizado, tan aterrorizado que había preferido no volver por su casa durante dos días para no tener que revelar su secreto.

Un pensamiento me sorprendió.

El charlatán...

Era yo.

Yo sólo había hablado de Flamby a una persona. Pero se lo había contado todo.

Marconi.

Marconi me había mentido. Burger seguía trabajando para él. El horror siempre consigue sobreponerse al poder del alcohol.

Mi cerebro trabajaba a marchas forzadas.

Si Marconi había eliminado a un testigo, era fácil que quisiera hacerlos desaparecer a todos.

«Burger, no has terminado con tu trabajo. Vuelve y en esta ocasión no dejes ningún testigo».

Mi cabeza parecía querer explotar. La borrachera es una mala consejera de la lógica. Sin embargo, otras deducciones fueron sencillas:

¿Le había hablado de Perle?

Me parecía que no. Pero ¿podía ser que Marconi ignorara la existencia de la novia de Al? El propio Flamby podía habérselo contado. Conozco los pasos cuando se avecina un crimen:

Paranoia máxima.

Eliminación de todo posible testigo.

Pueden morir todos los allegados.

De nuevo la evidencia apareció clara ante mis ojos:

¿No era yo mismo el primero de la lista? ¿El peor de los testigos? «¡Y no olvides a Ayaramandi!».

Saqué mi 38 de su funda y la cargué. Después me di cuenta de que estaría muerto si Burger o cualquiera de los otros asesinos de Marconi se hubieran encontrado por allí.

Maquinalmente, miré hacia la playa. Los primeros bañistas habían tendido sus toallas. El cuerpo dorado de una rubia se bronceaba en la duna más cercana.

Entonces la evidencia me golpeó con la fuerza de un rayo:

LOUISE.

Sola en mi cama.

Y Burger buscándome.

Eché a correr inmediatamente hacia el Cap'tain. En esta ocasión no me salí de la pasarela.

Jean-Luc fregaba la terraza.

Abrió de par en par los ojos cuando me vio aparecer.

—Coge tu coche y ve a buscar a Perle y a la pequeña. No intentes comprenderlo. Llévatelas. ¿Tienes un plano de Largos?

Fue a buscar uno tras la barra.

Señalé un lugar.

—Aquí, exactamente. Pídele a Paco que las esconda. Tienes que decirle que vas de mi parte. ¿Lo entiendes?

Dije todo aquello con tanta autoridad que no me pidió explicación alguna.

Supe que había localizado adónde tenía que ir cuando, yendo hacia su coche, lo oí murmurar:

—Pero si eso es el campamento de los gitanos. No es un lugar en el que uno se pueda presentar sin invitación.

Salté dentro del Twingo y arranqué antes que él.

Hay un momento en el que la confusión del sueño se instala en la realidad.

El poder del horror.

Detalles perfectamente claros, brillos punzantes como el sílex en mitad de una niebla de pesadilla.

La puerta del jardín estaba rota, cuando ni siquiera tenía cerrojo.

Al tratar de encender la luz de la escalera me di cuenta de que los plomos habían vuelto a saltar.

Había unas medias y unas bragas con puntillas blancas frente a la puerta de mi habitación. Recé por que no hubiera querido quedarse.

Olía a los efluvios del amor y a Guerlain. Su mano caía por el borde de la cama. La forma de su cuerpo se dibujaba bajo las sábanas manchadas de rojo.

Me precipité sobre la cama y arranqué la sábana. Mi pistola se deslizó de mi mano y cayó sobre la moqueta como con un letrero: inútil, demasiado tarde, obsceno.

Burger, si estás escondido, ven, aquí me tienes.

Me hubiera gustado caer bajo las balas sobre el cuerpo de Louise.

La sábana se resistió e hizo que el cuerpo girara sobre sí mismo. Se había quedado enrollado en ésta.

Apareció una pierna perfectamente bronceada.

El colchón estaba lleno de agujeros de bala. La almohada reventada.

Seguramente había disparado a oscuras, por el número de disparos. Su arma automática debía de tener silenciador, ya que si no la policía ya hubiera acudido y el lugar se habría convertido en un escenario de un crimen acordonado.

La piel de Louise estaba fría, los brazos rígidos. Burger había ido allí antes de encaminarse a la casa de Flamby, hacía ya varias horas. Ni siquiera se había molestado en levantar la sábana para comprobar. Tampoco en mirar con una linterna. Burger el Malo.

Comprendí de pronto qué fue lo que le había llevado a huir precipitadamente: la angustia del asesino en el momento de asesinarse a sí mismo.

Coloqué mis manos sobre mis párpados cerrados y hundí mis dedos en el cráneo con todas mis fuerzas. Si hubiera podido hacer estallar mi cabeza, lo habría hecho.

—La he matado.

Temblando de la cabeza a los pies.

Porque en ese momento sentí lo mismo que él mientras apretaba el gatillo.

Él y yo éramos lo mismo.

Parte de la misma mierda.

La muerte, fuera cual fuera su nombre:

Burger o Ayaramandi.

Él creyendo estar matándose a sí mismo al asesinar, y yo directo al baño, donde

vomitó por segunda vez, repitiendo:

—La he matado —me repetía.

Mi frente, mi mejilla, mis labios contra el váter. Vomité durante mucho tiempo. Porque sólo el frío de la loza podía calmarme.

—Muerta.

No sé cuánto tiempo estuve acucillado entre el olor a vómito, pero cuando por fin pude levantarme, tenía la pistola en la mano.

Y poco importaba que temblara o no.

Cuando regresé de Inglaterra, me dormí en el tren mientras pensaba en Mado, de modo que se me pasó la estación de Bayona. Me sacaron en el andén de un pequeño pueblo justo en el momento en el que Mado comenzaba a bajarse las bragas.

Cuando me di cuenta de lo que acababa de suceder, un jefe de estación estaba frente a mí. El tren había vuelto a ponerse en marcha.

—Hace cien kilómetros que su billete no es válido, señor.

—Ninguno de los kilómetros que he hecho en este periplo era válido —respondí.

—¿Tiene un carnet de identidad?

—Por lo que veo, no va armado.

—¿Perdón?

—No tiene testigos.

—¿Se niega a pagar el suplemento?

—¿Usted qué cree?

El hombre me dejó marchar mientras suspiraba.

En esa época, había pocos partidarios de un «regreso al estado de naturaleza». La mayoría de los jóvenes que conocía ya habían fundado una familia. Se precipitaban con la velocidad del progreso en un ascenso social sin obstáculos. Y por si fuera poco, con su estupidez y sus certezas. Mi ascenso, en cambio, fue el del monte Isarce. Apenas tenía mil metros de altitud, pero era una montaña salvaje y de difícil acceso. Mi ropa se desgarró en jirones y mis zapatos de ciudad se deshicieron sobre las rocas. Llegué en un estado lamentable. Viví como un anacoreta durante más de un mes sin el socorro de ningún libro, y aprendí, en la soledad, a... simplemente a tratarme de tú.

—Eres un asesino, Jon.

Quizá me disgustaba haber amado tanto a Mado, pero me había revelado eso. No necesitaba ningún espejo para comprobarlo.

—Eres un asesino.

Durante aquel retiro conseguí escalar una roca con las manos, pasar una noche entera bajo el agua helada, arrojarme sobre un jabalí y romperle la cabeza con una piedra. Cuando regresé a la estación de tren, el empleado me ofreció un café con galletas.

—Supongo que todavía se niega a pagar el suplemento.

—¿No tiene nada más de comer?

—Tengo pepinillos y patatas —me dijo mientras me tendía también una jarra de vino blanco.

—Es usted un buen hombre.

—¿Le ha atacado un oso?

—Necesito un billete para ir a la costa. Y también quisiera pagar el suplemento de mi billete.

—¡Aleluya!

Cuando salí de la estación de Bayona, cogí un autobús que habría de llevarme hasta el mar. Tenía ganas de verlo. Todavía no sabía qué iba a hacer con mi vida, pero quería ver las olas desde la playa.

Sólo sabía una cosa: no quería volver a trabajar. Participar de la prosperidad reinante hubiera sido traicionar mis convicciones más profundas. Acababa de revelarles justamente eso a un desconocido tan pedo como yo en uno de los bares más célebres de Biarritz.

—Bien visto, pero ¿tiene dinero?

—Acabo de beberme lo que me quedaba.

Un grupo de jugadores de rugby tan borrachos como nosotros acababa de llenar el lugar. Uno de ellos golpeó con su vaso de cerveza la cabeza de un joven delgado que no le había hecho nada. Su mujer le habló suavemente al hombre que había caído al suelo:

—No hagas nada, Jean. Ese hombre es un animal. Vámonos.

El hombre estaba tan asustado que sólo se levantó para marcharse corriendo. Golpeé a su perseguidor en el cóccix sin levantarme siquiera de la silla. Mi puño tuvo que romper algo, ya que el bruto soltó un grito de dolor sin que nadie pudiera comprender lo que había sucedido. Cuando el jugador de rugby se giró hacia mí, el movimiento que tuvo que hacer con su columna vertebral le dibujó una mueca horrible de dolor en la cara. Le di otro puñetazo en el muslo. Un momento después me había levantado y golpeaba su rabadilla a patadas. No es un hueso fácil de partir. Pero me dio la sensación de que lo lograba. Todo el mundo estaba borracho. Se produjo un movimiento amplio e irracional. Los jugadores de rugby se golpearon entre ellos, y también a mi compañero y a mí.

Salimos antes de que llegara la policía. El hombre me lo agradeció y su mujer me preguntó qué podía hacer para recompensarme.

Mientras estábamos tendidos sobre la arena, entre las risas y los últimos efluvios del alcohol, él me hizo la pregunta que necesitaba para comenzar mi nueva vida:

—¿Estarías dispuesto a matar por dinero?

Yo respondí tras una larga inspiración:

—¿Por qué no?

Adopté un tono serio.

—La mayoría de la gente respondería otra cosa. En ese momento podían ser sólo palabras que se lleva el viento, pero añadió:

—Conozco a un hombre a quien le vas a causar una impresión muy buena. Te llevaré hasta él. Vive en la montaña. Se apellida Marconi, pero nadie conoce su nombre.

Como homenaje a Louise, a quien le gustaba la música barroca y sobre todo Monteverdi:

Tancredo, creyendo que Clorinda era un hombre, quiso compararse con ella mediante las armas. Mientras caminaba hacia la cumbre de la montaña, ella se dirigió hacia otro camino que se aprestó a cruzar.

Él la siguió con un paso tan vivo que antes de que llegara a su altura, ella pudo escuchar el sonido de su armadura. Volviéndose hacia él, le dijo:

—Tú que tanto ardor pones en mi persecución, ¿qué es lo que traes?

Él respondió:

—La guerra y la muerte.

—La guerra y la muerte tendrás. No niego que las tendrás. Y te espero bien firme.

*El combate entre Tancredo y Clorinda
(según Torquato Tasso)*

Cuarenta y cinco años después de aquella noche me encontraba de nuevo camino de la casa de Marconi. Por segunda vez en esa semana, pero sin que los gitanos pudieran protegerme. ¡No me importaba! Me sentía como la abeja asesina que se lanza a la boca del lobo.

La lentitud del Twingo formaba con mi rabia un doloroso oxímoron. Era el peor momento para tener ese tipo de pensamientos:

¿Dónde estaba yo cuando Louise recibió las balas por mí? Conocía la respuesta:

Mientras ella moría, yo estaba a punto de perder mi tiempo y mi alma con una niña de quince años salida del mismo infierno.

Quizá había disparado en el mismo instante en el que nuestras frentes se habían apoyado una contra otra, cuando me había dicho:

—Son doscientos euros, pero lo hago todo.

La hora preferida de los asesinos: cuando la noche alcanza su paroxismo. El momento en el que todo se hunde en las voluptuosidades del sueño. El momento en el que todo el jodido sistema baja la guardia.

La hora en la que Burger había huido sin verificar nada, como un pueblerino supersticioso. Y la ironía de la historia era que yo había comenzado a dudar de mi inocencia cuando este acto tanto se parecía a mis otros crímenes. Sólo que esta vez *amaba* a la víctima. Joder, claro que la amaba.

Por suerte, encontré a Antoine frente a la puerta abierta, mientras comprobaba el buen funcionamiento de la puerta automática.

Embestí contra él y lo atropellé. Tuvo el reflejo de saltar y mi parachoques lo golpeó en los pies. Bailó en el aire como una marioneta, pero se levantó tan rápido como si hubiera rebotado en el suelo. Se llevó la mano a la chaqueta, pero la fuerza del golpe todavía le hacía moverse con dificultad. Me arrojé sobre él con rapidez. Me apropié de su arma; un revólver Magnum con el que apunté hacia las ventanas de la casa mientras con mi propia pistola encañonaba su nuca.

Lo empujé hasta la puerta de entrada. Marconi nos esperaba allí con los brazos en alto. Yo tenía más ganas de matar que de hablar.

—Bueno, bienvenido seas de nuevo.

—¿Dónde se esconde Burger?

Miré su cara impasible y pensé seriamente en matarlo.

—No trabajo con Burger, ya te lo dije.

Hubiera preferido no creerlo... Sin embargo, cuando me habían visto en carne y hueso ninguno de los dos había demostrado la sorpresa que provoca la aparición de un zombi. Debí haber comprendido que no me tomaban por un resucitado, por alguien sobre el que hubieran oído decir: «Hecho. No volveréis a tener noticias de él». En lugar de eso, apunté con mi pistola hacia el ojo derecho de Antoine.

—Cubriré las paredes con sus sesos si no me dices dónde está.

Marconi emitió un suspiro mientras bajaba los brazos.

—No sé qué es lo que ha hecho para ponerte así, pero te juro que no he tenido noticias de él desde que... Espera, la última vez estuvo con uno de mis antiguos conductores. Alguien a quien de hecho conoces. Ése que montó un grupo de rock. Creo que trabajaste varias veces con él.

¡Valentin!

—Deja a Valentin donde está. Ese chico forma parte de los pocos buenos recuerdos que tengo.

—Ya no es un chico, Jon. Y tampoco es sólo un recuerdo.

Vi un brillo de compasión en sus ojos. Y una pasividad tal que comencé a dudar de su culpabilidad. Pero no consiguió tranquilizarme.

—Te doy treinta segundos para que te expliques. Como te pares en algún momento para respirar, os mataré a los dos.

—Valentin volvió al trabajo hace varios meses, cuando su grupo dejó de ser conocido. Vino a verme, pero me negué a contratarlo de nuevo. Yo no trabajo con estrellas, no es lo bastante discreto. Me pidió que le dijera dónde podría encontrarte. Le dije que no solía dar ese tipo de informaciones y se marchó enfadado. Le pedí a Antoine que lo vigilara; no me gustan los tipos amenazantes.

Señaló a su ayudante.

—De hecho, si trataras a Antoine con un poco más de respeto, quizá te contara todo lo que sabe sobre el asunto.

Antoine se masajó la nuca.

—Espero que tengas una buena excusa para lo que acabas de hacer —me dijo.

Hubiera podido responderle: «Creía que habíais asesinado a la mujer a la que amo cuando intentabais matarme a mí». Hubiera sido un buen resumen, pero me contenté con decirle:

—Perdóname, viejo amigo.

—Son cosas que pasan —dijo Marconi.

(¿Ah, sí?). Y nos sirvió whisky, que no pude rechazar. El asunto estaba zanjado.

Antoine me contó lo que sabía sobre Valentin y Burger. Su historia giraba en complicados meandros.

Tras el rechazo de Marconi, Valentin consiguió convencer al Portugués de que lo contratara como conductor personal. Fue allí donde se reencontró con su amigo Burger.

¡El hombre que casi le levanta la tapa de los sesos por un exceso de velocidad!

—Me cuesta creer que se hayan vuelto tan amiguitos.

—En todo caso, sé que trabajan juntos y que forman un binomio singular.

—¿Por qué dices que forman un binomio? Se odian desde el primer momento en que se vieron. Lo sé. Yo estaba allí. No puedo imaginar dos temperamentos más opuestos.

—Se fueron juntos cuando el Portugués los dejó fuera, tras una nueva metedura de pata de Burger. Entonces se unieron a la viuda del Navarro, ya sabes, el tipo que manejaba todo el territorio español.

—¿Una nueva metedura de pata de Burger?

—Al Portugués le vuelven loco las mujeres; son su debilidad. Sus noches festivas no son del tipo de *vinho verde* y viudas de luto. El champán corre a raudales, parece ser que las furcias tienen bastante clase y que hay más polvo para esnifar que para barrer. Las bailarinas se desnudan a ritmo de fado, única concesión a la tradición.

Pensé en Antonio Lobo Antunes, el escritor más majestuoso de Europa. Pensé en el esplendor de Portugal.

—El fado es triste pero bello —le dije.

—Puede ser. Pero con Burger sentado en la primera fila se convierte en algo sórdido.

No sabía adónde quería llegar.

—Abrevia, Antoine —dijo Marconi.

Gracias, Marconi.

—Un joven borracho se puso a hablar en voz alta cuando la protagonista que oficiaba aquella noche había comenzado a quitarse la ropa. Un rubio rojo como un tomate. Un surfista. El Portugués pidió tranquilamente que lo sacaran de allí. Pero el chico subió el tono y gritó: «¡Tiene un felpudo que le llega hasta el ombligo! Ya

podría depilarse. ¿Es eso lo que os pone a vosotros, los lusos, ver a una peluda agitarse?». Burger se levantó y sacó al joven con tanta discreción como si fuera un agente de la ley con una citación en el bolsillo.

—Y se lo llevó a la parte trasera del tugurio —dije yo.

—Peor que eso. Le golpeó la cabeza contra la acera que había delante del establecimiento hasta que su cerebro quedó hecho picadillo. El Portugués tuvo que comprar a media docena de testigos (afortunadamente todos eran compatriotas) para que se llevaran al surfista a kilómetros de allí. De todas formas el joven ya no se acordaba ni de su nombre...

—¿Y Valentin estaba con él esa noche?

—No lo sé. Hace cinco años de aquello. Pero lo que sí sé es que poco tiempo después comenzaron a trabajar para esa puta viuda española.

Marconi me acompañó hasta el fondo del jardín.

—Pareces totalmente perdido, Jon. Deberías aprender a tomar distancia.

—Pensaba que Valentin había terminado con todo tipo de actividad criminal el día que montó su grupo —continué yo sin escucharlo.

—Me dijeron que el grupo estaba pasando por un mal momento. Por lo que a mí respecta, no sé cómo se puede ganar dinero con ese tipo de música —los gustos de Marconi comprendían a Sardou, Johnny, Patricia Kaas y Florent Pagny—. Ese joven siempre tuvo deudas. Y ya sabes que la gente cambia. Mírame a mí, por ejemplo: hace un tiempo jamás te hubiera dejado aparecer en mi casa así. Dos veces seguidas. Yacerías enterrado en mi sótano.

Se rio y me cogió del hombro. No era la primera vez que experimentaba una misteriosa ternura hacia Marconi.

—Deberías dejarme leer tu crónica un día de éstos. Ya te dije que me gusta saber por qué estoy pagando.

—Pagas mi jubilación —dije yo—. Es tu deber moral.

Volvió a reírse.

—No me importaría descalabrarte si me enterara de que me has tomado el pelo.

Fin de la camaradería.

—Tendré que enviarte una copia del manuscrito. ¿Tienes una dirección segura de correo electrónico?

Me había esperado a alguien mucho mayor, pero Marconi apenas tenía unos diez años más que yo.

Su cuello era enorme, pero su cabeza no se veía menor. Parecía sólo un poco más delgado que Antoine, quien estaba a su lado.

Marconi y su fiel Antoine parecían don Quijote y Sancho Panza, aunque en su caso el jefe era el bajito. Sólo recuerdo haberlos visto separados en una ocasión.

Me revisaron como negreros y sólo dejaron por examinar mi boca.

—¿Y dices que le partió la espalda a patadas? ¿Y que el otro no podía levantarse?

—Sí.

—¿Has matado a alguien alguna vez?

—No era un hombre.

—¿Qué quieres decir?

—Maté a un aristócrata británico.

La curiosidad brilló en sus ojos.

—¿A qué te refieres?

—Cometí un crimen pasional.

Se rio.

—No se parece en nada a lo que yo te voy a pedir. Pero cuéntame cómo sucedió.

Comencé mi narración, pero él me interrumpió.

—Dejemos de lado los móviles. Eso no es asunto mío. Espero que en nuestros homicidios olvides esos aspectos. Cuéntame sólo cómo mataste a tu «aristócrata británico».

Volvió a echarse a reír. Le gustaba, y yo me sentía a gusto con él. Le conté cómo había cortado las venas del novio de Mado tras meterle en la boca un rollo de papel higiénico.

—¿Tienes ideas políticas o religiosas?

—Soy vasco. No me gustan los fascistas.

—Tienes suerte: a mí tampoco me gustan los crímenes racistas. Ni que se toque a los niños. Sólo matamos por dinero. Ésa es toda nuestra ética.

Nos dimos la mano. Añadió:

—Tengo un primer contrato para ti.

Me hizo bajar hasta el sótano de la granja. Una impresionante cueva hacía las veces de galería de tiro. Pronto pasaría las horas practicando sobre siluetas móviles. Mi primera víctima me esperaba atada sobre una silla de colegio. Marconi me tendió una pistola cargada.

—Esperaba poder pelear —dije.

—Es una pelea. La más difícil que existe. No sabes quién es este tipo ni qué le pasa. Le voy a quitar la mordaza. Te va a suplicar. Tienes treinta segundos para meterle una bala entre ceja y ceja.

Recuerdo que aquel tipo lloraba tanto que sus súplicas resultaban incomprensibles. Tenía unos cuarenta años y el aspecto de un hombre de negocios. Lagrimones recorrían sus mejillas. Esperé hasta el segundo veintinueve para disparar. Me sorprendió que su cerebro no explotara. Sólo se dibujó un pequeño agujero en la frente y la cabeza cayó hacia un lado. Había imaginado algo más sucio.

Le pregunté a Marconi y me contestó que todo dependía del calibre.

—¿Y cuánto pagas?

¡Valentin!

Las curvas habían sacudido el veneno y el alcohol de mi estómago. La acidez hacía que se me saltaran las lágrimas por el rabillo del ojo. Tal vez el punteo de aquella canción, «Bueno», tenía algo que ver: aunque el grupo se llamara Morphine, su capacidad para mitigar el dolor no estaba nada probada. Veinticuatro horas sin descanso no bastan para dormir a un demonio. Sobre todo cuando un solo gramo de odio puede mantenerlo despierto. Los dos gramos de alcohol en sangre podían explicar por qué cada vez que cogía un mínimo tramo de carretera recta me ponía a ciento cincuenta kilómetros por hora. Las montañas se recortaban contra el cielo como una dentadura imperfecta. Era mediodía. Tenía hambre. Y gritaba.

Pensaba en Valentin. Si él hubiera estado en mi lugar habría respetado el límite de velocidad. Me habría impresionado su autocontrol. Tenía ganas de seguir gritando y pisándole, pero levanté el pie del acelerador. ¡Calma, Jon!

Eché un vistazo al retrovisor. Mis ojos estaban rojos y luminosos como alarmas. ¡Calma, Jon! Debía organizar mi evacuación.

Me paré en el arcén, corrí diez kilómetros a través de un camino de montaña mientras me repetía:

No eres tú quien la ha matado.

No has sido tú.

Ha sido Burger.

Cuando volví a subir al coche, estaba más o menos preparado para enfrentarme a los últimos acontecimientos.

En el último pueblo del valle entré en una posada y pedí un menú del día.

El alojamiento en una sala mortuoria es gratuito durante los tres días que siguen a la admisión. Ningún coste de transporte será facturado.

Código de salud pública

Cuando aparté la sábana del cuerpo de Louise sentí el deseo mórbido de contemplarla. Su cuerpo desnudo acribillado por las balas era la cosa más fascinante que jamás había visto. Resistí la tentación de acariciarla y encendí mi ordenador.

La introducción de la página web de los Fucking Puppets era un vídeo porno realizado con marionetas de gomaespuma. En otras circunstancias aquello podría haberme parecido divertido.

Las fotos del grupo mostraban a un Valentin delgado y pálido que recordaba a Howard Devoto.

I am on fire, and it's the rainy season.

La página web se explayaba sobre su pertenencia al movimiento NO SEX: «La verdad es que jamás he tenido ni tendré ningún tipo de relación sexual con nadie. Para mí el sexo es algo asqueroso, agresivo e irracional».

No pude evitar sonreír. Morrissey, el cantante de los Smiths, en su tiempo también había hecho una declaración parecida, mucho antes de que existieran los Fucking Puppets.

Había una dirección de un estudio de grabación:

La Abeja Merodea

Calle 13 de Julio de 1988, nº 27

64600 Anglet

Aparqué el coche en una calle adyacente. El estudio estaba pintado de rojo. Los cristales eran del mismo color. No tenía ningún signo indicativo salvo una abejita pintada en una esquina.

Notaba que había mejorado: la necesidad de matar pero también la de comprender peleaban en mi interior.

El estudio estaba igualmente pintado de rojo por dentro. Aparentemente ninguna abeja, pero sí un suave olor a flores y un leve zumbido, una especie de música ambiental. Un tipo tatuado, tan perforado por piercings como un San Sebastián, me tendió la mano.

—Fred.

Un segundo hombre hizo lo mismo.

—Tom.

Nadie me preguntó qué hacía allí.

—Jon —terminé por responder.

Pero ya habían desaparecido.

Un grupo ensayaba tras una cristalera. Nadie más salió.

Un recuerdo acudió a mi memoria. Unos años antes, Valentin nos había llevado a

un lugar parecido y Marconi en persona también había ido. Lo visitamos y Valentin quiso que probáramos a disparar allí.

—Tiene una insonorización perfecta. ¿Sabéis lo que quiere decir eso? En caso de urgencia, además, está a diez minutos del centro de la ciudad, de la estación de tren, bien comunicado...

Marconi se rio.

—Deberías trabajar en una agencia inmobiliaria.

Tras esa escena le eché una bronca.

—Si quieres abrir un estudio, lo mejor que puedes hacer es no alquilárselo a asesinos.

—Necesito pasta, Jon. Mucha pasta.

Aquello pasó antes de que los Fucking Puppets grabaran «Deja de reír».

En un segundo estudio, había una cabina de grabación. El sonido del grupo que tocaba al otro lado nos llegaba en sordina a través de unos altavoces. Un gordo con chándal estaba sentado frente a una mesa de mezclas con un gorro calado sobre las orejas. Intenté descifrar la música: una mezcla complicada de folk y rock, sin demasiado interés.

Entró una joven. Era morena y sin un estilo definido.

—¿Es usted Elias Moore? —me preguntó.

—No, señorita. Soy Jon Ayaramandi.

Su cara no me resultaba del todo desconocida. Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano y escanear en mi memoria de borracho. De pronto reconocí a la mujer que en la página web de La Abeja Merodea se presentaba como la dueña. En lugar de los bucles rubios llevaba una melena castaña. Su ropa, unos vaqueros y un jersey, no impedía adivinar una *belleza generosa*, como solía decirse antiguamente.

—Ah, usted no es productor.

—No, soy el sacerdote de la parroquia.

Ella juntó sus manos y miró hacia el techo.

—Tengo una conexión exclusiva y permanente con el cielo —dijo—. ¿En qué puedo ayudarle, padre?

—Estoy buscando a un pecador que me debe una confesión.

El tipo de la mesa de mezclas seguía moviendo la cabeza rítmicamente.

Ella fue a hacerle un gesto pero yo la detuve suavemente. Elegí poner todas mis cartas sobre la mesa.

—Valentin es amigo mío. Necesito su ayuda para que me diga dónde se encuentra una persona a la que aprecio mucho. Quizá usted me tenga miedo, pero le aseguro que Valentin no. Sólo le pido que le llame y que le diga que estoy aquí.

Me contempló con una mirada inteligente. Sin duda yo tenía una pinta terrorífica.

—Salgo a llamarlo —me dijo.

Uno de los hombres con los que me había cruzado antes entró en la habitación y me preguntó si quería un café. Le dije que sí y regresó con una taza humeante y un bombón de chocolate.

—El heavy no me gusta demasiado —me dijo.

—A mí tampoco.

—Bueno, Black Sabbath un poco...

—A mí no.

El café era bueno y el chico amable. Quizá no estaba todo perdido.

La chica regresó llena de desconfianza. Valentin había debido de avisarla de que tuviera cuidado.

—Ya llega. Me ha pedido que lo espere en el estudio del fondo.

El estudio del fondo era un lugar aislado dentro de otro cubo aislado, igual que aquel que hacía años Valentin nos había propuesto alquilar. No sentía ningún miedo. Sólo impaciencia y emoción.

Abrió la puerta y me dirigió su mejor sonrisa.

—He venido con esto —dijo mientras me enseñaba su pistola de calibre 7, un arma manejable, precisa, no muy impresionante pero perfecta para matar—. Y tengo dos colegas que vigilan la salida.

—No confías en mí.

—Sé que crees que tienes algo que reprocharme.

—¿Algo grave?

Le quitó el seguro a la pistola.

—Supe que Burger quería matarte y yo no hice nada para protegerte.

—¿Hubieras podido?

—No, no hubiera podido. No sabía dónde estabas. No soy un asesino, no podía preguntarle cuáles eran sus intenciones ni seguirle hasta que te encontrara.

—¿Así que no fuiste tú quien condujo el coche?

—¿Quieres decir que te encontró?

Me apuntaba con su pistola, así que no tenía por qué mentirme. Estaba claro que no había cambiado. Era un chico valiente e impasible.

—No intentes hacerme creer que eres virgen.

Se limitó a reír.

—¿Miraste en la página web de los Puppets?

—No has respondido a mi pregunta.

—Acabas de conocer a la chica con la que follo casi todas las noches. Victoire. Fue a ella a quien se le ocurrió eso del *No Sex*. La autenticidad no tiene nada que ver con mi estilo musical.

—Eso me tranquiliza. ¿Y Burger es amigo o enemigo tuyo?

—Victoire no conoce ese aspecto de mi biografía. Me gusta mucho. Espero que seas discreto.

Podía ver la silueta de Victoire a través del cristal. Si no sabía nada, sin duda eran miles las preguntas que se debía de estar planteando al ver a su chico apuntando con una pistola a un viejo.

—¿Con los años te has convertido en un mentiroso?

Tardaba un rato en responder a mis preguntas.

—Si te digo que no, que no me he vuelto un mentiroso, ¿cómo sabrás que digo la verdad?

—Lo sabré tanto si vivo como si muero. Es una situación extrema, pero es la de cualquier mortal frente a la última pregunta.

—¿Tan poco te gusta tu vida?

—No has respondido a mi primera pregunta.

—Nunca habría aceptado el estar metido en tu ejecución ni en nada que pudiera molestarte. Burger es un gilipollas, pero nunca se atrevería a pedírmelo.

Ahora fui yo quien tardó en responder.

—¿Me puedes probar lo que estás diciendo?

Bajó la pistola.

—No puedo probarte nada, sólo te queda creerme. Recuerdo perfectamente el sitio exacto donde Burger apoyó el cañón de su pistola. Y sé que te debo mi vida.

Puso su dedo detrás de su cráneo.

—Burger se ha cargado a la mujer a la que amaba... creyendo estar matándome a mí.

Ya tenía la respuesta a su pregunta.

—Joder.

—Marconi me dijo que trabajabais para la misma persona.

Abrió la puerta para dejarme pasar.

—Sé dónde encontrar a la viuda Martínez, pero no a Burger.

—Vale, dime dónde está la viuda. Seguramente ella sabe cómo contactar con él. Y si fue ella la que encargó el crimen, me encantará conocerla.

Una vez fuera, me dirigí hacia el Twingo. Él me siguió. Pero cuando lo vio se paró en seco.

—¿Qué es eso?

—Un cochecito rosa. Metí en él a tres gitanos, así que no me digas que...

—Ni de coña. Cogemos el mío.

Apretó el botón de su llave y las luces de un Mercedes clase E se encendieron una sola vez mientras sus puertas se desbloqueaban.

Evidentemente, no era lo mismo.

—¿Tanto se gana cantando horrores para jóvenes?

EL OJEADOR —Puedo hablarte de ello, sé lo que es. El rencor es un pequeño animal con mandíbula de bestia. Cuando entra en tu casa se aferra, taciturno, a lo alto de tu cráneo. Anida entre la migraña y el insomnio. Y por más que te laves la cara con agua, por más que te hundas entero por tres veces en óleos benditos, no encontrarás ningún remedio para tu dolor de cabeza. Salvo cuando alimentes al pequeño animal con el hígado de tu peor enemigo.

KOSI EFOUI, Que la tierra te resulte ligera

Cuando todavía vivía, conocí al marido de la señora Martínez Vásquez. Parecía Mister Bean con la piel castaña y los párpados caídos. Era nervioso y voluble, como todos los españoles. Como si siempre necesitara justificarse. Tenía una mirada huidiza y una mandíbula que se movía como si siempre estuviera masticando pipas. Y sin embargo era él quien dirigía la seguridad de una región de varios millones de habitantes.

En las provincias del País Vasco español y de Aragón era difícil matar a alguien de manera violenta sin haber obtenido antes la autorización previa del señor Martínez.

Me acordaba también de una mujer de mirada lánguida que siempre estaba a su lado, como si estuviera posada en su antebrazo.

—Al contrario que las esposas de la mayoría de los *padrinos* —me explicó Valentin—, Antonia no es una antigua puta. Más bien una hija de la gran burguesía que fue educada en el Opus Dei. Y tiene ese punto de vulgaridad ibérica del chorizo y la manzanilla. Cigüeñas a nuestra izquierda —se interrumpió.

Dos cigüeñas en una pradera. Fiel a nuestro pasado en común, Valentin iba a cincuenta por hora (cruzábamos una travesía urbana), pero daba la impresión de que volábamos.

—Me encanta este lugar. Está lleno de caballos en libertad. La viuda ha alquilado una casa inmensa bien situada en Les Barthes, una antigua granja reformada. Ahora la verás, es para mear y no echar gota.

—Sí, creo que me va a emocionar mucho.

—Allí aloja a un verdadero ejército. Tras la muerte de su hidalgo, la heredera no ha dejado de extender sus conquistas. Ha conseguido instalarse a ambos lados de los Pirineos. Una especie de reconquista a la europea. Parece ser que un día vio en la televisión un documental y que éste se le subió a la cabeza. Y parece ser también que le ha robado casi todo el mercado al Portugués y a Marconi.

—¿Y ellos se han dejado hacer?

—No se atreven ni a dar un paso. La viuda les ha quitado a sus mejores hombres. Así que ya no pueden hacer nada.

—¿Cómo lo ha logrado?

—Les paga un poco más y les da más miedo.

—¿Te ríes de mí?

—No. Ella les dice que Marconi y el Portugués son historia. Y todo se reduce a trabajar con ella o contra ella. Exactamente lo contrario de lo que habían acordado Marconi y el Portugués.

(¿Habían podido cambiar las cosas tanto en sólo cinco años?).

—¿Y le tienen miedo de verdad?

—Es la viuda Martínez. Sus antiguos empleados aprendieron a torturar con la

policía de Franco. Se dice que nadie se ha atrevido nunca a hacerle frente.

—¡Dan ganas de ser el primero!

—Tranquilízate, tío. Mientras estés conmigo estarás a salvo. Es fan de los Puppets.

—Ah, eso lo cambia todo.

—No te rías. No sabes lo que los fans están dispuestos a hacer por sus ídolos. De todas formas, sólo querías averiguar cosas sobre Burger. Así que no puede considerarse una «agresión caracterizada».

Intuí una pregunta en su afirmación, pero no quise replicar nada.

—¿Estás seguro de que él no nos está esperando allí con ella?

—Ya te he dicho que ella me ha asegurado que no. Comprobé el cargador de mi 38.

—Sí —dije—, tienes razón. Hay que saber confiar en mujeres como éstas.

Sólo había una cosa que me atormentaba.

—No sé por qué habría de decirme dónde está Burger. No tengo nada con que pagarle.

—Hace tiempo que el dinero no le interesa. De todas formas no va a entregártelo, sólo te va a decir cómo llegar a él. ¿Y sabes por qué va a hacerlo?

Esperé. Aquello no parecía una pregunta verdadera.

—Porque le va a divertir mucho que Jon Ayaramandi se lance a la busca de Burger el Malo. Apuesto lo que sea a que nada podría hacerle tanta gracia.

El paisaje era tan bucólico que daba asco. Hasta donde mis ojos alcanzaban a ver había caballos de crines rubias pastando. A lo lejos podían verse los Pirineos. ¿Podía existir un lugar semejante?

Valentin se metió por un camino a la derecha. Un murete nos acompañaba a la izquierda, sin duda un retén para el agua en caso de desbordamiento del río Adour, el cual podíamos ver a través de los árboles.

El Mercedes se metió por un camino de tierra entre tilos. Una puerta apareció a lo lejos, a unos cien metros. La verja se abrió y pasamos a un porche de piedra. Era la hora de comer, una hora en la que uno no debe presentarse en casa de nadie. La casa estaba rodeada por árboles excepcionales. Había un magnolio con flores gigantes, grandes como cabezas de niños.

—Vaya.

—Ya te lo había dicho.

Cuando salimos del coche, un perro grande como una vaca y con las mismas manchas negras avanzó hacia nosotros. Olisqueó las manos de Valentin y luego mi entrepierna. No parecía amenazador. Un perro bueno y grande.

Habíamos avisado de nuestra llegada, por lo que había media docena de guardias esperando que rodearon nuestro coche en cuanto nos vieron aparecer.

—Mierda, tendríamos que haber traído flores —dijo Valentin.

¿Era una broma?

Nuestros acompañantes nos condujeron hasta donde estaba la viuda Martínez. Nos esperaba al lado de una piscina grande, de por lo menos veinticinco metros. Llevaba un bikini que no dejaba dudas de que en su juventud había sido una beldad.

Olía a cloro de piscina y a odio.

—He aquí al famoso Jon Ayaramandi —dijo ella con voz de fumadora y acento de Victoria Abril mientras me observaba de los pies a la cabeza—. Le imaginaba más alto. Bueno, da igual. A Burger le va a molestar mucho que siga con vida.

Parecía malvada y desgraciada, una mezcla que yo conocía perfectamente ya que la había encontrado en la mayor parte de la gente que envejecía.

—A mí tampoco me gustan demasiado los fantasmas.

Guardianes y vigilantes paseaban por el parque. Literalmente chocaban unos

contra otros. Aquella mujer era una verdadera paranoica.

—Burger es un chapucero. Se equivocó conmigo como se equivocó en muchas ocasiones durante los veinte años que hace que le conozco. Me confundió con mi amante y ahora es ella la que está muerta. Aparentemente, ni se ha dado cuenta de su error.

Ella se echó a reír, lo que me permitió ver la calidad de sus implantes: calidad española, más blancos que el blanco.

—¡Es la cosa más divertida que me han contado nunca! ¡Un auténtico vodevil!

Aquella mujer intentaba sacarme de mis casillas. Conseguí controlarme. Me hizo la única pregunta que verdaderamente quería contestar:

—¿Hasta ese punto llega la incompetencia de Burger?

La miré directamente a los ojos y le lancé mi proposición.

—Estoy aquí con la esperanza de poder librarla de él.

A Valentin y a mí nos habían instalado estratégicamente sobre un balancín. Era imposible mantenerse derecho en semejante aparato. Y dar un salto de golpe resultaba imposible.

Había dejado mi 38 en una caja a la entrada siguiendo el consejo de Valentin, y luego los guardias nos habían pasado un detector de metales. Los hielos se derretían en el fondo de mi vaso.

—Cuando murió mi marido, yo comencé a ocuparme de su negocio. Tenía contratos que cumplir y lo hice. Entre ellos estaba el de un cirujano francés. Era muy famoso; no sé qué había hecho para ganarse la enemistad de mi cliente. Pero un contrato es un contrato. Era necesario ejecutar al doctor Alix Daniel después de que terminara una operación. Me pidieron que enviara a un auténtico desalmado, alguien capaz de mandar al otro barrio a un doctor que acababa de salvar la vida a alguien. Un asesino sin alma pero lo suficientemente inteligente como para encubrir su crimen, de tal forma que nunca más volviera a saberse del tema.

—¿Y pensó en Burger? —pregunté. No pude evitar ironizar.

—Mi difunto marido tenía la filosofía de que hay que emplear sólo a asesinos locales. No hay nada peor que alguien que llega de nuevas a un país desconocido, a una región en la que no sabe cómo desplazarse. Alguien que se pone a preguntar a la gente cómo llegar a una dirección con un acento extraño para poder meterse luego *discretamente* por la ventana de su víctima. Por ello necesitaba a un asesino vasco-francés.

Hizo una pausa para beber un sorbo de whisky. Mis hielos habían terminado de derretirse, por lo que me bebí el líquido de una vez. La viuda era una charlatana, hacía un calor de muerte y yo estaba más seco que un río en el desierto de las Bardenas. Tenía esa sed terrible del que ha pasado la noche anterior bebiendo.

Valentin estaba pegado a mí. No podíamos ni movernos, por lo que mucho menos podíamos volver a servirnos.

—Me hablaron mucho de usted, pero nadie me dijo dónde podía encontrarlo. Así que me presentaron a Burger, que justamente había trabajado con usted. Le tienen en mucha consideración en el País Vasco.

Creí necesario explicarme.

—Soy viejo, tengo derecho a disfrutar de mi jubilación. O al menos eso pensaba hasta ahora.

No esbozó la menor sonrisa.

—Por lo que sea, me pareció que Burger tenía la cualidad más importante: sabía callarse. Las únicas palabras que pronunció fueron sobre el precio y los detalles prácticos de la ejecución. La cosa fue bien. El cirujano murió defenestrado desde el cuarto piso de su apartamento y al día siguiente la prensa dijo que había sido un suicidio. Después de eso, Burger ha trabajado regularmente para mí. Muy a menudo con él —señaló a Valentin—, y, contrariamente a lo que usted insinúa, sigue siendo un buen trabajador. Pero he aquí que un cliente me llamó a principios del mes pasado. Estaba fuera de sus casillas. Era un cliente importante, alguien acostumbrado a dar órdenes. Utiliza mis servicios varias veces al año, así que no podía ignorar sus reclamaciones. Además, un trato es un trato. El cliente se quejó de que, paseando un día por la playa con su familia, se había encontrado con el tipo del que supuestamente deberíamos haberle librado.

Empezaba a comprender adónde quería llegar esa vieja. El cirujano y Al eran la misma persona. Burger tenía el encargo de matar a Alix Daniel, y al ver a Al había creído que eran la misma persona.

—¡Pero podía haberse equivocado! —exclamé.

—Fue lo primero que pensamos, pero el cliente insistía. Tenía la prueba de que efectivamente se trataba de Alix Daniel.

—¿Qué prueba?

—Una prueba muy pequeña: el hombre pescaba. La pesca había sido la gran pasión de nuestro joven cirujano.

—¿No es un poco débil como prueba?

—No tanto, la verdad. Podía equivocarse y que fuera alguien parecido. Alguien con una edad semejante también. Pero los pescadores de esa edad son raros. Así que era demasiada casualidad tener un doble pescador.

—Admitamos que se trataba de nuestro hombre. ¿Cómo explicar que siguiera con vida?

Aproveché mi pregunta para rellenar su vaso sin preocuparse por saber si queríamos más. ¿Era aquello una estrategia o sólo una falta de educación? Yo podía estar todavía varias horas sin dormir, pero necesitaba una buena dosis de alcohol.

—Burger se hizo menos preguntas que usted. Fantasma o no, palideció y simplemente me anunció que iba a matarlo por segunda vez. Fue exactamente lo que dijo: «Voy a matarlo por segunda vez». Y sólo añadió que no esperaba que le pagaran. Burger no es demasiado sutil, pero hay que reconocer que tiene una cierta ética. Así que comprenderá que en estas condiciones no puedo entregárselo. Además, ¿qué ganaría con ello?

—Le libraría de un gran chapucero —le dije mientras me levantaba con dificultad.

Ella también se levantó y me tendió la mano.

—Estoy segura de que lo encontrará. Su sed de venganza le ayudará, es un sentimiento que conozco bien. Si consigue matar a Burger, quizá tenga tentaciones de venir a verme. La prudencia me lleva a avisarle ahora, y quizá tendría que haberle ayudado a desistir desde que apareció por mi puerta. Pero no le tengo miedo —me miró fijamente con sus ojos negros. Sus labios parecían una cortina de lo finos que eran—. Le confieso que estoy impaciente por saber cómo va a terminar todo esto. Sobre todo ahora que he podido conocerle. Me encantaría poder seguirle y grabarle. Podría vender la película a cualquier productora. A la gente le encanta la telerrealidad.

Eché una risotada que parecía tan falsa como su dentadura. Tuve que controlarme para no rompérsela de un puñetazo.

Valentin me enviaba ondas telepáticas:

No hagas tonterías o estamos muertos.

La muerte me importaba bien poco, así que fue por él por quien opté por despedirme.

—Adiós, señora.

—Voy a hacerle un favor. Voy a llamar a Burger para decirle que acaba de salir de mi casa. Así lo podrá encontrar más fácilmente.

—Tenemos que hablar un poco.

Valentin había puesto la radio del coche y la voz rota de Tom Waits se oía lejanamente. Cientos de preguntas se agolpaban en mi cerebro. Quizá no escogí la más interesante, pero era la que más me preocupaba:

—¿Eras el conductor de Burger cuando defenestró al doctor?

—Yo no sabía qué iba a hacer con él.

—¿De verdad?

—Nuestra obligación era llevar al matasanos de vuelta a su casa. Luego me enteré de que el hombre al que acababa de operar era un mandamás de ETA. O por lo menos eso es lo que se dice...

—Pero ¿esos tipos no se ocupan de sus propios asuntos? No necesitan ayuda para mandar a nadie a la tumba.

—Es un caso particular. Su capo acababa de escapar de la muerte gracias al doctor y había que cargarse a su salvador. Tú deberías saber mejor que nadie que hay crímenes contra la moral cristiana que un vasco, a pesar de ser terrorista, no puede cometer.

—Quizá tienes razón. ¿Y el doctor no desconfió de Burger?

—Qué va. Estaba agotado. Se pasó todo el viaje durmiendo. Además, le habíamos puesto un antifaz como el de los aviones para que no pudiera saber adónde lo llevábamos.

—¿Quieres decir que no quería hacer la operación?

—No lo sé, en todo caso aceptó que le pusiéramos el antifaz sin montar un número. Tanto a la ida como a la vuelta. Hay que decir que no era muy hablador.

—Pero pudiera ser que lo hubieran obligado.

—Es lo que parecía. Pero Burger no abrió la boca. Yo me concentré en conducir. El cliente dormía. Llegamos a un edificio en pleno centro de Bayona. Burger me hizo estacionar el coche en el aparcamiento del edificio. Y despertó al matasanos. Éste no quería que nadie lo acompañara a su casa, pero Burger le explicó que tenía órdenes. Debía subir con él y verificar que nadie lo estuviera esperando en su casa. Pude ver su cara por el retrovisor, y era evidente que el médico sabía lo que le esperaba. Los dejé marcharse juntos. Burger apareció diez minutos más tarde. Leí en sus ojos que lo había matado. Me ordenó que pasara por delante del edificio, pero no fue posible porque un camión de basura bloqueaba la calle. Así que tuve que dar marcha atrás. Burger se tranquilizó y me dijo que regresábamos a casa.

—¿Así que no llegaste a ver el cuerpo aplastado contra el suelo?

—En ese momento no tenía ni idea de cómo lo había matado Burger. Cuando leí los periódicos del día siguiente descubrí que lo había defenestrado.

Las casualidades de la vida.

La base de una novela negra.

Nos detuvimos en un semáforo en rojo.

Victoire —la novia de Valentin— estaba en la acera y lo saludaba con la mano.

Para mí, aquella aparición no ofrecía ninguna duda.

—Nuestros caminos se separan aquí, hijo. Haz subir a esa chica y llévame hasta mi coche. Continuaré solo. Y deja de hacer tonterías en el mundo del crimen antes de que te pase algo serio.

Respondió a las señas de su novia iluminando los faros. Ella tenía una sonrisa tan maravillosa como la de Perle y casi tan *sexy* como la de Louise, con bastantes menos arrugas.

—No, todavía te debo una.

El semáforo pasó a verde y metió primera.

Si hubiera podido abrir la puerta del conductor y pegarle una patada, lo habría hecho.

—Pobre gilipollas —dije.

—De todas formas, yo también me he convertido en un testigo al que hay que eliminar. Burger sabe que me voy a poner de tu parte.

Gritó «Te quiero» a su novia mientras bajaba la ventanilla y ella se rio. Varios paseantes se giraron.

—Podrías ser más discreto —dije yo mientras miraba por el retrovisor. Victoire desaparecía a lo lejos.

Él toqueteaba su iPod. Cuando por fin encontró lo que buscaba me dijo:

—Imagina hacerle el amor a Victoire con esta música.

«Ghetto», de Donny Hathaway. Conocía bien esa subida del principio. Una elección paradójica en aquella tarde cargada de luz fría y sombríos pensamientos. Pero la música surtió efecto.

—¿De verdad quieres que me imagine follando con tu chica?

—Es lo mejor que te podría pasar, viejo.

Hum, corramos un tupido velo.

—Vamos a la mediateca —dije.

—¿A la mediateca? ¿Te aburres? ¿No te apetece más ir a casa a preparar el comité de bienvenida de Burger y su pandilla de amiguitos?

—¿Tantas ganas tienes de morir?

—Aprecio tu optimismo.

—Seamos realistas —dije—. Burger ya debe de estar emboscado en alguna parte, dispuesto a dispararnos en cuanto nos crucemos con él. Llegados a este punto, me gustaría averiguar por qué tipo de energúmeno está mi Perle guardando luto. Quiero consultar los periódicos que hablan de la *primera muerte* de Al. Si consigo la

respuesta a todas mis preguntas, no tendré que cruzar ni media palabra con Burger.

—Sin embargo, una última conversación hubiera estado bien.

—Oír su voz de nuevo no forma parte de la lista de mis últimas voluntades.

—Para de decir tonterías. ¿Quién ha hablado de última voluntad? Es él quien va a perder, ¿no?

Estaba bien que uno de los dos mantuviera la fe. Mientras fuera así, no todo estaba perdido.

La víctima, un joven y famoso cirujano, fue transportada a la clínica Saint-Maur, donde murió por la noche a causa de las heridas.

—Es un progreso. Por lo menos hemos averiguado que no murió inmediatamente. Seguí leyendo el artículo.

Las primeras averiguaciones de la policía demuestran que seguramente se trató de un suicidio, ya que no había ningún rastro de violencia en el interior del apartamento.

El artículo evocaba a continuación la ausencia de motivo aparente o el carácter imprevisible del occiso (éste era el término que utilizaba, sin duda para evitar las repeticiones). Mi atención se dirigió seguidamente a una información más relevante:

El doctor Di Vica, que conocía bien a su joven compañero ya que era su socio en la clínica Saint-Maur, no pudo más que constatar su muerte a la salida de la ambulancia. «Ha sido un choque terrible el descubrir el cuerpo inanimado de mi socio y amigo y no poder devolverle la vida».

Por petición expresa de la familia, el apellido de la víctima no se citaba.

—Escucha —me dijo Valentin, quien se había colocado frente a otro ordenador—. Hay en el mundo más supervivientes de una caída desde una altura de quince metros que personas que hayan ganado la lotería.

Había escrito en el buscador: «sobrevive a una caída desde un quinto piso».

Recorrí con la vista los titulares de las páginas web:

Un hombre se levanta tras su caída desde un quinto piso.

El niño que vuela mejor que Superman.

Récord absoluto de caída libre.

Había incluso una noticia de un niño que había caído desde un séptimo hasta un

contenedor de basura y que había sobrevivido, aunque se había quedado lisiado de por vida.

—Es menos peligroso que hacer puenting —dijo Valentin.

—Burger hubiera debido consultar esta información.

Me detuve en el caso de un padre que había caído desde un puente sobre el capó de un coche. Los cristales habían estallado, pero el metal había amortiguado la caída. El hombre gritó que «todo iba bien» para tranquilizar a su esposa.

—¿Había coches aparcados frente al edificio de Alix?

—Sí, claro que había. Quizá tu amigo tuvo suerte. Lo que me parece extraordinario es que Burger no se tomara la molestia de asomarse a la ventana para verificar.

—Yo tampoco lo hubiera hecho en su lugar. Cuando defenestras a alguien puedes estar casi seguro de que hay viandantes cerca. Y que todos van a mirar hacia arriba para saber de dónde ha caído. Mejor que nadie te vea en ese momento. Sin embargo, Burger podría haber salido y haberse mezclado con la gente antes de regresar al coche.

—La suerte de tu amigo fue que tuviera que matarlo Burger el Malo.

Fantasma: aparición sobrenatural de una persona muerta.

Diccionario *Le Petit Robert*

Alix escuchó a Julien Lepers pronunciar con una voz muy nerviosa:

—Soy, soy, ¿soy?

Su nerviosismo se desmoronó de golpe y su voz se hizo más tranquila y grave:

—Soy Claude François.

Alix estaba de vuelta en casa.

Su madre abrió la puerta y se desmayó.

Después su padre cayó sobre sus rodillas también.

Su hermana le ayudó a llevarlos uno tras otro al sofá. Después ella también se sentó y se puso a temblar.

Al no sabía si podía acercarse a ella y abrazarla sin arriesgarse a asustarla todavía más.

—No soy un fantasma.

Incluso si había muerto por segunda vez.

—No tendrías que haber vuelto nunca. ¿Te has vuelto loco? ¿Quieres que te encuentren aquí? ¿Quieres que vuelvan a asesinarte?

Ella se precipitó sobre la puerta para cerrarla con llave.

—No hay nada que temer. Me han vuelto a asesinar.

En ese momento, su madre se recuperó y le saltó al cuello. Le dio besos por toda la cara, como si quisiera cubrirlo de saliva. Sin duda, era aquél un gesto arcaico que se remontaba a los tiempos en los que la raza humana no era más que una vaga promesa en los genes de un caracol. Él se encontraba a disgusto con esa ropa acartonada por la sal.

—¿Puedo darme un baño y comer algo?

Pasó nueve días en su casa.

Nueve días de fiebre y de terror retrospectivo.

Nueve días para recuperarse como un niño al que tienen que cuidar sus padres cuando está enfermo.

Nueve días en los que soñar bajo su colcha la espantosa película de su agresión.

Había flotado a la deriva un tiempo indefinido en la corriente que lo había llevado hasta la playa de la Chambre d'Amour, tan extenuado como un naufrago del *Titanic*. Se refugió en la parte naturista de la playa, se desvistió y se echó a dormir entre los demás veraneantes hasta que se puso el sol. Luego volvió a ponerse su ropa endurecida por la sal y anduvo durante una noche entera, mientras la rodilla y la pierna le dolían más que nunca. Tenía hambre y miedo a flaquear.

Los dedos del asesino habían dejado marcas sobre su cuello. Afortunadamente no había intentado estrangularlo, sólo ahogarlo.

Se quedó mucho tiempo atascado en ese pensamiento: desde pequeño había practicado para contener la respiración bajo el agua sin saber muy bien por qué. Ahora ya sabía el motivo.

Su mente racional se negaba a aceptar la idea de la predestinación.

El noveno día pidió un teléfono para llamar.

Pudo escuchar la voz de Perle, que preguntaba quién era. Dudó. ¿Podía correr el riesgo de ser asesinado por tercera vez? ¿Debía conducirla hacia su pesadilla particular y hacer que la asesinaran a ella también?

Pero sabía el dolor que le había causado su desaparición. Necesitaba tranquilizarla, que ella supiera que estaba vivo.

—Hola —dijo él—. Estoy vivo.

NO CREO EN DIOS, PERO SABRÍA
RECONOCER UN MILAGRO SI VIERA UNO

Liquidar a un individuo que había sobrevivido a una caída semejante era un delito raro, un crimen contra la suerte. Me preguntaba cómo se sentiría Burger al ahogar a Al, cinco años después de haberlo defenestrado. Y sobre todo empecé a pensar qué le habría sucedido a Al.

Valentin movía la cabeza al ritmo frenético de los Buzzcocks. Siempre me ha sorprendido la capacidad de una mente para poder evadirse y bailar al ritmo del punk en vez de poner en orden sus ideas.

Llegamos al aparcamiento de la clínica Saint-Maur y dejé de lado mis reflexiones. Antes de entrar en el edificio, cogí el teléfono de Valentin.

—¿Cómo funciona?

Se rio de mí y luego marcó el número que le había dado.

—Realmente, eres un viejo anacrónico.

Perle descolgó antes de que sonara el primer pitido.

—¡Por fin!

Su voz sonaba clara y bella. Tendría que haber sacado conclusiones o haber hecho algunas preguntas, pero no me di cuenta.

—Vale, ya sé que vas a reprocharme el que no tenga un teléfono, pero ya sabes que yo siempre me he resistido a la invasión de los móviles. Además, me acaban de llamar viejo anacrónico, así que...

—Para. Tengo una cosa muy importante que decirte. ¿Puedes hablar?

—Estoy con un amigo, puedes hablar.

Dudó un momento antes de que yo retomara la palabra.

—¿Sigues con mis amigos los ladrones? No te muevas de allí. No te dejes ver, ¿vale? Es por tu seguridad. Te lo explicaré cuando te vea, en sólo unas horas si todo va bien...

—Tengo algo muy, muy importante que decirte, Jon. Pero no sé si te lo puedo decir por aquí. ¿Quién es ese amigo?

—Un antiguo compañero. Me ha dejado su móvil. No me llames a este número.

Hubo un silencio. Se tomaba el tiempo de reflexionar.

—Suéltalo, por favor; tengo un poco de prisa.

Perle no era de esas a las que se les pueda meter prisa.

—Escucha, abuelito —en ese momento me divirtió que me llamara así—, no te puedo decir nada ahora, pero es superimportante. Llámame desde una cabina telefónica cuando nadie pueda escucharte.

Colgó.

¿Una cabina telefónica? Pues vaya. ¿Existían todavía las cabinas telefónicas? No veía ninguna cerca.

Entré en el vestíbulo de la clínica después de pedirle a Valentin que me esperara en el coche.

Un papel que él sabía interpretar a la perfección.

Lo dejé mientras sonaba «Complicated Game», de XTC, un fragmento que se correspondía perfectamente con el humor que sentía.

En el vestíbulo de la clínica reinaba un frescor climatizado, perfumado como el desinfectante. Olisqueando, pude distinguir también efluvios de perfume Shalimar.

La secretaria de la recepción era una verdadera pija. En esa clínica habían erradicado del todo al proletariado.

—¿A quién busca?

No sabía muy bien a quién buscaba.

Aquella mujer no tenía un aspecto ni muy amable ni todo lo contrario. Era del tipo eficaz y que puede darte lo que buscas. Decidí ir derecho al grano.

—¿Podría ver al gran jefe?

Ella se echó a reír.

—Tendría que tomarse mi petición en serio —le dije sin precisar por qué.

Tragó saliva y me observó atentamente.

—Dígale al doctor Di Vica que tengo que darle malas noticias.

Descolgó el teléfono y repitió mi petición.

—Hay aquí un señor que trae malas noticias para el doctor Di Vica.

Probad esta fórmula mágica, las puertas siempre se abren.

Una enfermera vino a buscarme y me condujo a un despacho digno de un ministro.

—Siéntese, el doctor Di Vica llegará en un minuto.

Un asiento de cuero de aspecto cómodo esperaba a su ocupante detrás de una mesa. Observé las fotos de niños en sus marcos y las de una mujer deseable en diferentes situaciones: en la ópera, en la playa... Me detuve en la foto de un hombre musculoso de mediana edad que sostenía un pez con una sola mano. El mismo hombre hizo su aparición en ese momento con un polo blanco. Bronceado y sonriente, parecía una caricatura.

Llevaba unas gafas en la punta de la nariz.

Un verdadero cliché sobre piernas.

Me tendió la mano.

—¿Es usted amigo de Alix Daniel? —le pregunté.

Su aplomo desapareció inmediatamente.

—¿Suele usted resucitar a menudo a los muertos? —añadí.

Su sonrisa se desinfló como un neumático pinchado.

¿Qué es un secreto? Un secreto es algo que nos morimos de ganas de contar sin poder hacerlo. Un virus puesto en cuarentena. [...] Hay que saber lo que es un secreto para poder recibir uno. Uno no escucha cada día a alguien que le confiese un asesinato o un incesto. Como en todo lo que se refiere al ego, hay que asegurarse de que el otro no te va a decir: «Eso no es nada», para después contarte que se ha acostado con su madre. No es elegante. Un secreto no debe nunca cruzarse con otro.

Dany Laferrière, *Je suis un écrivain japonais*

—Tenían en común el amor por la pesca —le dije como para demostrarle que sabía de lo que hablaba.

El doctor Di Vica se había tranquilizado después de asegurarle que yo no era policía ni un asesino encargado de defenestrarlo (además, su despacho estaba en la planta baja).

—Soy un amigo de Al. De su segunda vida —le expliqué—. Al tiene nuevos problemas.

Ahora fue él quien habló.

—La verdad es que no compartimos esa pasión. Al es un pescador de orilla y a mí sólo me gusta la pesca en alta mar, con red. Esperar durante horas a que un pez muerda el anzuelo no es mi estilo. Tengo unos diez años más que él, pero soy hiperactivo. Alix es lo contrario a mí, un ser contemplativo. Si de verdad lo conoce, lo sabrá tan bien como yo.

—Es lo menos que se puede decir de él.

Había hecho un movimiento en falso. Sólo me quedaba escuchar al doctor Di Vica y esperar que quisiera contarme su parte de verdad.

—Al creía que la pesca en alta mar con red era una pijada, algo antiecológico. ¡Él era mucho menos pijo que yo!

Se rio con nostalgia y se calló. Resultaba evidente que evaluaba qué era lo que iba a decir a continuación. Estaba claro que quería librarse del *inmenso peso de los secretos*. Entonces me hizo una pregunta que hubiera debido esperar pero cuya respuesta no me había preparado bien.

—¿Y cómo está ahora?

¿Qué tenía que responderle? Decidí que aquello debía de ser un *quid pro quo*. Así que le dije la verdad.

—Está muerto.

—Ésa no es más que la verdad oficial. Pensé que lo sabía...

—Está muerto, esta vez. Definitivamente muerto.

Vi su tristeza. La sinceridad de su rostro. Subió varios puntos en mi estima cuando dijo tristemente:

—¿Tengo que decírselo a su familia por segunda vez?

—Uno no salva a un hombre poniendo en peligro su propia vida para verlo morir dos años más tarde, ¿no?

Sin dudar, respondió:

—Si tuviera que volver a hacerlo, lo haría.

Después, su voz se volvió más dulce y me contó la historia que había venido a escuchar.

—Cuando los bomberos me trajeron a Alix, ya estaba fuera de peligro, pero su pierna se había quedado lisiada. Había perdido la consciencia tras la caída, pero los

bomberos habían encontrado entre sus cosas la dirección de la clínica y lo trajeron aquí. Por suerte, aquella noche yo estaba de guardia. Cuando recobró la consciencia le dije que teníamos que ponerle una prótesis en la rodilla. No le oculté que quizá se iba a quedar lisiado de por vida. Pero, para mi gran sorpresa, no era eso lo que le preocupaba. Me preguntó quién estaba conmigo. Le dije que Lee, una china que acababa de terminar sus prácticas y que la semana siguiente se marchaba de vuelta a casa. Él me respondió que Lee no hablaba nunca, que a ella le daba igual lo que pasaba en este país lejano, y luego me preguntó hasta dónde podría llegar por un amigo. Le pregunté si tenía problemas. Y él me contestó que los suficientes como para desear desaparecer y que había llegado su oportunidad de hacerlo.

—¿Le habló de la gente que lo amenazaba?

—No me dijo mucho. Lo suficiente para convencerme de que había que declararlo muerto.

Si sabía algo de los asesinos de su amigo, aquel hombre se lo iba a callar. Había demostrado que sabía guardar un secreto. Miré por la ventana; una nube gigante se comía a otra más pequeña. El día se ponía feo.

—¿De qué murió?

La pregunta me sacó de mi estado ensimismado.

—De complicaciones por la operación que le hizo usted —le devolví.

El humor negro contaminaba mi pensamiento. Ésa es la posible justificación ante mi falta de tacto hacia aquel hombre que lo había salvado.

Me miró con tristeza.

—¿Lo dice en serio?

—Lo pilló el asesino que había fallado la primera vez.

Inspiró profundamente, se levantó y abrió una nevera. Sacó dos cervezas y me tendió una.

—De acuerdo, voy a contarle todo lo que sé sobre mi antiguo socio.

—Tras terminar sus estudios, el joven interno Alix Daniel había conseguido la fama gracias a una operación. Todavía no había cumplido treinta años.

»Aquello sucedió en las urgencias de Bayona. Le llevaron a un chico que había recibido una puñalada en el corazón durante un baile popular. Sobra decir que ya lo daban por muerto. El cirujano que estaba de guardia con él aquella noche estaba enfrascado en un baipás. Así que le dejó al chico tras decirle que en su opinión no era operable, pero que si quería intentarlo...

»Sin embargo, el paciente salió de la clínica en forma una semana después de su operación.

»Las televisiones lo grabaron. El joven cirujano era un hombre taciturno con una cara hermosa, y como no quiso responder a las preguntas, tuvo que hacerlo el director del hospital.

»Tras ello, el hospital recibió cartas de amor y peticiones de matrimonio durante los seis meses siguientes. Pijas y trabajadoras hacían cola en los pasillos para verlo, lo mismo que las internas y las enfermeras. Sin contar con todos aquellos que querían ser operados por él. Hay que decir que operar un corazón no es nada sencillo. Cuando le llamé para preguntarle si quería trabajar en mi clínica, sólo me puso una condición: treinta y cinco horas por semana, ni una más. Una condición desorbitada, quizá. Pero acepté. A pesar de que con ese horario sólo tendría una guardia por semana y una operación a corazón abierto por trimestre, el apellido de mi nuevo asociado nos ayudaría a despegar. Hizo bastantes operaciones. Era un cirujano serio, seguro, profesional y eficaz. El tipo de persona a quien se puede confiar la vida de alguien que se aprecia. Pero como pasaba tan poco tiempo en la clínica y era tan discreto... todo volvió a la normalidad. Y después pasó lo del unicornio.

—¿El unicornio?

—Un hombre que tenía un cuchillo hundido en el ojo.

—¿Seguía con vida?

—Y tanto que vivía. Bramaba como un unicornio. Había que taparse las orejas para poder soportarlo. En esa ocasión acudieron todas las cadenas de televisión.

Abrió otras dos cervezas. Hacía bochorno, pronto llovería.

—¿Nunca ve la televisión? —me preguntó.

—Sólo las películas del Oeste. Pero no ponen demasiadas. Y documentales sobre animales, sobre animales de verdad.

—Su logro fue retransmitido en directo y salió en todas partes. Eso ocurrió seis meses antes de que lo secuestraran.

—¿De que lo secuestraran?

—Unos hombres llamaron a su casa y le pidieron que los acompañase. Tenían pistolas. Le taparon los ojos con una venda. Cuando se la retiraron, estaba en una antigua granja cuya sala principal se había convertido en un hospital de campaña.

Tenía un equipo a su disposición: un médico, un anestesista, enfermeras... Le facilitaron todo el material necesario para que operara a un hombre gordo que había recibido una bala en el corazón. La operación duró cuatro horas.

—¿El equipo que lo ayudó hablaba vasco o español?

La pregunta lo desconcertó.

—No me dijo nada. Pero creo que hablaban francés. Me contó que pidió que bajaran las armas y dijo: «No necesito que me amenacen para curar a un hombre; es mi trabajo». Así que supongo que lo dijo todo en francés y que ellos le respondieron en el mismo idioma.

—Eso parece un epitafio —dije.

—¿Y no cree que eso debería haberlos puesto de su lado? Aquella gente lo trató tan mal que parecía que el hombre hubiera muerto en la camilla durante la operación.

—Un logro mal recompensado.

—La verdad es que no fue tanto logro. La bala no se había acercado demasiado al corazón. Había provocado daños, sí, pero nada irreparable. La ironía de la historia es que podrían habérselas arreglado sin sus servicios. Le ofrecieron una gran suma de dinero y él la aceptó. Había comprendido que no podía escudarse en su dignidad y decirles de sopetón que se guardaran su dinero, que él iba a denunciarlos a la policía.

—Después de eso, supongo que se tranquilizó.

—No; no fue así. Lo llevaron de vuelta a su casa, pero un tipo subió con él. Las contraventanas estaban cerradas cuando llegó y en un acto reflejo fue a abrirlas. Cuando lo hizo sintió que alguien lo levantaba...

—Conozco cómo sigue la historia...

Mi cerebro funcionaba a toda máquina.

Había algo que no cuadraba.

Si hubiera sido una cuestión nacionalista, aquella gente hubiera hablado vasco en pleno frenesí de la socialización de su lengua y toda esa historia. Y si lo hubieran hecho, Al se lo hubiera contado a su amigo.

Pero no lo había hecho.

Además, aquello no parecía cosa de ETA, quién sabe por qué.

—Hay algo que no le he dicho —añadió el doctor Di Vica.

—¿Sí?

—Alix escuchó el nombre de la persona a la que acababa de curar.

—¿Cuál es?

—No lo recuerdo. Pero sé que era italiano.

Un hombre obeso... italiano... rodeado de asesinos.

—¿Marconi?

—Puede ser, sí, pero no podría asegurarlo al cien por cien.

De pronto me acordé. Marconi había tenido que operarse. Me habían dicho que había sido un accidente de caza.

La verdad es que en aquella época había dudado bastante de esa versión. Pero en este momento me di cuenta:

—¡Joder! ¡Me ha vuelto a tomar el pelo! —me dije.

Me costaba ir más allá en mi reflexión. Aquella barbaridad de que me hubiera tomado el pelo era como un coágulo de sangre en la arteria de mi cerebro. Y ahora aquel jodido grumo no dejaba que circularan el resto de pensamientos.

Hice un esfuerzo sobrehumano para desplazar el atasco mientras salía de la clínica y me dirigía temblando hacia el aparcamiento.

El periodo coincidía.

La idea de que Marconi hubiera sido el cerdo que encargara el primer asesinato conducía al hecho de que fuera también él quien hubiera encargado el segundo, lo que llevaba a la ejecución de Flamby y a la mía. Y lo peor de todo:

El cerdo de Marconi era el responsable de la muerte de Louise.

Las ideas pasaban con cuentagotas, pero sentí que acudía una última, y no menos insidiosa: Valentin no podía ignorar que el hombre que había sido operado en la montaña había sido nuestro antiguo jefe.

Ese pequeño capullo me tomaba también el pelo.

Noté que mis tripas y mi consciencia hacían el mismo movimiento: el de una fregona a la que se le escurre el agua sucia en un cubo.

Valentin también se dio cuenta de mi transformación.

—¿Has visto un fantasma?

Abrí la puerta del conductor, saqué mi pistola de la chaqueta y apunté hacia sus cojones.

—¿Sabes jugar a sí o no?

—¿Y ahora qué pasa?

Apoyé el cañón sobre sus testículos. Uno de ellos quedó pillado entre el arma y el asiento en el que estaba sentado.

—Sí o no. ¿Te gusta tomarme el pelo?

—Yo no te tomo el pelo.

Apreté un poco más fuerte. Gimió.

—¡Joder, vete a la mierda! ¡Mierda!

—Sí o no. Responde sí o no.

Decididamente, no sabía jugar.

—¿Me has mentado?

—No.

—¿Conocías al gran mandamás de ETA al que el doctor Alix tenía que operar?

—No.

Volví a apretar.

—¡Joder! ¡No! ¡Te he dicho que no!

—¿Lo viste en algún momento?

—No.

—¿Viste a alguien más aparte de Burger aquella noche?

—No.

—¿Estuviste todo el tiempo en el coche?

—Sí, me ordenaron que no me acercara a la granja.

—¿Era la granja de Marconi?

—¡Por supuesto que no!

Subí el cañón de la pistola. Se masajé los cojones mientras me maldecía.

—Estás completamente loco. He venido a ayudarte y es así como me tratas.

—Te había dicho que no mintieras.

Continuaba masajéandolos y sus manos temblaban por la cólera.

—En cuanto nos carguemos a Burger te voy a matar a ti también.

Hice como que no escuchaba.

—A ti también te engañaron, chico. Había tantos separatistas vascos en el monte aquella noche como bailarinas del vientre. No era a un dirigente de ETA a quien tenían que operar; era a Marconi.

—¿Qué te has tomado?

—¿Tú crees que alguien como Marconi sabría mostrarse agradecido?

—Sí, lo que yo decía, has perdido un tornillo. Si no, no me harías una pregunta así.

—¿Puedes confirmarme que Marconi estuvo herido hace cinco años?

—Te recuerdo que en esa época yo era una estrella, tío. Lo que menos me preocupaba en el mundo era la salud de Marconi.

—Lo que no te impidió aceptar esa pequeña misión.

—Hice una excepción por el dinero que podía conseguir. Pero te recuerdo que estaba al servicio de la viuda Martínez y que lo estuve durante años.

—¡Pues claro que estaba bien pagado! Un trabajito tan sucio como ése...

Permanecimos un momento sin decir nada.

—De todas formas, me cuesta aceptar que Marconi hubiera podido encargarse de un homicidio a sus competidores. No necesitaba a la viuda para deshacerse de tu amigo. Tenía lo que necesitaba a mano.

—A no ser que no quisiera dejar pistas. ¿No te parece extraño que una viuda española se haya podido instalar en el territorio de Marconi?

—¿Quieres decir que le permitió instalarse para que hiciera ciertos trabajillos que

a él le incomodaban?

—Ella se ocupa de las cosas más peliagudas. Aquéllas que podrían descubrirlo. Y sólo Dios sabe lo que ese accidente de caza tuvo que molestar a Marconi. Estoy seguro de que la viuda Martínez no tenía ni idea de que su mayor competidor era también su cliente en ese asunto. ¿Tú sabías que el expediente policial de Marconi está como el mío, completamente vacío?

—Eso parece.

—A Marconi le gusta tanto su virginidad que por miedo me paga mi jubilación.

Estaba a punto de contarle mi secreto máspreciado, aquel que nunca le había revelado a nadie. Pero lo que le había hecho a su cojón por falta de confianza bien valía ese esfuerzo. Le expliqué el origen de mis ingresos.

—Son los derechos de autor de mi obra póstuma.

Esperé un cierto tipo de admiración (un silbido, un aplauso, algo), pero en lugar de eso guardó un largo silencio antes de decir:

—Hay algo que no funciona en tu razonamiento.

—¿Ah, sí? ¿El qué?

—No lo sé.

—De todas formas, mi prioridad sigue siendo Burger —le dije.

Valentin intentó recapitular.

—Marconi pidió a la viuda que reasesinara a tu amigo. Así que la viuda volvió a pedírselo a Burger y Burger lo hizo, aunque hubo daños colaterales...

Salté directamente a la conclusión.

—Burger mató a Louise porque sí. Y para mí es todo lo que importa.

Me sentía sombrío y agresivo.

—¿Y Marconi? ¿Y la viuda?

—Veremos después.

Valentin tendió la mano hacia su iPod.

—No pongas música, por favor, a no ser que tengas «There's a Hole in My Life».

—¿Cómo quieres que no tenga todas las canciones de Police?

Una media hora más tarde estábamos frente al Twingo.

—Supongo que no merece la pena que te dé un beso y que te desee buenas noches.

Se echó a reír.

—Te sigo. No vayas demasiado rápido, no quiero perderte.

Eran más de las ocho de la tarde cuando nos detuvimos en una calle adyacente a la mía. Teníamos que acercarnos a mi casa con el cuidado de los sioux.

Habíamos previsto que Burger se apresuraría a buscarme en cuanto recibiera la llamada de la viuda. Lo que sin duda significaba que estaba emboscado en los alrededores.

—Irás solo —dije yo, presa de una intuición repentina.

—Permíteme que lo dude. Yo apostaría más bien por cuatro o cinco hombres emboscados en tu jardín. No veo por qué Burger tendría que tener algún tipo de alma caballeresca. ¿Alguna vez te preguntaste sobre la caballerosidad mientras ejercías tu oficio? Marconi solía decir: «Actuad sin escrúpulos, chicos. Sois profesionales».

—Burger quiere demostrar su valía. Así que vendrá solo.

—Te olvidas de que eres el hombre más inquietante de este rincón del planeta.

No quise hacer caso del cumplido.

—Burger tiene que liquidar el contrato sin ayuda de nadie. Si no, estará maldito para siempre. Y no olvides que él se sobreestima.

—En ese caso, ha jugado mal sus cartas y no nos costará nada...

—¡Si ni siquiera sabes utilizar un arma!

—¡Falso! Hace años que practico el tiro al blanco. Soy el más rápido en el mundo del espectáculo.

—Ya, con tu pinta de coleccionista de sellos, Val. ¡Si hasta vas a necesitar ayuda para poder pasar por encima de la verja del jardín! Si tenemos que tirarnos al suelo seguro que te partes un brazo. Y no hablemos de pelear... Prefiero no pensar en ello.

No me serás de ninguna ayuda. Harías mejor esperándome aquí. Quizá necesite huir y...

—No insistas, voy a ir contigo. Punto final.

—Tengo otra cosa más que decirte.

Lo observé con el rabillo del ojo. No se podía esperar lo que le iba a decir.

—La mujer a la que amaba —me costó decir lo siguiente—: ...Su cadáver todavía está ahí. En mi cama.

Ni rastro de Burger.

Observamos la casa desde todos sus ángulos antes de entrar. La terraza en oscuridad parecía una trampa.

Pero:

No estaba en mi jardín.

Ni en el jardín del vecino.

Ni en la calle.

Ni en el bosque de atrás.

Ni en lo alto de la duna.

Ni en el cobertizo.

Ni en el garaje.

Ni en la terraza.

Ni en la cocina.

Ni en el salón.

Ni en el retrete.

Ni en la planta baja.

Ni en el piso de arriba.

Ni rastro de Burger.

Cuando entramos en mi habitación, en la que estaba el cuerpo de Louise acribillado bajo una sábana llena de manchas marrones, Valentin dijo:

—Va a resultar difícil hacerlo pasar por un suicidio.

(La broma habitual de los asesinos).

Yo sabía que estaba deseando tirar de la sábana para saber cómo era Louise.

—¿Impactos de una 5,5? —preguntó.

(El pequeño calibre que Burger solía utilizar).

—Es inútil que lo comprobemos. Ya sabemos que ha sido él.

Me miró con aspecto decepcionado.

Yo conocía el estado de la víctima. El pequeño agujero en la frente, menor que una moneda de diez céntimos, y otro igual tras el cráneo.

No quería tener que contemplar aquel desastre por segunda vez.

Louise ya no estaba. Su máscara mortuoria en nada se parecía a la cara que yo había conocido.

—Ayúdame a llevarla hasta el jardín —dije mientras envolvía la sábana alrededor de su cabeza.

Valentin se encogió de hombros.

—¿No quieres que nos echemos un cigarrillo bajo la luz de la entrada? Así nos aseguraremos de que Burger no deje de vernos.

—¿Tienes otra idea brillante?

—Matamos primero a Burger y luego enterramos a tu novia.

—¿Y si Burger no viene?

—¿Crees que Burger rechazaría una invitación semejante?

Justo acababa de pensar en el asunto.

—Te apuesto lo que quieras a que Burger se ha pirado al campo sin dejar ninguna señal. Recuerdo que le gustaba esconderse en la montaña después de alguna de nuestras operaciones. Te aseguro que tu jefa no ha conseguido localizarlo.

Yo estaba convencido de que teníamos varias horas por delante y que debíamos aprovechar para librarnos del cadáver de Louise.

—Es plausible —dijo Valentin—. Pero soy yo quien la llevo y tú vigila por si acaso.

Antes de levantar el cuerpo se giró hacia mí.

—Espera, no podemos llevarla en las sábanas en las que hicisteis el amor. Hay más ADN de Jon Ayaramandi en esas sábanas que en tu propio semen. Hay que retirarlas y quemarlas.

Bien jugado.

Desenrolló el cadáver sin esperar mi respuesta.

El cuerpo de Louise apareció. Pálido. Su piel había perdido sus reflejos dorados. Sus piernas estaban ligeramente abiertas.

—¿Qué música iría con este momento? —preguntó él.

—Una marcha fúnebre —respondí.

Se echó a reír.

—No, en serio.

(La marcha fúnebre no me parecía tan mala idea).

—Yo diría «The Day I Lost Everything» de Fatima Mansions, pero sólo por el título.

—Si vamos por ahí, «Viva Dead Ponies» también pegaría.

Sólo él se reía de su humor fuera de lugar.

Me puse los guantes de látex (el equipamiento básico del asesino) y le tendí otro par. No debíamos dejar rastros sobre la sábana que se habría de quedar con Louise, ya que lo que era seguro era que no íbamos a tener tiempo suficiente para hacer desaparecer el cadáver de una manera adecuada.

Saqué una sábana limpia.

Su cara no estaba dañada. Sus finos gestos parecían serenos. No me acordaba de haberle cerrado los párpados, pero aparentemente lo había hecho.

Valentin bajó la escalera con Louise, cuya cabeza habíamos cubierto con una toalla y luego con una bolsa de basura. Todo aquello apretado con cinta de celofán.

—Esta mujer es más ligera que una pluma —dije.

Andaba por delante de él apuntando mi 38 hacia un Burger imaginario. Deseé que apareciera en ese mismo instante.

En el momento de cruzar la puerta del jardín, Valentin me preguntó cuál era mi plan.

—Al final del jardín hay un camino al que se puede llegar en coche. Vamos a llevarla a su casa.

—¿A su casa?

No se me ocurría otra cosa.

—Es mejor que la encuentren asesinada en su casa que en la mía, ¿no?

No me veía dejando abandonado su cadáver en ningún otro lugar de los alrededores, o en el fondo de una cuneta.

—Vive sola —le dije—. Quizá podamos volver antes de que la descubran.

En ese momento sólo me importaba una cosa: encontrar a Burger antes de que la policía se entrometiera.

—Venga, vamos —dije, pero soné tan convencido como el capitán que animó a sus soldados a saltar en el desembarco de Normandía.

Una vez que llegamos hasta el final del jardín, Valentin dejó a Louise sobre la hierba.

—¿Sabes por qué confío en ti ciegamente?

—Dime.

—Porque soy un cretino inmaduro.

—Bien visto.

No se escuchaba nada salvo el ruido del océano al otro lado de las dunas. Ni siquiera el sonido de un ave nocturna. Ese tipo de silencio que los animales sólo respetan en presencia de un peligro. Nos quedamos quietos.

—Agáchate —le dije.

—Si me agacho, no dudará en dispararte —dijo él mientras permanecía derecho.

Finalmente no sucedió nada y el silencio no tuvo ninguna explicación. No todos los sucesos de la naturaleza tienen una explicación lógica.

Quise ayudarle a colocarse a Louise sobre los hombros.

—Apunta con tu pistola hacia el camino. Nunca se sabe.

Tenía razón. Si seguía empeñándome en cometer un error tras otro incluso Burger el Malo acabaría por ganar.

Tras asegurarme de que la calle estaba verdaderamente desierta, dejé mi pistola para ayudarle a meter el cadáver en el Mercedes.

Juzgó apropiado ponerme una canción de Dead Can Dance. Debió de pensar que las circunstancias eran las apropiadas.

—La mayoría de los perdedores suelen decir que no tuvieron suerte con las mujeres —dije yo—. Pero en mi caso se podría decir que las que no tuvieron suerte conmigo fueron ellas.

El comentario le hizo reírse hasta que se le saltaron las lágrimas.

—No me parece divertido.

—Perdóname. Son los nervios.

Me miró tranquilamente.

—La verdad es que te has vuelto un auténtico gilipollas. Con tanto éxito, esas cosas que te tomas, todo eso... no te ha hecho ningún bien.

Estacionamos en el aparcamiento de la playa, frente a la residencia en la que vivía Louise. No muy lejos del lugar en el que Al había pasado al otro barrio.

Sabía que Louise vivía en ese inmueble de cuatro pisos, pero hasta entonces jamás había estado allí.

—La dejamos en su cama y nos damos el piro —dije.

Tenía una cadena Bang & Olufsen y una estantería llena de discos de música clásica. Valentin emitió un suspiro cuando cogió *Les années de pèlerinage* de Franz Liszt por Alfred Brendel.

—Lo vuestro nunca habría funcionado.

—Comienzas a cansarme con tu sarcasmo.

—Lo siento. Me cuesta hacerme a la idea de que un ser enamorado como tú pueda esconderse bajo la piel de un asesino.

Tenía atenuantes.

—Cállate.

—Sabes que en el fondo eres un alma sensible.

No pudimos seguir hablando. La luz se acababa de encender en el balcón de los vecinos.

—¿Eres tú, Louise?

Era una voz de hombre a la que siguió otra de mujer.

—Cállate, que quizá está dormida y es el gato el que hace ruido. Si ha vuelto tarde, es mejor que la dejemos dormir.

—Empiezo a preocuparme. Me parece extraño que haya dejado el gato encerrado en el balcón.

Tuvimos suerte de que los vecinos fueran tan mayores y que no se les ocurriera saltar a nuestro balcón para quedarse tranquilos.

—La dejaré dormir hasta mediodía, pero después le toco el timbre —dijo el marido—. Y si no abre, llamamos a la policía.

Regresamos al coche sin vigilar si nos seguían.

—Si Burger nos hubiera seguido, ya habríamos muerto en más de veinte ocasiones —suspiró Valentin—. Y tenemos hasta mañana antes de que la policía venga en nuestra busca.

—En esta ocasión me parece que mi expediente policial se va a rellenar de una sola vez.

—¿Tienes algo que reprocharte?

—En los últimos años sólo me he cargado a un tipo que estaba torturando a su amante.

—No pueden condenarte por haber hecho el bien.

Rodeé el coche y entré por el lado del acompañante.

—Abre la guantera —me dijo Valentin mientras me tendía una llave.

No soy un fanático de las sorpresas, pero ya no estaba preparado para luchar contra su espíritu caprichoso.

Los White Stripes comenzaron a entonar «Blue Orchid». La música de los White Stripes es una de las más hermosas de principio de siglo. No es extraño que se entone el estribillo de «Seven Nation Army» en los estadios, del mismo modo que tiempo atrás se cantaba «Centerfold», de J. Geils Band.

—Busca bien, está al fondo.

Aparté un estuche de gafas de sol y sentí el tacto de un peluche.

Lo cogí. Era un Hitler rosa con el brazo tendido, bigotito y el mechón de pelo.

—Muy divertido. ¿Y se supone que esto me va a ayudar a olvidar mi pena?

—¿Eso? No, es el regalo de un fan que venía a fastidiarme a la salida de todos mis conciertos. Me dijo que lo había conseguido en una página web gay nazi. ¿Te das cuenta de que existen los gays nazis?

—Me perdonarás si desde ahora me cuesta seguir hablando sobre un tema tan interesante.

Se permitió un suspiro de exasperación.

—¿Hacía cuánto que conocías a tu Dulcinea?

—Se fue adueñando de mi alma lentamente durante cinco años. Pero sólo pude permitirme una semana de amor loco. Ten cuidado con lo que vas a añadir ahora, y no se te ocurra decirme que en estas condiciones no estoy en mi derecho de hacer un drama.

—Cinco años antes no la conocías.

—Eres el genio del consuelo.

El Mercedes dio media vuelta en el aparcamiento de la residencia. Los faros iluminaron un lugar en el que las dunas habían desaparecido para dejar paso a una larga extensión de arena. Se podía ver el movimiento constante de las olas a lo lejos, hundidas en la noche. Valentin no pudo evitar seguir divulgándome los grandes axiomas de su filosofía.

—¿Alguna vez piensas que si ahora mismo nos sepultara una ola habríamos vivido para nada?

—Vivimos para nada.

Yo había dejado de buscar en la guantera. Me la señaló con la barbilla.

—Por eso quiero hacerte ese regalo. Venga, busca bien. Está en una bolsa de terciopelo. Es el regalo que necesitas.

Encontré lo que me decía. Parecía el corazón de una mujer, sólo que más pesado y sólido. Era una granada de asalto en un estuche de terciopelo.

—También fue el regalo de un fan. Un tipo que se tomaba las letras de los

Puppets al pie de la letra. Un legionario. Me preguntaba qué podía hacer con ella. Seguramente puedas encontrarle su utilidad, ¿no? Estoy seguro de que Burger se espera cualquier cosa salvo eso, ¿no te parece?

Acabábamos de cruzar una nueva frontera hacia el caos.

—Lo que yo decía, eres el genio del consuelo.

Valentin cruzó la población a cincuenta por hora. Iba tan tranquilo como el padre de familia que conduce a su prole a casa tras pasar el día juntos. Me monté en el Twingo cuando pasamos por delante de mi casa y me siguió hasta el puerto.

—¿Hay un barco que te espera? ¿Quieres huir del país en barco?

—Eso sería sin duda buena idea.

Acabábamos de estacionar al principio del aparcamiento. Agarré su mano y la sostuve con fuerza.

—Nuestros caminos se bifurcan, Valentin. Yo me quedo aquí y tú regresas a recuperar tu carrera de cantante de rock adulto y tu vida deleitosa con tu estupenda novia. Todavía puedes librarte de todo esto. Si consigues hacerte olvidar por todos.

Respecto a mí, el plan era muy diferente: ir a ver a Perle y a Luna por última vez, confiarlas a Paco y a Jean-Luc y poner orden en esta parte del mundo.

Matar. Por lo menos a Burger. Y sin duda también a Marconi y a la viuda Martínez. Era lo menos que Perle podía esperar de su encantador vecino.

Valentin esperó a que le soltara el brazo antes de decir con voz firme:

—Sigo contigo para lo de Burger. Para los demás ya veremos. Al fin y al cabo, sólo te debo una vida.

—Ni de broma.

—Lo siento, pero no pienso dejarte ahora. Mi huevo derecho todavía se acuerda de que no eres digno de tener un amigo, pero eso no me va a hacer renunciar tan fácilmente. La próxima vez puede...

—Nunca hice algo así por ti. Si no dejé que Burger te volara el cerebro fue para que no mancharas el coche.

—Sí, digamos que tienes suerte de que tus amistades no se basen en el principio de reciprocidad.

Intenté aparentar un tono tranquilo.

—Ahora te vas a dar media vuelta y te vas a ir con tu hermosa rockera, tus fans tarados y tus horribles canciones.

Salió del coche a la vez que yo.

No parecía que fuera a dejarme.

—De todas formas, entre Burger y yo es necesario que uno mate al otro. Está escrito desde el principio de los tiempos.

No supe qué responder. Yo en su lugar tampoco me hubiera marchado.

—Aparca tu coche detrás de ese remolque y espérate una sorpresa.

Mientras andábamos, no pudo evitar soltar otro de sus sarcasmos.

—Muy buena idea eso de llevar a tu querida a su casa. ¿Qué esperabas? ¿Que nadie la encontrara? ¿Como esas viejecitas que se pudren en sus casas y a las que sólo encuentran al cabo de los años?

—Joder, un poco de delicadeza, que estoy en mitad de mi duelo.

Acababa de hablar como en los libros de psicología.

—Un hombre que lleva una granada en una bolsa de terciopelo no merece la pena como novio.

(Era un regalo envenenado; nunca hubiera debido aceptarlo).

—Una última cosa. No saben lo de la muerte de Louise. Y no quiero que lo sepan. Tampoco la conocían bien, de todas formas. Y no quiero preocuparlos más, ¿de acuerdo?

Sabía que podía contar con su discreción.

En el mundo del crimen, mantener la boca cerrada era lo primero que se aprendía.

—Muy bien, de acuerdo —dijo él.

Y bostezó profundamente.

Fantasma: aparición de un difunto con el aspecto de un ser real.

Pequeño Larousse Ilustrado

Volver a ver a un difunto es una prueba que no le deseo a nadie.

No era todavía medianoche.

Todo el mundo se había reunido en la placita del campamento gitano. Unos braseros soltaban brillos naranjas que no podían rivalizar con un faro de coche enganchado a un trípode y alimentado por una batería de Mercedes.

El loco de Paco me dijo antes incluso de saludarme:

—Tengo una sorpresa para ti. No te lo vas a creer.

Le respondí:

—No sé qué podría sorprenderme tras la jornada que acabo de vivir. Sobre todo lo que quiero es ver a Perle...

—Justo, ahora te los traigo.

En el resplandor blanco del faro vi al espectro avanzar hacia mí con su paso cojo. Lo seguía Perle, que se reía.

—Hola —dijo Al mientras me tendía la mano.

Por decirlo de algún modo, mi razón comenzaba a tambalearse. Jean-Luc lo señaló con la nariz. Él también se reía.

—¿Quién es? —preguntó Valentin cuando advirtió mi estado vacilante.

—Al, el muerto viviente —dije yo cuando encontré la fuerza de responderle.

Perle se arrojó sobre mi cuello. Sólo gracias a un reflejo muscular no me caí de espaldas.

—¡Al está vivo, Jon!

Necesitaba constatarlo.

—¡Vivo! —repitió ella—. Intenté decírtelo por teléfono, pero no pude.

Me aproximé a Al para volver a tocarlo. Estaba tan vivo como yo. Sólo que ahora sabía que tenía frente a mí a Al, ahogado en la playa de Largos, y al doctor Alix Daniel, defenestrado desde su apartamento de Bayona.

Los gitanos se reían como locos.

—¡Ten cuidado de no atravesar su mano de fantasma!

Todo el mundo se reía de mí.

—Nos reencontramos esta mañana —me explicó Perle.

Observé a Al sin ser capaz de volver en mí. Él también parecía emocionado. Todavía no había pronunciado ni una sola palabra. Perle se giró hacia él.

—Explícaselo antes de que se vuelva loco.

—Quizá ya sea demasiado tarde —dijo Paco mientras agitaba la mano delante de mi mirada fija.

Al se lanzó:

—Burger intentó ahogarme.

Ya estaba al corriente. Pensé en Flamby, víctima colateral del suceso.

—Lo que me sorprende es que no lo lograra.

—¿Sabes lo que es aguantar nueve minutos debajo del agua? ¿Ahogarme a mí? Sería como ahogar a un pez.

¡Por Dios! ¿Cómo había podido ignorar eso? Como se dice en las novelas negras, Al no era «ahogable». Burger se había equivocado en el método.

—Tuve que fingir, pero si no hubiera tenido el problema en la pierna habría sido él quien hubiera cruzado al otro lado.

Veía a Perle, que sostenía triunfalmente mi mirada, como si quisiera decirme: «¿Ves? El hombre que he escogido no es un medio hombre».

Los gitanos y Jean-Luc parecían estar divirtiéndose de lo lindo. Las risotadas de los niños brillaban en el halo del faro. No querían perder detalle de las aventuras del hombre-pezu.

Siguió:

—Lo más duro fue volver a la playa. Estaba a varios kilómetros de la costa. Mis piernas no me dejaban nadar ni a braza ni a crol. Así que me dejé llevar por la corriente y recalé al sur del Adour, en la playa de Chambre d'Amour. Estaba tan cansado que me quedé dormido hasta la puesta del sol. Luego fui a refugiarme a casa de mis padres en Anglet, a menos de un kilómetro del lugar. Durante nueve días no salí de ahí ni vi a nadie. Tenía miedo de comprometeros.

—No parece que sepas lo que dices —dije.

Al cambió dos veces de color. Palideció y luego enrojeció.

—Lo siento mucho —dijo—. Me he enterado de lo que le ha pasado a Flamby.

—No es su culpa —replicó Perle.

Tendría que haber dicho: «Lo sé», pero no dije nada. Tenía ganas de gritarles que Louise estaba muerta también. Que era ella la que importaba. Y no ese idiota gelatinoso. Pero conseguí controlarme.

—¿Cuándo os reencontrasteis exactamente?

Fue Perle la que respondió.

—Esta mañana. Al me llamó para decirme que estaba vivo apenas una hora antes de que Jean-Luc llegara a mi casa con unas instrucciones delirantes: que cogiera mis cosas y las de la niña, que tú querías que nos pusiéramos a salvo.

—Ella no comprendía lo que quería decirle. Y como yo tampoco lo comprendía demasiado... —intentó explicar Jean-Luc.

—Yo no había dejado de llorar desde que Al me había colgado. Le supliqué que volviera pero no quiso escucharme. Me dijo que me ponía en peligro si lo hacía. Fue entonces cuando llegó Jean-Luc y me dijo que tenía que marcharme. Le dije que Al estaba vivo y él me contestó que no entendía nada de lo que estaba pasando, pero que estaba en peligro y que Jon quería que me fuera a vivir con los gitanos. No parecía estar de broma.

—No me habías contado lo de Flamby —se justificó Jean-Luc—. Lo supimos

este mediodía mientras escuchábamos la radio. ¿Alguien lo ayudó a colgarse, Jon? ¿Es eso?

A modo de respuesta, me contenté con bajar una sola vez las pestañas. Él me dirigió su mejor sonrisa, la del amigo que no intenta comprender.

Perle sostenía la mano de Al. Sus ojos debían de brillar, pero el contraluz formado por el faro del Mercedes me permitía librarme de semejante espectáculo edificante.

—Fui débil y tuve que llamarla —dijo Al.

—Fue él quien me convenció de que siguiera las instrucciones de Jean-Luc.

—Comprendí que había hecho mal y decidí regresar a Largos para intentar protegerla.

Más valía oír aquello que estar sordo.

Perle se había reencontrado con Al.

Ella estaba tan feliz que eso hubiera debido bastarme.

Pero yo era el único que pensaba en Louise.

¿Quién era Louise?

La encantadora pija a la que había arrastrado (para siempre) hasta mi cama.

Para todos ellos salvo quizá para Valentin, a quien le daba todo igual, ella estaba dormida en su apartamento de alto standing con vistas al mar y por el que había pagado cuatrocientos mil euros.

—Tienes que estar contento —dijo Paco.

No era una pregunta, sino más bien una orden.

—Vamos a beber toda la noche. Esto está bien. La chica se ha reencontrado con el chico. Como Romeo y Julieta.

(Tenía que mejorar sus conocimientos sobre Shakespeare).

—No tengo cuerpo —dije.

—Nos da lo mismo. Lo principal es haber encontrado al amigo que creíamos muerto. Eso es algo que no le suele suceder al común de los mortales.

No podía explicarle que para mí que Al viviera significaba que Louise había muerto en vano.

Había conseguido que Burger me persiguiera mientras yo intentaba encontrar a Al, pero no era del todo indiferente al hecho de que Perle lo hubiera encontrado. Si a eso añadimos que yo ya había rezado por el alma del héroe del día, el cuadro estaba completo.

Valentin había debido de leer los meandros de mis pensamientos, ya que dijo:

—Si la vida te necesitara, lo sabrías. Pero es la muerte la que cuenta contigo.

Su grandilocuencia me sorprendió.

Estaba poseído por el lirismo gitano.

LA MUERTE SIEMPRE HA PODIDO
CONTAR CONMIGO, EN EFECTO

Buscar una explicación a los propios actos es una actividad sin fin.

Así que no intentéis nada de esto si estáis a punto de emborracharos.

Lo confirmo: aquella noche sólo podía pensar en Louise. Podía ver su cuerpo acribillado a un lado de la balanza y a Al en el otro. Mi elección personal se inclinaba del lado malo.

No estaba en disposición de poder dormir. Habíamos bebido como si fuéramos gitanos. Trágico. Nada con menos de cuarenta y cinco grados de alcohol.

Jean-Luc me cogió de la mano.

—Estoy contento de que todo haya terminado bien. Mañana voy a poder abrir.

—Para de decir gilipolleces. Si os movéis de aquí antes de que os lo diga, estáis muertos.

Me miró como si fuera yo el que dijera tonterías. Necesitaba una prueba tangible. Saqué mi 38 y puse el silenciador en el extremo del cañón.

Se lo enseñé.

—Mira, ¿conoces a mucha gente que ande con este tipo de cosas en el bolsillo? Pues bien, hay toda una tropa ahí fuera que tiene la idea de matarnos entre ceja y ceja.

Se puso serio, pero no parecía traumatizado.

—Hace tiempo que sé que no eres un ángel.

No intentaba comprenderlo, así que dije:

—Pues claro.

Perle se acercó titubeando ligeramente. Tenía una voz divertida, aguda.

—¿Y Luna? ¿No quieres ver a Luna? Ella sí que quería verte a ti cuando la acostamos. ¿Te das cuenta de lo angustiada que estaba? He tenido que transmitirle malas vibraciones. Voy a despertarla.

—No se despierta a un niño que duerme.

—Salvo cuando tiene una pesadilla, y sé que es eso lo que le está pasando.

Paco estaba sentado en la parte de atrás de un coche que hacía las veces de sofá. Tenía las piernas separadas. Un agujero en el pantalón negro dejaba ver en su entrepierna un calzoncillo blanco.

—Es lo más cómodo que hay, los asientos de los Mercedes —dijo él mientras acariciaba el cuero suave de color crema—. Tranquilízate, estás a salvo aquí. Nadie amenazaría nunca a un gitano.

Me senté a su lado.

—¿Alguna vez viste el cadáver de la mujer a la que amabas?

Respondió tras un largo silencio. Parecía un pájaro que sobrevolara un pequeño ratón, tan pequeño que no mereciera la pena devorarlo.

—Sí que lo he visto. Y también llevé en brazos el cadáver de mi hijo pequeño. Es algo que nunca podré olvidar.

—Perdóname.

—¿Me pides perdón por llevar mi vida de gitano?

Nos volvimos a quedar callados. Después murmuró para sí mismo:

—Hay noches más oscuras que otras. Noches de duelo que parece que no se van a acabar nunca.

Perle avanzó hacia nosotros. Llevaba en sus brazos a Luna, quien se frotaba los ojos con los puños. Cuando me vio me dirigió su sonrisa más hermosa.

—Luna tiene algo que decirte.

Tendió hacia mí sus brazos rechonchos.

La cogí y la abracé dulcemente. Ella escondió su cabeza entre mis hombros. Pude aspirar su olor a bebé, un olor que algún día dejaría de tener. Lo mismo que algún día ya no podría sostenerla en brazos.

Sólo pude abrazarla más fuerte. En aquel momento, ése era mi único consuelo posible. Paco dijo:

—Sabes amar a un niño como si fuera tuyo. Eso te hace gitano.

—Te quiero, abuelito, no quiero que te marches.

Ella se durmió en mis brazos con su cálida mejilla apoyada en mi cuello.

Si en algún momento te atrapa la corriente, no intentes nadar a contracorriente; déjate llevar por ella.

Panel de información del Ministerio
de Sanidad, costa de las Landas

Era como en el mito de la caverna de Platón, el famoso filósofo con el que empieza toda buena iniciación a la filosofía. En ese momento estaba hundido en el sillón de un viejo Mercedes, sin poder hacer un gesto por miedo a despertar a Luna. Veía cómo las sombras se agitaban delante de mí con el sentimiento de que su historia ya no era la mía.

De pronto pude escuchar la voz de Perle por encima de todas las demás.

Acababa de descubrir a Valentin, quien, desde que habíamos llegado, se había mantenido sabiamente al margen. Había negociado la compra de hierba con un par de adolescentes y había podido disfrutar de una sesión de degustación que no debía de haber estado nada mal, visto el tamaño que habían adquirido sus ojos: dos líneas estrechas que apenas dejaban entrar la luz.

—¡No puedo creérmelo! ¡Si eres Valentin, el cantante de los Fucking Puppets!

—Pues sí, soy yo.

—¿Y qué coño haces aquí?

—Maurice Blanchot escribió: «La respuesta es la desgracia de la pregunta». Toda mi vida se ve refrendada en esa frase.

Valentin se pasó la mano por la cara. Era el signo de que era demasiado tarde.

—Está conmigo —dije yo—. Es mi antiguo compañero.

—¿Cómo has podido ocultarme durante tanto tiempo que eres amigo del cantante de los Puppets? Sabes que soy fan desde el primer día...

En ese momento me acordé de que había visto con Louise a los Puppets en la televisión.

—Es una locura —dijo Perle.

—Habla más bajo, que vas a despertar a tu hija.

Me sentía muy cansado. Y no podía seguir bebiendo por culpa de Luna, que estaba en mis brazos. De todas formas, casi me había tragado ya una botella de ginebra.

Luna era un remedio eficaz contra el coma etílico y toda tentativa de conversación.

—Ya veo que sigues de mal humor —dijo Perle mientras se alejaba.

Qué pena que no pudiera agarrarla por la oreja para decirle que era ella la culpable de haberme mandado a buscar a Al la noche anterior y que mientras él dormía tranquilamente en casa de mamá y papá, Louise había acabado acribillada en mi cama.

(Me habría desahogado).

Afortunadamente, la respiración regular y caliente de Luna, los minúsculos suspiros que cada cierto tiempo soltaba, la ligera elevación de su pecho, acabaron por imponerme su ritmo. El sueño me invadió dulcemente mientras las sombras se alargaban.

Todavía pude escuchar la voz lejana de Valentin, que hablaba con una gitana.

—Tus ojos me hacen pensar en la vida eterna —decía.

Y no sé por qué, pero la mujer se reía.

A medio paso de entrar en el reino de los sueños, pude escuchar la voz con duende de una mujer nublada por el alcohol. Poco a poco iba sintiéndome mejor, y sólo rezaba para que nadie le pidiera a Valentin que cantara una de sus canciones.

*Con el viento y con el agua
hizo el tiempo que las piedras
se desgranaran roando
hasta convertirse en tierra.*

*Después vinieron los hombres,
con ellos también las guerras,
encontraron agua clara
y se miraron en ella
y enturbiaron el espejo
que tenían las estrellas.*

*Como todo mortal me pregunto quién soy
y a dar con la verdad no acierto [...]*

EL CABRERO, «Como todo mortal»

Tenía ganas de enfrentarme con Burger.

Todos dormían ya.

Paco se había atrevido a proferir mientras terminaba su segunda botella de ginebra Gordon's:

—La vida es bella.

Y luego se desmayó.

Y ni siquiera pude contradecirle.

Había que librar al mundo de Burger.

Todos estaban completamente borrachos salvo Luna y los otros niños pequeños.

Perle vino a coger a Luna y fue a acostarse. Jean-Luc aprovechó para venir a roncar junto a mí. Yo había salido perdiendo con el cambio.

Aparté el brazo con el que me había abrazado y me libré de él sin despertarlo.

Valentin había desaparecido, sólo Dios sabía en qué caravana.

Todos los gitanos habían regresado a sus chabolas, a excepción de tres tipos que seguían esperando a que el sol renaciera.

Me alejé sin hacer ruido y con cuidado de no resbalarme con una botella de ginebra o de whisky.

Miré hacia el este, al sol que ya despuntaba en el horizonte. Era un espectáculo para el que no era necesario tener una entrada. Eso me hizo pensar en las tripas rojas y negras de Burger.

Tuve el presentimiento de que eso iba a suceder justo en ese momento, a la hora del alba.

A la misma hora a la que él había intentado ahogar a Al, poco antes de que lo viera en el bar de la plaza de los Mártires. La misma a la que había colgado a Flamby y asesinado a Louise.

La famosa hora de los asesinos.

Pensé que haría su entrada por el jardín.

Él ya había estado en mi casa. Sabía que por detrás mi ciudadela inexpugnable ofrecía mejor acceso a través de un jardín abierto que daba a una vía de tren desierta y a un bosque de pinos.

Tenía ganas de poner música, quizá la última canción que iba a escuchar en mi vida. Y hacer exactamente como si no esperara a nadie.

Le había prometido mi último vals a Al Green, «Tired of Being Alone», mientras esperaba a que Burger apareciera. Iba a dejar que se aproximara haciendo como que no me daba cuenta para disparar con mi pistola hacia su cabeza. O dejar que disparara como se dispara a un ciervo viejo y sordo, desprovisto de instinto.

Podía ser que mi plan no fuera el de matar sino el de morir. (¿Había una tercera posibilidad?).

Renuncié a poner música.

Pasé unos minutos confusos en los que intenté *reflexionar*, si ése es el término apropiado, cuál sería el mejor lugar para hacer una emboscada.

Pensé en subirme a un árbol y disparar a Burger desde lo alto, pero ¿podría emprender esa escalada con todo lo que había bebido en las últimas cuarenta y ocho horas? ¿No habría de quedarme más bien paralizado a los pies del árbol mientras le ofrecía a Burger un tiro perfecto, como el de un escarabajo que no es capaz de darse la vuelta? Me eché a reír tontamente.

Me dirigí entonces hacia los depósitos en los que se acumulaba el agua de la lluvia. Hubiera podido esperar a Burger con el agua por la cintura y aparecer en el último momento. Hacer como un vaquero que sale de una tarta de cumpleaños. ¡Pam, pam! (La verdad es que pensaba como un pobre alcohólico).

Finalmente desistí de la idea de esperarlo en el jardín y regresé a la casa. Me quité los zapatos y los dejé detrás del cesto de la ropa sucia. Atravesé el salón en calcetines, limpiando a mi paso las antiguas huellas. La idea era que pensara que no estaba allí. Cogí dos paracetamoles para tragármelos en mi habitación.

Cerré la puerta. Los olores de Louise de cuando estaba viva se mezclaban con los de su cadáver.

Yo era ese tipo que había permitido que mataran a una mujer en su lugar.

Cargué mi pistola y, sin soltarla, me tumbé sobre la cama.

No lo oí cruzar el jardín ni entrar en casa.

Era un viejo felino capaz de andar sobre maderas sin hacer ruido.

He aquí cómo había imaginado que ocurriría todo:

Él iría a visitar la planta baja con la pistola en la mano y en un silencio de muerte.

Luego tendría que subir al primer piso.

Entonces podrían suceder dos cosas:

La primera, que se diera cuenta de la trampa y que esperara a que yo saliera. En ese caso, él ganaría y me mataría.

La segunda era que no se diera cuenta de que estaba en casa. En ese caso, pensaría que el cuerpo de Louise seguía en mi cama. Ya había podido constatar anteriormente que Burger pertenecía a la categoría de asesinos a los que les gusta contemplar a sus víctimas. Contaba con que en esta ocasión no iba a intentar resistirse a la tentación. Así que entraría en la alcoba y se acabó. Acabaría con su vida.

Pero algo me hizo salir de mi ensoñación.

Había escuchado un ruido en lo alto de la escalera.

Justo al lado.

Verdaderamente cerca.

Hasta ese momento no me había dado cuenta de que Burger estaba en mi casa.

Me senté mientras bendecía el hecho de haber comprado un buen colchón. Una cama que cruje es un problema tan grande como una mala música en una obra maestra del séptimo arte.

Burger debía de haberse parado en el pasillo, frente a la puerta de la habitación, dudando si abrirla despacio o de una patada. En sólo unos segundos se iba a producir el tiroteo definitivo. Pero yo me sentía tan tranquilo como un sacerdote mientras reza. Tanto es así que había conseguido olvidar el dolor de cabeza y mi boca estropajosa. Tenía el brazo extendido hacia la puerta que habría de abrirse, sin temblar.

Podía garantizar que todo aquel que en ese momento entrara en la habitación estaba virtualmente muerto.

Pero no podía garantizar que yo pudiera salir con vida de ese trance.

Matar y morir matando.

Cerrar el círculo.

Y llevar a Burger de la oreja a través del infierno para que le pudiera pedir perdón a Louise.

El animal había optado por abrir la puerta de mi habitación despacio.

Esperaba verlo aparecer para disparar.

Cuando la puerta estuvo abierta del todo, nadie se dibujó bajo el dintel.

Sólo vi el final de un brazo que sobrepasaba el umbral. Reconocí el tejido rojo de la camisa.

—¿Valentin?

Apareció feliz, con una pistola de un cañón extraordinariamente largo.

—Joder, qué miedo he pasado. Creí que iba a encontrarte muerto con Burger sentado sobre tu cadáver.

—¿Y sin embargo has venido?

—Pues sí, como puedes ver.

—¿Alguna vez piensas antes de actuar?

—Tengo una resaca que no puedo con ella, tío. ¿Cómo quieres que piense? Tú también estás más blanco que el papel. ¿Cómo has podido hacerme esto, joder? Pirarte sin decirme nada y meterte en la boca del lobo. ¿Crees que puedes pelearte con ese pirado de Burger con una tasa de alcohol en el cuerpo mayor que la de tu sangre?

—Eres bastante bueno para ser un iniciado —dije yo.

—Ese jodido peldaño chirrió.

—Siempre chirría. ¿Qué coño llevas ahí?

—Un arma de alta tecnología, el último grito entre los mafiosos rusos.

—Querrás decir entre los violadores marseleses. Parece una escobilla de váter.

—Te aconsejo que no te laves el culo con ella, tío. La he pedido por Internet y las estadísticas son increíbles: es el arma que más civiles ha matado en el mundo occidental en los últimos doce meses.

El mundo occidental está en pleno declive.

Bajamos al salón.

No era una cosa racional ni correcta, pero la tensión había disminuido y el salón había vuelto a ser lo que siempre había sido: un lugar cálido y acogedor para luchar contra las crisis nerviosas.

Serví una cerveza para cada uno.

—¡Jamás había estado en una fiesta gitana! —dijo Valentin—. ¡Es una locura lo que esa gente se droga! Me marché corriendo cuando vi a la gitana tragándose dos dosis de LSD. ¡No sabía que seguía existiendo!

—¿Has aparcado tu coche en la calle?

—¿Crees que soy idiota?

Valentin se detuvo frente a mi biblioteca.

—*Curso de filosofía en seis horas y cuarto* —dijo—. Quizá me dé tiempo a leerlo entero.

—Espero que no.

Abrió el libro al azar.

—«Se vive solo y se muere solo». Yo no necesito seis horas ni la ayuda de Gombrowicz para llegar a esa conclusión.

—No hay nada que hacer contigo —dije—. Te dan la oportunidad de acabar tus días como un hombre de cultura y mira lo que haces con ella.

Cogió el libro que había al lado.

—¡El retrato de Burger!

Un dibujo caricaturesco en la cubierta mostraba a un hombre cuya cara estaba agujereada por las balas. El libro se llamaba *Cómo fracasar completamente en tu vida*.

Cogí el segundo tomo del *Musashi* y me serví un vaso de agua para tragarme dos paracetamoles más.

—Preferiría que no estuvieras aquí. Te lo voy a repetir una y otra vez. Pero si te quieres quedar me gustaría que no hicieras ningún ruido.

—¿Quieres decir que te vas a poner a leer ahora?

—Mi pistola está cargada. Burger va a morir. Ése es mi plan del día.

En el caso del samurái, está lo que podríamos denominar como el sentimiento patético de las cosas. El guerrero al que le falta este sentimiento es como el árbol en mitad del desierto. Ser un combatiente fuerte y nada más es parecido a ser un tifón. Lo mismo se aplica a los hombres de espada que sólo piensan en su espada, en su espada y en su espada. Un verdadero samurái, un hombre de espada auténtico, debe tener un corazón compasivo. Así comprenderá el patetismo de la vida.

¡Me sentía tan cercano a Musashi! No tenía su fuerza ni su grandeza. Sólo era un viejo asesino. ¡Pero cómo podía compartir en ese momento su sentido compasivo y patético de la vida!

Y, sin embargo, como él, yo sabía mostrarme sin piedad frente a mi enemigo. Aquel que no sabe mostrarse compasivo no es patético, es un animal.

Lo que Nietzsche denominaba «molestar la tontería» había adquirido una nueva significación.

Puse el libro sobre mis rodillas para reflexionar más profundamente. Y para poder concentrarme mejor, cerré los ojos. Y mi cabeza rodó sobre mi nuca. Apenas había dormido dos o tres horas antes de que llegara Valentin. Él ya dormía con la boca abierta, con la cabeza hacia atrás y los brazos cruzados como una odalisca.

Un joven lleno de fuerza y *sex appeal*. No era raro que tuviera fans en todo el mundo.

Hubiera podido matarlo cuando entró en mi habitación en lugar de Burger.

Fui a la cocina y puse agua a hervir para prepararme un café.

Pronto sería mediodía. Burger seguía sin aparecer. La hora fatídica se alejaba y otra se acercaba: aquella en la que los vecinos habrían de encontrar el cadáver de Louise y dar la voz de alarma. Preparé una tortilla de beicon y cebolla. Esperaba que el olor fuera suficiente para despertar a Valentin, pero tuve que sacudirle. Había dormido más de tres horas seguidas.

—¿Me he quedado dormido?

—No, estábamos jugando al Scrabble.

—¿Y Burger?

—Está arriba dándose una ducha. ¿Tienes que hacer alguna otra pregunta o esperas a estar despierto?

—No va a tardar mucho ya...

—Pero ya no estaremos aquí para darle la bienvenida.

—¿No vamos a esperarlo más?

—Cuando todo el mundo en Largos se entere de mi idilio con la bella Louise...

Una mujer joven y hermosa que se acostaba con un viejo, un buen tema para la crónica local.

—Si los policías van a su casa a mediodía, teóricamente tendríamos dos horas por delante. Pero quién sabe, quizá los vecinos sepan dónde vivo y puedan indicarnos...

Por primera vez creía en el adagio que reza «el criminal siempre paga». Me había negado a aplicármelo hasta mis sesenta y ocho años, pero no me resultaba difícil darme cuenta de que yo era un viejo cerdo atrapado al final de su vida.

Tuve un estremecimiento. Me tomé otros dos paracetamoles. Me había tragado seis en sólo cuatro horas.

Valentin se levantó con un gruñido.

—Yo lo que creo es que Burger está reuniendo un ejército. Vamos a ver limusinas aparcadas delante de tu casa como para una boda. Y habrá cinco o seis tipos en cada una. Pero no habrá novios ni alianzas, sólo pistolones. Cinco minutos y todo habrá acabado.

—Te recuerdo que no tienes tarjeta de invitación.

—Será mejor que nos marchemos de aquí y que hagamos un plan en serio de verdad.

—Lo único que puedes hacer es dejarme ocuparme de esto *a solas*.

Insistí en las últimas palabras. Malinterpretó mis intenciones.

—Si quieres hacer pasar antes tu honor que tus intereses, estás totalmente pirado. Si siguieras siendo un profesional, no harías de esto un asunto particular. Sólo te plantearías la pregunta adecuada: ¿cuál es la mejor manera de matarlo sin que tenga que verme frente a un juez dentro de unos días?

Pensé un instante en Mado y su amiguito. Cómo había muerto. Por qué lo había matado. ¿Se podía considerar aquello un *asunto particular*? ¿No es un asesinato siempre un *asunto particular*?

—Has tenido suerte de que no haya venido esta mañana, una suerte que tienes que aprovechar. La señal de que tienes que mantenerte al margen de este duelo entre viejos rencorosos.

Se levantó para ir a vomitar en la pila de la cocina.

—Ah, ahora me siento mucho mejor. ¿Qué es lo que puedo hacer por ti entonces?

Tuve que rendirme ante su insistencia. Era como cuando tenía veinte años y estaba fascinado por el mundo del crimen.

—Quiero que llames a la viuda y le preguntes por qué Burger no ha aparecido.

—Dice que ese gilipollas no coge las llamadas ni responde a sus mensajes. Me pregunta si tiene que mandarte otro asesino.

Sólo yo me reí de esa broma.

—Dile que únicamente quiero tratar con Burger.

Valentin intercambió otras bromas con la viuda y colgó.

—Creo que nos dice la verdad.

—Mmm... La mentira es lo único de lo que nunca podemos dudar, Valentin.

Una mujer que ejercía ese oficio no podía permitir que los estados de ánimo de un asesino interfirieran en sus propias actividades. Tarde o temprano tomaría la decisión de eliminarme, igual que a su estrella de rock preferida. Si Burger no aparecía rápidamente mandaría a otros asesinos a que acabaran con nosotros.

Seguramente Marconi también opinaba lo mismo. La única solución de futuro que teníamos consistía en adelantarnos.

Valentin encendió el equipo de música para poner un disco de Soul Wax que acababa de comprar justo antes de todos esos sucesos. Contenía una auténtica maravilla: «Please... Don't Be Yourself».

El ritmo era tan endiablado como el del corazón de un pitbull.

—¿No te vas a marchar?

—He hecho lo que me has pedido, lo de llamar a la viuda, pero eso no quiere decir que me vaya a largar. No puedo dejarte solo en la recepción de todos esos invitados.

Comprendía su cabezonería.

—No estás del todo enamorado de tu novia, ¿verdad?

—¿Y has descubierto eso solito?

—¿No eres feliz siendo una estrella?

—¿Una estrella? ¿Esa palabra sigue existiendo? ¿De verdad crees que me vas a convencer así?

Hice como que reflexionaba.

—Crees que soy como tu padre y que me debes algo, ¿no?

Se acercó.

—Es increíble cómo te pareces a George W. Bush cuando te pones a filosofar. Ya sabes, cuando intentaba hablar de economía, finanzas, el futuro del planeta y todas esas cosas complicadas. Tenía tus mismos ojos tristes y la misma mandíbula caída.

Valentin se mostraba insolente, feliz y lleno de valor. Demasiado inconscientemente. Pero me temía que sería incapaz de matar a un hombre aunque fuera necesario.

Cambié de táctica y dejé de lado la psicología.

—Creo que tienes razón y que Burger está intentando montar su pequeño comando. Vendrá y nosotros dos solos no podremos defendernos.

Valentin me observó con ojo crítico.

—Sí, ¿y?

—También nosotros debemos montar nuestro propio grupo de asalto.

—¿Con los gitanos?

—Sí.

Volvió a sonreír.

—Genial.

—Como tenemos poco arsenal, voy a ir a comprar a Bayona cosas con las que tender una trampa a Burger. No sé si con tu granada tendremos suficiente. Pero me ha dado una idea.

—¿Vas a llenar tu casa de trampas?

—Sí.

—Genial.

Aquello era un delirio, pero Valentin, con su personalidad imaginativa (por no hablar de los dos gramos de alcohol y de cannabis que llevaba en la sangre), estaba a punto de morder el anzuelo.

Antes de que tuviera tiempo de decidir si yo era digno o no de confianza, precisé:

—Pero no puedo llevarte, ya que quien me provee es una persona respetable y me pide discreción. Me gustaría que me esperaras con los gitanos.

Bostezó mientras se desperezaba.

—No creas que vas a conseguir librarte de mí de una manera tan vulgar.

Visiblemente ya no estaba tan dormido.

Pero ya no opuso más resistencia e hizo como que se creía mi historia.

Cuando llegamos al campamento, salí del Twingo y esperé a que él lo hiciera del Mercedes. Como él no parecía despegarse de su volante y no había apagado el motor, le dije:

—¿Me dejas tu coche durante una hora o dos? Voy a un sitio en el que preferiría que no me vieran subido en una carroza del día del orgullo gay. ¿Lo entiendes?

Claro que lo entendía.

—Para de decir tonterías. Te llevo y te espero en el coche.

Abrí bruscamente la puerta y lo saqué del coche de un tirón.

Hizo un vuelo rasante de varios metros.

—Lo siento —le dije mientras arrancaba—, pero te prefiero vivo a muerto.

Tuvo tiempo de hacerme una peineta mientras me decía:

—¡Vivo o muerto, quiero que me devuelvas el coche sin un rayón! ¡Y nada de correr!

—Sólo tardaré una hora o dos. Y volveré con explosivos para librarnos de ochenta hombres si es necesario.

Vale, era una gran trola, pero en ese ambiente de mentiras generalizadas, ¿quién

podría lanzarme la primera piedra?

¿Por qué nunca me había dedicado a la música?

Porque era pobre y perezoso... Pero, en el caso de tantos músicos de blues...

Porque no existían las guitarras eléctricas en el País Vasco cuando yo tenía dieciocho años, y porque tuve que esperar a tener veinte y vivir en Londres para ver por primera vez a un chico con una.

Porque no tenía oído musical, porque no sé distinguir si un tono es más alto o más bajo que otro.

Porque no tenía ritmo, sólo había que verme aplaudir.

Porque canto horriblemente mal, lo que quizá es mi mayor vergüenza personal.

Pero ¿es esto ahora un verdadero problema?

No lo creo.

Es como aquel al que le gusta mucho comer pero odia cocinar. O al que le gustan mucho los coches y no sabe nada de mecánica. No es incompatible. Incluso se podría decir que todo lo contrario.

¿Por qué va a morir la poesía? Porque ya no la leen los poetas, o peor: porque ya no la escriben los poetas.

¿Por qué la música ocupa un lugar tan primordial en mi vida?

No lo sé.

Sólo sé que cuando uno está deprimido únicamente quiere hacer aquello que solía gustarle.

En aquella ocasión, ni siquiera los Kinks, ni los Beatles ni Captain Beefheart conseguían animarme.

Conducía en un silencio denso. Y tan rápido que me daba la sensación de estar hundiéndome en la montaña que tenía delante de mí.

Mi alma parecía morir de claustrofobia cuando el día brillaba con su cielo azul y sus grandes praderas soleadas. Los caballos pastaban sobre la hierba verde.

Aquel país bucólico estaba hecho para hombres no torturados.

Volví a probar con la música.

¿«All My Loving» de los Beatles?

Ni siquiera.

Manipulé el iPod, poniendo en peligro mi vida, y cambié a «Rattus Norvegicus» de los Stranglers. Pero tampoco éstos me produjeron ninguna satisfacción.

Aparqué el coche cerca del Adour, detrás de un viejo lavadero en ruinas, a doscientos metros de la villa.

Estuve un rato contemplando mi 38, mi pistola de todos los días, la fiel compañera en mis asesinatos. Había alcanzado la mayoría de los órganos vitales de mis víctimas. Adoraba su poder. Después saqué una 9 mm, una Beretta que sólo utilizaba en ciertas ocasiones, como los hábitos de un domingo o de un día especial.

Soy alguien primario, alguien que piensa que se mata al doble de gente con dos

pistolas. Y nadie me impedía imaginar que iba a conseguir con ellas una verdadera masacre.

Puse las dos junto a mi nariz en un gesto de rezar y sentí su tacto frío junto a mis narinas.

Necesitaba estar un rato a solas con ellas para saber si conseguirían salvarnos.

JUST GET A GRIP ON YOURSELF

Un consejo que venía precisamente
de los Stranglers

Había encontrado un lugar de observación maravilloso, acostado entre la hierba. Me recordaba a los juegos de infancia, los placeres de la caza y a ciertos movimientos de piernas en el aire de mi juventud.

En resumen, todos buenos recuerdos.

Al mismo tiempo podía vigilar la villa, la carretera y el único puente que conducía hacia Largos, aquel mismo que acababa de cruzar yo. Si un coche (que llevara a Burger de pasajero, por ejemplo) salía de la villa, yo necesitaría apenas un minuto para montarme en el mío y lanzarme en su persecución.

Mis rodillas estaban dotadas de un dispositivo anticalambres. Llevaba el disfraz más apropiado para un cazador de patos: capa y gorro de camuflaje, un abrigo en el que estaban mis pistolas y una cantimplora llena, también de camuflaje.

Había ido a recoger todo aquello a casa una vez que hube dejado a Valentin. Sólo me faltaban los reclamos, pero en ese momento no me hubieran servido para nada.

La fachada de la villa se podía ver por encima del portalón: el camino de piedra rodeado de tilos, el granero restaurado y, entre las cinco columnas de piedra que soportaban la parte superior, tres BMW serie 7 y dos todoterrenos. Aquello tenía mala pinta.

—¿Sigues con ganas de atacar? —me pregunté.

—Sí —me respondí como quien no quiere la cosa.

Sólo era una colección de coches para que quedasen bonitos.

Podía distinguir un rincón de la piscina, pero por desgracia no la gran terraza — donde tan bien habíamos descansado Valentin y yo en compañía de la señora Martínez— que estaba al otro lado de la casa.

Unos hombres vestidos de negro, tan discretos como bailarinas de *striptease* en una comunion, recorrían una y otra vez el césped. Llevaban orejeras y podía adivinar sus pistolas bien cargadas bajo sus chaquetas. Como todos los guardaespaldas del mundo, hacían rápidos movimientos de cabeza mirando cosas al azar del tipo: he oído un ruido, he visto un reflejo, algo se ha movido por allí, nada se me escapa, puedo verlo todo a la vez.

A mí todo aquello no me impresionaba. Estaba seguro de que a todos ellos les importaba un comino su trabajo. Observé a uno que a veces se rascaba discretamente la entrepierna y a otro que masticaba algo con la boca cerrada. El más gordo de ellos, uno con el pelo graso, tenía una cara feliz, como si estuviera soñando con la última hamburguesa que se acababa de comer.

Al cabo de una hora de observación, podía asegurar que la guardia la hacían cinco hombres. Era también capaz de prever en qué momento pasaría cada uno por cada rincón.

Le puse a cada uno un nombre, para ser capaz de analizar su comportamiento y comprender sus esquemas mentales. Éste es el tipo de delirios en el que uno puede

caer cuando juega a hacerse el espía. La verdad es que en ese tipo de situaciones mi cerebro de catorce años tiende a cumplir las órdenes del viejo de sesenta y ocho en el que debería haberme convertido.

Un sexto hombre salió de la casa y fue a sentarse en el primer escalón del porche.

El cielo estaba a punto de encapotarse. Pero todavía había suficiente sol como para iluminar su gran cara de crápula. Y aquello era lo que el tipo había ido buscar, ¿no?

Ajusté mis prismáticos. El hombre se dedicaba a desmontar y limpiar un arma automática. Una ametralladora compacta, apenas más gruesa que una vela y que se podía utilizar con una sola mano. Parecía un arma de guerra.

Sabía que había más vigilantes en la casa y en los edificios anexos, tres bungalós y un trinquete que se encontraban al otro lado de la casa y por lo tanto fuera del alcance de mis prismáticos.

Nada de aquello podía sorprenderme: aquella que había conseguido acorralar al Portugués y a Marconi no podía haberlo logrado con sólo tres hombres y una guitarra.

¿Asesinar a Burger era una motivación suficiente como para asumir los riesgos que estaba corriendo?

¿Qué opinan?...

Estaba convencido de que mi gran amigo desde hacía veinte años se encontraba detrás de esas paredes. Estaba *íntimamente convencido*, como se dice. Y como soy un buen asesino vasco, suelo fiarme de mis intuiciones.

Sólo quedaba explicar por qué la viuda lo había conservado a su lado. Cosa que no me venía mal, ya que lo que me sobraba era tiempo para reflexionar. La verdad es que con tanta reflexión bien podría haber sido policía.

Mi cerebro había recuperado una lucidez y un ritmo de trabajo aceptables. Los beneficios del paracetamol.

La viuda habría tenido que pedir a Burger que volviera a su lado y que esperara.

Pero ¿por qué?

Intenté meterme en la cabeza de la viuda española y de razonar con el acento de Victoria Abril.

La cosa se había complicado. Yo no había sido el único testigo. Estábamos Flamby, yo y, por supuesto, Valentin (ese gran tonto que creía que era el ídolo punk de una vieja española de setenta y cinco años).

Ella había retenido a Burger mientras le decía algo así como:

—Se ha complicado demasiado. No vas a ir solo. Tenemos que prepararnos. Quiero que me traigas un pequeño recuerdo de Valentin: su anillo o su collar, por ejemplo.

Otra pregunta me atormentaba:

Flamby...

¿Cómo había llegado Burger hasta él?

Yo sólo les había revelado su existencia a Marconi y a su fiel Antoine, y sin decirles nunca cuál era su dirección. Además de Perle y de mí mismo, ¿quién había podido reparar en la presencia de Flamby el día del crimen?

¿Había regresado Burger a vigilar que todo hubiera sucedido correctamente?

¿Acaso había comprendido que ese tarado de Flamby, con su casa cercana y su hábito de aparecer por la playa a esas horas, era un testigo potencial?

¿O más bien había sido Flamby quien se había ido de la lengua en alguna de las discotecas que le gustaba frecuentar?

Seguía esperando y Burger no aparecía.

Hacía más de dos horas que esperaba ver surgir su silueta grande e idiota, pero sin resultados visibles.

Debía de estar con la viuda en la terraza o en el interior de la casa, elaborando un plan para eliminarme de un solo plumazo. Me reía para mis adentros, ya que no importaba cuál fuera el plan, no sabían dónde me encontraba.

Dos nuevos bajaron por la escalera. Iban vestidos de chándal y comenzaron a calentar. Secos y musculosos (no como los otros vigilantes que se asemejaban a armarios, todos por encima de los cien kilos de peso), parecían los oficiales del ejército de la viuda Martínez.

Tuve un intenso sentimiento de estrés: el camino en el que había aparcado el coche era el lugar ideal para salir a correr. Si aquellos hombres pasaban al lado estaba seguro de que me pillarían, pero me tranquilicé en cuanto vi que llevaban raquetas de madera en la mano, palas para jugar a la pelota vasca.

Se dirigieron hacia el trinquete y entraron.

Después me tumbé boca arriba. El cielo se había puesto amarillento. No soplaba viento. Hacía días que el tiempo presagiaba tormenta, pero no terminaba de llover. Hubiera jurado que estaba a punto de desencadenarse el Juicio Final.

Cogí unas moras. No estaban demasiado buenas. Me costaba mover los brazos y los hombros, y mi nuca crujía cuando movía la cabeza.

—La poca juventud que te queda se te va a acabar si esto sigue así.

Mi cerebro de catorce años me envió un mensaje: «Jódete, viejo gilipollas».

Podía oír el ruido de la pelota a lo lejos. Un viejo recuerdo acudió a mi mente.

Fue en los años setenta. Un hombre de negocios de unos cuarenta años tenía una cita con la muerte en un jai alai (que, para los no vascos, preciso que es el lugar en el que se juega a la pelota). A mis treinta años, yo tenía que interpretar el papel de la parca, aunque en vez de guadaña llevaba mi 38 con un silenciador, escondida en una bolsa de deporte.

Llegué en mitad de un partido. Yo también iba vestido de pelotari: ropa blanca, alpargatas y boina, muy elegante.

Mi cliente tenía como pareja a un hombre más joven que él que le sacaba una cabeza. Marconi me había dicho: «Van a ser dos, tienes que matar al más bajo». Todavía tenía media hora antes de que llegaran los jugadores siguientes. Me instalé en el banco de los árbitros, escondido tras la red de protección. Tenía que reflexionar cómo matarlo sin abatirlos a los dos.

Era un poco complicado hacerlo sin dejar ningún testigo. Los dos jugaban tan bien que por un momento me quedé absorto en el partido. Peleaban cada punto. El alto, sobre todo, tenía una forma increíble de ir a buscar la pelota muy arriba trepando por la pared. Un artista. Y yo siempre he respetado a los artistas.

Aproveché que estaba en el aire para dispararle en el pie de apoyo. Golpeó la pelota (magníficamente), pero su tobillo recibió la bala de 9 mm justo en el momento en el que el pie iba a apoyarse en el suelo.

A pesar del silenciador, mi tiro había producido un sonido que el otro jugador reconoció inmediatamente. (Era evidente que mi cliente no era impoluto como la nieve). Me miró fijamente a los ojos mientras su compañero, que me daba la espalda, examinaba su tobillo sin entender qué acababa de suceder.

Conseguí plantar la segunda bala entre los ojos de mi cliente y escapar sin que a su amigo le diera tiempo a darse la vuelta.

Estaba clavado en el suelo y sin duda tardaría en volver a jugar, pero al menos había salvado la vida.

Para un asesino, no matar a alguien a quien hubiéramos tenido que matar es como salvar una vida para una persona normal.

Un acto virtuoso.

Una enorme gota de lluvia me cayó sobre la frente y me sacó de mi ensañación. Los pájaros volaban a ras del suelo. La tormenta era inminente.

El patio estaba lleno de agitación.

La lluvia se había parado apenas comenzó, pero el cielo estaba negro al oeste. No tardaría en caer un aguacero.

Conté diecisiete hombres, más los cuatro que seguían en el jardín y los dos que estaban jugando a la pelota.

La viuda Martínez apareció bajo el porche acompañada de un hombre de su edad vestido de mayordomo. No había estado presente durante mi anterior visita, pero aparentemente se les había olvidado presentarme a la mitad del servicio. Vi cómo la señora Martínez se echaba a reír y cogía a aquel hombre del brazo. Me dije que debía de ser su viejo cómplice.

Después volvieron a entrar sin haberle dirigido la palabra a nadie.

Un jefe se destacó, repartió unas cuantas órdenes y la gente se dividió en cuatro grupos.

Escruté a cada uno de ellos esperando distinguir a Burger, pero el mayor de ellos no debía de haber cumplido aún los cincuenta años.

No había rastro de Burger, y sin embargo estaba convencido de que tenía que estar allí. Lo había sentido. Como buen vasco que soy, me cuesta cambiar de opinión.

Una vez que el jefe repartió las órdenes, los hombres se activaron. Dos grupos desaparecieron en la parte de atrás de la casa mientras otro comenzó a limpiar los cristales de los coches. El cuarto grupo entró en un cobertizo y salió enseguida con los brazos cargados. Entre el material que llevaban había un bazuca y varias metralletas.

Tras ellos, las cajas con municiones.

Un arsenal digno de un ejército regular.

Fue entonces cuando lentamente comencé a certificar que mi primera impresión había sido digna de una clarividencia divina:

Aquello era una verdadera expedición punitiva.

La tormenta estalló. Un rayo cruzó el cielo. El patio se vació de golpe. Y los cuatro vigilantes que controlaban el jardín corrieron a refugiarse bajo la terraza, fuera de mi vista.

Me quedé solo con el único abrigo de mi sombrero.

Me giré para observar la amplitud de la tormenta: grandes nubes negras partían el cielo en dos.

Los castores corrían a ocultarse en sus madrigueras.

Una manada de caballos trotaba hacia el oeste. Un rayo cayó en mitad de la pradera y la manada cambió de dirección.

En pocos minutos estaba empapado.

Sin embargo, traté de no apartar los ojos de la villa.

Los jugadores de pelota pasaron corriendo con la raqueta sobre la cabeza para protegerse.

Varias lámparas se encendieron para iluminar el camino hasta el portal. Apenas eran las siete de la tarde, pero en aquella ocasión la noche se había adelantado.

La lluvia, rebosando mi sombrero, dibujaba una cortina translúcida. Si alguien me hubiera visto en ese momento, me habría tomado por uno de esos místicos que viven en armonía con la naturaleza.

Al cabo de unos instantes, los cuatro grupos salieron y se metieron en los coches. Sólo les habían hecho falta unos segundos para saltar sobre los asientos. Los tres primeros grupos se metieron en los BMW y el último se repartió en los todoterrenos.

Burger no se encontraba entre ellos. ¿Me habría equivocado una vez más?

Me lo imaginé en un pinar en Largos haciendo exactamente lo que yo estaba haciendo en ese momento. Empapado bajo la lluvia y escrutando con un par de prismáticos la penumbra, esperando con impaciencia a verme salir. Ironías de la vida: él me buscaba allí mientras yo lo buscaba en la otra punta de la región.

Entonces pensé que Burger, al contrario que yo, habría optado por un fusil de largo alcance. De pronto me angustié de nuevo.

—No, no pienses en eso. Valentin nunca sería tan tonto como para regresar a la boca del lobo.

No obstante, era una idea plausible. Lo peor podía suceder en cualquier momento, y la lista de asesinados de Burger, que era tan larga como la mía, podía alargarse con los nombres de aquellos que habían tenido la mala suerte de cruzarse en mi camino: Valentin, Perle, Jean-Luc... Vislumbraba una sangría que vaciaría todo mi universo. Me froté los ojos para despertarme de esa horrible pesadilla. Hubiera debido encontrarme allí, con ellos, en vez de donde estaba. Pero no tengo el don de la ubicuidad. Y no me quedaba elección. Era demasiado tarde para volver atrás. Murmuré una oración por Valentin:

—Dios de los cretinos carismáticos, haz que en este momento Valentin esté con

su novia. Y protege a todos a los que amo: a Perle, a Luna, a los gitanos y a Jean-Luc —y, para que no quedara duda, añadí—: Joder, Paco, como no pongas a salvo a todos me vas a oír cantar.

Antes de que el grupo se pusiera en marcha, el mayordomo de la señora Martínez, armado con un paraguas, bajó los escalones del porche para hablar con uno de los pasajeros del primer vehículo. Sin duda era el jefe del comando. Luego volvió a subir los escalones y el escuadrón se puso en marcha.

Seguí con la vista el convoy de asesinos y lo vi cruzar el puente sobre el Adour para luego tomar la dirección de la orilla derecha, la misma que yo había tomado por la mañana.

Tuve una terrible premonición (es que a veces soy un poco lento): iban hacia Largos.

Tenían como misión masacrar a todos cuantos me hubieran conocido.

Perle y Luna ya no estaban a salvo entre los gitanos: el campamento de la zona portuaria iba a desaparecer del mapa para siempre.

Unos destellos más rápidos que la luz, eso es todo lo que es posible esperar.

LÉON BLOY, *La mujer pobre*

¿Hasta qué punto puede uno maldecirse por no haber querido aceptar las tecnologías de su tiempo?

En ese momento lo hubiera dado todo con tal de poseer un teléfono móvil.

Era inútil intentar lanzarse tras el batallón de la muerte o esperar adelantarlo. Como mucho hubiera conseguido llegar unos minutos antes que los asesinos, pero no era suficiente como para poder organizar la huida o la defensa del campamento. En el peor de los casos, ni siquiera hubiera logrado adelantarlos.

Mi única salida era la viuda.

Encontrarla y obligarla a que llamara a sus hombres.

Había tardado cuarenta y cinco minutos en llegar hasta allí. Y había ido mucho más rápido de lo que permiten las leyes. Disponía entonces de tres cuartos de hora para conseguir lo que necesitaba.

Tenía que entrar por un rincón que no se molestaran siquiera en vigilar, sobre todo bajo aquella tormenta de rayos que estaba cayendo.

Una tierra de nadie en aquel lugar siniestro.

Me deslicé por la hierba húmeda hasta llegar a lo alto del montículo. Los calambres comenzaban a atenazar mis brazos. Apreté los dientes mientras me decía:

—Creemos en ti, Jon Ayaramandi.

Y fue así como comencé a creer que era una persona excepcional y que iba a lograr salvar a Perle y a Luna. Creemos en ti, Jon Ayaramandi.

Cuando mis fuerzas flaqueaban y cundía la desesperanza, pensaba en Luna. Creemos en ti, Jon Ayaramandi.

Tenía que convertirme en mi propio Dios, la génesis, la vida eterna, el último juicio: «*Do it yourself!*».

Me deslicé por la pendiente del montículo y me encontré entre los juncos. Sus tallos se doblaban con el viento y crujían a mi alrededor; un mundo que se quejaba. La lluvia creaba un estruendo sobre las hojas de los árboles. Ya no me podía ni oír respirar.

Salí lo más rápido posible de esa zona peligrosa. Los rayos seguían cayendo al azar.

Trepé por una nueva cuesta inundada de agua, no sin dificultad.

Me resbalé varias veces antes de llegar a su cima y me encontré literalmente al pie del muro. La verja que rodeaba la casa era parecida a la de un campamento militar. Tres metros de altura, con alambre de espino enrollado en lo alto.

Tenía que encontrar una grieta.

Avancé unos diez metros antes de volver a caer en una zanja.

El fondo se había llenado de agua. Y vi que:

Corría a través del muro.

Me metí en el agua y repté en esa dirección.

Había encontrado el punto débil.

El muro había sido construido siguiendo el relieve de los montículos. Pero con el tiempo el agua había ido siguiendo su curso y había terminado por cavar un agujero de unos cuarenta centímetros debajo del muro. Oculto por la vegetación, nadie había reparado en él.

Me abrí paso entre los arbustos, chapoteando en el agua fangosa, con cuidado de que las pistolas no se mojaran.

No me costó nada cruzar al otro lado.

Completamente tapizado de barro.

Me acordé del perro. ¿Dónde estaría esa maldita vaca?

Puse un silenciador en la Beretta y quité el seguro de la 38.

Estaba convencido de que la viuda había conservado a su lado a sus hombres de confianza. Gente competente. Especialistas en asesinar con las manos y emboscados. Gente que no dudaría en mandarme al otro mundo si les diera la oportunidad de hacerlo.

Los bungalós no estaban a más de veinte metros.

Esperaba a que apareciera el perro. Pero no llegaba.

Oía el ruido ensordecedor de la lluvia sobre el tejado. Pero con aquel estruendo era imposible distinguir ningún otro sonido.

Observé la piscina y, detrás de ésta, la terraza con los cristales tintados, sumidos en la oscuridad.

Avancé entre los rododendros y los rosales.

Con las pistolas en las manos.

El miedo anudado en el vientre.

No podía distinguir ninguna luz en las ventanas ni en la piscina.

La casa estaba sumida en la oscuridad. Me vino a la cabeza un pensamiento divertido:

La oscuridad total, como dentro de un espíritu.

Debía de haber leído eso en un libro de McCarthy.

O no.

Comprendí que el tendido eléctrico debía de haber sufrido un colapso, y puesto que seguramente el jardín estaba equipado con focos de detección automática, tomé aquello como un buen augurio.

Me cercioré de que nadie se hubiera quedado en la terraza a disfrutar de la tormenta con un vaso de alcohol en la mano.

Tenía que practicar con la imaginación y adelantarme a toda posible eventualidad.

Los rayos del cielo seguían preocupándome: en cualquier momento podían dibujar mi silueta y hacerla tan visible como la de un artista bajo los focos. Me desplazaba prudentemente alrededor de la piscina, de arbusto en arbusto, sin salir de la oscuridad.

Llegué a la pared de la casa en el momento en que dejó de llover.

Mis pies comenzaron a oler a lavanda: acababa de pisar una planta y sólo este perfume ya podría haberme delatado.

El perro de la casa no sólo tenía el aspecto de una vaca, tenía también su olfato.

Al fin vi una fuente de luz.

Un halo pálido y anaranjado detrás de los cristales.

Provenía de unas velas que estaban sobre una mesa y de una chimenea.

Podía ver una silueta de espaldas frente a ésta.

Más cerca, la cara de una mujer iluminada por una de las velas de la mesa. Era la de la viuda Martínez, que estaba al alcance de mi pistola.

En ese momento escuché el sonido de sus voces.

Estaban en algún sitio detrás de mí.

Me arrojé tras un arbusto justo en el momento en que una linterna iluminaba la zona donde me encontraba.

Dos hombres hablaban a media voz:

—A mí también me hubiera gustado ir en lugar de tener que quedarme con la vieja. Hace mucho tiempo que no participo en una fiesta así. Uno no tiene tantas oportunidades en la vida de participar en una masacre.

El otro se rio.

—Eso es seguro. Y lo peor es que poca diversión vamos a tener aquí fuera.

—Nos ha tenido que tocar a nosotros, menuda mala suerte. Al menos Franck y Renaud están secos dentro.

Los seguí con la mirada mientras hacían su ronda.

Iluminaban el jardín sin método y sin fijarse verdaderamente. No estaban mojados, por lo que habían tenido que ponerse al abrigo mientras había diluviado.

Nadie podría esperar una visita con ese tiempo de perros.

Ni siquiera el cánido formaba parte del grupo, aunque quizá lo de vigilar tampoco iba con él teniendo a tantos guardias encargados de hacerlo.

Aquellos imbéciles acababan de proporcionarme una información precisa sobre el número de efectivos de que disponía la vieja. Cuatro guardaespaldas, el mayordomo y ella (a quien no debía subestimar). No habían mencionado a nadie más. ¿Y no estaba Burger?

Aparentemente, no.

Tenía que empezar por librarme de esos dos, pero aquello no me parecía una tarea de gran dificultad. Quizá ese tipo de cosas no esté al alcance del común de los mortales, pero sí del común de los asesinos.

Coloqué un reductor de sonido en mi otra pistola.

Ahora tenía una pistola con silenciador en cada mano. Como un verdadero criminal.

Tenía que actuar con rapidez. La tormenta se alejaba, y la electricidad podía regresar en cualquier momento e inundar de luz el jardín. Eso sin tener en cuenta el cronómetro, que avanzaba: habían pasado más de veinticinco minutos desde que el escuadrón de la muerte se había marchado.

Me escondí tras un arbusto bien ubicado en la trayectoria.

¡Bingo! Avanzaban hacia mí. Iban a pasar a sólo dos metros.

¿Habían previsto facilitarme la tarea?

La respuesta es sí.

La confirmación me llegó cuando se detuvieron frente a mi arbusto, me dieron la espalda y separaron las piernas.

Pronto me llegó el sonido que hacían al mear sobre el césped.

Cuando uno es un criminal, la incompetencia se paga con la vida.

Sus últimas palabras fueron:

—Salvo si se aporta la energía necesaria.

Y:

—En ese caso no lo sé. Habría que verlo.

Toda vida tiene su misterio...

Nunca sabré de lo que estaban hablando.

Pero la verdad es que me importa un comino.

Por prudencia retiré los dos cuerpos del césped y los escondí bajo los rododendros.

Después me pegué al cristal que separaba el cuarto de estar de la terraza. No podía escuchar ni un sonido. Sin embargo, la ventana estaba abierta y el olor y el silencio que reinaban tras la tormenta debían de gustarle a la señora.

Estaba ahí sin moverse.

Recé una corta oración para que la luz se hiciera en ese momento. Y el dios de los gitanos, seguramente con la intercesión de Louise, tuvo que escucharme porque en ese momento volvió la luz y la televisión se encendió.

La vieja y el viejo sólo pudieron emitir un «¡Ah!» antes de quedarse embobados frente a la pantalla.

Salté y me planté delante de ellos.

Cada una de las pistolas apuntaba a uno de los dos.

—Buenas noches —dije yo.

—Buenas noches —replicó la vieja rápidamente, sin dejarme saborear la sorpresa.

Fue entonces cuando el perro me saltó encima.

Es tan difícil perdonar la ejecución de un perro como la de un niño. Pero ahora que la cabeza del perro había explotado tenía que averiguar dónde habían ido a parar la viuda y su mayordomo.

¿Se habían escondido debajo de la mesa o habían tenido tiempo para salir de la habitación? ¿Desde dónde comenzarían a dispararme?

El hecho mismo de poder plantearme todas esas preguntas jugaba en mi favor.

Escuché los gritos de la viuda, que llamaba a los dos guardias de fuera desde la terraza, y observé los pies del mayordomo que sobresalían por detrás del sofá. Salté sobre la mesa en el momento en el que intentaba deslizarse hacia el exterior mientras disparaba.

Yo también disparé, pero demostré una mayor precisión. Una bala le dio en la columna vertebral y otra en la rabadilla.

Atrapé a la viuda en la piscina.

Acababa de resbalar sobre la hierba mojada. Dejé que se levantara cubierta de barro.

Parecíamos dos hippies en Woodstock.

—Ahora lo mejor será que se tranquilice —le dije—. No le ofrezco mi brazo, pero sabe que cuenta con mi apoyo.

Puse la Beretta sobre su frente y con la 38 apunté hacia la puerta vidriada. Hice bien, ya que Franck y Renaud aparecieron blandiendo unas armas impresionantes: dos revólveres tipo Magnum.

Hubo un momento de duda. Seguramente pensaron en abandonar a la vieja, pero su profesionalidad se impuso y pude decirles:

—Arrojad vuestras armas sobre el balancín.

—Haced lo que os dice —dijo su jefa—. No va a haceros ningún mal.

Arrojaron sus armas y les pedí que se tiraran a la piscina.

—Tiraos y nadad a braza.

Dudaron un momento, pero yo debía de parecer impaciente ya que el primero saltó y el segundo se arrojó en plancha.

Alcancé al primero en la espalda mientras nadaba a braza. Al segundo le disparé cuando, tras darse cuenta de su error, intentó alcanzar la escalerilla.

—¿Cuándo aprenderán a desconfiar del hombre? —dije yo.

—Es usted un hombre feroz —replicó la viuda.

—Tiene treinta segundos para anular la expedición y llamar a sus tropas.

El convoy se había marchado hacía cuarenta minutos.

No intentó disimular su extrañeza.

—¿Por qué me pide algo así? Creí que sólo le interesaba Burger.

—Haga lo que le pido o le juro que va a pasar el peor cuarto de hora de su vida.

—Conozco su reputación. Sé que es un asesino sin igual y un torturador

imaginativo.

No era el momento de ponerme a discutir sobre mi reputación.

—Si no hace lo que le digo, lo va a pasar muy mal.

Ella suspiró profundamente.

—La ironía es que jamás he tenido tanto poder.

No me interesaba nada ese asunto. Iba a repetirle mi orden cuando me dijo:

—Ni de broma voy a llamar a mis hombres. La pequeña empresa de Marconi va a conocer su fin una noche de tormenta de este verano de 2010. Y cuando hayan terminado con él, mis hombres irán a ocuparse del Portugués. Entonces tendré un imperio que irá desde la arena del Atlántico hasta las playas del Mediterráneo.

Estaba lejos de compartir su pasión por la geopolítica.

—¿Quiere decir que el escuadrón que se acaba de marchar iba a la búsqueda de Marconi?

Por toda respuesta, ella miró su reloj. Entonces exclamó con entusiasmo:

—Van a abrir fuego en apenas unos minutos.

Saboreé la información y sentí cómo se relajaba la tensión. Mi cuello empezó a crujir sin que tuviera que mover la cabeza.

—Sus hombres no tendrán ninguna dificultad. Marconi es el tipo de persona que no sabe dónde está ni cuál es su lugar en el mundo. Es capaz de controlarlo todo salvo su posición. Y respecto al Portugués, podría habérselo ahorrado. Es como su país: su esplendor es algo del pasado.

Luego recapacité y puse el cañón de mi pistola sobre sus dientes.

—¿Dónde está Burger?

Avancé un paso y ella se ahogó con el cañón en la boca. Tuve que recular para dejarle hablar.

—¿No es una dentadura postiza? —aproveché para preguntarle. (A veces yo también me sé mostrar grosero).

Ella intentó insultarme, pero la sangre que se amontonaba en su boca le impedía hablar.

—Escucha, vieja. Más te vale que escupas la sangre y que hables de una vez. ¿Dónde está Burger?

—Ya le dije a tu amiguito que no había conseguido localizarlo. Quería que cumpliera con su contrato pero ese gilipollas, ese incapaz no ha descolgado su teléfono.

Volví a poner la pistola sobre su boca.

—¿Dónde está Burger?

Me respondió sin atreverse a despegar los labios.

—Les dijo a mis chicos que se iba a pescar. Se marchó de aquí silbando. Creía haber cumplido con su contrato y yo le pagué. ¡Hijo de puta! Cree que usted está

muerto. Cuando pasó a decirnos que usted ya no estaba entre nosotros parecía feliz. Jamás lo había visto tan relajado. Cogió su material de pesca. Es todo lo que sé.

—¿Dónde dormía últimamente?

—Aquí, en una habitación del piso de arriba.

Subimos. Sólo había un par de gafas de sol rotas y una tienda de acampada detrás de la cama.

Seguía apuntando a la viuda con mis pistolas. Aquella mujer era muy peligrosa, jefa de asesinos y sin duda muy capaz de asesinar si hacía falta.

Me atravesó con sus ojos, en los que se leían sus deseos de venganza. Hubiera debido bajarlos o cerrarlos.

—No puedo dejarla con vida.

—Lo sé —suspiró ella.

—No sufriré, señora.

Se puso de rodillas con las manos juntas. No quería morir. No lo consentía porque no le parecía lógico.

Expresó un último lamento.

—Debería haber acompañado a mis chicos. Iba a ser una bonita matanza.

Después dijo sus últimas palabras:

—¡Qué puta gilipollez!

—No seré yo quien lo niegue —dije mientras apretaba el gatillo.

En ese momento, mis nervios se relajaron.

Podría haberme echado a llorar como un bebé, pero en cambio me invadió una profunda somnolencia.

Mi consciencia estaba ligeramente fuera de mí, mitad dentro mitad fuera. Con mi cabeza sobre el colchón, me arrodillé y extendí mis brazos sobre la cama. Imaginé que tenía una mejilla sobre el vientre desnudo de Louise.

Soñé con el sexo de Louise entre sus piernas. Sus piernas largas y bronceadas.

Joder.

Sentía que me iba.

Joder.

Me pegué un bofetón.

La verdad es que no era el momento de ponerse a dormir.

Y menos con el cadáver de la vieja al lado.

Por más que me los frotaba, no conseguía calmar el picor en los ojos.

Logré bajar las escaleras entre titubeos. Con el cuerpo flácido y las piernas como si fueran de algodón. Podía medir retrospectivamente la amplitud de mi miedo.

Me senté al volante.

Otra onda de sueño me alcanzó, tan mala como la peor noticia que jamás os dieran.

Mi inconsciente trabajaba a plena actividad. Imaginé a Louise en pelotas sobre un caballo negro mientras la viuda y su mayordomo comían ranas vivas. A la vez, Burger jugaba a las tragaperras.

En grandes dosis, el cansancio es un gran psicotrópico. Un fenómeno que conozco bien.

Conseguí meter la llave, pero me costó más poner la marcha atrás.

Encendí el iPod y puse una canción aleatoriamente. Kasabian me lanzó:

Shoot-the-runner / shoot-shoot-shoot-the-runner / oh.

Intentaba seguir el ritmo como un condenado a galeras.

La carretera cubierta de agua se iba iluminando lentamente. En mí se mezclaban el cansancio, la desesperación y la euforia.

Mis párpados se cerraban como los de esas muñecas cuando las acuestas, sólo que yo estaba sentado al volante de un Mercedes y conduciendo a ciento treinta por hora en una línea recta que acababa en una curva de cuarenta y cinco grados.

Los neumáticos creaban en la hierba fosas que se llenaban de agua. Giré el volante intentando despertarme mientras aullaba:

Shoot-the-runner / shoot-shoot-shoot-the-runner / oh.

Acababa de asesinar a:

una vieja puta

un viejo idiota

cuatro gilipollas

un perro. Perdón por el perro.

La suma de mis crímenes llegaba ahora a los treinta y nueve humanos y un perro.
(Me pregunté si debía incluir al animal).

Entonces pensé:

Louise.

¿Tenía que contarla entre mis víctimas?

Casi no conseguí esquivar un árbol, pegué un volantazo.

Entonces vi a Louise que me decía que no con la mano.

«No es tu culpa, mi amor».

Después añadió:

Shoot-the-runner / shoot-shoot-shoot-the-runner / oh.

En resumen: estaba a punto de quedarme dormido otra vez.

¿Cómo se me había ocurrido ponerme a contar muertos? Era como contar ovejas.

Pensé en Marconi. ¿Habría sido acribillado junto con su jardinero y su fiel Antoine?

Podía ver los cinco coches llenos de asesinos armados hasta los dientes que llegaban a su granja reformada.

Como si al hojear una revista de decoración, uno descubriera varias fotos de un chalet en las que unos asesinos ametrallaran a sus víctimas.

No pude evitar reírme cuando pensé en el momento en que constataran que allí no había más que un tío gordo y dos viejos a los que masacrar.

Y sin duda al Portugués las cosas no le habrían ido mejor.

Después vi a Louise pasear por los restos de la escabechina, todavía sentada sobre su montura negra y con su cuerpo lleno de agujeros de 5,5 mm.

Los sueños me acompañaron hasta la zona portuaria. Apagué el motor y me quedé dormido.

Fue Perle quien abrió la portezuela.

—Estaba muerta de miedo. Creí que no ibas a regresar vivo.

Valentin se lo había contado todo, sin duda para vengarse de lo mal que lo había tratado y para convencerlos de que acudieran en mi ayuda. Perle comenzó a llorar y se arrojó a mis brazos.

—Lo siento, abuelito. Es mi culpa. ¿Vas a odiarme el resto de tu vida?

No tenía una respuesta definitiva a esa pregunta.

Me apoyé sobre sus hombros para ir en línea recta hasta la caravana de Paco.

Las mujeres aprovechaban el agua del chaparrón para limpiar los contenedores, y los braseros y el faro del coche ya estaba prendido. Los niños jugaban con barcos de papel. El campamento tenía algo de nuevo y de limpio.

—Necesito dormir.

—Tenía miedo de que hubieras muerto.

—Ya ves que no confías lo suficiente en mí.

Paco apareció en la puerta de la caravana.

—Había llegado a la conclusión de que ya no podríamos hacer nada por ti.

Y luego añadió:

—Estoy contento de que estés vivo.

Simple y directo.

Me gustó no ver a Valentin. Sin duda estaba conduciendo de vuelta a Bayona para dormir en los brazos de Victoire. Era necesario que nadie le llamara. No quería pelearme con él.

Luna se colgó de mi pierna sin que yo la hubiera visto llegar. Y no quiso soltarla. No pude evitar hundir mis dedos entre su pelo.

—¿No estás en la cama?

—Prefiero estar aquí que dormir sin saber dónde estás, abuelito.

Hice la pregunta que nadie esperaba:

—Necesito que me encontréis el mejor lugar para pescar, un sitio cerca de un camping pero donde nadie pueda molestarte con un teléfono móvil.

Paco dijo:

—Tenemos que acostarlo.

No tenía fuerza para explicarles que no estaba delirando.

—Antes quiero ver a Al. Quiero que me diga dónde está ese lugar...

Mientras Perle iba a buscarlo, los gitanos me arrojaron sobre la cama de Paco. Y yo le dije adiós al mundo de los vivos.

Me levanté de madrugada.

La silueta de Burger me había despertado. Me estaba esperando en algún lugar cerca de un riachuelo.

Paco dormía sobre una silla con una manta sobre las rodillas. Tenía un ojo abierto. Parecía un fan carroza de J. J. Cale.

—Voy contigo —me dijo cuando me senté sobre la cama.

Yo estaba en pijama pero me sentía tan desnudo como un recién nacido. Me pregunté quién me habría quitado mi disfraz de cazador de patos para ponerme ese pijama limpio.

¿Paco, Perle o Jean-Luc?

El cuidado de quitarte la ropa para ponerte un pijama era algo anticuado que le pegaba más a Paco. Pero cuando vi que había más ropa limpia sobre una silla al lado de la cama —un pantalón beige, una camisa de rayas y un jersey, todo de mi talla—, supe que el corazón de Perle seguía preocupándose por su viejo Jon. Pero no era momento para ternuras.

—¿Dónde están mis pistolas?

Paco me las tendió con sus dos cargadores.

Mi potencial de actividad social se había reactivado.

—Voy a despertar a Joaquín y a Israel. Vienen con nosotros.

—No, no necesito a nadie.

Eso es algo difícil de hacer entender a un gitano. Entre ellos, las ofensas son un asunto colectivo.

—¿Quieres decir que no necesitas la ayuda de tu amigo Paco?

Su tono estaba cargado de malas intenciones. No me sentía con paciencia como para hacerle entender que yo no era como él.

—Valentin ya me lo propuso ayer. Pero es algo entre Burger y yo. Preferiría que os quedarais con Perle y con su hija. Ya sabes que las quiero como a las niñas de mis ojos. Y no sé a quién si no podría confiar su guardia. No me fío del cojo.

Se rio con ganas.

—Por cierto, necesito hablar con él antes de marcharme.

Paco parecía decepcionado, pero me condujo hasta el doctor Alix Daniel.

Estábamos en el último cuarto de hora antes de que saliera el sol, exactamente en el momento más horrible para que nos levanten. Sacudí suavemente a Al con cuidado de no despertar a Perle y a la niña, que dormían al lado. Se levantó sin rechistar y salimos fuera antes de ponernos a hablar.

Paco nos tendió a cada uno una taza de café.

—Nos tratan como si fuéramos sus prisioneros —dijo Al mientras sorbía—. No hay manera de alejarse de aquí.

—Ni se te ocurra o tendrás que vértelas conmigo. Debes vigilar a Perle y a la niña

y no dejarte ver por Largos. Es tu única misión. ¿Me has entendido?

Sonrió de lado. En su cara de vaquero, esa sonrisa significaba que tenía una deuda conmigo y que haría lo que fuera por mí. ¿Hasta dónde estaría dispuesto a llegar? Misterio.

Nos refugiamos cada uno detrás de nuestro café.

—Supongo que Valentin se ha marchado —dije yo.

—Desapareció ayer después de la comida. Se pasó todo el rato protestando porque le hubieras echado de su propio coche. Y decía que jamás habría tenido que dejar que te marcharas. Al final Paco le presto uno de sus Mercedes para que regresara a Bayona con su novia.

Al no se podía esperar la siguiente pregunta.

—¿Conoces un lugar tranquilo para ir a pescar, un lugar en el que poder acampar?

—¿Quieres ir a pescar?

—Dudo entre ir a cazar o a pescar. Es algo que me tortura.

Hicimos una corta pausa.

—Necesitas unas vacaciones. Pero si lo que quieres es iniciarte en la pesca, iré contigo.

Capté bien el doble sentido de nuestra conversación.

—Escucha, Al. No tengo tiempo de ponerme a charlar. Me gustaría que respondieras con precisión a mis preguntas. Tiene que ser un valle profundo en el que no se pueda recibir señal telefónica alguna. Cerca de un camping y que sea un buen lugar para la pesca.

—¿De qué operador?

—¿Perdón?

—Orange, Vodafone...

—Ni puta idea. Un poco de todo, supongo.

Se rio.

—No soy un especialista en pesca de río, pero tengo un amigo que solía ir a un valle en el País Vasco que se parece un poco a lo que buscas. Un rincón de pesca mítico. El paraíso de los pescadores de salmón. Es un buen sitio si prefieres los seres con escamas a los humanos.

—¿Y tiene un camping?

—Sí. Un pequeño camping al lado. No me acuerdo de su nombre, pero el valle está justo en la ribera. Está al lado de la única carretera. El problema es que tampoco recuerdo el nombre del valle.

Me pareció más exasperante que nunca.

—Pero podría localizarlo en un mapa.

Me acompañó hasta el aparcamiento y desplegó uno de los mapas de Valentin sobre el capó del coche. Le tendí una linterna. El tiempo me pareció infinitamente

largo mientras lo ojeaba.

—Aquí está —dijo por fin.

No había ningún camping indicado ni aldea alguna entre la entrada del valle y su salida en España. Observé la estrecha línea azul. El recorrido era sin duda sinuoso. Me pareció que si ponía aquel mapa bajo un microscopio podría ver a Burger.

No soy muy ducho en eso de las premoniciones, pero me pareció que era el lugar adecuado.

—Aquí hay una garganta estrecha. El torrente forma cascadas que descienden hasta un puente en forma de arco que los coches no pueden cruzar. El camping está en la granja indicada aquí. El mapa no lo menciona, pero te aseguro que se encuentra en este lugar. Si Burger está allí, sin duda estará pescando a este lado del puente. En el sitio en el que la ribera se alarga. Seguro que Burger...

—Shhh —dije yo mientras ponía mi dedo sobre su boca.

Al no era tan tonto como para no saber qué era lo que yo estaba buscando.

—No le digas nada a Paco y no te muevas de aquí. Tienes una deuda conmigo y sólo la puedes pagar quedándote donde estás.

—Mmm, creo que puedes alquilar allí el material necesario —ironizó—. Que se te dé bien la pesca.

EL OJEADOR - Y si pierdes a tu peor enemigo, y si no lo abres por donde tiene el hígado, ni tu migraña ni tu insomnio tendrán fin jamás. Yo sé por qué nunca has anhelado el rencor. Porque nunca tendrás la fuerza necesaria para poder abrirme el abdomen con un simple movimiento de la mano derecha.

KOSI EFOUI, Que la tierra te resulte ligera

Burger parecía enorme al lado de su pequeña tienda.

Se estiró.

Estaba totalmente vestido. Lo había sorprendido después de despertarse.

Lo observaba desde lejos, tras un muro de ladrillos.

El sol acababa de salir y proyectaba brillos eléctricos sobre la hierba cubierta de agua. Mi corazón también estaba inundado por el agua. El rastro de odio que esperaba tener no había acudido a su cita.

Si hubiera llegado media hora antes habría podido agujerear a Burger a través de la tela de su tienda y marcharme tan tranquilo entre los brillos del amanecer. La falta de enfrentamiento no me hubiera molestado. En lugar de eso, los primeros pescadores se despertaban y saludaban al hombre de recepción. Era demasiado tarde para actuar si lo quería hacer de un modo discreto.

Burger sacó una caña de pescar de su tienda y la metió en su coche. Luego subió hasta el edificio.

Tuve la tentación de entrar en el comedor mientras todo el mundo desayunaba y matarlo allí. Total, qué podía perder ya. Sobre todo si tenía en cuenta que el cadáver de mi amante debía de estar yaciendo en la mesa de autopsias de algún hospital de Bayona. Y en ella habría más huellas mías que en mi propia casa.

Imaginaba la escena: yo tomando tranquilamente el desayuno mientras los testigos de mi crimen se escondían detrás de sus sillas.

Pero no debía matarlo como si fuera un amateur histérico, me dijeron las voces del orgullo y de la razón.

De pronto cedí y esperé.

Unas vacas llegaron hasta el lugar en el que me encontraba, guiadas por un campesino en bicicleta. Una capa de niebla me mantenía oculto desde la carretera. La famosa hora en la que el mundo no puede garantizar la seguridad de los seres vivos. Mi chaqueta de espiguilla era de un color parecido al de los guijarros.

Burger es el tipo de gente que no puede comer nada por las mañanas y que se contenta con tomar un café. Salió del edificio al cabo de diez minutos y se dirigió hacia su tienda.

Volvió a salir con un rollo de papel higiénico.

Me reí para mis adentros. La idea de asesinar a Burger mientras estaba en el servicio me seducía bastante. Pero vi que una familia también entraba en los baños: la madre, el padre y los niños que brincaban alegremente alrededor de ellos.

Para ellos el día, radiante después de la lluvia, no podía empezar mejor. Encontrar un reguero de sangre corriendo por las letrinas no es un espectáculo apto para niños. Tuve piedad de ellos.

Antes de que Burger saliera de allí, me deslicé a lo largo del murete hasta la pradera. El torrente recorría el terreno. Discurría largo y poco profundo en mitad de

un lecho de guijarros. No era el tipo de lugar en el que uno espera poder pescar peces. Comprendí por qué Burger había dejado sus cañas en el maletero del coche. Deduje que esperaba ir a un lugar más propicio. Ascendí rápidamente hacia el coche de Valentin para prepararme para la persecución.

Que se alejara del camping y se fuera a un lugar perdido era algo que me iba perfecto.

Continué con mis deducciones: seguramente iba a remontar el curso, es decir, debería trepar por la montaña hasta un lugar que esperaba que estuviera desierto.

Aquello se asemejaba bastante al infierno. Observaba las paredes rocosas de los acantilados y pensaba en la música de los Tindersticks, tan lenta y solemne como un funeral mexicano, tal y como la describió Nick Kent. Perfectamente acompasada con mi lenta impaciencia y la magnitud del instante.

El coche de Burger no se decidía a aparecer. Al cabo de un cuarto de hora tuve que rendirme a la evidencia: me había equivocado y Burger se había quedado pescando cerca del camping.

Efectivamente, su coche seguía aparcado en el mismo sitio, al lado de su tienda.

La familia con los dos niños acababa de salir de los baños tras hacer un aseo completo. Me saludaron y yo les devolví un saludo que intenté que pareciera natural. Después regresé sobre mis pasos.

—Perdónenme. Soy amigo del señor que tiene su tienda allí. Hace una hora que debía encontrarme con él para ir a pescar, pero he llegado tarde y creo que se ha marchado sin mí. ¿No sabrán por casualidad en qué dirección se ha ido?

Con mi pantalón beige, mi jersey de cachemira y mi chaqueta no parecía un pescador. Me observaron, pero no hicieron ningún comentario. Después de todo, tenía pinta de autóctono y la gente por instinto no suele meterse en los asuntos de los vascos. Fue la mujer la que respondió:

—Sé dónde suele pescar. Es más abajo. Sobre un dique de piedra.

—Yo también solía pescar allí, antes de que me robaran las cañas —precisó el marido—. Ha habido varios robos por aquí este año, por lo que tenemos que dormir con el material y meterlo en el maletero cuando salimos de la tienda.

—Ha sido por culpa de ese campamento de verano —precisó la mujer—. Son salvajes de las afueras de París. Árabes y negros. ¡Y pensar que venimos aquí para estar tranquilos!

Árabes y negros, en efecto. Cuatro chicos felinos y musculosos y tres chicas con ropa de vampiro. El exacto negativo de las personas que solían frecuentar aquel camping. Las chicas eran verdaderas princesas de las mil y una noches. Si lo que quería era encontrar la antecámara del infierno, la tenía frente a mis ojos.

Me observaron hundirme en el agua sin remangarme los pantalones ni quitarme los zapatos. Una de las chicas me preguntó:

—Oh, señor, ¿está usted rodando una película? ¿Dónde están las cámaras?

Todo el mundo se echó a reír; yo también.

—Ensayo. Mañana empezamos a rodar.

Los chicos volvieron a reírse. Supongo que les habría hecho más gracia si en ese momento les hubiera enseñado las pistolas y la granada que siempre llevaba encima y que me golpeaba en el pecho con cada paso que daba.

A lo lejos, el caudal se estrechaba para formar una garganta. Aquellos chicos habían venido a saltar por las rocas que lo rodeaban. Daba la impresión de que hubieran pasado la noche fumando hierba y jodiendo. Al verlos, a uno le entraban ganas de seguir viviendo o de morir en ese mismo instante sin dilación. Había intentado seguir el curso del riachuelo para no tener testigos, pero había fracasado. Me consolé pensando que aquéllos no estarían muy dispuestos a hablar con los policías.

En las últimas cuarenta y ocho horas había acumulado más testigos a mis espaldas que en mis cuarenta años de profesión. El amateurismo había terminado por darme alcance.

El agua estaba clara y viva y hubiera podido beber de ella sin envenenarme. Mis pies resbalaban sobre los guijarros.

Más allá de las gargantas, el río se alargaba.

El agua calma indicaba la existencia de un dique. Salí del río y avancé a cubierto bajo los árboles. Mis zapatos se vaciaban de agua sobre la arena negra con un ruido de succión.

El lugar estaba por fin solitario.

A excepción de Burger, en carne y hueso.

Se arquea frente a su caña plegada y sonrío. El sedal se estira durante un minuto; pareciera que lo que va a salir del agua es una especie de corriente eléctrica. Conozco ese sentimiento. En todas partes intenté encontrarlo y fui lejos para ello. Marley dice que se arrancaría el corazón y todas sus tripas todos los días de su vida con tal de volver a sentir esa primera sacudida del pez en el sedal.

ELWOOD REID, *What Salmon Know*

Llevaba un chaleco color verde caqui y botas altas de pesca, a pesar de que el agua apenas le llegaba a las pantorrillas.

Si, como se dice, el hábito hace al monje, aquel aspecto sólo podía preocupar a los peces. Pero mentiría si dijera que no llevaba más que ese hábito.

Por la manera que tenía de lanzar la caña, diría que no podía disimular la presencia de una pistola debajo de su chaqueta.

Burger, el vulnerable pescador.

No podía esperar que alguien vendría a buscarle las cosquillas en el único rincón del paraíso que todavía no se había podrido en este jodido universo.

Recordaba haber tenido mi periodo de pesca cuando andaba por los doce años. Uno lanza el anzuelo en la corriente del agua y se deja obnubilar por las sombras de las truchas que se ven bajo la superficie. Uno puede estar durante horas absorto por el movimiento, fuera de uno mismo.

Cuando por suerte se atrapa una, sacarla del agua nos lleva tan lejos que uno podría enfrentarse con la terrible parca en persona si en ese momento viniera a buscarnos. La pesca es, junto con la caza, la única actividad que puede transformarte en un guerrero indio cincuenta años después de que hayas cumplido los catorce.

Lo miré largamente.

¿De verdad quería matarlo?

Sí.

Me había costado bastante meter la granada en el bolsillo interior de mi chaqueta, y más me costó sacarla. Tuve que arrancar el forro para no arriesgarme a accionarla tratando de extraerla.

Pero conseguí tenerla en mi mano.

Me pareció muy pesada. No era un especialista. Me había logrado librar del servicio militar obligatorio a mi vuelta de Inglaterra haciéndome pasar por un homosexual deprimido.

El sargento me dijo:

«No hay sitio para un chico como tú entre nuestras filas. Ya hay demasiados».

Lo único que podía lamentar de aquello era no saber manipular una granada.

Lo que sabía era que había que tirar de la argolla y deshacerse del proyectil lo más rápido posible, antes de que explotara en la mano. Una sensación extraña, para ser franco.

No había contado con acabar con Burger gracias a ese objeto; de hecho, no creía que pudiera lanzarlo lo suficientemente cerca de él. Sólo quería sentar las bases de nuestra pelea, algo así como: ¿qué opinas de esto?

Me reí al imaginarlo volando por los aires.

Con un poco de suerte estaría grogui y sólo tendría que limitarme a acribillarlo en el agua.

La explosión fue menos poderosa de lo que había previsto. La granada no describió la trayectoria que había esperado. Cayó al otro lado del dique tras trazar una parábola.

Un chorro de agua se alzó frente a Burger y lo empapó, pero el dique se mantuvo firme y Burger ni siquiera se balanceó.

Permaneció un momento sorprendido y yo me lancé hacia él con la pistola en la mano. Pero resbalé, caí de culo y terminé la carrera en el agua.

Cuando comprendió lo que sucedía, se tiró sobre su vientre al agua, como un portero que para un penalti, y lo perdí de vista.

Empecé a correr prudentemente por el caudal del riachuelo. Esquivé su caña de pescar y los peces muertos boca arriba. Mi gesto no había sido ni eficaz ni ecológico. Uno de los más lamentables en mi carrera como asesino.

Al otro lado del río, Burger salía del agua. Pensé que había que quitarle el apelativo de Malo para ponérmelo a mí tras mis recientes fracasos: Jon el Malo.

Me costaba andar sobre los cantos rodados con la corriente del dique.

Todavía estaba en mitad del riachuelo cuando vi a Burger que subía por la colina del otro lado del río. A pesar de su ropa de pescador, iba sorprendentemente rápido.

Debería haber sabido que estaba fuera del alcance de mis pistolas, pero no pude controlarme y disparé en su dirección. Jon el Malo.

El retroceso de mi arma acabó por desestabilizarme y el agua del río me arrastró corriente abajo.

¡Mierda!

Acabé en la orilla de donde había partido.

Cien metros más abajo y con una pipa encasquillada.

Salí hacia la carretera. Estaba seguro de que llegaría al camping antes que él. Las únicas soluciones para él consistían en:

Desaparecer en la montaña.

Ir a recuperar sus pistolas y hacerme frente.

Estaba seguro de que escogería la segunda.

En el tiempo que necesité para ir a mi coche a recoger la Beretta, él había podido ir a por sus cosas.

Ahora estábamos armados los dos y la escena final podía dar comienzo. Ya me imaginaba las acotaciones:

Entran Jon el Malo y Burger. Van armados.

Estaba inclinado sobre mi maletero buscando la Beretta y mi última caja de municiones.

Lo había tirado todo a voleo en la oscuridad y ahora me costaba encontrar las cosas en la semipenumbra del bosque de pinos bajo el que había aparcado el Mercedes.

Tanteaba a ciegas.

Acababa de perder la ocasión de terminar con Burger. Me había contentado con regalarle una fuente de agua que le había caído como una ducha.

Me costaba imaginar nuestro duelo en mitad de ese camping, con todas aquellas familias y los pescadores.

No pude continuar con mis reflexiones. En el momento en el que sentí el contacto frío de la Beretta en la punta de mis dedos, recibí un golpe en la base del cráneo y en la espalda.

Acababan de utilizar el maletero como cascanueces. Yo era la nuez. Caí de bruces y perdí la pistola.

A pesar de la violencia del golpe, quise girarme. La tapa volvió a caer y esta vez me golpeó en las piernas. Sentí un vivo dolor. Me acababa de partir la tibia izquierda.

Me sumí en la oscuridad. Estaba encerrado en el maletero del Mercedes de Valentin. El coche arrancó tras unos segundos de espera en los que sólo me preocupé de pensar entre gemidos cómo era posible que Burger me hubiera dado alcance tan rápidamente si estaba al otro lado del río. Nada duele tanto como un golpe en la tibia. Dejád de meteros con los jugadores de fútbol cuando se desploman sobre el césped y comienzan a quejarse.

Me pareció que el trayecto duraba una eternidad. Las curvas me lanzaban de un lado al otro del maletero. Mi cabeza y mi cara golpeaban todo el rato las paredes del coche. Estaba a punto de perder la consciencia. Pero antes que nada necesitaba

reflexionar.

No podía ser Burger.

Se trataba seguramente de cómplices.

Una eventualidad más en la que no había querido pensar.

Cuando el maletero se abrió, estaba demasiado cegado por la luz como para distinguir a mis secuestradores. Una mano me atrapó por el cuello y me levantó en vilo. Había dos hombres y Burger no estaba entre ellos. El más grande me arrojó al suelo como un saco de grano. En ese momento me pareció que mi futuro cercano sería fertilizar la tierra.

Aquel tipo debía de ganarse la vida jugando a la pelota vasca. Me cogía como si no pesara nada. Me agarró y me volvió a tirar al suelo mientras el otro lo observaba fumando.

—Ten cuidado y no te lo cargues. A Burger no le gustaría. Creo que se quiere ocupar él personalmente.

Aquellos tipos no tenían ningún sentido del suspense.

—No vas a tener que esperar demasiado —me dijo el fortachón por si me quedaba alguna duda.

Tuve la excelente idea de no contestarle y la conversación se interrumpió ahí.

Pasaron varios minutos en los que aproveché para sacar todas las fuerzas que me quedaban del único sitio que podía: del recuerdo de Louise y de mi odio.

Observé también el paraje que nos rodeaba. Estábamos en uno de esos apriscos aislados que conforman el encanto particular de las montañas. Observé que, aparte de la puerta de madera, había una especie de ventana alta desprovista de cristal que dejaba entrar la luz sin permitir ver lo que ocurría fuera. La palabra *salida* se incrustó en mi cerebro como el término absurdo que era.

Para mis dos secuestradores el tiempo debía de pasar muy lentamente.

El menos bruto de los dos (un hombre pequeño y rugoso que sostenía un fusil, alguien que no parecía un profesional) se acercó a mí.

—Esto tiene que doler —dijo mientras me pisaba las dos piernas.

Contuve un grito y le dije con los dientes entrecerrados:

—Vete a la mierda, gilipollas.

No era la mejor de las frases, pero bueno.

—¿Qué dices? Me cuesta comprenderte.

Siguió apretando más fuerte.

Un velo blanco se instaló frente a mis ojos. Un velo no más espeso que una cortina de bruma, pero que sirvió para protegerme. Veía la boca del tipo moverse frente a mi cara, pero no podía escucharlo.

Aquel estúpido había conseguido sacarme de mí, llevarme a otra dimensión.

Los ríos nacen para lanzarse al mar. Aparte de eso, no prestan atención a nada ni a nadie.

A finales de los años cincuenta, el torrente y yo éramos todavía vírgenes. Un agua pura y cristalina cuyo único propósito era avanzar. Josette se bañaba en bikini. Yo la observaba desde lo alto de una roca. Se me había resistido durante todo el verano. Seguía su movimiento sin poder volver a sentarme.

—Mi hermano me ha dicho que soy una calientapollas.

No me dejó tocar su cuerpo hasta que no se hubo vestido. Pero si uno se acaricia en bañador, ya no puede parar. Su prima se había quedado embarazada con dieciséis años. Aquello sonaba como una maldición.

—Mañana se acaban las vacaciones. Vuelvo a Burdeos.

—Intenta no pensar en eso ahora —le dije.

—Me gustaría hacer el amor y luego matarme.

Tuve que esperar dos veranos más.

Estaba sobre mi roca, la misma de siempre. Nuestro pequeño rincón del paraíso seguía siendo secreto. En esta ocasión ella se desnudó y se puso a nadar. El agua era más transparente que nunca.

Se echó a reír cuando descubrió mi mirada.

—Parece que tus ojos no fueran a poder volver a cerrarse.

Ella había hecho bien los cálculos.

—Es ahora o nunca.

Tengo sesenta y ocho años, me dispongo a morir y todavía no he conseguido olvidar su cuerpo sobre el mío, en aquel rincón de hierba bajo la sombra de los almendros. La fuerza de sus muslos cuando se agarraron a mi torso tras penetrarla. Su boca entreabierta y la maravillosa mirada de sus ojos. Fue tan breve que no puedo añadir nada más sin inventármelo.

De lo que me acuerdo mejor es de sus dientes blancos mordiendo almendras después de habernos amado.

Tras ello hubo varias frases de explicación.

—Mi hermano me ha llamado una vez más calientapollas.

Y mi emoción:

—No te olvidaré nunca.

¿Lo ves, Josette? No he olvidado mi promesa.

—¡Reánimale, imbécil!

—Le he dado un par de bofetadas, pero no parece que eso funcione. Sonríe como un estúpido desde hace cinco minutos.

—¡Vierte tu cantimplora sobre él, memo!

Burger se había cambiado y también había tenido tiempo para perfumarse. Un perfume de viejos que conocía bien: Eau Sauvage.

Estaba más charlatán que nunca.

—Los gerentes del camping son viejos amigos, antiguos colegas de cuando trabajaba en el este, antes de Marconi. Los ayudé a instalarse aquí. Son fanáticos de la pesca, como yo.

Tenía ganas de explicarse. ¿Por qué no? Yo no quería morir. Pero su vida, su obra... Yo tenía otros centros de interés.

—Lo que me gustaría sería que contaras tus más hermosas locuras, que pueda reírme un rato antes de que acabes conmigo.

Me dio una ligera patada en mi pierna izquierda. Me interrumpí para gritar.

—Está rota —constató él.

Primera noticia.

—¿Por qué no te limitas a escucharme por una vez, señor sabelotodo?

El vasco grande no pudo evitar reírse. Su acólito se había marchado cuando llegó Burger.

—Y tú, cállate también. Jesús se ha ido con el coche de este señor, así que muy bien puede tocarte volver a pie si continúas tocándome los cojones —luego se giró hacia mí y dijo—: Como ves, no hay dónde sentarse aquí. Este sitio no está hecho para hablar. Pero quiero contarte algo antes de mandarte al otro barrio. El doctor Daniel no supo mostrarse agradecido con el contrato que obtuve para él. Acababa de embolsarse treinta mil euros, lo que es bastante, ¿no? Cuando me monté en el coche al lado de él pensaba que me lo iba a agradecer calurosamente, que iba a decirme que iba a ser su amigo para siempre e incluso que me pediría que le buscara nuevos contratos. ¿Por qué no? La mafia siempre necesita cirujanos discretos y simpatizantes. Pero en lugar de eso va y me dice: «Así que es usted quien está detrás de toda esta tenebrosa historia». Tenebrosa historia, te juro que ésas fueron las palabras que empleó. No me gusta que utilicen un tono de superioridad conmigo. Y lo que menos me gustó fue su pequeña cólera y las amenazas que se atrevió a soltarme cuando lo llevamos en el coche tu amigo Valentin y yo.

Mi cerebro se puso a bullir. Aquello no cuadraba con la historia de Valentin. Según él, el doctor había dormido todo el trayecto y Burger y él no habían intercambiado ni una sola palabra. Sin embargo, Burger no tenía ningún motivo para mentirme.

—Había que actuar rápidamente —siguió Burger—. El doctor Daniel sabía demasiado sobre mí, conocía mi guarida secreta y mis lugares de pecado preferidos. Eso es por culpa del azar de la vida: lo había visto varias veces en mi rincón secreto, allí donde tú pescas con granadas. Marconi es un alma sensible. Llevaba bastante tiempo sin mandar matar a nadie. Jamás me hubiera dejado cargarme al hombre que

acababa de operar su pobre corazón de nenaza.

El vasco volvió a reírse, pero Burger no le prestó atención.

—Tu amigo Valentin es harina de otro costal. Tenías razón, es alguien válido. No me costó convencerlo para que me ayudara. Sólo tenía que abrir la ventana, con eso fue suficiente. Nos distribuimos el salario del doctor. Pero desgraciadamente Marconi no se dejó engañar tan fácilmente. Cuando se enteró de que la viuda me había encargado el transporte de su salvador, ató cabos con lo del *suicidio*. Parece ser que me busca para matarme —ahora quien se echó a reír fue él—. Pero he conseguido salir sano y salvo, ¿no?

Aquello no tenía sentido. Burger ignoraba que Al seguía con vida. Ahora bien, este último no había reconocido a Valentin cuando lo tuvo enfrente en el campamento gitano. No podía haber visto a Valentin abrir la ventana sin que sus rasgos se le quedaran grabados a fuego.

Me di cuenta de que tampoco Valentin había reconocido al doctor Alix Daniel...

Habría tenido que reconocerlo.

¿Pudiera ser que sólo hubiera entrevisto su cara en el retrovisor?

Era tarde para preguntárselo.

Luego me puse a pensar en la amnesia que puede golpear a la víctima de una agresión y que la lleva a olvidar los momentos más penosos. Con mis últimas fuerzas intentaba encontrar la prueba de la inocencia del cantante de los *Fucking Puppets*.

Pero no podía intentar arrancarle la verdad a Burger sin contarle que Al había sobrevivido a su último crimen. Me contenté con hacerle otra provocación:

—Qué suerte que la viuda se interpusiera para protegerte.

Me lanzó una mirada aviesa.

—Cuando Valentin me llamó para decirme que había visto al doctor Daniel en la playa de Largos, no me lo creí. Le dije que soñaba. Pero luego fui a verificarlo y ya sabes cómo sigue la historia. Sólo tenías que cruzarte conmigo en la cafetería de Largos.

Pensé en mi benefactor Marconi, quien sin duda estaba muerto junto a su fiel Antoine. Burger me lanzó la estocada final:

—Lo que no sabes es que el viejo estúpido de Marconi intentó protegerte y que fue a hablar con la viuda para que no te tocara ni un pelo. Pero la viuda lo mandó a la mierda y se insultaron.

No quería escuchar lo que seguía. Prefería morirme en ese instante antes que escucharlo.

—Fui a ver al tipo calvo que vivía en la duna. Un colega me contó que ese pobre idiota había sido testigo de mi último trabajo. Figúrate que incluso le había pedido protección. Quería pagar a alguien que lo protegiera. Imagínate que casi pone precio a mi cabeza. Pero luego se portó bien cuando me dio tu dirección, reconozco que la

idea de dispararte mientras dormías no era muy amigable, pero ya conoces mi lema: «Ante todo la profesionalidad».

—¿Y tu profesionalidad fue la que te llevó a confundirme con una rubia de metro setenta?

Se echó a reír con una risa de malo de película.

—Tienes razón. Tendría que haber encendido la luz, pero no pude. No había electricidad.

Prepararse a morir mientras pensaba:
Valentin quizá sí que me traicionó.
Louise no será vengada.
Pues sí que la has hecho buena.
Ni siquiera puedes estar seguro de que Al, Perle y Luna estén a salvo.
Hay varias formas de dejar este mundo.
Yo tenía derecho a la más malvada.

Ahora que Burger ya lo había soltado todo, disfrutaba del momento. Se tomaba su tiempo mientras observaba su pistola desde todas las posiciones.

Como no conseguía mantenerme de pie, no se habían molestado en atarme. Me pareció que el vasco bruto estaba medio dormido. Le costaba seguir el soliloquio de su jefe. Burger le dio una patada.

—Anda fuera a vigilar si viene alguien. No dejes acercarse a nadie bajo ningún pretexto.

El vasco bruto salió lentamente, de modo que a su jefe le quedara claro que no le tenía miedo.

—Si vuelves a abrir esa puerta, no dudaré en dispararte —le dijo Burger antes de que la cerrara.

Cuando estuvimos solos se inclinó sobre mí y se puso a hablarme a escasos centímetros de mi cara.

—Todavía hay una pregunta que no me has hecho.

(¿Había sido Valentin testigo de la muerte de Flamby, había ayudado a Burger en mi ejecución?).

—Anda y que te den —le dije.

—Eres tonto. Estaba dispuesto a responderte.

Para mi sorpresa, distinguí una protuberancia en su pantalón. Se había empalmado.

Nunca me había dado cuenta de aquello en los veinte años que habíamos trabajado juntos. Recordé aquella ocasión en la que Valentin nadaba desnudo en la piscina y empecé a preguntarme si...

La idea de quedarme solo con Burger en su versión sádica no me excitaba en absoluto. Pero quizá era una oportunidad que no debía dejar pasar. Sin duda, la última.

Si aquel bruto había pensado hacerme un cariñito antes de enviarme al cielo, tenía todas las posibilidades de entrar conmigo. Una perspectiva gozosa. Llena de esperanza.

No podía escuchar el menor ruido proveniente del exterior. Me hubiera encantado escuchar la pregunta «¿Hay alguien ahí?» de cualquier paseante aleatorio. Pero no

soñemos: en caso de que eso se produjera, enseguida se habrían cargado al desgraciado paseante.

Esperaba que en cualquier momento Burger me pusiera su pene en la cara. Finalmente, hay cosas peores que marcharse de este mundo con preguntas en la cabeza. Me preparé psicológicamente.

Aunque siempre había renegado de la psicología. ¡Qué mal había hecho!

¿Alguien podía darme una clase de recuperación?

—No me digas que eres maricón, Burger.

Su polla era ahora claramente visible bajo la tela del pantalón. Se giró para esconderla. Había encontrado su punto débil.

Le daba vergüenza.

—Reclamo mi derecho a morir dignamente.

Apuntó hacia mi cara con la pistola.

—Aquí no tienes ningún derecho.

—La claridad de tu pensamiento político confiere una pátina filosófica a mis últimos momentos.

Burger no tenía ninguna prisa por terminar. Cargó su pistola.

—Crees que me alegra matarte, pero te equivocas. Sólo me queda responderte a la pregunta que no me has hecho. Porque, por muy retorcido que sea, también soy un tipo íntegro a mi manera.

Dejé que Burger siguiera delirando sin responderle.

Acababa de escuchar un ruido *sordo* en el exterior, como el de una oveja que tropieza con una piedra. Nada insólito si tenemos en cuenta que estábamos en un aprisco. Todo normal, salvo por el hecho de que las ovejas suelen saber dónde pisan.

Burger no lo había oído, o al menos se comportó como si no lo hubiera hecho.

Los latidos de mi corazón se aceleraron y sentí que la sangre volvía a recorrer mis venas.

—Mira, vas a tener suerte y no vas a tener que verme en una postura indigna — dijo Burger.

«En una postura indigna»... Era curioso que lo llamara así.

—¿Te acuerdas de que en una ocasión te atreviste a poner tu pistola sobre mi nuca?

Apoyó su pistola sobre mi nuca.

—Ponte de rodillas y reza.

Aquello era bastante decepcionante en el aspecto sexual.

—¿Vas a esperar a haberme matado para pajearte sobre mi cadáver?

Esperaba que cometiera el error de pegarse demasiado a mí. En ese caso, cuerpo a cuerpo, incluso con una pistola en la mano y mi pierna rota, él no podría salir con vida.

Se limitó a reír.

—Tienes mucha imaginación. ¿Y a ti qué te importa lo que haga con tu cuerpo cuando estés muerto? —dijo mientras me apuntaba.

Terminé mi oración: que alguien vengue la muerte de Louise.

—Tu amigo Valentin, él...

El ataúd de un niño es en sí mismo un objeto surrealista.

No tiene ninguna necesidad de los *ready-made* o de Marcel Duchamp. Forma parte por derecho propio de la contracultura, aquella que se ocupa del vacío y no del mundo racional.

El de mi hermano pequeño siguió a los ataúdes de mis padres como una cría de animal, un pobre patito feo tras su madre.

Sentí sobre mí la mirada de los mayores. Una mezcla de ternura y de pena. Desconcertante.

Cuando los hombres de negro los alzaron en vilo (había cuatro de ellos por cada ataúd, incluso para la pequeña caja de mi hermano), parecieron tres grandes animales y tuve ganas de girarlos para que sacudieran sus patas en el aire como hacen los escarabajos.

En ese momento sentí que alguien contenía la risa a mi lado. Era un adolescente de menos de veinte años que ante mis ojos de niño parecía un adulto. Su padre lo fusiló con la mirada para obligarlo a que se callara.

Tuve ganas de reírme con él. Tras la ceremonia, justo antes de la comida familiar, me acerqué a él. Hablaba con una chica guapa, sin duda una prima. Le oí decir esta frase incongruente:

—Los animales hacen el amor sin pensar en los humanos. Yo cuando hago el amor siempre pienso en mi perro.

No terminó su frase (la famosa pregunta que yo no había llegado a hacerle).

Se hizo la luz, la puerta del otro mundo se acababa de abrir... o puede que se tratara de la del granero.

Sonó un disparo al mismo tiempo que en la penumbra de la puerta se dibujaba... la silueta del doctor Alix Daniel.

Un miedo intenso me sobrecogió, un miedo que durante toda mi vida había ignorado.

Pero por mi mente no desfilaron los recuerdos de mi vida.

Había una cantidad enorme de sangre frente a mí.

Trozos de sesos y de huesos se esparcían sobre la tierra batida.

La puerta estaba abierta, pero parecía que la luz se hubiera quedado en el exterior.

El olor a humo me llevó a pensar que no estaba muerto.

—¿No estoy muerto?

Reconocí la risa de los ángeles.

—Por ahora no —dijo Valentin.

Burger se retorció sobre su vientre a mi lado.

Al había salido del aprisco para respirar. Lo que acababa de hacer aterrorizaría a cualquiera.

—Ya no te debo nada, pero al menos puedo darte la mano —me dijo Valentin mientras me ayudaba a levantarme—. No nos quedemos a pudrirnos aquí.

Aquella palabra me sonó extraña en ese lugar.

Poniendo en peligro su vida, Al había abierto la puerta mientras Valentin se asomaba por la ventana y disparaba a Burger en la cabeza.

Antes de que éste me aplicara el mismo remedio.

Sobra decir que me libré por un pelo.

Aquellos idiotas no habían seguido ninguna de mis instrucciones. Los miraba y veía a dos hermanos.

En ese momento no hubiera podido someter a Valentin a la menor pregunta. Aunque todavía debía averiguar la verdad.

Nos movíamos en un mundo irreal, que es el de los vivos.

Llegamos rápidamente en coche al camping.

—Tengo que recuperar mi coche —dijo Valentin.

—Las llaves están en recepción —dije yo finamente.

Se paró a un lado de la carretera, justo por encima del edificio.

—¿Hay que matar al tercer tipo? —se inquietó Al.

Reflexioné un instante.

—Es tentador... pero no sé si los acampados comenzarían a sospechar algo.

Valentin resopló para luego decir con los dientes apretados:

—Quiero mi Mercedes.

Se hubiera podido decir que estaba hablando de una mujer.

No esperó a que yo respondiera y salió del coche.

—Espéranos allí, Al. Y no apagues el motor.

Hice un signo a Valentin de que fuera más despacio. Mi pierna me dolía atrocemente y me costaba seguirle, aunque finalmente parecía que no estaba rota. Le señalé el murete que circundaba el camping. Lo rodeamos antes de dirigirnos a la parte trasera del edificio. No había nadie. Avanzamos hasta un cobertizo cuya puerta

estaba abierta.

Enseguida distinguimos la forma del Mercedes bajo un plástico, entre una furgoneta Citroën y un jeep del ejército americano.

En ese momento escuchamos a alguien que se aproximaba. Nos escondimos detrás del jeep. No eran más que dos.

—Sólo necesitamos lo necesario para meterlo en el agujero.

—¿Por qué no lo lanzamos desde lo alto?

—Porque el agujero está al fondo de un agujero, por eso es un buen agujero.

—¿Entonces la pala para qué es?

—Para limpiar el suelo del aprisco. Cuando veas en qué se ha convertido el cerebro del tipo, te alegrarás de no tener que recogerlo con las manos.

Valentin me susurró:

—Pues van a tener trabajo para rato.

Le indiqué que no se moviera. Presentía lo que iba a suceder: no iban a coger ni la furgoneta ni el jeep, sino el Mercedes.

Tuve que impedir que Valentin corriera detrás de ellos.

—¡Malditos cabrones! ¿No podían coger su viejo coche de mierda?...

—Uno se acostumbra demasiado rápido al lujo.

—No lo creo. Esos tipos son de la peor calaña: ¡mira que pavonearse en plena montaña con un clase E que además es el coche del hombre al que deben matar! La impunidad reina en estas putas montañas alejadas de la civilización.

—No te preocupes. Cuando lleguen allí arriba les va a tocar ponerse a limpiar y ya no les va a apetecer tanto dedicarse a pasearse en Mercedes. Vendremos a recuperarlo tan pronto como podamos.

Era sincero: no podíamos permitirnos dejar más rastros de nuestro paso.

—Espérame en el coche —me dijo mientras se encaminaba hacia la recepción.

—¡Eh!

Corrí más mal que bien detrás de él y entré en la recepción justo después de que él lo hiciera. Una mujer de edad indeterminada nos dirigió su mejor sonrisa.

—¿En qué puedo...?

—Dile a tu amigo o a tu marido, no sé bien lo que es, que si mi coche tiene un solo rayón cuando venga a buscarlo, es hombre muerto.

Valentin no conseguía tranquilizarse.

Verlo conducir en ese estado era algo inquietante.

Algo *puramente demente*, como se dice en las novelas góticas.

—Voy a llamar para pedir que me lo limpien.

Y estalló en risotadas que pronto nos contagió a Al y a mí.

La pierna me dolía horrores, pero mis nervios se iban tranquilizando con el paso de los minutos.

Una vez que Valentin se hubo calmado, comenzó a explicarse.

—Cuando me arrojaste de mi coche fui a ver a Paco para que me prestara uno de los suyos. Es este mismo —dijo mientras acariciaba el volante. Era un viejo modelo, pero no dejaba de ser un Mercedes de un gitano—. Le hice creer que me iba para ver a mi novia. Ya conoces el sentimentalismo de los gitanos. El problema es que me costó adivinar bastante cuáles eran tus intenciones. Primero volví a tu casa, pero en esta ocasión estaba de verdad vacía.

—¿Te han dicho alguna vez que tu estupidez va a ser tu perdición?

—No, gracias. Me convencí del todo cuando pensé que habías ido a hacer tus compras, incluso si tu historia esa de los explosivos para poner trampas por la casa era un poco difícil de creer. Bueno, en cualquier caso quedé con Victoire en un hotel y follamos como locos. Tenía la impresión de estar haciéndolo por última vez. Era noche cerrada y estaba fumando mi cigarrillo número veintisiete cuando lo comprendí todo. El único lugar posible, tu única pista, era la viuda. Me dije que te habías vuelto loco del todo y que ir a meterte en la boca del lobo era tu única estrategia posible. Aquello era plausible. Llegué a la casa hacia las tres de la mañana y vi la carnicería. Tras eso me dije que ya debías de tener la dirección de Burger. No tenía ninguna pista de tu paradero, así que volví al campamento gitano esperando que fueras allí a hacer un descanso.

—Como efectivamente hice.

—Llegué un poco tarde y nunca adivinarías por qué.

Me hablaba con el entusiasmo del niño que ha averiguado todas las pistas del juego.

—Porque te encontraste con todos los hombres de la viuda que venían de visitar a Marconi y al Portugués.

—Sí, sólo que no habían ido a ver al Portugués. Marconi les había hecho frente, ya que alguien había debido de avisarle de su llegada. En resumen, sólo quedaban cinco y cabían en un coche.

(Marconi estaba vivo y mi pensión a salvo).

—¿Y no te *molestaron*?

—Estaban más muertos que vivos. Sólo me preguntaron qué hacía allí. Para ellos, yo era el conductor de la viuda. Se sintieron muy aliviados cuando vieron que la

habían matado junto con su mayordomo. Se largaron echando leches. Uno incluso me dio la mano y me deseó suerte. Pero mientras tanto la noche estaba a punto de acabar. Llegué al campamento justo después de que tú te marcharas. Me encontré entonces con Al, que me explicó que te habías ido a pescar Dios sabe adónde.

Valentin se reía y su risa acabó por contagiarme. Al gruñía cada vez que demostrábamos nuestro cinismo.

No estábamos hechos de la misma materia.

—Al quería reclutar un ejército para ir a salvarte. Tuve que explicarle que era necesario actuar con discreción. Así que se contentó con llevarme al lugar adecuado. Observamos al tipo que bajaba con mi coche en el momento en el que entraba en el camping, por lo que Al me dijo que siguiera subiendo, que aquel camino seguramente nos conduciría hasta ti. Fue así como vimos el aprisco a lo lejos, con ese vasco gigante sentado en la entrada como el guardia de un museo. Aparcamos en una curva y bajamos a pie.

—¿Y el vasco gigante?

—El muy idiota estaba escuchando música. El volumen de su MP3 estaba tan fuerte que incluso pude reconocer lo que era. Fui por detrás y lo descalabré con una roca.

—¿Y qué era lo que escuchaba?

—«Just Got Paid Today», de ZZ Top.

—Precioso final —dije.

Valentin parecía muy orgulloso de sí mismo. A lo largo de mi existencia, he visto tanto al gusto por la muerte como al gusto por la vida apoderarse de los individuos, y no siempre es fácil distinguirlos.

La pierna me dolía muchísimo, pero hice el camino de regreso con el cantante de los Fucking Puppets en plena euforia. Era como hacer malabares y tener ganas de llorar al mismo tiempo.

Hasta que no soltara las pelotas, no tendría una mano libre para frotarme los ojos.

Así que mejor seguir con los malabares.

Conseguí hacer reír a Valentin y también a Al cuando expliqué cómo había utilizado la granada.

—No te la regalé para que la utilizaras de una forma tan mierdera.

—No te rías de mí. Soy un viejo al que le debes respeto.

Por fin había comprendido que era un viejo que necesitaba descanso y salir del mundo del crimen.

La euforia de mi rescate desapareció en cuanto llegamos a la llanura.

Louise.

Quería tener un pensamiento digno de ella, pero sólo conseguía recordar su cadáver tirado en ese maldito apartamento.

Era muy posible que en ese momento estuviera en manos de la policía.

Las fuerzas policiales seguramente se habían lanzado en mi búsqueda. Temía la prisión, un mundo del que había oído hablar mucho y que sabía que era incompatible con mi metabolismo.

No era tan difícil pensar cuáles iban a ser los pasos de los investigadores: llamada a la policía de los vecinos aterrorizados, grabación de los testimonios de las amigas de Louise, aparición en el Cap'tain para interrogar a Jean-Luc, registro de mi casa, marcas de bala en mi colchón, las armas que había escondido en todas partes.

Sólo me quedaba preguntarme cuándo se produciría el arresto.

—Chicos, cuando la policía me detenga no quiero que asumáis ningún riesgo y quiero que finjáis que no sabéis nada. Cargaré con todas las culpas.

No tuve que esperar demasiado.

Los vimos en uno de los pueblos que atravesaba la carretera, apostados a ambos lados de la calzada. Nos indicaron que nos detuviéramos en uno de los lados.

El policía que se asomó por la ventanilla de Valentin sonreía educadamente. Era un hombre joven de aspecto simpático y sin bigote.

—Buenos días, señor. Control de alcoholemia. Por favor, sople aquí.

Se me cortó la respiración.

Valentin se lució, no dio positivo.

—No hay ningún problema. Tengan un buen día, señores.

—No hay nada mejor que un policía sin suerte —dijo Valentin.

—La capacidad de investigación de la policía sigue sin mejorar ni un ápice.

Valentin se paró frente a una panadería del pueblo. Yo era de la opinión de que no debíamos demorarnos demasiado. No me dejó elección.

—Las emociones hacen mella.

En la panadería vendían periódicos. Me lo arrojó sobre las rodillas mientras me decía:

—Página seis.

Sacó de una bolsa de papel una napolitana de chocolate y luego le tendió la bolsa a Al.

El artículo se titulaba: «Una mujer desaparece en Largos». En él se hablaba de la desaparición de Louise.

No habían encontrado su cadáver.

Una mujer de cuarenta años ha desaparecido de su domicilio sin dejar huella. Alertada por unos vecinos preocupados por su prolongada ausencia, la policía acudió a su apartamento, donde no encontró ningún indicio que permitiera explicar su desaparición.

—¿Y esto?

Valentin se deleitó en mi expectación.

—Creo que conoces la solución del enigma —le dije.

—Se me olvidó comentarte que la noche que pasamos con los gitanos, después de que Al nos hiciera el numerito de los muertos vivientes, di un telefonazo a una empresa de limpieza a domicilio mientras tú te deleitabas con la pequeña Luna sobre tu regazo. En un primer momento pensé en encargarles el trabajo a los gitanos, pero lo de la limpieza no suele ser su punto fuerte...

No me molesté en replicarle.

—... así que llamé a los portugueses. Las tareas del hogar suelen ser cosa suya, ¿no?

Hubiera debido sentirme aliviado, pero en cambio me sentía profundamente cansado.

Permanecí en silencio, incapaz de agradecerlo.

—Estaba seguro de que reaccionarías así. No esperaba la menor muestra de gratitud por tu parte. Pero podrías hacer un mínimo esfuerzo, tío... Si no hay cadáver no hay investigación. Y tu expediente policial sigue tan impoluto como siempre. Cosa que, por cierto, es lo que más me sorprende de tu biografía.

—¿Y qué han hecho con su cadáver? —terminé por preguntar.

—Ni idea, tendremos que preguntárselo.

Había perdido todo lo que había logrado en la vida. Pero la vida nunca te pregunta a qué estás dispuesto a renunciar para seguir jugando. No me hacía ilusiones. Es cierto que hubiera podido ser el amor de mi vida, pero era una mujer

Bella

Dulce

Inteligente

Buena

inocente

que había muerto porque había tenido la mala suerte de cruzarse en mi camino.

Todos sabemos que es imposible frenar el progreso. Vamos a acabar con todo lo que queda de la naturaleza. El proyecto de la carretera que debía unir Burdeos con Pau en dirección a España había tardado más de veinte años en completarse. Más al norte, las máquinas encargadas de esparcir el alquitrán lo hacían a una velocidad apabullante. Las obras llegaban a su fin.

Me encontraba en el lugar de la futura autopista en compañía del Portugués.

—Es exactamente aquí —dijo mientras señalaba dos ramas de pino colocadas en cruz sobre la arena inmaculada—. Estaba seguro de que querría saber el lugar exacto, así que ordené que dejaran una señal. Van a poner un lecho de piedras y luego lo cubrirán con el hormigón asfáltico.

A lo lejos distinguíamos las enormes máquinas que se aproximaban.

—Trabajan día y noche. Si vuelve a finales de mes verá que en este lugar hay una calzada de cuatro carriles. El cuerpo de su dama estará lejos del alcance de los investigadores, igual que si hubiera pasado por el crematorio.

Me hubiera gustado echarme a llorar como un becerro. Me habría sentado bien. Pero no tenía la capacidad de llorar de los becerros.

Sin embargo, sé que en cuestión de secreciones corporales las lágrimas son lo mejor.

En ese momento pensé en la frase que me había dicho el doctor Di Vica cuando fui a preguntarle a su clínica:

«Lo llevaron de vuelta a su casa, pero un tipo subió con él».

Un tipo, uno solo.

Entonces me acordé del resto de la historia.

«Las contraventanas estaban cerradas. En un acto reflejo, Alix fue a abrirlas».

Ya tenía mi respuesta. La versión de Di Vica se basaba en la que el recién defenestrado Al le había contado en el momento en el que lo recibió en su clínica. Lo que significaba que Al no tenía amnesia y que Valentin no había abierto la ventana.

Burger había mentido.

Burger el Malo.

Burger el Sádico.

Burger el Retorcido.

El que quería estropear mis últimos pensamientos sólo para verme sufrir.

Y porque desde siempre se había sentido humillado por la vieja amistad que nos unía a Valentin y a mí.

SÓLO ERAS UN MALDITO
CELOSO, BURGER

Para ti, Jon, para compensar lo poco que pueda
Perle y Al se despertaron con el canto de los pájaros.

La temporada estival estaba a punto de acabar y el camping estaba casi desierto.
Intentaron no hacer ruido cuando subieron la cremallera de su tienda.

Esa cosa se plegaba en muy poco tiempo.

Ninguna luz de la recepción estaba encendida todavía.

Perle se puso al volante del coche que habían alquilado en Bayona y bajó la ventanilla.

Cuando Al hubo desaparecido del alcance de su vista, para dirigirse hacia el patio, por detrás del edificio de la recepción, ella se puso a escrutar el silencio con mayor atención.

Los chicos habían enseñado al doctor Alix Daniel cómo había que hacer para forzar la cerradura de un coche con una palanca. También le enseñaron a arrancar haciendo contacto con los cables. Era capaz de hacer toda la operación en menos de un minuto.

Perle escuchó el sonido del motor del Mercedes y ella también arrancó. Salió del camping justo detrás del coche de Valentin, que conducía su novio.

La última huella de mi estancia allí estaba a punto de desaparecer mientras yo observaba cómo dormía Luna a mi lado. No se había querido separar de mí.

—Si no te vigilo, volverás a marcharte.

Tenía un nuevo muñeco en la mano: un Hitler de peluche rosa al que los niños de los gitanos habían arrancado la cabeza.

Regresé cada día. Y no lo hacía para ver cómo avanzaban las obras, sino para meditar sobre la presencia de Louise, que estaba allí enterrada. El único homenaje que ella había tenido era mi incapacidad para sentir pena.

A finales de mes, tal y como había previsto el Portugués, el alquitrán cubría la totalidad del terreno.

Unos días más tarde habían instalado las barreras de seguridad y pintado las marcas del suelo.

Fui por última vez el día antes de que se abriera la autopista al tráfico. Puse un ramo de flores en la barrera y lo até con hilo de cocina.

Estaba concentrado en mi silencio cuando me interrumpió una pareja que iba en bicicleta de montaña. Los vi acercarse desde lejos y aparenté ser un curioso cualquiera, uno de tantos que en ese momento recorrían aquella autopista que al día siguiente entraría en funcionamiento.

Cuando me alejaba escuché cómo descubrían mi ramo de flores.

—¡Es increíble! ¡Todavía no está abierta y ya ha habido un accidente mortal!

La gente es idiota.

No pude evitar sonreír.

Tenía ganas de escuchar música, así que subí el volumen de mi iPod. «Haw», de 16 Horsepower, una banda melancólica de finales del siglo pasado.

Y me concentré en la música mientras esperaba a que llegara el olvido.

Agradecimientos

Un agradecimiento muy especial a mis lectores reincidentes:

—Mis padres Michou y Michel, y mis hermanas Nathalie y Carine, que siempre han sido mi mejor público.

—Mi compañera Agnès (¡gracias también por el título, *Du son sur les murs!*).

—Mi prudente Alice, que tanto sufrió por mí pero que finalmente terminó por soltar un «¡Es realmente una novela policiaca!» (¡uf!).

—Léa, mi descubridora, la primera en darme la orden: «Termínalo, papá».

—Mis compañeros de paseos nocturnos, Michèle y Jean-Bernard Delhom.

—El hombre sin falsos pretextos, Freddy Michalski.

—Aquél que le tendió la mano a Valentin, Jules Nyssen.

—Mis apreciados vecinos de Pau —*adishatz*.

—Y el indispensable hermano menor del remero, que me llevó a buen puerto.



FRANTZ DELPLANQUE se ha dedicado a la gestión cultural en distintas ciudades de Francia, y hoy en día es responsable de Cultura en el ayuntamiento de Montpellier. Antes de decidirse a escribir, fue un lector voraz. Nick Hornby, Bret Easton Ellis, Tarantino y Quim Monzó son algunas de sus influencias. *Un gramo de odio*, su primera novela, conquistó a miles de lectores y a la crítica francesa. Actualmente está trabajando en su segundo libro, con Jon Ayaramandi de nuevo como protagonista.